

Salomón de la Selva
Antología Mayor

Acróasis y selección de Julio Valle-Castillo



COLECCIÓN CULTURAL DE CENTRO AMÉRICA • Serie Literaria n.º 16

SALOMÓN DE LA SELVA
ANTOLOGÍA
MAYOR

Acróasis y selección de Julio Valle-Castillo

Tomo I

COLECCIÓN CULTURAL DE CENTRO AMÉRICA
SERIE LITERARIA N.º 16



N
861.44
S469 Selva, Salomón de la
Antología mayor: (acróasis y selección de
Julio Valle-Castillo / Salomón de la Selva. --1a ed.--
Managua: Fundación UNO, 2007
549 p.
ISBN: 978-99924-53-48-3
1. SELVA, SALOMÓN DE LA, 1893-1959-
POESÍAS 2. POESÍA NICARAGÜENSE-SIGLO
XX 4. LITERATURA NICARAGÜENSE

© 2007 Colección Cultural de Centro América

Diseño y Diagramación
PAVSA

Portada

Detalle del friso que recorría por los cuatro lados la columna
interior del Partenón (v a.c., Museo de la Acrópolis, Atenas).
Composición de Francisco Arellano Jr.

Acróasis y selección de Julio Valle-Castillo
Cuido de edición: Francisco Arellano Oviedo

Impresión
Imprelibros S.A.
PRINTED IN COLOMBIA

Colección Cultural de Centro América

El Fondo de Promoción Cultural del Banco de América editó, en calidad y en cantidad, la mejor colección de obras arqueológicas e históricas, literarias y artísticas que se haya publicado en Nicaragua. Quedó interrumpida la colección cuando el Gobierno nacionalizó los Bancos. Al instaurarse de nuevo la democracia y la economía de mercado, Grupo Financiero Uno, contando con miembros del anterior Consejo Asesor del Fondo de Promoción Cultural y con nuevos elementos de gran valor se propone no sólo reanudar la colección interrumpida, sino centroamericanizar su proyecto, haciendo accesibles al lector de las repúblicas del istmo, aquellos libros que definen, sustentan y fortalecen nuestra identidad.

Esta labor editorial que facilitará la enseñanza y la difusión de nuestra cultura en escuelas, institutos, centros culturales y universidades, producirá simultánea y necesariamente una mayor unidad en la cultura del istmo; unidad cultural que es el mejor y más poderoso cimiento del Mercomún y de cualquier otra vinculación política o socioeconómica de la familia de repúblicas centroamericanas.

Este es un momento histórico único del acontecer del Continente: todas las fuerzas tienden a la formación de bloques regionales, pero la base y motor de esas comunidades de naciones es la religión, la lengua y las culturas compartidas.

Grupo Financiero Uno quiere ser factor activo en esa corriente con la publicación de la Colección Cultural de Centro América.

Pablo Antonio Cuadra

Consejo Asesor

Colección Cultural de Centro América

La Colección Cultural de Centro América, para desempeñar sus funciones está formada por un Consejo Asesor que se dedicará a establecer y vigilar el cumplimiento de las políticas directivas y operativas del Fondo.

Miembros

Dr. Francisco X. Aguirre Sacasa
 Dr. Emilio Álvarez Montalván
 Ing. Adolfo Argüello Lacayo
 Dr. Alejandro Bolaños Geyer (1924-2005)
 Dr. Arturo Cruz Sequeira
 D. Pablo Antonio Cuadra (1912-2002)
 Dr. William V. Davidson
 Dr. Ernesto Fernández-Holmann
 Dr. Jaime Íncer Barquero
 Dr. Francisco J. Láinez
 Ing. René Morales Carazo
 Lic. Ramiro Ortiz M.
 Dr. Gilberto Perezalonso
 Ing. Ricardo Poma
 Lic. Sergio Raskosky Holmann
 Lic. Marcela Sevilla-Sacasa
 Lic. Pedro Xavier Solís
 Arq. José Francisco Terán

Miembros Honorarios

Lic. Jorge Canahuatti
 Dr. Marco Fernández
 Ing. Luis H. Moreno Jr.
 Rev. Manuel Ignacio Pérez Alonso, S.J.

(PROYECTO)**NOTA EXPLICATIVA**

En 1974, iniciándose las publicaciones de la Colección Cultural, y gracias a las gestiones realizadas por el Reverendo Padre León Pallais Godoy, se publicaron como Serie Literaria No. 2 y No. 3 los libros: Versos y Versiones Nobles y Sentimentales y la Dionisiada, ambos inéditos de Salomón de la Selva.

El primero fue un texto sometido por nuestro poeta al concurso literario Andrés Eloy Blanco, de Venezuela, en el año 1957 bajo el seudónimo Cuthberto Novrokopion y que, debido a un golpe de estado en ese país no se llevó a cabo. Esto hizo que el original quedara inédito hasta nuestra publicación en 1974. Esa edición tuvo gran éxito y fue reimpressa en dos ocasiones.

El segundo es la primera novela que se conocía del autor. Un texto sometido por Salomón de la Selva al Segundo Concurso Latinoamericano convocado por la Editorial Farrar y Rinehart de New York por intermedio de la Oficina de Cooperación Intelectual de la Unión Panamericana y del P.E.N. Club de México. En su momento se afirmó que por razones ya conocidas de política internacional fue víctima de discriminación localista y la obra quedo inédita hasta su publicación en 1975 por nuestra colección. Esa publicación también se agotó en un tiempo excepcionalmente corto para la época.

El prestigio internacional de Salomón de la Selva como poeta desde los años de su juventud hasta su rica y espléndida madurez fue siempre reconocido. Escribió poesía en español



e ingles. El éxito alcanzado como prosista, estaba cimentado por su abundante producción de obras poéticas que le dieron un renombre mas que continental.

Julio Valle Castillo nos ha entregado el primero de tres volúmenes sobre la obra de Salomón de la Selva dedicado a su poesía y denominado Antología Mayor que hoy publicamos dentro de nuestra Serie Literaria y con el No. 16. En él reúne conforme sus propias palabras, lo más representativo de la producción poética de todas las etapas y de todos los libros de este inspirado nicaragüense.

Colección Cultural de Centro América tiene el honor y satisfacción de publicar el primer volumen sobre uno de los más distinguidos poetas hispanoamericanos que honra la literatura universal. Al mismo tiempo queremos estimular el conocimiento y estudio integral de la labor literaria de Salomón de la Selva que figura entre los mas brillantes y polifacéticos de nuestros poetas.

Ernesto Fernández-Holmann
Presidente
Colección Cultural de Centro América-
Grupo Financiero Uno

CONTENIDO

CRITERIO DE ESTA ANTOLOGÍA	15
ACROASIS SOBRE SALOMÓN DE LA SELVA Y/O UNA POÉTICA AMERICANA DE VANGUARDIA.....	19
TROPICAL TOWN AND OTHER POEMS (1918)	67
<i>MY NICARAGUA</i>	71
Tropical town.....	72
Tropical house	70
Tropical park	74
Tropical morning.....	75
Guitar song with variations	77
Tropical dance	81
The midget maiden.....	82
The girl that was wise.....	83
Tropical rain	84
The haunted house of León	86
A song for Wall Street	88
Tropical afternoon	89
Tropical life	90
All souls' day	91
Tropical childhood.....	93
Birds of clay	94
Body and soul.....	95
My Nicaragua	97
The dreamer's heart knows its own bitterness	100
 <i>IN NEW ENGLAND AND OTHER LYRICS</i>	 105
Deliverance	105
Portrait.....	106
The secret	107

Confidences	108
Finally	109
Measure	112
Inmate.....	113
Song of the Magdalen	114
Cellini at the Metropolitan Museum	115
Three songs my little sister made.....	117
Sonnet.....	120
Courtship	121
Three songs	122
<i>IN WAR TIME</i>	124
A prayer for the United States	124
Hatred	125
December, 1916.....	126
Drill	127
Ode to the Woolworth Building.....	131
The knight in gray	135
<i>THE TALE FROM FAERIELAND</i>	137
Pastorale	137
The tale from faerieland	139
To a young man	144
The box of sandalwood	145
Candle light	151
Fleur d'or.....	152
Song of the Poppy	153
Song of the Poppy's lover	154
Aria in G.....	155
The sword of wonder.....	156
First love revived.....	159
The little foxes.....	164
The sorry Madrigal.....	165
"I would be telling you"	166
"Her wish was that myself should be"	167
To those who have been indifferent to the Pan American Movement	168
"Oh glorious spendthrift joy"	169
The modern Eve	172

Joy	173
Hunger in the city	174
The maker of red clay jars	175
Delgadina.....	177
Of time and song	180
EL SOLDADO DESCONOCIDO (1922)	181
<i>PRÓLOGO</i>	183
<i>JORNADA PRIMERA / VOLUNTARIO ROMÁNTICO</i>	189
Testamento	189
La muerte afina su violín.....	190
<i>JORNADA SEGUNDA / SOLDADO NUEVO</i>	191
Vergüenza	191
Cantar	192
<i>JORNADA TERCERA MÊLÉE</i>	193
Primera carta.....	193
Heridos	195
La bala.....	196
Remordimiento.....	197
Curiosidad	198
La lira	199
Comienzo de batalla.....	200
Granadas.....	202
Granadas de gas asfixiante	203
Camouflage	204
Al asalto	205
Carga a la bayoneta	206
Poilu	207
Mientras nos alistábamos.....	209
Elegía	210
Fuerza.....	212
Prisioneros.....	213
Carta	214
Carta	216
Carta	218
El canto de la alondra.....	220

<i>JORNADA CUARTA / EN LONDRES</i>	224
Convaleciente	224
Las preguntas.....	225
Comparación	226
El deber de un padre cuando se va a la guerra	227
Noticias de Nicaragua	228
Sobre una fotografía de la Quinta Avenida.....	229
 <i>JORNADA QUINTA / SUNT LACHRYMAE RERUM</i>	230
Cobardía	230
Las ratas	232
Epigrama	233
Valor	234
Oda a Safo	235
Meditación	240
La Paz.....	241
Oración.....	247
Carta a Alice Meynell	248
Indulgencia plenaria.....	250
El palomar	251
La trinchera abandonada	252
El puente	254
A Jesucristo	256
Cantar	257
Cantar	258
Cantar	259
Cantar	260
Recuerdo	261
La balada del retorno.....	262
Última carta.....	264
 EVOCACIÓN DE HORACIO (1948 y 1949)	267
Épodo I.....	269
Estrofa II	270
Antiestrofa II	271
Épodo II.....	272
El poema / Primer movimiento	273

Cadenza	285
Segundo movimiento	287
Tercer movimiento	297
Cuarto movimiento	306
CANTO A LA INDEPENDENCIA NACIONAL DE MÉXICO (1955)	315
Canto a la Independencia Nacional de México.....	317
Primera parte	321
EVOCACIÓN DE PÍNDARO (1957)	329
Primer canto / Recordación y defensa del Cisne.....	331
Tercer canto / Píndaro en Delfos.....	347
VERSOS Y VERSIONES NOBLES Y SENTIMENTALES (1957)	367
Programa para dos grandes ballets indostánicos.....	369
Segundo ballet: cuatro figuras de conjunto y un pas a deux	384
Motivos del pervigilium veneris	394
La amada muerta	399
LIRA GRÆCA (1957-1958)	407
Cuándo y con quién ha de casarse el hombre	409
Decir contra las mujeres.....	410
Amargura de exilio.....	411
Los agitadores	412
Decir contra la pobreza	414
Meditación del estadista	415
Héctor y Andrómaca	417
Consagración.....	423
Visión de altura	424
Plegaria.....	425
Consejo.....	426
Poder de la poesía	427
El adagio de Aristodamo	429
Invierno	430

Las yeguas de Glauco	432
Ditirambo	433
Orfeo	434
Furia de amor	435
La cólera de Creusa.....	437
Cuatro adolescentes.....	441
Madrigal	443
Ocho canciones de nostalgia venezolana junto al templo de Poseidón en Presto	444
Pasión innumerable	449
Tiempo de morir.....	450
Diálogo a medianoche.....	451
Canción de amor	454
Dolor de senectud.....	456

ACOLMIXTLI NEZAHUALCÓYOTL (1958) 459

Segundo tiempo: Emperador de México.....	461
--	-----

POEMAS DISPERSOS (1917-1954) 471

Oda a León de Nicaragua	473
Dos soldados	476
Danzón	480
Oda a la tristeza.....	482
Canción (IV)	486
Canción (V).....	487
Canción (VI)	488
Cantar	489
Canción (I)	490
Guitarra morisca.....	491
Rasgueado	492
Susana	493
Alejandro Hamilton.....	496
Amanecer	504
Defensa del pudor	508
Sermón del padre Damián.....	511
Tres poesías a la manera de Rubén Darío	516
Renacimiento	521
Pregón de la muerte de Helena.....	530

CRITERIO DE ESTA ANTOLOGÍA

Esta edición antológica de la poesía, de la narrativa y de la prosa ensayística y periodística de Salomón de la Selva (León de Nicaragua, 20 de marzo de 1893-París, 5 de febrero de 1959), deseamos que sea no sólo valorativa sino ponderativa, una *Antología mayor*, sobre todas las suyas que se han impreso desde su muerte, 1959, hasta hoy, 2007; tres tomos; mayor por renovadora, excelente y moderna, una poesía de suyo mayor, y mayor por su cantidad y heterogeneidad textual, lo mismo que su prosa. Pero antología, es decir, selección de lo mejor y más aportativo de su obra, escogencia rigurosa que nos llevó a fragmentar poemas extensos y desechar casi todo lo ocasional y cívico y varias piezas muy conocidas. También se prescindió de dos impresos: *A soldiers sing*, porque aunque se ha consignado varias veces su ficha bibliográfica, Londres, The Bodley Head, 1919, y hasta número de páginas, 132, nadie lo ha visto ni manejado; y *Las hijas de Erechtheo y poesías* (Panamá, Guillermo Andreve, 1933), porque la prosa pasó a integrar *Ilustre familia... Novela de Dioses y Héroes* (México, Talleres Gráficos de La Nación, 1954) y las poesías se fundieron en la póstuma *Lira græca*. Se dividió, según sus libros impresos cronológicamente ordenados, atendiendo al año de aparición, desde *Tropical Town and other poems* (1918) y en el caso de *Versos y versiones nobles y sentimentales*, según la fecha de su hechura: 1957. Y se complementó con una selección de sus

poemas dispersos, cuyas fechas supuestamente aparecen entre corchetes e interrogaciones.

Ocho secciones en total, a saber:

I. *Tropical Town and other poema* (1918).

II. *El Soldado desconocido* (1922).

III. *Evocación de Horacio* (1948 y 1949).

IV. *Canto a la Independencia Nacional de México* (1955).

V. *Evocación de Píndaro* (1957).

VI. *Versos y versiones nobles y sentimentales* (organizado en 1957 e impreso hasta 1974).

VII. *Lira græca* (1957-58).

VIII. *Acolmixtle Nezahualcóyotl* (1958).

Y IX *Poemas dispersos* (1917-1954), que contiene poemas sueltos, selección de un poemario y de un folleto.

1) “Oda a León de Nicaragua” (1917), equivalente posmodernista en español de *Tropical town...* 2) “Dos soldados” (1918-1922), que bien pudo pertenecer a *El soldado desconocido*. 3) “Danzón” (1921), iniciador de la poesía de la negritud. 4) “Oda a la Tristeza” (1924), seguida de varios cantares y canciones propios del neopopularismo. 5) “Susana” (1930), conjunto que ilustra su prioridad y aporte al neopopularismo. 6) “Alejandro Hamilton” (Sonata), fechado en Panamá en 1935, pero publicado en la revista *Romance*, México, 15 de marzo de 1941. 7) “Amanecer”, otro de sus poemas eróticos (1937). 8) *Defensa del pudor*, publicado como folleto en 1943 con el título de *Elogio del pudor*. 9) “Sermón del padre Damián” (1948). 10) Tres poesías a la manera de

Rubén Darío en elogio de las rosas que ha pintado Alejandro Alonso Rochi, nicaragüense (1948-1950). 11) “Renacimiento”, versión del célebre poema de Edna St. Vicent Millay y publicada en la revista mexicana *América* núm. 62, enero de 1950. Y 12) “Pregón de la muerte de Helena” (¿1952-1953?), cierre de *Ilustre familia*.

Estas ocho secciones aspiran a establecer con los *Poemas dispersos* su natural conexión, más bien, interrelación, la coherencia o unidad interna de la obra, para que se aprecie el proceso de creación y desarrollo de una de las poesías capitales de la literatura latinoamericana del siglo XX.

Sólo resta agradecer a la Colección Cultural de Centro América, en las personas de don Ernesto Fernández Holman, a la señora Marcela Sevilla-Sacasa, devota de De la Selva desde el primer día de su nacimiento, y al resto de la Junta Directiva. Al maestro Ernesto Mejía Sánchez y al ingeniero Salomón de la Selva Castrillo, ambos muertos ya, quienes generosamente y sin merecimiento de mi parte, me abrieron de par en par sus casas, sus archivos y ficheros para que conociera al poeta Salomón de la Selva, en aquellos mis años universitarios de México. A todos ellos, reitero el más proverbial agradecimiento.

Julio Valle-Castillo

Masaya, abril de 1993-Managua, diciembre de 2005.

ACRÓASIS SOBRE SALOMÓN DE LA SELVA Y/O UNA POÉTICA AMERICANA DE VANGUARDIA

I

Fundada y, al mismo instante, universalizada por Rubén Darío (1867-1916), la poesía nicaragüense queda presa en las redes de su propio fundador durante las tres primeras décadas del siglo XX. Por mucho que dentro de las posibilidades del modernismo vislumbre salidas —prosaísmo sentimental, criollismo y nacionalismo temático, criticismo epigramático—, no logra ganar en definitiva el otro estadio de la modernidad, sino hasta que irrumpe el Movimiento de Vanguardia (1927-1932), en Granada, sustentado por un grupo de adolescentes, casi jóvenes, revolucionarios, iconoclastas, cosmopolitas y, a su vez, conservadores, oligarcas. Una élite localista: Granada contra León, restauración conservadora después del liberalismo (1893-1909), vanguardistas antimodernistas.¹

Huidobrianamente creacionistas, negando el pasado literario inmediato y creando la poesía y el resto de

¹ Jorge Eduardo Arellano. *Entre la tradición y la modernidad. El Movimiento Nicaragüense de Vanguardia*. San José, Costa Rica, Libro libre, 1992. Capítulos 1 y 2: Acontecimientos mundiales y nacionales. Movimientos vanguardistas en Hispanoamérica. Los jóvenes “snobs” que le llevaron el ritmo al siglo // La “Oda a Rubén Darío” y otros textos inaugurales. La encuesta del doctor Carlos Cuadra Pasos. Partida de nacimiento del grupo.

las artes, la nación, la política, la antropología, la etnología, toda la cultura de la nada, o sólo a partir de ellos mismos, los pequeños dioses —José Coronel Urtecho (1906-1994), Luis Alberto Cabrales (1902-1974), Manolo Cuadra (1902-1957), Pablo Antonio Cuadra (1912-2002), Joaquín Pasos (1914-1947) y otros— perdonan la vida y acogen como uno de los suyos al padre fundador, Rubén Darío, atendiendo su propia confesión de “viejo, feo, gordo y triste” con su bombón comido de ratones; y proclaman precursores de su insurgencia a tres personajes, más que a tres grandes poetas de la ciudad rival, León: Azarías H. Pallais (1884-1954), un sacerdote candoroso, medieval, extraviado en el siglo de la modernidad; Alfonso Cortés (1893-1969), un raro, “maldito” y místico, quien recién se había vuelto loco en 1927; y un ausente, Salomón de la Selva (1893-1959), de quien se decía que era hombre de dos lenguas, de muchas manos y de varios mundos.²

Desde entonces, estas han sido las categorías en nuestro panorama poético, aunque en los últimos tiempos se ha abierto paso un discurso crítico menos impresionista y antojadizo y más objetivo, que traza periodizaciones y propicia visiones, calas y valoraciones distintas, entre ellas, por ejemplo, que la poesía nicaragüense se inicia con el modernismo, que el modernismo es el arranque de la modernidad y no la antítesis y que no todo comienza con

² Véase las *Notas* de Orlando Cuadra Downing a su antología *Nueva poesía nicaragüense*, prologada por Ernesto Cardenal. Madrid, Seminario de Problemas Hispanoamericanos, 1949. En la nota 2, “los precursores” apunta: “... y Azarías H. Pallais, Alfonso Cortés y Salomón de la Selva, los cuales tres aparecen en esta Antología, destacados por la importancia de su obra poética. Ellos son los eslabones claros en la continuidad de una tradición renovadora cuya siguiente etapa será la generación de “vanguardia”, la propiamente llamada *La poesía nueva*”. p. 487.

la Vanguardia. Ya en 1972, “Los tres grandes” se reducían a uno: Salomón de la Selva, “el inmenso solitario”,³ acaso en relación con su entorno dariano y modernista.

Los poemarios del padre Pallais, su monotonía rítmica, el desbordante infantilismo, su denodado cristianismo y su diafanidad, lo presentan como arcaico y primitivo, más próximo a un fresco, remozado Mester de Juglaría y Mester de Clerecía, que al modernismo. La inocencia fundamental, tan grata a la estética moderna. El puñado de poemas de Cortés, datados antes que perdiera la razón, delirantes, fugados, misteriosos, signos de su alterado estado de conciencia, hacen pensar en los místicos o en los surrealistas, velando su forma parnasiana a tal grado que casi no se distingue. Sin embargo, Pallais y Cortés, bien vistos, no son más que dos poetas modernistas, distintos intérpretes del simbolismo francés. Dos mundos interiores, dos personalidades diferentes y dos voces opuestas, modernistas de principio a fin. No olvidemos que hay tantos modernismos como modernistas, que, junto con otros nombres, constituyen los tres grupos ciudadanos de los dos períodos del modernismo nacional (1880-1900/1900-1930).⁴

³ Jorge Eduardo Arellano acuñó esta frase que resulta un juicio valorativo y una localización, que fueron tomados en cuenta ya en la *Nueva antología de la poesía nicaragüense*. Managua, Ediciones El Pez y la Serpiente, 1972, seleccionada por Pablo Antonio Cuadra y otros colaboradores suyos. En el “Mapa de la Poesía Nicaragüense” como en la selección, Salomón de la Selva aparece separado de Pallais y Cortés, en lugar destacado por solitario. De la Selva es presentado como “el inmenso solitario” en *Panorama de la literatura nicaragüense*. Managua, Ediciones Nacionales, 1977. 5ª. ed. Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1986.

⁴ Julio Valle-Castillo. *Poetas modernistas de Nicaragua (1880-1927)*, Managua, Colección Cultural Banco de América, 1978, 2da. ed. aumentada y corregida: Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1993.

En cambio, De la Selva (León, 20 de marzo de 1893-París, 5 de febrero de 1959) es el primero que realiza una poesía ya propiamente vanguardista en México, el Caribe y América Central. Es un poeta nuevo de cuerpo entero y con un origen distinto al de sus contemporáneos. Trae las dos poesías americanas en su mano o en su lengua: el modernismo hispanoamericano y la *new american poetry*, el imaginismo, en particular, lo cual le bastó no sólo para ignorar, como los ignoró en su juventud sino para despreciar, como los despreció en su madurez, los ismos y escuelas europeas de vanguardia: futurismo, creacionismo, letrismo, dadaísmo, surrealismo. Él es de la otra vanguardia, como afirma José Emilio Pacheco, la de los hombres comunes y corrientes y no la de los magos y pequeños dioses.⁵ Su vanguardismo es otro, de raíz y desarrollo americano, paralelo al que tuvo modelos europeos y cultivo americano. Aun más, De la Selva inauguró al menos un ismo, el neopopularismo, antes que los españoles.

De aquí que localizar a De la Selva como simple precursor del Movimiento de Vanguardia de Nicaragua, ni siquiera de la modernidad, sea limitante y equívoco. Es y no es. No cabe duda que en el contexto nicaragüense es precursor de la novedad que años más tarde vendrá a realizar la Vanguardia;⁶ pero, en el continental, no, porque precursor es el que precede, y De la Selva es uno de los

⁵ José Emilio Pacheco. "Notas sobre la otra vanguardia", *Casa de las Américas*, La Habana, enero-febrero de 1980, año XX, número 118. Posteriormente y con subtítulo: "Salomón de la Selva y la otra vanguardia", Jorge Eduardo Arellano ha profundizado sobre este aspecto. Madrid, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 1989 y en *Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación*, Managua, marzo-junio, 1993, número 77-78.

⁶ *Ídem*. Nota 1.

que preside la modernidad. Él continúa conscientemente la empresa constructora de una modernidad, que había iniciado el modernismo hispanoamericano. Por lo tanto, es algo más, mucho más que un precursor o anunciador; es creador de una nueva poética y de su ejecución verbal.

Viajando desde su juventud y radicando temporalmente en los Estados Unidos, Europa, México, Centroamérica o el Caribe, De la Selva carecía de incidencia alguna en el proceso literario de su “Nicaragua natal”. Y cuando residió en su patria (1925-1929), prefirió dedicarse al activismo sindical de tendencia laborista (COPA, CROM, FON), y después al periodismo sandinista y anti-intervencionista,⁷ manteniéndose distante del grupo juvenil vanguardista, que ya tenía resonancia en el país. “La verdad es que entonces le conocía más por su fama de poeta que por su poesía”, escribe José Coronel Urtecho, jefe de la banda vanguardista. Y agrega: “En ese tiempo la poesía casi no circulaba en Nicaragua. Lo que se publicaba como tal en algunos periódicos o se copiaba vergonzantemente en el álbum de alguna señorita ya entrada en años, muy rara vez era poesía [...]. Yo mismo, por ejemplo, no podría decir si ya había leído algún poema de Salomón y mucho menos cuál. Tampoco pude entonces conocerlo personalmente”, finaliza Coronel Urtecho.⁸

⁷ Para los artículos antiintervencionistas de Salomón de la Selva, véase *La intervención norteamericana en Nicaragua y el General Sandino*. Presentación y recopilación de Jorge Eduardo Arellano. Managua, Imprenta Nacional, 1980. Su activismo sindical ha sido estudiado por el doctor Fernando Centeno Zapata, “Salomón de la Selva: precursor de las luchas sociales en Nicaragua”. León, Cuadernos Universitarios, 1974 (Separata).

⁸ José Coronel Urtecho. “En Nueva York, con el poeta Salomón de la Selva”. *Cuadernos Universitarios*, segunda serie, León, agosto de

En verdad, De la Selva viene a ser otro de los poetas y escritores extranjeros que los vanguardistas introducen a Nicaragua. Extranjero en su propia tierra. Pero si lo importan e importa es porque se trata de un poeta moderno, como difundieron y tradujeron a Rimbaud, Claudel, Charles Cross, Cendrars, Larbaud, Supervielle, Montherlant, Morand o Apollinaire, entre los franceses; y Pedro Salinas, Ramón Gómez de la Cerna, Federico García Lorca, Gerardo Diego, Jorge Guillén y Rafael Alberti, entre los españoles.

Desde 1922, De la Selva se había ubicado por derecho propio entre las cabezas de la modernidad poética hispanoamericana, publicando en México, la tercera de sus obras y su primer poemario en español, *El soldado desconocido*, bajo el sello de la Editorial Cultvra y con portada de otro de los fundadores de nuestra modernidad, pero plástica: el muralista Diego Rivera.

Vale reparar en esta fecha porque en México, el Caribe y la América Central de los veinte, aún no se instalaba la modernidad; su lírica no terminaba de despojarse de la retórica del modernismo. Por mucho que se intentara retorcerle el cuello “al cisne de engañoso plumaje”,

1969, número 5. Homenaje a Salomón de la Selva en el décimo aniversario de su muerte. Cabe acotar que De la Selva aunque por esos años se negó a escribir poesía, según se infiere de un impreso tardío, Joaquín Sacasa y Salomón de la Selva (México, Talleres Gráficos de la Nación, 1975), publicó varios poemas vanguardistas en dos importantes revistas de Nicaragua: *La Noticia Ilustrada*, Managua, año XII, número 21, 19 de septiembre de 1926. Poemas de Salomón de la Selva: “Nicaragua”, “Canto de esperanza” y “Triunfo”. En esa misma revista aparece “Las mujeres de Nicaragua”, ante titulada: “Pequeña tragedia”, obra teatral, fechada en León, 1926. Y *Enciclopedia nicaragüense* (Managua, 1932, volumen II, único publicado) recoge “La carta de mi madre” y “Villancico” de 1922. Colaboraciones en *La Tribuna* y *La Prensa* (1928).

sus aletazos y pataleos más bien alborotaban otras aves del zoológico simbolista; recordemos el mismo Búho, insomne y minervino, de Enrique González Martínez. El prospecto de revolucionario, Ramón López Velarde, moría repentinamente en junio de 1921, quedando tan sólo como un iniciador o precursor, para Octavio Paz, junto a José Juan Tablada.⁹ Y esto que Tablada había publicado en 1920, *Li Po y otros poemas*, y también en 1922 *El jarrón de flores*, libros que en la resaca del orientalismo modernista, generan el caligrama y haikú en la poesía hispanoamericana: imagen y metáfora. Alfonso Reyes tardaría dos años para editar su poema escénico, *Ifigenia cruel* (1924). El primer poeta realmente moderno de México, según Paz, será Carlos Pellicer, pero éste todavía se demoraba con más elementos modernistas que modernos en *Colores en el mar y otros poemas* (1921). Si bien es verdad que el “Estridentismo” —Manuel Maples Arce, Germán List Arzubide, Salvador Gallardo, Germán Cueto, Arqueles Vela, Ramón Alva de la Canal— data de 1923, también es cierto que fue más un estruendo, un estallido, que un acto demolidor seguido de la invención de una nueva poesía.

Y en cuanto al grupo de poetas sin grupo: “Contemporáneos” —Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, Carlos Pellicer, José Gorostiza, Jaime Torres Bodet—, revista y voluntad de modernidad, se publica y produce hasta entre 1928 y 1931. El crítico José Joaquín Blanco afirma que “una última e indiscutible puerta” para el ingreso de los “Contemporáneos” a la modernidad fue “un libro de autor nicaragüense, *El soldado desconocido*, que a pesar de su tema baladí —darle a su patria el dudoso prestigio de

⁹ Octavio Paz. *Las peras del olmo*. México, Editorial Universitaria. UNAM, 1956.

tener un héroe en la Guerra Europea—, condensa eficazmente las nuevas formas vanguardistas de la poesía europea y norteamericana. Según testimonio oral de Carlos Pellicer a un servidor [José Joaquín Blanco], este libro de Salomón de la Selva tuvo enorme impacto entre los poetas jóvenes como introductor de libertades y de maneras de expresión”.¹⁰ En el Caribe de lengua española —la Dominicana, Puerto Rico y Cuba— no aparecerá, antes de 1927, la *Revista de Avance*, en medio del prosaísmo de José Zacarías Tallet y los atisbos de Rubén Martínez Villena. *Poemas en menguante* de Mariano Brull, amigo de De la Selva, data de 1928. El “son”, la poesía negra y social vendrán después.

Adviértase también que *Luna Park* del guatemalteco Luis Cardoza y Aragón es de París, 1923, y que *Onda* del panameño Rogelio Sinán se editará hasta 1929, Milán, Italia. Los vanguardistas centroamericanos radicaban en Europa o en los Estados Unidos, como José Coronel Urtecho, en San Francisco, California, donde dató su burlesca “Oda a Rubén Darío” (1925).

Este aislamiento o soledad mesoamericana y caribeña de *El soldado desconocido* sólo contribuye a apreciarlo en su legítima dimensión inaugural. Está solo, único en esta zona geográfica. 1922 es el año de *Trilce* de César Vallejo en el Perú, de *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* de Oliverio Girondo y de *Canto de amor, de luz, de agua* y *Mil novecientos veintidós* de Baldomero Fernández Moreno, en Argentina, de *Desolación* de Gabriela Mistral y *Los gemidos* de Pablo de Rokha en Chile, de la

¹⁰ José Joaquín Blanco. *Crónica de la poesía mexicana*, México, Katún, 1983.

Semana de Arte Moderno de Sao Paulo, Brasil, de *The waste land* de T. S. Eliot y del *Ulysses* de James Joyce, en lengua inglesa. 1922 es el año clave de la modernidad en inglés y español y allí irrumpe De la Selva con su propia rebelión, *El soldado desconocido*. Primer poeta y primer libro de la modernidad mesoamericana y caribeña.

II

Cuando De la Selva llegó a México en junio de 1921, era entonces un joven de veintinueve años que había obtenido su formación de hombre en los Estados Unidos de Norteamérica, en los mismos años precisamente que este país ocupaba por la fuerza militar a su “Nicaragua natal”, convirtiéndola en un protectorado o neo-colonia desde 1912; la pérdida de la soberanía, la enajenación de la banca, las aduanas y la línea férrea, la frustración de una gestante burguesía nacional, la interrupción del proyecto liberal (1893-1909), o sea, de la modernidad. De aquí que en contradicción con la política exterior del país donde residía, De la Selva haya ratificado su identidad latinoamericana, acorde, pues, con el *arielismo*, especie de filosofía, de credo latinoamericanista en boga. Pero del arielismo saltó al socialismo. “Porque yo era socialista —afirma el poeta—. Colaboraba en *The Call* que editaba Charley Irwin, consejero ahora, en la nobleza y la sabiduría de su senectud, de los Amalgamated Clothing Workers of America. En la Escuela Rand de Estudios Sociales, que era centro socialista mirado de reojo por la policía y con alarma por las gentes de orden y esclavitud, fue por esa colaboración que hice amistad con el entonces prometedor poeta Clement Wood, autor de un reciente diccionario de la rima. Fogoso joven de Alabama, en rebeldía hermosa



contra los feos prejuicios del sur norteamericano. [...] Formábamos un grupo atrevido, empeñado en renovar la poesía por la economía política y la psicología, y en rehacer el mundo por la poesía renovada. Sosteníamos que en el arte era preciso llevar la vida misma con toda su crueldad y su rudeza, y que en la obra artística había que volcar, resolviendo su caos, todo el aquelarre perenne de la subconciencia”.

“Por andar en estas diversas compañías me inicié en el socialismo científico de Marx, y como leía todo y de todo, leí *El capital* —bello libro humanista— y mil y una veces lo discutí y lo oí comentar al calor de grandes vasos de té de samovar con limón, y de grandes vasos de «vino rosso» siciliano. Se podía entonces ir y venir del uno al otro extremo del radicalismo en saludable ejercicio moral e intelectual”.¹¹

Asimismo, De la Selva regresaba de participar del último instante de la Primera Guerra Mundial: septiembre-noviembre, 1918. Flandes, Londres. Por consejo de Pedro Henríquez Ureña, asesor del prodigioso dirigente José Vasconcelos, el nicaragüense fue invitado entre otros intelectuales latinoamericanos, como Gabriela Mistral, para integrarse a la gran cruzada cultural de la Revolución Mexicana que significó la gestión vasconcelista: América al encuentro de América, empezando con México al hallazgo de México: artes populares, cocinas y vestuarios nacionales, brigadas educativas o de alfabetización, indigenismo, muralistas, los clásicos verdes, etcétera. Él mismo recuerda que:

¹¹ Salomón de la Selva. “La vida en los amigos”. *El Universal*, México, D. F., 14 de junio de 1946.

Para Pedro Henríquez Ureña, el momento de la Gran Conspiración (y de la Gran Consagración) llegó cuando don Adolfo de la Huerta llamó a José Vasconcelos del destierro y los hombres fuertes de México de entonces hicieron al filósofo rector de la Universidad Nacional con la promesa —que cumplieron— de crear nuevamente la Secretaría de Educación Pública, alegres como Carlomagnos de servir, ellos también, a la cultura. No precisamente corría pero sí circulaba el oro en México. Y Vasconcelos tuvo veinticinco millones de aquellos pesos para fomentar la educación. Jamás se había visto nada igual en tierras de habla española [...]. Había una pugna de idiomas extranjeros como aquella disputa sobre el país de más hermosas mujeres con que empieza la Mandrágora de Maquiavelo. [...] Era un mundo alrededor de Vasconcelos, de comedia de Maquiavelo, como he dicho, y de Torre de Babel. [...] Pedro pulía su griego. Vasconcelos insistía en los griegos y Pedro, que ansiaba con toda el alma servirlo, me declaraba que el griego era necesario para que fuesen el idioma de los que conspirásemos para civilizar a América.¹²

Esta última frase: Civilizar a América con Grecia, entre otras consignas como “A la libertad por la cultura”, o “Por mi raza hablará el espíritu”, bien podría constituir una divisa más del *arielismo* de De la Selva, que aspiraba ratificar con las humanidades la superioridad espiritual latina ante la otra América, la anglosajona. Pero lo interesante por paradójico es que De la Selva se había formado, como ya anotamos, en los Estados Unidos y allí

¹² Salomón de la Selva. “Dionisiada”. *El Universal*, México, D. F., 28 de septiembre de 1946.

había tenido acceso al marxismo y a las fuentes occidentales: el mundo clásico, la épica, la lírica y el teatro griego y romano, y tal acceso, lo reafirmó al mismo tiempo que lo universalizó en su identidad. El poeta De la Selva es además de los primeros intelectuales con voluntad y conciencia revolucionaria y latinoamericanista, con tal universo de visión y sensibilidad que Henríquez Ureña pensó que él simbolizaba, en la acción cultural vasconcelista, el diálogo o la posibilidad del cordial entendimiento entre la América Latina y la América anglosajona. En *la Acróasis en defensa de la cultura humanista* que precede sus póstumos *Versos y versiones nobles y sentimentales* (1957/74), dice:

Los Estados Unidos eran para mí, por causa de los filibusteros que asolaron a los países de Centroamérica, por causa de la mala guerra de conquista que le hicieron a México, por causa de sus intervenciones armadas, de su política del *Big Stick* y de la Diplomacia del Dólar, si no la barbarie enteramente, por lo menos la encarnación del imperialismo materialista de rapiña. Llevaba yo por eso, no sólo bajo el brazo sino entre los pliegues de mi cerebro juvenil, el *Ariel* de [José Enrique] Rodó, e íntimamente me había hecho la voluntad de no dejar que el Calibán anglosajón venciera en mí la espiritualidad latina de mi estirpe nacional. Lo mejor de mi adolescencia fue el despertar a la verdad de estas cosas.

En la misma directriz de Rubén Darío y los otros poetas modernistas e intelectuales liberales, De la Selva se colocaba en la vanguardia literaria y en la vanguardia del pensamiento político de América: el arielismo que trascendió en socialismo y antiimperialismo. Esta misma conciencia latinoamericanista y sobre todo, su afirmación patriótica, que incluía la racial, lo habían llevado a ser,

como cree él mismo, un *Voluntario Romántico* en la Primera Guerra Mundial. “Explico —prólogo de *El soldado desconocido*— que tuve la buena suerte de servir, voluntario, bajo la bandera del Rey Don Jorge V, enseña que fue de la madre de mi padre. Por eso pude escribir este poema. Nicaragua no tuvo ejército en Europa, pero sí soldados, sí hijos muy suyos, como yo, militares en las filas aliadas”.

De modo que este joven latinoamericano y como tal, “voluntario romántico”, revolucionario socialista, regresó de la Primera Guerra Mundial con menos trauma que el resto de ciudadanos y combatientes europeos. Apollinaire, el fascinado cantor de la guerra, las bombas y los aviones, murió víctima de la misma guerra, que como signo de la modernidad lo deslumbraba. “La guerra de 1914 dejó pocas huellas en la poesía francesa: está presente en la obra de algunos, afirma Gaëtan Picon, de manera muy diversa y a veces anecdótica. Pero las circunstancias han actuado sobre el poeta especialmente en la dimensión de profundidad”.¹³ Si los artistas e intelectuales europeos salieron horrorizados y hartos hacia la evasión o el ensimismamiento, hacia el surrealismo y otras manifestaciones que expresaban lo brutal, lo insólito, lo absurdo, el descoyuntamiento o la fragmentación de la humanidad, De la Selva viene hacia la creación y la liberación, hacia el descubrimiento de América y de una expresión americana. De aquí que *El soldado desconocido* transpire un vitalismo, un entusiasmo propio de nuestras tierras. No es gratuito que, en la posdata de su poemario, proclame:

¹³ Gaëton Picon. *Panorama de la literatura francesa actual*. Madrid, Ediciones Guadarrama, S. L. 1958. Capítulo IV. Situación de la Poesía.

La América tropical dará al mundo los mejores poetas, los mejores pintores y los mejores santos. Como tengo que hacer de centinela no me queda tiempo para dila-tarme ahora en explicaciones. Basta una: El Sol. ¡Me voy a ver la noche hasta que salga el sol! VALE.

Al final de la posdata resuena el eco de la exclama-ción del cisne dariano: “¡La aurora es inmortal, la aurora es inmortal!”. En efecto, De la Selva vino a enrolarse en la empresa de Vasconcelos donde empezaron a aparecer los mejores poetas —él ya era uno de ellos— y los mejores pintores de América —Diego Rivera, otro de ellos— que ratificaban la inmortalidad de la aurora, la salida del sol, el instante auroral en que el mundo nuevo se estaba creando en el Nuevo Mundo.

III

La poesía de De la Selva es una poesía bilingüe, está escrita en inglés y primordialmente en español. Dejó de editar, pero no de escribir en inglés,¹⁴ porque por forma-ción y dominio el inglés era también para él una lengua

¹⁴ En el archivo del poeta que conservaba su hijo, el ingeniero Salomón de la Selva Castrillo, México, D. F., y que hoy guarda la Universidad Iberoamericana, obran innumerables piezas en verso y prosa en inglés (1920-1958) Jorge Eduardo Arellano da cuenta de por lo menos 30 poemas en inglés, “Viaje a los papeles de Salomón de la Selva”. *Bole-tín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación*. Managua, julio-agosto de 1976. Número 12. Unos cuantos ejemplos para observar la cronología: “The garden blues” (1922), “Return of Cuernavaca” (26 de agosto de 1948), inédito hasta que en los primeros setenta Ernesto Mejía Sánchez hizo que Eunice Odio lo tradujera. *La vida literaria* (México, D. F., ¿?), *La Prensa Literaria*, Managua, 12 de abril de 1981. Y “Renascense”, traducción de Edna St. Vincent Millay. *América, Re-vista Antológica*. (México, enero de 1950, número 62).

madre. Poesía bilingüe de un hombre bilingüe: creador y traductor del inglés al español y del español al inglés. Su caso es diferente a los casos de los otros vanguardistas que en su cosmopolitismo y ludismo intentaban hacer con la poesía otra lengua, otro idioma, hablar en lenguas, practicar la glosolalia, como Vicente Huidobro (1893-1948) que escribió en francés y Joaquín Pasos (1914-1947), en inglés. “Se debe escribir en una lengua que no sea materna”, proclamaba *Altazor*. Incluso, recordemos que hubo vanguardistas que en su refutación a la mimesis se plantearon crear a pesar de la naturaleza y contra ella otra criatura, un ser sólo de palabras, un verbo hecho verbo y no carne, otra identidad, como el portugués Fernando Pessoa (1888-1935) y sus heterónimos, que ya fueron otros poetas: Alberto Caeiro, Álvaro de Campos y Ricardo Reis. En 1915, Henríquez Ureña afirmaba: “Aunque maneja con elegancia el castellano, su verdadera lengua literaria es el inglés. Se le conocía ya y se le estimaba en los círculos literarios de los Estados Unidos; pero el triunfo que le coloca en la primera fila de los poetas norteamericanos es el que acaba de obtener con la publicación en la aristocrática revista *The Forum*, de su poema *A Tale from Fairiland* (*Cuento del país de las hadas*). El poema ha sido comentado con gran aplauso en todos los cenáculos neoyorkinos. El distinguido antologista Mr. Braith Waite, que recoge en un volumen las mejores poesías de cada año, ha decidido darle sitio de honor en la colección de 1915”.¹⁵

Cuatro años más tarde, en 1919, el mismo Henríquez Ureña, estableciendo las relaciones literarias del ni-

¹⁵ Pedro Henríquez Ureña. “Salomón de la Selva”. *Las Novedades*, Nueva York, 22 de julio de 1915.

caragüense y ubicándolo en aquel medio, apuntaba: “Entre los poetas norteamericanos, amigos De Selva, se contaban ya Thomas Walsh, pulcro y cultísimo, ameno conversador, lleno de anécdotas sabrosas; William Rose Benet, el místico de *Halconero de Dios*, con su moderación de modales y su elevación de ideas; el sencillo y sonriente Joyce Kilmer, caído luego en tierra de Francia. Después, De la Selva tuvo muchos amigos literarios, desde los pontífices, cuya opinión consagra hasta los principiantes que admiran; estuvo de moda en los *cenáculos*; el decano de las letras norteamericanas, Howells, le dedicó caluroso elogio, sin conocerle personalmente, desde su tribuna crítica del *Harper’s Magazine*”.¹⁶ Siempre se habla de que otros poetas cercanos a De la Selva eran Stephen Vincent Benet y Edna St. Vincent Millay y hasta se le identifica con ellos y con la escuela literaria que representaban, pero casi nunca se refieren a sus vínculos con los imaginistas, incluido Ezra Loomis Pound: “amigo mío en Londres en 1918”, según informa el poeta.¹⁷ Aún más, ya se ha hermanado a De la Selva con los poetas ingleses de la guerra mundial: Rupert Brooks, Robert Graves, Sigfried Sasson y Wilfreud Owen. Recientemente, el crítico Steven F. White ha descubierto que el nicaragüense registra, como otros poetas norteamericanos y a veces con más eficacia poética, las cuatro etapas de la conciencia de la guerra.¹⁸

¹⁶ Pedro Henríquez Ureña. “Salomón De la Selva”. *El Fígaro*, La Habana, 6 de abril de 1919, año XXXVII, número 12.

¹⁷ Pedro Henríquez Ureña. “Acrósis sobre un gran poema (“El Tránsito de Fuego”) de Eunice Odio”. *Cuadernos Universitarios*, segunda serie. León, septiembre de 1974, número 10.

¹⁸ Véanse “Salomón de la Selva: soldado desconocido” por Horacio Peña en *El Gallo Ilustrado*, 5 de marzo de 1967, suplemento cultural de *El Día*. Y *La poesía de Nicaragua y sus diálogos con Francia y los Estados Unidos*. México, Limusa, 1992.

También la poesía de De la Selva se divide en dos grandes períodos; uno vanguardista, vitalista, que arranca quizá alrededor de 1915 y llega hasta mediados de la década de los treinta, y otro, sereno, formalista, tradicional, vuelto a las culturas griegas, romanas y americanas, en procura de modelos individuales y colectivos que enmascararán o justificarán sus posiciones políticas, que parte acaso de 1940 y se cierra con su muerte, 1959.¹⁹ Cabe advertir que en ningún momento en estos dos períodos deja de ser un poeta innovador, experimental, descubridor de rumbos expresivos. La poética o la concepción poética de De la Selva, asimismo, tiene dos nutrientes: su imaginismo en inglés se alimenta del postmodernismo hispanoamericano y su modernidad en español se alimenta del imaginismo en inglés y del modernismo hispanoamericano. De la Selva no rompió ni arremetió contra el modernismo, sino que lo modernizó, lo haló de su desembocadura y lo llevó más allá. Jamás burló a Rubén Darío, su cabeza visible, ni se mofó del resto de los modernistas, como hicieron los vanguardistas; por el contrario, siempre fue dariano, su traductor, su exégeta y admirador; lector de Luis G. Urbina, Enrique González Martínez, Juan de Dios Vaneegas, Alfonso Cortés y Manuel Maldonado. Su poética o su concepción del poema, su forma externa como criatura verbal, más bien, musical, es de franca raíz modernista. De la Selva es una propuesta poética americana moderna, vanguardista en su tiempo, dentro del desarrollo de la poesía hispanoamericana y de la poesía angloamericana.

¹⁹ Ernesto Mejía Sánchez. "Acróasis" para *Acolmixtli Nezahualcóyotl*. México, Gobierno del Estado de México, 1972.

Su primer período se abre con las traducciones *Eleven poems of Ruben Dario* (New York y Londres, Publications of the Hispanic Society of America, 1916) y otras versiones de poetas ingleses al español, pasa por tres títulos, dos de ellos en inglés y uno, fundamental, en español, y podría darse por concluido con una serie de poemas dispersos.

Tropical town and other poems (New York, John Lane, 1918), su primer libro en inglés, como su título lo indica, tiene por tema una ciudad tropical, mejor dicho, una provincia, León Santiago de los Caballeros de Nicaragua, que simboliza toda su patria, *my Nicaragua*: la catedral pétreo y monumental, casas de colores, parques, calles soleadas, cementerios de cal y árboles verdes, barrios de barro, costumbres y cantares coloniales, campanas y campanero ciego, igual que el ciego Santiago de *Los heraldos negros* (1918) de César Vallejo.²⁰

Cabe advertir que esta es una sensibilidad y una temática propias del postmodernismo hispanoamericano; la provincia de los mexicanos Francisco González León y Ramón López Velarde, del colombiano Luis Carlos López y del nicaragüense Rafael Montiel, que en él es toda una constante, mucho más, por lo tanto, que una temática epocal. León, su provincia natal, lo invadirá “desde temprano, afirma Ángel Martínez, para no salir nunca. Y así resonará con las innumerables campanas de sus innumerables torres en su primer libro en inglés, y no dejará de resonar desde su Nicaragua natal en ninguno de sus demás

²⁰ Julio Valle-Castillo. “Los campaneros de César Vallejo y Salomón de la Selva”. *El Semanario*, Managua, del 29 de abril al 5 de mayo de 1993, año III, número 133, páginas 24 y 28.

libros”. Toques festivos y melancólicos, dobles y repiques, que para Ernesto Cardenal, “transmiten una inquietud y un temor religioso que nos recuerda los de Rubén”.²¹

En *Tropical town...*, como en otros modernistas y post modernistas, esta temática celebratoria de América y de lo americano, mestizo o indígena, aparece como rechazo al intervencionismo yanqui. *The dreamer's heart knows its own bitterness...*, sólo el corazón del soñador conoce su propia amargura, susurra el poeta al final de la primera sección de poemario. Acaso por eso se arriesga con la poesía que se ha dado en llamar protestataria, de denuncia política o rechazo de la civilización norteamericana, “A song for Wall Street”:

*In Nicaragua, my Nicaragua
 What can you buy for a penny there?
 A basketful of apricots,
 a water jug of earthenware,
 a rosary of coral beads
 and a priest's prayer.*

*And for two pennies? For two new pennies?
 The strangest music ever heard
 all from the brittle little throat
 of a clay bird,
 and, for good measure, we will give you
 a patriot's word.*

Pero en *Tropical town and other poems*, no todo es León Santiago de los Caballeros de Nicaragua; en la

²¹ Ángel Martínez. Introducción para la *Antología* de Salomón de la Selva. México, Ediciones Sierra Madre, 1960. Y el estudio de Ernesto Cardenal, “Ansias y lenguas de la poesía nicaragüense”. Madrid, Seminario de Problemas Americanos, 1949.

segunda parte, *In New England and other lyrics*, el poeta hermana y contrasta su provincia tropical y colonial hispanica con Nueva Inglaterra, el territorio norteño sobre la costa atlántica colonizada por los ingleses en el siglo XVI, su mágico paisaje de colinas sobre las que se levanta la luna universal, pequeños valles que sueñan con el mar, y abedules blancos, cuyas cortezas se torna carne de mujer. Nueva Inglaterra con sus antiguas canciones, parece imposible que haya sido la misma hoguera puritana donde quemaban brujas. Una intención plástica ante ambos paisajes, muy modernista. Una variedad de ritmos, sonos y tonadas que se despliegan en diversidad y riqueza de formas: metros o versos, estrofas y rimas: “Tropical dance”, “The midget maiden”, “The girl that was wise”, “Delgadina”, etcétera. “Hay quienes se sienten desorientados entre tanta riqueza, y no saben dónde hallar el hilo de Ariadna para el laberinto”, afirmaba Pedro Henríquez Ureña en 1919.

De la Selva, desde entonces, cultivó en español el soneto inglés de estrofas no diferenciadas y de rima asonante que oculta el molde tan socorrido por los modernistas, haciéndolo pasar a la modernidad. Una vivencia americana similar y distinta, múltiple, anterior a y durante la Primera Guerra Mundial, cuyo caballo y jinete apocalíptico galopaba desplegando su bandera mortal y haciendo marchar a los jóvenes del Williams College en la práctica militar:

*One! two, three, four,
One! two, three, four,
One, two...*

Tropical town and other poems pareciera observar los postulados generales del imaginismo norteamericano

—“escribir según los cánones de la mejor tradición, tal como la hallaron en los mejores escritores de todos los tiempos, en Safo, Catulo, Villon. Parecía que eran absolutamente intolerantes con toda poesía que no estuviera escrita con esta intención y la ignorancia de la mejor tradición, no constituía una excusa”— y cumplir con las escasas tres reglas que prescribía la revista *Poetry*, marzo de 1913:

1) Tratamiento directo del objeto, ya subjetivo u objetivo.

2) No utilizar en absoluto palabra que no contribuya a la presentación.

3) En lo que concierne al ritmo: componer con la secuencia de la frase musical, no con la secuencia de un metrónomo.²²

Libro imaginista norteamericano, pero cargado del postmodernismo hispanoamericano, escuela y tendencia que se transforman mutuamente por virtud de la mezcla, del canje y en especial por la lengua.

A Soldier sings (Londres, The Bodley Head, 1919), impreso que ha sido imposible localizar hasta ahora, hace suponer por su nombre que es el antecedente de *El soldado desconocido*, su poemario testimonial de la guerra. Un soldado que ingenuamente canta en los campos de batalla con la Muerte que lo acompaña con su alegre violín. Un soldado que canta, no un poeta —“¿Poeta? ¡No! decirlo me daría vergüenza”—, pero que no se escapa, no evade, sino que encara las atrocidades de la guerra y de la posguerra, según sus propuestas estéticas. Y como canta

²² *Des Imagistes*, edición de Kevin Power. Madrid, Trieste, 1985.

al calor de los combates, de una manera inmediata, poco o nada asimilada, lo que hace es librar su testimonio, su declaración sobre los hechos. Una actitud descarnada y frontal, ni idealizadora de las acciones ni indiferente. *El soldado desconocido* no exalta al héroe ni al “fetiche”, sino que expresa la condición humana de los combatientes que ante y sobre todo son hombres, pobres hombres, terribles criaturas. El soldado de la guerra caído “en Flandes o en Francia era un cadáver como todos, cuando he aquí que le desentierran —dice en su prólogo—. Lo han metido con todos sus gusanos en una caja de zinc, bien soldada para que no se escape mal olor ninguno. Esta caja la han puesto dentro de un sarcófago espléndido de bronce. Y en una plaza célebre de París, o de Londres, o de Roma, o de Washington, le han erigido un catafalco soberbio que, después de un gran desfile militar en su honor, han cubierto de coronas, de banderas, de palabras. Los pueblos ya tiene cada uno su fetiche. ¡Pero ese fetiche era de carne y hueso, humano y muy humano!”.

De eso se trata. Eso trata *El soldado desconocido* y trata de desarrollar el fetiche para humanizarlo. Poesía humana, más humana que divina; realista, confesional, vivencial, aún más, autobiográfica, que no teme y más bien gusta de señalar y presentar lo feo, lo prosaico, lo vulgar, lo cual le permite desplegar una serie de motivos inusitados, que lo revelan moderno y diferente al modernismo, que aprovecha. Sus motivos hacen “temblar a las estrellas, / dejar sus lanzas / y cubrirse los rostros con las manos”.

Porque según una estrofa que podría considerarse un ars-ética que sustenta esta ars-poética:

*La humanidad, ¡alás! no huele a rosas.
¿Y dónde encontrar la bellaza, Dios mío,*

*si todo es podredumbre
y dolor y miseria?*

*¡Oh Safo! ¿tus rosas dónde se abren?
¿No es en el lodo humano
en donde alargan sus raíces?*

Así hace su entrada lo feo, que alcanzará a constituirse en ismo, el feísmo, tan apreciado por la antipoesía de Nicanor Parra en los cincuenta. Pero el coloquialismo, la realidad y lo simple, el mismo feísmo en *De la Selva* está como decantado, como depurado, muy ennoblecido.

El imaginista fija una serie de imágenes que son el inventario de la condición humana y de los horrores de la guerra. Imágenes de la guerra y contra la guerra: “trapos manchados de sangre”, “hombres que se quejan mucho”, “bocas retorcidas de dolor”, “dientes aferrados”, un “muchacho loco que se ha mordido la lengua / y la lleva de fuera, morada, como si lo hubieran ahorcado”, sudores, “todos los piojos”, “hospicios de huérfanos”, “charcas putrefactas”, “la boca de un cadáver”, pedos, sobacos apesotosos, caspa, ratas.

Pero el imaginista también cultiva la figura, o sea, la metáfora, que será un rasgo característico, acaso el más notorio, de la poesía de vanguardia. Para *De la Selva*: “Todo el idioma de los hombres está compuesto de metáforas; no tiene sino metáforas. Sin metáforas no hay idioma, no hay nombres, ni verbos, ni adjetivos, ni las demás partes de la oración; y no importa que, por comunes y corrientes como son, no paremos mientes en ellas”.²³ Los vanguardistas bien podrían afirmar que sin metáfora no

²³ *Ídem.* Nota número 17.

hay poesía, aún más, que la metáfora es la poesía. En *El soldado desconocido*, el poeta hace gala de modernidad, o sea, de poder imaginativo, analógico. En su poema “La bala”, el pequeño artefacto de bronce y plomo es dotado en una sorprendente prosopopeya de alma y de sentimientos, el alma de una bala presentada a través de las sinestesias. “La bala” es acaso el texto vanguardista que ofrece la mayor complejidad metafórica de su tiempo.

Imágenes visuales y metáforas, asimismo imágenes auditivas: las onomatopeyas, tan requeridas en la experimentación vanguardista, efecto nada gratuito ni ocioso porque contribuye a la fidelidad de la representación. Si en el poema “Las ratas” se imita la risa de auto-burla o ironía:

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

en “Granadas de gas asfixiante” las palabras saltan en verdad en sílabas desintegradas para reproducir el estallido, tan lúdico como terrible:

*Pló-pló-pló-pló hacen las granadas,
y cuando caen, plúm.*

Reparando en ciertos motivos y otros elementos dispersos en *El soldado desconocido*, descubrimos un temprano neohelenismo, que se origina en la búsqueda de la inteligencia anglosajona de la latinidad, reflejada en la pasión por la antología griega de dos imaginistas, Hilda Doolittle (H.D.) y Robert Aldington. Pound fomentaba la lectura e imitación de clásicos como Safo, Catulo, Propertio y Ovidio, en los años inmediatamente anteriores a la aparición del nicaragüense. Su helenismo y latinismo son también imaginistas. Pienso en poemas como la “Oda a Safo”, “El canto de la alondra”, “Epigrama”, “La

paz” y “Elegía”, que ya apuntan a sus extensos poemas de madurez, pasando por la prosa y las recreaciones de *Las hijas de Herechteo y poesías* (Panamá, Guillermo Andreve, 1933).

Simultáneamente, este poeta culto, se recrea en motivos y metros populares ingleses e hispánicos (Inglaterra y España son matrices de América y de su americanidad). Hay poemas en *El soldado desconocido* que se inscriben en el neopopularismo, pero siempre culto. Este neopopularismo suyo proviene de baladas y cantares germanos, irlandeses e ingleses. Véase este ejemplo, de arte menor:

*Mar del Norte, Mar del Norte,
si en ti me ahogo,
lávame los sudores,
mátame todos los piojos,
¡déjame la carne blanca
y los cabellos de oro!*

(“Cantar”)

O este otro “Cantar” en metro de arte-mayor:

*La muerte que espero, ¿qué hará que no viene?
Hace tiempo la aguardo: olvidado me tiene.
¡Se habrán cerrado todos los caminos!
Olvidado me tiene, por otros amores;
o tal vez se retarda, segando flores.
Oí su voz: ¡El viento entre los pinos!*

En Cuba, en 1921, De la Selva dató dos poemas sueltos, “Danzón” y “Habana”, que estrenan la poesía afroantillana mucho antes que Nicolás Guillén y los otros poetas de la negritud: ritmo caribeño, sensualidad, tema

negro. De modo que, si volvemos a considerar la fecha de publicación de *El soldado desconocido*, 1922, quizá podríamos aseverar que De la Selva es uno de los iniciadores en la lengua española de la tendencia neopopular que tendría tantos cultivadores en la década del treinta y máxime cuando sus “Cantares”, procediendo de otras literaturas, ensanchan las posibilidades. Su neopopularismo despunta en *Tropical town and other poems* (1918), y en este libro inglés es hispánico y criollo, distinto a los cantares de *El soldado desconocido*, y desembocará en un libro inédito como tal, parcialmente publicado en la revista *Antorcha* de México, *Oda a la tristeza y otros poemas* (1924), cancionero sencillo y sentido, hijo, en efecto, de la Tristeza, procreado en la melancolía por el amor perdido y por la falsa Alegría, prostituida en callejones y callejuelas del centro urbano de la Nueva España o México. Mal amor y mal de amor, quejas de soledad y muerte rezagadas desde la época colonial, que a veces lamentan los reinos moros reconquistados y a veces son canciones medievales de amigo que se torna malo y engañoso. Lirismo y lírica con guitarra de aquí y de allá. De la Nueva España, del Nuevo León y de la Nueva Granada y de la España de Juan Ramón Jiménez, Rafael Alberti y Federico García Lorca. Sobre todo García Lorca (“Susana”).

Entre los poemas dispersos en las décadas del veinte y treinta —“Himno de fe al desocupar las bayonetas yankis el suelo patrio”, “Canto a Costa Rica”, “Amanecer”— hay uno, “Alejandro Hamilton” (sonata), Panamá, 1935, que acaso podría cerrar esta su primera fase. Cierra y abre. Cierra su fase vanguardista y abre la de sus poemas largos, que se hacen poemas-libros. Estructurado como las sonatas en cuatro partes: I Andante, II Scherzo, III Adagio y IV Rondó, narra las vidas y personalidades

de los fundadores del “Día yanqui”, especialmente de Alejandro Hamilton. Retrato sucesivo y superpuesto. Poema anecdótico, por lo tanto, pero que trasciende y se soluciona líricamente. A partir del andante, cada una de las tres partes del poema desarrolla un motivo apenas sugerido en la anterior: una solución musical, lírica, vaga, más que episódica: Henry Adams, Alejandro Hamilton y su mujer Shyler y la mujer de Monroe. Poema de la descendencia y la esterilidad, del prejuicio puritano y la vergüenza, de la mujer norteamericana y del mundo mítico y simbólico universal de la mujer, referido a los códigos de la cultura norteamericana.

Poeta bilingüe, postmodernista en inglés e imaginista en español; helenista por imaginista, culto y popular, neopopular de fuentes irlandesas, germánicas e hispano-arábigas y dentro de este ismo, iniciador de la poesía negrista o de la negritud caribeña. Poeta testimonial, protestatario o de denuncia, conversacional, realista, prosaísta, narrativo y anecdótico y refinado; tradicional e innovador, formal e informal. Arrancó de estructuras simples a las más complejas de la copla, del romance, del cantar al poema largo, del verso al verso libre y al versículo, del soneto en inglés al poema polimétrico. Toda esta diversidad de formas, direcciones, motivos y funciones del poema, de la poesía y del poeta simultáneamente planteados y cultivados no hacen más que ratificar la índole vanguardista, aún más, moderna de De la Selva.

IV

Entre *El soldado desconocido*, 1922, y *Evocación de Horacio*, 1948 y 1949, transcurren dos décadas y media, que, bien vistas, resultan una determinante laguna en la



trayectoria poética de De la Selva. No vuelve a publicar un solo libro análogo en significación a *El soldado desconocido*; aunque hace periodismo, ensaya novela y teatro y publica algunos magníficos poemas largos en revistas costarricenses y mexicanas y una *plaquette* de cincuenta ejemplares numerados y firmados de un poema desigual, *Defensa del pudor* (México, Turanzas, 1943). En las postrimerías de estos veintiséis años, el político, ideólogo y activista, con el que había convivido desde los veinte, desplazaba notoriamente al poeta. Y si en los años siguientes no lo anuló, abarató, desnaturalizó “su *estro* (hablando de él la palabra *estro* conserva su prístino esplendor), rebajándolo a un plano un tanto espurio de prosaísmo cívico. Política y Academia”.²⁴

Integrado al Grupo Jalapa, De la Selva se había dedicado casi por entero a la campaña que llevó al licenciado Miguel Alemán Valdés desde la gobernatura del estado de Veracruz (1936), pasando por la Secretaría de Gobernación (1940), hasta la presidencia de México (1946-1952). Su hermano, el licenciado Rogerio de la Selva fue secretario privado del presidente Alemán. Y del poeta se decía que era la eminencia gris y el poder detrás del trono (dos extranjeros junto al emperador azteca y el virrey mexicano que es el presidente republicano. Tamaña trasgresión y provocación, que los De la Selva y la honra y fama del poeta han pagado a muy alto precio). *Ilustre familia* (1954), está dedicada al presidente Alemán, “en reconocimiento de su genio de gobernante democrático”. Así De

²⁴ Carlos Martínez Rivas. “Dos cartas sobre Salomón de la Selva”. *Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación*. Managua, julio-agosto de 1976. Número 12.

la Selva —y con él toda su familia, el clan de hermanos literatos, políticos y pintores, descendientes de los De la Selva italianos, que en América han “blasonado de cristianos viejos”, como se decían ellos. *Estas águilas anidan sólo en las más altas tierras*, lema de su Ex libris— participaba de nuevo y hasta con cierto protagonismo, de otro período crucial de la historia de México: el inicio del desmontaje de la Revolución Mexicana, o sea, la política alemanista por el presidente Alemán, y su momento triunfal, el sexenio, que se caracterizó por la transferencia del poder de los Generales a los Licenciados, es decir, de los míticos centauros que combatieron en los campos de batalla a los técnicos civiles que integraron la burocracia como una nueva clase política. En 1946 el PRM (Partido de la Revolución Mexicana) pasaba a ser el PRI (Partido Revolucionario Institucional), desplazando las veleidades izquierdistas, agraristas o románticas y ofertándose a la burguesía como institución estable. Gobierno rechazado. Obras públicas que enriquecieron al presidente y a los funcionarios. Concentración de riqueza y corrupción. Crecimiento económico por sobre todas las cosas y desatención social. Desmantelamiento del sistema ejidal en el campo, imposición del “charrismo” sindical (1948) y purgas, persecución y cárceles a líderes izquierdistas. Urbanización caótica. Industrialización masiva, elevadas tasas de crecimiento económico y surgimiento de una clase media consumista. En agosto de 1948, en la cúspide alemanista, el poeta, que regresaba de una gira diplomática por Europa, se declaraba en un poema revelador escrito en inglés y que guardó inédito, harto de la vida política:

*Enfermo, estoy enfermo, oh amigos,
[oh dulce Virgilio,
Oh querido Horacio,*



enfermo de vuestro pequeño dios Augusto
[y vuestra adoración por él.
Y si de nuevo me reúno con vosotros en Roma,
que sea en otro tiempo:
ahora estoy confinado con Dante en el Infierno,
[y desde
allí, oh Dios, ¡qué verdadera ascensión!

El arielista y socialista de su época neoyorquina, el americanista de la acción cultural de Vasconcelos en México, el sindicalista, el antiimperialista y el sandinista dentro de Nicaragua, paralelo a la lucha del General Sandino (1927-1934), y en el exilio en Costa Rica (1930-31) y Panamá (1933-1935), empezó un proceso que lo llevó a sustentar posiciones opuestas a las sostenidas anteriormente. “Ahora el clima dialéctico ha cambiado. Las ideas son más flojas, casi enteramente de sofisma y falacia; los hombres son dogmáticos y matan —escribía De la Selva en 1946—. Ya en plena Segunda Guerra Mundial los que se dicen de Marx asesinaron en las calles de Nueva York a Carlos Tresca [director del periódico anarquista *Il Martello*]. Marx se hubiera horrorizado”.²⁵

Pero el horrorizado fue De la Selva y entre el abandono de unas causas y la decepción de otras, terminó pensando y actuando como la nueva clase política o burocrática mexicana dentro de la cual se movía: pagano, gozador de la carne, de la mesa y del vino, pero católico beato y clerical —“Entre la catedral y las ruinas paganas / vuelas, ¡oh Psiquis, oh alma mía!”—; antifascista, pero nostálgico por las pretéritas glorias del imperio romano; antinazi,

²⁵ Salomón de la Selva. “La vida en los amigos”. *El Universal*. México, D. F., 14 de junio de 1946.

pero con toda una mitología sobre la superioridad racial; militante anticomunista, por demócrata, murió como embajador en Europa (1957-1959) de la dictadura somocista, que se transformaba en dinástica al suceder al general Anastasio Somoza García, su hijo el ingeniero Luis Somoza Debayle. Las suyas fueron posiciones coincidentes y aparentemente opuestas a las mantenidas por su antiguo amigo, el filósofo mexicano José Vasconcelos, a partir de finales de los veinte.

En este contexto se enmarca su segundo gran período o etapa poética. *Defensa del pudor* (1943) marca el inicio y *Lira Græca* (1957-58), el final. Entre ambas obras, aparecen *Evocación de Horacio* (1948 y 1949), *Canto a la Independencia Nacional de México* (1955), *Evocación de Píndaro* (1957) y *Acolmixtli Netzahualcóytl* (1958), libros-poemas o poemas-libros que suelen ser recapituladores y expositores de las nuevas (¿o tradicionales?) concepciones y teorías del poeta: cosmovisiones, interpretaciones, propuestas. Poemas síntesis, que pertenecen a la familia de poemas extensos de este siglo. Etapa y obra pretenciosa, sólo quiere —y con frecuencia da— el do de pecho, únicamente quiere ser poesía mayor, de tono y tema mayor, del mayor poeta que habría en su tiempo en América. Período ambicioso y obra que ambiciona abarcar casi todas las culturas antiguas: la judía, la grecorromana, la hindú, y la náhuatl, para proponerlas a los pueblos de América, en la intención universalizadora del humanista; “porque es nuestro destino más glorioso hacer de nuestros corazones, los latinos de América, síntesis de la humanidad”, tal la afirmación del poeta en su “Carta a la Academia Mexicana de la Lengua”(1952). Según De la Selva los pueblos latinoamericanos, por mestizos, no sólo son el resumen de la humanidad, sino que parte de la

raza cósmica, teorizada por Vasconcelos, de donde deben tener por capitales a Grecia y Tenochtitlán, a Roma o el Vaticano y al Tepeyac. Por virtud del mestizaje, los mestizos son dueños del mundo. Poeta humanista y poesía humanista; la otra santidad, que es la poesía, de la cual habla *De la Selva*, no es más que una ética inspirada en el origen apolíneo del poeta, un concepto complejo: el de *areté* o *virtud*, acaso el más elevado, el de más alta nobleza e individualidad en el mundo. El poeta es Dios y santo, Zeus y Cristo, Júpiter y Quetzalcóatl: divinidad redentora, liberadora o civilizadora, que para él son lo mismo. Si en la etapa inicial y en medio de los soldados, *De la Selva* no se atreve y hasta siente vergüenza de declarar su oficio, el de poeta, en esta su segunda etapa, muy decididamente, se ufana de ser poeta, porque el poeta complementa la obra de Zeus y de la humanidad. El poeta, en consecuencia, perfecciona al mundo. Por él, a través de su obra, la historia, la cultura, las razas, las religiones, alcanzan la Gloria, la Fama:

*No niego al arquitecto. Celebro al ingeniero.
Pero al poeta lo coloco el primero
que junto al gobernante dé a la ciudad espíritu...*

No se trata de un poeta comprometido —que sí lo es—, denunciando un sistema o un dictador, o haciendo proselitismo a favor de un partido o de una causa —Pablo Neruda comunista o Ezra Pound fascista, sino de un poeta instalado en el poder, ejerciendo el poder, gracias a su linaje divino. Poeta oficial, voz cantante de la divinidad o de un régimen, poeta vocero sentado a la diestra de Dios Padre o en los jardines del palacio, junto al rey, el tirano o el presidente, que interpreta y oferta ese mundo al pueblo, a sus gobernados o a sus súbditos. Con tales intenciones y en este medio su obra se ve obligada a revestirse de toda

la presentación tipográfica y erudita, bibliografías y notas, de todo el protocolo, énfasis en una hipotética excelencia, alarde, exclusividad para los exclusivos, porque es poesía oficial, palabra de Dios o de semidiós, o versos circunstanciales que celebran el ascenso, la consagración, la visita, el nacimiento, la boda, o los encuentros de los habitantes del Olimpo o de la corte celestial. Y aquí radica el origen de su fracaso poético: un código y una escala de valores artificiosos e insignificantes. No encuentra auditorio. Se queda sin lectores desde la segunda mitad del siglo XX.

V

Aunque toda poesía es ocasional, como decía Goethe, estos poemas ocasionales parecen inauténticos, falsos, y sus asociaciones y analogías, forzadas. Poesía palaciega, redactada para concurrir a concursos o para rendir tributo o pleitesía; se sabe favorecida y lograda con tan sólo ser aceptada por sus destinatarios. Dos direcciones propias del ideario y de la poética humanista de este De la Selva: la lírica pindárica de los siglos VI y VII a.d.C. en Grecia: himnos, peanes, encomios, ditirambos, cantos procesionales, odas o epinicios, y la poesía de justas y cortes del México virreinal de los siglos XVII y XVIII.

Y, en efecto, *Defensa del pudor* fue escrita, según Roberto Guzmán Araujo, “para eternizar uno de tantos actos de nobleza, de elegancia espiritual del presidente caballero, don Manuel Ávila Camacho, ante el dolor inmerecido por la parálisis de Franklin D. Roosevelt, al tratar de ponerse en pie, en su entrevista de Monterrey”,²⁶ el

²⁶ Véanse las Palabras liminares de la 2ª. ed. de la *Defensa del pudor*. México, Talleres Don Quijote, 1965.

Canto procesional a su Excelencia Reverendísima el Señor Doctor Don Luis María Martínez Arzobispo de México (México, s.p.i., 1948, 16, pp.), para festejar el vigésimo quinto aniversario de la consagración del prelado, el 30 de septiembre de 1948; la *Evocación de Horacio*, para concursar en los Juegos Florales Conmemorativos del IV Centenario de la Fundación de Mérida, Yucatán; las *Tres poesías a la manera de Rubén Darío*, en elogio a las flores que pintó un mediocre pintor de Nicaragua, Alejandro Alonso Rochi, en la corte de *Doña Beatriz Velasco de Alemán*, esposa del presidente mexicano. Y el *Acolmixtlli Nezahualcóyotl* (México, Talleres Gráficos de la Editorial Cornaval, 1958), aunque datado en 1956, está ofrecido al licenciado Adolfo López Mateos en su toma de posesión como presidente de México en 1958.

Pero lo más dramático es que el poeta no alcanzaba ni los laureles ni los olivos ni los apios ni las flores naturales de los jueces ni la Gloria o Fama que entre los griegos no tenía precio, compensatoria del tiempo perdido, iracundo, se lamentaba:

En el gran certamen de Mérida, Yucatán, a mi *Evocación de Horacio* no la tomaron en cuenta no sólo para ninguno de los premios, sino que ni para un modesto accésit o una mención honorífica, y en el certamen todavía mayor, a que convocó la Secretaría de Educación de México por acuerdo del señor Presidente de la República [Adolfo Ruiz Cortines], para celebrar decorosamente, se decía, el bicentenario del natalicio del Padre de la Patria, tan no hicieron caso de mi *Canto a la Independencia Nacional de México*, que declararon desierto ese concurso.²⁷

²⁷ *Ibidem*, nota número 17.

Tampoco había ganado el concurso de novela al que convocó, en 1942, la Editorial Farrar & Rinehart, de Nueva York, por medio de la Oficina de Cooperación Intelectual de la Unión Panamericana y del P.E.N. Club de México, con su obra *La Dionisiada*, publicada en Managua, Colección Cultural Banco de América, hasta en 1975. Peor suerte corrieron sus *Versos y versiones nobles y sentimentales*, porque el certamen convocado por Venezuela en 1957 para el premio “Andrés Eloy Blanco” no se llevó a efecto. El único premio que De la Selva obtuvo en su vida, al margen de alguna flor natural en León, fue en el Certamen Nacional de Cultura de El Salvador, de 1955, que él valoró como poca cosa, con la *Evocación de Píndaro* (San Salvador, Departamento General de Publicaciones, 1957).

No obstante, no hay que hipervalorar este carácter ocasional y en el mejor de los casos, píndarico de sus poemarios, porque no pasa de ser un revestimiento o un pretexto, como en *Defensa del pudor*, donde la anécdota o tema central está eclipsada por los subtemas o inventarios del pudor humano y literario. Literatura de la literatura, hecha con literatura. Aquí lo aparentemente accesorio se torna fundamental. Entre la parafernalia, palpita la poesía, se levanta el poema como una estructura traslúcida y compleja, y se oye la voz del poeta que interpreta como bardo y vate la historia, la cultura y destino de América para insertarlos en la cultura occidental cristiana, al tiempo que reflexiona sobre su posición y situación dentro y en la sociedad y sobre la relación del poeta con el poder. Hay una mirada crítica de De la Selva sobre sí mismo, a veces ingenua, otras veces cómplice, narcisista y otras veces angustiada; hay consideraciones sobre la función cívica y moralizadora del poeta y de su obra. El poeta y

la poesía objetos de reflexión para el poeta desde y en el poema. Las figuras de sus héroes y próceres —Horacio, Virgilio, Píndaro, Miguel Hidalgo, Simón Bolívar, Rubén Darío o Mateo Flores— no son librescas ni simples pre-textos para el texto, en verdad son propuestas vitales, éticas y estéticas, seres vivos, próximos al poeta y vividos por él —Píndaro y Rubén Darío son el mismo poeta De la Selva, Pedro Henríquez Ureña late bajo Horacio—, máscaras o *personae*, enmascaramientos. Y ésta es su actitud más auténticamente humanística: apropiarse de la letra y del espíritu, del pensamiento y la poesía de los clásicos griegos y latinos para aplicarlas y practicarlas en la creación y en la vida diaria.

Con la *Evocación de Horacio* (México, Talleres Gráficos de La Nación, 1949), De la Selva viene a justificar su relación con el poder. No en vano esta segunda edición fue masiva. Bien vale, por latino, evocarlo, recordarlo a propósito del poeta y de América Latina. Si está junto al presidente Alemán es porque Horacio y Virgilio estuvieron junto al emperador Augusto e hicieron su obra al amparo del Mecenas, el ministro de economía del imperio romano. Horacio es una estética que, según De la Selva, restituye cordura y forma, empresa en la que él se encontraba enfrascado, a la enloquecida e informal poesía de vanguardia o moderna. Una estética clásica a partir de un esteta intelectual y artista racional. Horacio es una ética en tanto norma la vida, patrón de conducta, producto moral porque lo rescató la amistad y lo enaltecíó al relacionarlo con la divinidad que encarnaba Augusto. Valores estéticos y éticos se fusionan en Horacio: la disciplina, el trabajo, el rigor, la amistad. Horacio además es la vía a través de su auténtico paganismo, hacia el cristianismo, y

máxime en América Latina, cuya cultura es cristiana, según el poeta, porque “el paganismo verdadero, al que pertenece Horacio y que con él termina, lejos de constituir un mundo de belleza que el cristianismo destruyó, fue desde Homero un esfuerzo grande, de toda el alma, que final y *naturalmente* creó el ambiente moral e intelectual en el que pudo surgir la poesía de Cristo”.²⁸ Para De la Selva existen dos paganismos; uno, que conduce a la perdición, falso, y otro, que lleva a la salvación, el auténtico. El falso conduce a la ciencia, al materialismo, al comunismo y el auténtico conduce al idealismo, a los evangelios y al catolicismo universal, al humanismo. Claro está que el cristianismo en general y el catolicismo en particular, son teocentristas y homocentristas de suyo y por ende humanistas. Cristo es Dios y hombre verdadero. Dios-hombre. En el plan salvífico de Dios, el Padre envía al Hijo para redimir al hombre, sujeto de su plan. Dios se hace hombre para rescatar al hombre. El cristianismo es un humanismo que recibe y digiere del mundo pagano su carga cultural humanista. Pero esta cristianización retroactiva del mundo grecolatino y hasta del mundo indígena americano peca de anacronismo y será de lo más reiterativo del humanismo de De la Selva. En verdad, reitera el error y repite la actitud de los humanistas del renacimiento ante el mundo grecolatino, que tuvieron que cristianizarlo para absolverlo y luego adoptarlo. Así abundan los platonos, los aristóteles, los virgilioes y los pindaros divinos y cristianos.

Desde antes de *Evocación de Horacio* y después, De la Selva fue pindárico. Incluso, mucho más pindárico que

²⁸ Salomón de la Selva. *Evocación de Horacio*. México, D. F., Talleres Gráficos de La Nación, 1949.

horaciano. De la Selva se funde con Píndaro. Experimenta una asunción que llega hasta lo fisonómico. Con su *Evocación de Píndaro*, De la Selva viene a plantear su problema de identidad, en la época en que en México se supo políticamente marginado (1953-1958). Él supo que se movía en un espacio y entre hombres hostiles a la poesía y a él mismo como poeta, porque el arte de los políticos está en desdecirse y el de los poetas en decir. Píndaro es Rubén Darío y Rubén Darío y Píndaro son Salomón de la Selva. Porque para él Píndaro es el poeta por excelencia, el príncipe de los líricos griegos, como lo llamaba Quintiliano, además de que en él culmina el espíritu de la aristocracia griega, cúspide de los valores apolíneos más altos. De aquí que el poeta se alce y esté sobre las miserias de su tiempo y de los hombres y de los sistemas sociales. Píndaro le permite a De la Selva erigirse en la conciencia rectora de su sociedad.

Es muy revelador que tanto en la *Evocación de Horacio*, en la de *Píndaro*, como en *Versos y versiones nobles y sentimentales*, De la Selva se esté planteando y replanteando continuamente su ars-poética y reafirmando la supremacía del poeta sobre los políticos y precisamente en aquello que los políticos aman tanto: el poder, el mando:

*Los príncipes mandáis un limitado tiempo,
los poetas, en cambio, mandan siempre.*

En su alto concepto de poeta, los poetas constituyen lo más importante incluso de la cultura filosófica de un país o de un imperio, porque en sus obras, puede caber una paideia:

*El ciudadano tiene
mejor que los Ulpianos y que los Papinianos*

*la poesía de Horacio; con ella forje patria
y por tal patria dulce le sea y noble dar la vida.*

Por eso es deber de los estadistas enaltecer al poeta
y atraerlo a su vera:

*¡Álcense del cenegal plebeyo
a la altura de príncipes
que gobiernan naciones; dictan leyes;
mantengan el decoro de los pueblos!*

*[...]
...no necesita púrpura
porque su propia dignidad lo reviste
con manto de grandeza, lo corona
señorialmente: adonde vaya,
en país de tirano o de impetuosa turba
o de su estadista sabio, hará valer su nombre...*

En la cultura latina, en la lengua española, patria
grande de los hispanoparlantes y en Nicaragua, cuna del
poeta autor de *Cantos de Vida y Esperanza*, no es neces-
ario ni un guerrero ni un dictador ni un monarca, basta con
su poeta:

*¡Sólo Darío, Darío únicamente,
renueva las latinas glorias ecuménicas
como nunca la espada: sólo él es agosto!
Y no el germano saqueador de Roma
sino Darío es rey en cuyo imperio
nunca se pone el sol...*

Consciente de tales dimensiones, De la Selva mismo
esbozó una paideia con su galería de poetas, próceres y
héroes que personificaban los ideales de la cultura latino-
americana: el cristianismo, la creatividad, la independen-
cia, la universalidad. Y Luis Alberto Cabrales, a su vez,

reconoció una “Paideia en Salomón de la Selva”.²⁹ Su *Canto a la Independencia Nacional de México* (México, Imprenta Arana Hermanos, 1955) es en parte esa paideia. Allí radica su mérito didáctico y patriótico si se quiere y su fracaso poético. Cabrales afirma: “Salomón de la Selva [...], no sólo presenta en sus poemas esos ideales educativos de modo vago y como soñados, sino que los concreta, y más aún, en lenguaje poético llega a exponer teorías educacionales. Llega hasta a expresar en muy nobles versos —reanudando una tradición que viene de griegos y latinos y llega hasta el gran [Andrés] Bello— cuáles son los métodos adecuados, cuáles los fines deseados, cuáles los ideales que deben perseguirse, así como describe los elementos biológicos y psicológicos de la infancia y de la adolescencia”. Para concluir, afirma Cabrales: “Estas sugerencias educativas han sido extraídas de su poema a la independencia de México. Pero en *Evocación de Horacio* y en *Evocación de Píndaro* se encuentra más acopio de fragmentos que pueden servir de estudios para este trabajo [...] de sacar de nuestros grandes poetas y escritores las normas educativas para la formación del hombre hispanoamericano”.

Versos y versiones nobles y sentimentales (1957/1974), cuyo título se remonta a *Valses nobles y sentimentales* de Ravel, pertenece a este segundo período, pero se diferencia de los otros libros-poemas o poemas-libros, unitarios, en que es un poemario de diversos temas y fechas, sin unidad notoria. Cumplido su cometido inicial, participar en el concurso venezolano que no se llevó a

²⁹ Luis Alberto Cabrales. “Paideia en Salomón de la Selva”. *Educación*. Managua, mayo de 1959, año 3, número 7.

término, De la Selva abandonó el original quedando inédito en vida; su edición fue póstuma, hasta 1974. Aún más, el poeta extrajo del volumen dos secciones, otorgándoles autonomía: *Acolmixtli Nezahualcóyotl* y *Lira Græca*.

Entre sus versos hay que reparar en dos colecciones de sonetos ingleses escritos en español, “La amada muerta” y “Pervigilium veneris” y un poema largo titulado “Programa para Dos Grandes Ballets Indostánicos”. Sonetos románticos, versiones del último poema amoroso pagano y poemas rituales del amor “de los budistas de la secta Tautrik”, que giran en torno a dos motivos u obsesiones, temas del temático: el amor y la muerte. Y con el “Pregón de la muerte de Helena”, remordimiento, culpa del amor adúltero y lujuria de muertos, estos poemas forman el conjunto de textos que revelan a De la Selva como poeta erótico pero de un erotismo tradicional y tradicionalista, conservador, nada subversivo ni revelador ni liberador. Hay que señalar que una corriente de erotismo, de sensualidad atraviesa de punta a punta toda la poesía de De la Selva. Celebración de la carne, gozo del cuerpo en y después del acto de amor, Eros y Thánatos, distanciamiento y reflexión sobre el amor, alcanzando niveles místicos como en el “Primer Ballet: Treinta y Siete Expresiones de Sajaya”. Al respecto, el poeta dice: “Ya en el siglo X, Kaun Batta escribía canciones de amor sajaya. El exponente clásico de la doctrina es, sin embargo, el poeta Chándidas, de quien muy poco sabemos en Occidente. Parece que la doctrina de Sajaya influyó en Dante, pues consiste en la adoración de niñas bellas como sendero de la liberación espiritual. Yo supe de esto por el insigne Ananda Coomaraswamy, a quien conocí en Boston. Él ha contado la historia de Chándidas y Rami en un breve ensayo de su

libro *The Dance of Sivor* que en 1918 publicó en Nueva York la ya inexistente editorial The Sunrise Tavern”.³⁰

Marginado en México o en una precaria carrera diplomática nicaragüense en Europa, el último intento de De la Selva por seducir al poder fue su libro *Acolmixtli Nezahualcóyotl*, desde Roma, en 1958 y fue quizá su tercera gran incursión en los temas indígenas si reparamos en *Canto a la Independencia... y Evocación de Píndaro*. Nezahualcóyotl no sólo había sido el rey o tlatoani para los aztecas, sino un poeta, un rey poeta, algo muy superior que valía la pena recordarle o proponerle a los gobernantes y estadistas de México moderno, en este caso, a Adolfo López Mateos. Una república gobernada por un poeta, poetas preceptores de sus pueblos y gobernantes rodeados de poetas sólo podía proponerse en el continente de la utopía, en el país del sol, replicando la república racional y perfecta de Platón, de donde se expulsó a los poetas para siempre. De aquí que el poeta dejara de ser una criatura marginal, desgarrada, enajenada en su sociedad y en el sistema como habían sido los románticos y los malditos, como eran los rebeldes y revolucionarios coetáneos suyos, para ser como él, un poeta integrado y armónico con su ciudad o sociedad. Propuesta y justificación de sus propios actos. Poeta apolíneo, nada dionisiaco.

Este Nezahualcóyotl, rey-poeta magnánimo, religioso, justo, protector de los niños y desvalidos, equitativo en la repartición de tierras, conciliador, preocupado por la educación de su pueblo, sabio, libre de aduladores y

³⁰ Salomón de la Selva. “Acroasis en defensa de la cultura humanista”. *Versos y versiones nobles y sentimentales*. Managua, Colección Cultural Banco de América, 1974, Serie Literaria Número 2.

observante de la ley hasta la aceptación, no exenta de dolor terrible, de la condena y del sacrificio de su único hijo trasgresor, es la suma de virtudes ciudadanas que, acaso sólo puede llegar a poseer en la demagogia el candidato del PRI o el presidente de la república.

Bastante occidentalizado, aún más cristianizado como dijimos antes, resulta monoteísta y no politeísta como correspondería a un arquetipo de la cultura náhuatl. Su verso hiperbatónico y su expresión sentenciosa y purista, entregan en Nezahualcóyotl del siglo XIX, amañado, más próximo al grabado o a la pintura de José Obregón que a los grandes jefes indios pintados por sus coetáneos, Siqueiros, Rivera y Orozco. Evoca las traducciones de poesía náhuatl del padre Ángel María Garibay, que no se diferencian de sus traducciones de la tragedia griega. No aprovecha las formas o estructuras poéticas indígenas, pero usa las flores y plumas de su universo simbólico. No obstante, el segundo tiempo, según Ernesto Mejía Sánchez, es el más severo y dramático del poema, y su léxico indígena y sus nombres acentúan su naturaleza, máxime en las paráfrasis o versiones de la poesía de Nezahualcóyotl. Después de “Tutecotzimí” de Darío, este poema inicia en la lengua española la moderna elaboración, más que temática, de la poesía indígena; antecedente de las aventuras de Pablo Antonio Cuadra en *El jaguar y la luna* y de Ernesto Cardenal, en *Homenaje a los indios americanos y Ovnis de oro*.

Lira Græca (América, Revista antológica, números 73 y 74, septiembre-octubre 1959 y marzo-abril 1960, México, D.F.) fue acaso el último conjunto de poemas en que trabajó el poeta. Retome de *Las hijas de Herechteo y poesías* (1933). Relectura. Reescritura. Postrero homenaje a los imaginistas helénicos y a los humanistas

hispanoamericanos. Ya no canta a, sino desde; ya no son poemas largos, ni laudatorios ni ocasionales o circunstanciales, sino breves, líricos, melódicos, notas efímeras en las noches oscuras del alma que quedan resonando eternamente: desencanto, escepticismo, amargura, trasmutadas en ironía, en gracia, en humor y atemperadas por la madurez. Poesía crítica, sátira contra sus antiguos aliados. Gratuita poesía gratuitamente realizada. Versiones, diversiones. Datan de su aislamiento final. Más que expropiación textual, es apropiación de Hesíodo, Homero, Píndaro, Esquilo, Eurípides, Sófocles, Arquíloco de Paros, Safo de Mitilena, Simónides de Ceos, Alcman de Esparta, Platón de Atenas, Teognis de Megara, Minermo de Colofón. Realización de su clasicismo por su forma y espíritu, por su fuente temática e intenciones, sabiduría o conocimiento del hombre, de la vida y pericia métrica, habilidad versificadora. De la Selva se refugia en la lírica griega y encuentra consuelo y deleite, el encanto de su desencanto en ellas. Es lo más helenístico y lo óptimo de su helenismo poético. Aquí radica el extraordinario poeta clásico, neo-clasicista o neo-helenista.

Debido a su paideia poética, moralizante y educativa, formativa de arquetipos ciudadanos, que no didáctica, esta poesía requería ser diáfana, “alondra de canto cristalino”, que huye ante la fatal medusa. Poesía como comunicación. Poesía comunicante. Arte poética clásica, opuesta al romanticismo, aún más, refutando el romanticismo y su tradición moderna. La claridad era en él la tinidad, americanidad y racionalidad. De aquí que De la Selva rechazara con verdadero apasionamiento, con la intolerancia de un antiguo imaginista sectario, toda poesía o tendencia poética que no tuviera en los clásicos, más bien en el racionalismo, su fuente. La Razón, no la Diosa

Blanca, es la madre de su poesía. El apellido de su poesía es racionalista en la virtud luminosa, clara, y hasta lógica. Nada dionisiaca. El surrealismo, el verbalismo metafórico, o lo que él llama “la escuela suprarrealista, que es la nueva moda afrancesada que padecen nuestras letras americanas”, no pasan de ser o de sonarle “a disparates, a galimatías”. Por eso el itinerario de la poesía moderna para un sarcástico De la Selva va “Del poeta Antonio Machado, a Mario Moreno (Cantinflas)”, es decir, al enredo de palabras, a no decir nada. Es paradójico que un poeta moderno como De la Selva estuviera tan negado para entender la tradición hermética, el subconsciente, la magia, el sueño, lo oscuridad, las ciencias ocultas, la eclosión de la imagería y la escritura automática. No obstante, si contemplamos sus poemas y atendemos su razonamiento encontramos la explicación. Dice el poeta: “en un mundo que requiere la mayor claridad de visión de que es capaz el hombre, para asuntos de gobierno, de economía, de relaciones sociales, de descubrimientos científicos y de problemas morales, aterra el empecinado entreguismo, mientras más fácil y más cautivador más pernicioso, de nuestras letras a la nublazón intelectual de quienes quieren, a fuerza de ser oscuros, inventar la poesía, como si nunca antes hubieran visto los mortales su rostro luminoso y oído su voz clara. La oscuridad que deliberadamente buscan tantos de nuestros poetas de vanguardia, puede ser para ocultar su ignorancia, en primer lugar, pero también para esconder flaquezas morales, cobardía intelectual. Y como vienen afianzando su prestigio, a la sombra de la pereza de la crítica literaria hispanoamericana, he creído obligación patriótica salirles al frente”.³¹

³¹ *Ídem.* Nota número 30.

Pero esta poesía diáfana en su expresión, comunicante en su función, accesible en su propósito, ostentaba contradictoriamente una densidad culturalista y erudita (citas, alusiones, recreaciones españolas de todo Horacio), una versificación elaborada, un léxico purista y una estructura extensiva y ramificada. Sus poemas largos, observando la teoría, se articulan con piezas irregulares, medianas y cortas, lo cual genera una gran diversidad de tonos, formas y subtemas. El mestizaje de cultura de su discurso humanista se hace mestizaje de formas: si la *Evocación de Píndaro* acoge dentro de su marco helénico una “Alabanza del Valle de México” y “Recordación de Maratón” (Segundo Canto), que es paráfrasis de poesía náhuatl, el *Acolmixtli Nezahualcóyotl*, poema indígena, adopta tres tiempos clásicos: el primero, a la manera del ditirambo dialogado de Baquilides, y con coro, el segundo, a la manera de los Eolae atribuidos a Hesíodo y el tercero, en el estilo de Píndaro tebano, con Ofrecimiento y Epinicio (Estrofa, Antiestrofa y Épodo) y un Envío. Si la *Evocación de Horacio* celebra a Mérida, Yucatán, el *Canto a la Independencia Nacional de México* es más horaciana que mexicano al recrear el *Canto Secular*. De modo que esta poesía lo que concede en claridad, cobra en altura y densidad; la modernidad de estos poemas largos, poemas-libros o libros-poemas, la ratifica su mestizaje cultural, formal y estructural. No por emitir un discurso reflexivo, sereno, neohelenista y neoindigenista, estos poemas dejan de ser modernos. Siempre impetuosos, “hablando océanos”, siempre experimentales, siempre abiertos sólo a sus caminos, intentaron también ser poemas-ensayos, conferencias-poemas, fundir ciencia y poesía, como en “El estudio del calor en la Física Moderna, pequeña conferencia”.



Autor, poeta salomónico por sabio, amatorio y erótico; selvático por americano, antiguo y moderno, sencillo y complicado, Salomón de la Selva, hombre a la medida de su nombre,³² es uno de los fundadores de la poesía de Vanguardia, en particular y de la poesía moderna americana en general. Preside, asimismo, una de las dos grandes tendencias de la postvanguardia de la lengua: la llamada coloquialista o conversacional en el continente y exteriorista, en Nicaragua, aún en aquellos rasgos y definiciones en que parecería opuesta. Creación en grandes y grandilocuentes, retórica divina y retórica, entre cuya monumentalidad su belleza está a salvo, hecha palabras, “clara y precisa, / áurea y preciosa / minuciosa y magnífica / como una abeja en ámbar”.

J.V-C.

México, D. F., / Managua, Nicaragua,
junio de 1974 / 13 de julio de 1993.

³² Ángel Martínez. *Nicaragua canta en mí*. Managua, Editorial Nicaragüense, 1967.

TROPICAL TOWN And Other Poems (1918)



Salomón de la Selva en 1922

A
MI MADRE

*Porque posee la virtud
de fecundidad y de resignación
que es la de mi patria.*

MY NICARAGUA

TROPICAL TOWN

For Miss Eugenia L. V. Geisenheimer

Blue, pink and yellow houses, and, afar,
The cemetery, where the green trees are.

Sometimes you see a hungry dog pass by,
And there are always buzzards in the sky.
Sometimes you hear the big cathedral bell,
A blindman rings it; and sometimes you hear
A rumbling ox-cart that brings wood to sell.
Else nothing ever breaks the ancient spell
That holds the town asleep, save, once a year,
The Easter festival...

I come from there,
And when I tire of hoping, and despair
Is heavy over me, my thoughts go far,
Beyond that length of lazy street, to where
The lonely green trees and the white graves are.

TROPICAL HOUSE

For Señorita María Teresa Moreno

When the Winter comes, I will take you to
Nicaragua,—
You will love it there!
You will love my home, my house in Nicaragua,
So large and queenly looking, with a haughty air
That seems to tell the mountains, the mountains
of Nicaragua,
—“You may roar and you may tremble, for all
I care!”

It is shadowy and cool;
Has a garden in the middle where fruit-trees
grow,
And poppies, like a little army, row on row,
And jasmine bushes that will make you think of
snow,
They are so white and light, so perfect and so
frail,
And when the wind is blowing they fly and flutter
so!

The bath is in the garden, like a sort of pool,
With walls of honeysuckle and orchids all
around.

The hummingbird is always making a sleepy
sound.

In the night there's the Aztec nightingale.

But when the moon is up, in Nicaragua,

The moon of Nicaragua and the million stars,

It's the human heart that sings, and the heart of
Nicaragua,

To the pleading, plaintive music of guitars.

TROPICAL PARK

The park in León is but a garden
Where grass and roses grow together;
It has no ordinance, and no warden,
Except the weather.

The paths are made of sand so fine
That they are always smooth and neat,
Sunlight and moonlight make them shine,
And so one's feet

Seem ever to tread on magic ground
That glistens and whispers curiously,
For sand, when you tread it, has the sound
Of the sea.

Sometimes the band, of a warm night,
Makes music in the little park,
And lovers seek, beyond the bright
Footpaths, the dark.

You can almost tell what they do and say
From the soft gossip of the sand—,
What warm lips whisper, how glances play,
And hand seeks hand.

TROPICAL MORNING

In the mornings, —ah, the tropical mornings
When the bells were all so dizzily calling one to
prayer!—
All my thought was to watch, from a nook in my
window,
Indian girls from the river with flowers in their
hair.

One bore
Fresh eggs in wicker boxes,
For the grocery store;
Others, baskets of fruit; and some
The skins of mountain cats and foxes
Caught in traps at home.

I would say,
God bless the womb that bore
The likes of you!
And another day,
Angels could not be more
Lovely than you!
Or, wild with youth and heathen-gay,
Faithful men adore
Virgins less beautiful than you!

They would reply,
Leave my mother alone!



And, with a mocking eye,
You are no saint of stone!

Or, sour and dry,
Blasphemer against Heaven,
In Hell you will atone!
They all passed so stately by, they all walked so
gracefully,
Balancing their bodies on lithe, unstable hips,
Surely, a music moved them that swelled in their
bosoms
And was pizzicati at their finger tips!

But it was never the music of cathedral bells,
Though there were tapers burning there,
And smoke that rose in fragrant clouds,
And a wonderful wistfulness of prayer.

GUITAR SONG WITH VARIATIONS

For Miss Florence Shepard Rogers

Beneath the stars, beneath the moon,
Over the sands, beside the sea,
One time, in Nicaragua,
I was a poet.

I and my guitar were always
Talking to each other,
Like lover and beloved,
Like child and mother.

Intimate things of wonder
That did not matter much
Except that she trembled so
At my touch.

Like waves that come and go,
Like winds that kiss and fly,
With a fleeting, pleading something
That seems to smile, that seems to sigh.

Who ever caught the moonlight
With mortal fingers, or laid hands
Upon the wind while it swept
Over the sands?

My song was made of moonlight—,
You cannot catch it, though you try!
My song had the wings of the wind upon it,
And it shall pass you by.

Beneath the stars, beneath the moon,
Over the sands, beside the sea,
One time, in Nicaragua,
I was a poet.

Youth is a song, and love a song,
Beside wide waters ringing
When God makes music high in heaven
And all the stars are singing.

God and the stars are always
Whispering to each other,
Like lover and beloved,
Like child and mother.

Youth matters little, love matters little,
So quick to vanish away!
Only they know God is so near
They never have the need to pray.

Like waves that come and go,
Like wings that beat and fly,
With a fleeting, pleading something
That seems to smile, that seems to sigh.

Who ever caught love's tresses
With mortal fingers, or laid hands
On youth's sweet body while it dreamed
On shifting sands?

My song was all a song of youth—,
You cannot catch it, though you try!
My song had the wings of love upon it,
And it shall pass you by.

Beneath the stars, beneath the moon,
Over the sand, beside the sea,
One time, in Nicaragua,
I was a poet.

Life is a music, and death a music,
A waking song and a lullaby,
Measure on measure weaving, unfolding,
Forever vanishing in the sky.

Life and death are always
Answering each other,
Like love and beloved,
Like child and mother.

Intimate things of wonder
That would not matter much
Except that they tremble so
At each other's touch.

Like waves that come and go,
Like birds that mate and fly,
With a fleeting, pleading something
That seems to smile, that seems to sigh.

Who ever caught life's breathing
With mortal fingers, or laid hands
On death's cool shoulders casting shadows
On the sands?

My song was a splendid song of living—,
You cannot catch it, though you try!
My song had the wings of death upon it,
And it shall pass you by.

Beneath the stars, beneath the moon,
Over the sands, beside the sea,
One time, in Nicaragua,
I was a poet.

TROPICAL DANCE

(Central American Folk-Song)

—How were you born, Pelota?

—I was born nude, Pelota.

—Not so the corn, Pelota!

—The corn is not lewd, Pelota,
Not lewd as I, my God!

—Where do you run, Pelota?

—Far to the South, Pelota.

—Not so the sun, Pelota!

—There is mouth, Pelota,
No sun knows but I, my God!



THE MIDGET MAIDEN

(Spanish Folk-Song)

Girls of seventeen
Little babies bear,
I am almost twenty,
For this I despair.

Oh, I am so little,
They say, *She's so young!*
I can't bear it, mother,
So I sing this song:

My breasts are ripe
And I am of age,
God grant me for lover
The king's little page.

THE GIRL THAT WAS WISE

(Central American Folk-Song)

What would you do if I were poor,
Tell me, what would you do?
I'd keep a tiny grocery store
Where all the folk would buy
Because my balance weights were true,
My sugar-measure high.

But that would take a lot of money,
And what if we had none?
In all the woods I'd gather honey
And sell it in the town
With little twigs of cinnamon
So sweet and thick and brown!

Then come, and I will marry you
For money none have I.
I merely said what I would do,
But I don't think I'll try,
I do not think I'll try.

TROPICAL RAIN

The rain, in Nicaragua, it is a witch they say;
 She puts the world into her bag and blows the
 skies away;
 And so, in every home, the little children gather,
 Run up like little animals and kneel beside the
 mother,
 So frightened by the thunder that they can
 hardly pray.

Sweet Jesu, you that stilled the storm in Galilee,
 Pity the homeless now, and the travellers by sea;
 Pity the little birds that have no nest, that are
 forlorn
 Pity the butterfly; pity the honey-bee;
 Pity the roses that are so helpless, and the
 unsheltered corn,
 And pity me...

Then, when the rain is over and the children's
 prayer is said,
 Oh joy of swaying palm trees with the rainbows
 overhead,
 And the streets swollen like rivers, and the wet
 earth's smell,
 And all the ants with sudden wings filling the
 heart with wonder,



And, afar, the tempest vanishing with a stifled
thunder
In a glare of lurid radiance from the gaping
mouth of Hell!

THE HAUNTED HOUSE OF LEÓN

(Burned by American Filibusters 1860)

For Mrs. John Lewis Childs

Shattered walls
The rain has eaten,
The earthquakes shaken,
The swift storms beaten—,

No one owns them,
No one would care
To mend them and roof them
And live there.

They say that house
Was burned down
By the Yankee filibusters
When they sacked the town:

Sons of the Devil
Who drank to the Devil
All one night, and burned the house
After the revel.

People passing by it
In the night have seen

Phantom lights moving there
Ghostly green.

Faithful wives,
Going to prayer
In the early morning,
Have seen shadows there.

And la Juanita,
Whom the Devil took
For his bride one night
And then forsook—

Where else was her body,
Her bruised body, found,
But in that bit of Devil's church,
Lying on the ground?

Shattered walls
The rain has eaten,
The earthquakes shaken,
The swift storms beaten,—

No one owns them,
No one would care
To mend them and roof them
And live there.—

I will marry a Yankee girl
And we will dare!

A SONG FOR WALL STREET

In Nicaragua, my Nicaragua,
 What can you buy for a penny there?—
 A basketful of apricots,
 A water jug of earthenware,
 A rosary of coral beads
 And a priest's prayer.

And for two pennies? For two new pennies?—
 The strangest music ever heard
 All from the brittle little throat
 Of a clay bird,
 And, for good measure, we will give you
 A patriot's word.

And for a nickel? A bright white nickel?—
 It's lots of land a man can buy,
 A golden mine that's long and deep,
 A forest growing high,
 And a little house with a red roof
 And a river passing by.

But for your dollar, your dirty dollar,
 Your greenish leprosy,
 It's only hatred you shall get
 From all my folks and me;
 So keep your dollar where it belongs
 And let us be!

TROPICAL AFTERNOON

I used to watch the women going down
With earthen jugs where water never fails,
Summing the daily gossip of the town
And making new remembrance of old tales.
So suns might set and mornings rise, and flowers
Blossom and fall: these never gave them care;
To them the ceaseless toiling of the hours
Was but a pretty thing to make them fair.

The winds are just that way, that talk so free;
The pleasant rivers, running, are that way,
And all the leaves and roots of a young tree
That feed on wind, suck the wet earth, and know
Such familiarity with every day
They care not how the wind and waters go.

TROPICAL LIFE

There's a grave where my father lies,
But I mind me rather of a place
Was as familiar to his eyes
As his father's face.

The street that's bounded by ancient houses
Runs to the park, and there the sun
Is like a golden flock that browses
Until day is done.

The light is heavy, and moves so slow,
And sometimes huddles in a heap
And seems to lift large heads and go
To thoughtful sleep.

I wonder if ever he saw the light
This way. He must have thought strange things
(And never told them, that I might),
So fast there clings

To my remembrance of his ways
A memory of herds of sun
Pasturing quietly through his days
Until life was done.

ALL SOULS' DAY

For Mr. William Dean Howells

The day my people hold
Dedicate to the dead,
There are no flowers red or gold
In any flower bed.

Or cypress tree but shows
Torn branches to the sun,—
But the white graves are green and rose
And happy every one.

Along the long straight street
The living measure slow,
On half-reluctant, conscious feet,
The way that all must go.

The year is at November,
The wind's a weary call;
They wonder why they should remember
This sorry festival;

They wonder why they dressed
To shine under the sun,
The flowers they cut were at their best
And happy every one...

Thank God the blindman rings
His beautiful sad bell!
For there's a voice in it that sings
What I could never tell.

TROPICAL CHILDHOOD

Toys I had, soldiers of lead and a sword of tin
And kites and tops; but I broke the silly sword
And melted the soldiers, and fast as a top may spin
And high as a kite may fly, I sent a word
Whirling and soaring: asking. I was so thin
And restless; scarcely spoke and hardly heard
What people gossiped, too busy with the din
Of that one answer that daily was deferred.

And so I grew, and one day saw the tears
That made my mother's cheek salty to kiss,
And looked behind me at the vanishing years,
And looked before me at the approaching tide,
And knew myself a turmoil of mysteries
And life a whirlwind rushing at my side.



BIRDS OF CLAY

Birds of clay I whistled through,
Have you flown away?
I remember the smell of you,
Birds of clay!

Old it was, so old, so old,—
Dust of centuries of dead!
All my childhood I was told
You would fly, and are you fled?

When I am dead I want to lie
Where in the centuries to be
Children shall utter song and cry
Through the winged dust of me.

BODY AND SOUL

For Dr. Manuel Maldonado

I

This cobweb of long streets is called León.
The spider Time began and left it there
To dangle in the still, tropical air
Moved in no wind but by the breathing sun.
The colored roofs are sorry captured wings,
The churches are brown beetle carcasses;
And nothing quickens, all is loneliness,
Save when, importunate, an old bell rings.

Beside León, Subtiava sprawls. It has
No others colours but the green of trees,
The gray of huts, the zinc of dusty grass.
The Spanish city and the Indian lie,
Unmindful of the tread of centuries,
Unchangeable beneath the changeless sky.

II

Lust and despair, hunger and grief, here tread
On padded feet, afraid Life may arise;
Youth's passion is at best a sick surmise,
Youth's dreams are children sickly born, or dead.

Disease makes visitings familiarly:
 The rich have prayers said, the priestless poor
 Drink bitter roots. And Death is but a boor
 That will not let this doing-nothing be.
 God is somewhere, perhaps. And Satan too.
 There is a Heaven, yes. There is a Hell.—
 Facility of faith where skies are blue
 And the volcanoes groan like souls in pain!
 But the glad will to live! Alas, it fell,
 A stricken tree, under the blight of Spain.

III

This is the body, this the soul of you,
 Ah, Nicaragua, mother dolorous!
 Nor is it lack of love to see you thus,—
 Were I less sorrowful, my song less true,
 I would belie the blood runs in my veins.
 My love is savage: I will strip you bare,
 And wound you with the sight of your despair,
 And whip you with the leash of your own pains.

But when the dawn is red after this night,
 When I have beaten you to gestate wrath,
 You shall behold your self and test your might,
 And through this sad and barren laziness
 Shall stretch my passion, your triumphal path,
 And you shall weep to know my tenderness.

MY NICARAGUA

You take the street that runs by the cathedral
 And go some fourteen blocks and up a hill
 And past the three-arch bridge until you come
 To Guadalupe. There the houses are
 No stately Spanish palaces, flat and lazy,
 As in the center of the town you see,
 Heavy with some three centuries upon them,
 Accustomed to the sunlight and the earthquakes,
 Half bored, you fancy, by these ways of nature;
 But little things, ugly almost, and frail,
 With low red roofs and flimsy rough cut doors,
 A trifle better than an Indian hut;
 Not picturesque, just dreary commonplace,
 As commonplace and dreary as the flats
 Here in your cities where your poor folks live;
 And yet they seem so glad the sun is shining,
 So glad a little wind begins to blow,
 Too humbly, purely glad to say it,—
 And all the while afraid of the volcanoes,
 Holding their breath lest these should wake and
 crush them.

Look through the doors ajar and see the walls
 With holy pictures, saints and angels there,—
 Like little windows opening to Heaven,—
 Sold to my people, revered by them.

And see the children, playing, wrangling,
 dreaming,
 Oh, much the way that children are elsewhere.
 And see the faithful wives, sweeping or mending,
 Setting their tables, doing the thousand things
 Hardly worth noticing that women do
 About their houses, meaning life to them.
 And if you listen, you may hear them sing:
 Not anywhere are better songs than theirs!
 That rise and melt away like incense smoke,
 And can, if pressed too hard against the heart,
 Drip heavy drops that are all women's tears.

But if you hire a guide, no guide will ever
 Think of directing you to see this mere
 Unhonoured deadliness of people's lives
 That is the soil the roots of beauty know.
 The old cathedral that the Spaniards built,
 With hand-carved altars for two thousand saints;
 The ruined fortress where they say that Nelson
 Lost his left eye when he was but a pirate—
 Oh, broken piles of masonry outworn,
 The shreds and trash of things that were of price,
 Cocoons forgotten whence the butterflies
 Of love of country and of love of God
 Rose, and were lost among the fields afar!

The *dear* hotels with palm trees in the garden
 And a self-playing piano drumming rags,
 Where you drink lemonade and rack your brains
 Thinking: What in the devil's name is Tropics?—
 The shops of German, English and French owners;
 The parlours of the ruling class adorned
 With much the same bad taste as in New York,—

That never was my country! But the rows
Of earthen little houses where men dwell,
And women, all too busy living life
To think of faking it, that is my country,
My Nicaragua, mother of great poets!

And when you see that, what? That despite
Newspapered revolutions and so forth,
The different climate and the different
Traditions and grandfathers of the race,
My people and your people are the same:
Folks with their worries and their hopes about
 them,
Toiling for bread, and for a something more
That ever changes, that no one could name—
And this is worth the journey to find out.

THE DREAMER'S HEART KNOWS ITS OWN BITTERNESS

(A Pan-American Poem on the Entrance of
the United States into the War)

From the South am I, from the tropic lands;
I was born where the sunlight is molten gold:
If you probe my heart, if you pierce my hands,
You will know the blood that is never cold.

Where the mountains raise large mouths of fire
That kiss the clouds perpetually,
It was there I learned of the heart's desire,
And the soul of the mountains is the soul of me.

To the North I came, with a dream, with a song,
With a noise like the music of the rain in the Spring,
For I held the Vision and it ruled my tongue,
And North and South would hear me sing.

To the South I said: "You are my Mother:
With your will you have shaped me, with your
rich breasts fed;
Your daughters I call Sister, your sons, my
Brother;
In my hour of need I will call on no other,—
You will close my eyes when I am dead."

To the North I said: “You are my Bride:
I have found you fair, you shall know me true;
We will rise together, side by side;
On a day, you shall cherish my love with pride,
For who praise my name shall honour you.”

And again I spoke in my Mother’s face:
“This is your daughter, this foreign land;
For my love of her I have dared disgrace:
I have shattered the walls of creed and race,
Love was so true that no walls could stand.

“For this land I have blushed when its choice
was shame;
For this land I have cheered with all my breath;
Sweet in my ears is its very name:
For is sake I would die the soldier’s death.

“Not false to you, Mother; not false, my Mother!
It were not in my blood to be false to you!
You have I cherished above all other,
But I love this land, and my flags are two.”

These words I spoke till to hear them there
Arose from the Past, blood-thirsty and shrill,
A savage cry, a savage prayer
To forget him not. But I sang on still
With the dreamer’s passion, with the poet’s will.

I knew the Past: what the years had done:
What the heedless North, what the headlong
South;
But the Past was night, and I was the sun
And the light of the morning was on my mouth.

For a pact I came, for a living scroll,
For a singing vow that the North should take,
For a pledge immortal as my soul
That not even the hatred of Hell might break.

I would die in battle for the least of these lands;
Their sorrows are mine, I have cried for their wrong;
I have given them ever the work of my hands,
But I shaped them the future in my gift of song.

Unbelief was against me, with sneer, with scold,
With impotent jeer and rancorous whine;
But mine was youth and belief was mine:
I was the blood that is never cold,
And my faith had the strength of a heady wine.

From the vineyard of flags I had plucked racemes
Of grapes that were stars and suns in the shields,
I had crushed these clusters and I knew the dreams
That the wine of flags to the drinker yields:

On a day I saw, as I raised my eyes,
The Condor and Eagle in epic flight;
Their wings were black, and over the skies
They cast a sudden prefigured night.

The sky of peace they rent in two:
Taloned with hatred, clawed with threat,
They sprang at each other athwart the blue:
They had heard the Past's "Lest ye forget!"
But I flung my dreams and, as they flew,
My swift song caught them as in a net.

On a day the sea wind buffeted me
And the sea spray salted my hair and lips,

And I saw, as I turned to the angry sea,
That the waters were black with war-rigged ships.

Southward they bore, for the foe lay there.
I looked and I saw, from coast to coast,
That the South had leaped like a beast from its lair,
It had heard the Past's blood-thirsty prayer,
And twenty banners smote the air,
And the twenty peoples were as one host.

Never was craftier siren song
Than the son I sang till the waters lay
Untroubled blue as when the young
Feet of the stars first danced along
Its burnished floor in the world's third day.

But now a cry like a red flamingo
Has winged its way to the Judgment gates:
My Nicaragua and Santo Domingo
Shorn in their leanness by the "famous States"!

Harried and thieved in their want, in their hunger,
Their honour flaunted for a thing of laughter...
—You have done this because you are the stronger,
Do you know what deeds may follow after?

In the night I have risen from sleep and rest
With the cry of the plundered lands in my ears,
Have you not enough in this land of the best
That you trespass beyond with unholy shears?

Will the birds be loosened that I caught in air?
Must the blue sea blacken with warlike ships?
O my Bride, O my Bride whom I found so fair,
Is my wooing naught, and must I despair
Who have come with this song of hope on my lips?—

Who have come to the North with a dream,
with a song,
In the furrows of morning sowing the Spring?—
Is this vain, this Vision that has ruled my tongue?—
But yet once more must you hear me sing:

War at your gates is a beggar no longer,
You have crossed the sea with the terrible Stranger,
You have challenged the might of Belgium's
wronger:
Dreadful you stand like the winged Avenger.

Will you let this thing be said of you,
That you stood for Right who were clothed with
Wrong?
That to Latin America you proved untrue?
That you clamoured for justice with a guilty tongue?

Hear me, who cry for the sore oppressed:
Make right this grievance that I bear in me
Like a lance point driven into my breast!
So, blameless and righteous, your strength shall be
The power of God made manifest,
And I pledge the South shall never rest
Till your task is accomplished and the world is free.

IN NEW ENGLAND AND OTHER LYRICS

DELIVERANCE

What am I doing, here, in New England?
All day long, till the end of the purple afternoon,
Watching to see, over the hills of New England,
The rising of the universal moon.

PORTRAIT

Like frozen water there I found him,
With thoughts that were like leafless trees around him.

Like water frozen to its depth I saw him,
No summer ever was long enough to thaw him.

I tried to make him angry, only
He grew more cold and reticent and lonely.

I tried all ways I could to love him:
I crept up closer and I leaned above him.

I pierced his surface in good part
And made a plumb-line of my heart:

But he was frozen through and through,
How deep he was I never knew.



THE SECRET

This, in the lower Berkshires,
Was most like witchery,
At evening, in the Springtime,
The bark of a white birch tree
Turned flesh, for my sake only,
So soft to touch, so rose to see.

When the cool sun was setting
The sky spread out her hair
Over the pillowy mountains
Heaped for her comfort there,
And I saw, like bathing women,
White birches tossing in the air.

But the good folk grew sulky
Because I would not pay
A compliment to the Springtime
In that New England day;
And they murmured because I wanted
To pack my things and run away.

CONFIDENCES

I have told you my secret,
And the white birch tree
Is wistful; the little valleys
Are dreaming of the sea.

The hills have gathered round me
To hear me tell
Of the deep volcanoes
Where the old gods dwell.

O little child New England,
And did you like to burn
Witches? And were you really
Ever so stern?

Dance, all you little children,
And I will play with you!
I am afraid of witches
Also; I burn them too...

FINALLY

*For Mr. and Mrs. Edgar B. Roberts,
of Williamstown, Mass.*

Finally, after months of being shy,
An Autumn and a Winter of looking at each other
With a suspecting eye,
It is good to know at last that I have found you,
New England, little mother!
Ah, good to put my arms around you,
To clasp you fast and hold you fast,
Suspicion done away, and shyness past,
Now, in the Springtime, —thank God, the Spring at last!

You are not feelingless, you are not cold:
There are your farmer women that suddenly lose their
mind,
Afraid of the long silences, afraid of growing old,
Eager for a larger living, eager to seek and find
What the new winds tell, what the old winds told,
How passionate, my God! how passionately blind.

You are not heartless, you are not unkind:
There was the sweet old couple that took care of me;
Their son, grown up and gone, they, left behind,
Loving all mothers' sons with unquestioning charity.



It was most of the nights they would sit up and wait
 Till I was safe in bed and warm in bed;
 And their call, in the chilly mornings, lest I be late;
 And their coffee hot for me, and their raisin bread!
 And never a penny asked for the kindness, never a
 penny paid,
 And always the loving word, *God will be good to you!*—
 With all my heart this in my soul I said:
It is now His goodness shows, and this was true.

I have traveled in many lands, I have lived in many
 places,
 New England hearts are the kindest hearts I ever knew:
 For courtesy the ways of them, for honesty their open
 faces:—
 Poets who tell the truth of people are so few,
 I will go through all the world again, New England,
 and sing your praises.

I will go to all the places where ever I have gone,
 And last to Nicaragua, where I will tell my people:
 “They haven’t any cathedrals, their worshipping is done
 In little bits of churches, painted white, with a pointed
 steeple,
 But their God is the God of us, their Christ is Mary’s son.

“They haven’t the lakes we have, or the wild cow herds;
 And it’s very cold in Winter, and very hot in Summer;
 And at talking they are sort of slow, being poor of words,
 But there was never a New England door that turned
 away a roamer,
 And in the Spring the little woods are thick with birds!

“Once, when my heart went out of me, a careless rover,
 A white birch tree growing on a New England hill

Turned flesh, for my sake only, and let me be her lover
Till I was sane and quiet again, having had my fill,
Hushed with the breathless wonder that my love could
move her.

“It was a little, gray New England woman I told the
story to;
She did not run with fear of Hell to tell the parish priest—
The way our old Church-haunting women do—
But looked at me with eyes tendered than moonlight
in the mist,
And, *God will be good to you*, she said; *God will
be good to you.*
And it was then and there that He was good to me,
and this is true.”

MEASURE

For Mrs. Daniel E. Wheeler

In a little pool
You could jump over,
I saw reflected
All of the sky.

I wondered: How
Should one rightly measure
This lovely water,—
By the earth that holds it?
By the heaven it holds?

You know how I measured it!

INMATE

The woman whose heart is scarcely stirred
Except to feel the evening air,
May be, perhaps, like a brown bird
For all her witchery of hair.

May be, perhaps, if she could tell,
A withered leaf in Autumn weather,
Or broken glass, or a dry well,
Or like a bright wing's cast off feather.

I say to myself, over and over,
The pity of things that play a while,
And was the wind her only lover,
That she can only look and smile?

I say to myself, No one shall know
The secret of the song she sings,
Except the loneliness of the snow,
And seaweeds when the tide is low,
And the great anguish of passing wings.

SONG OF THE MAGDALEN

Peter holds the keys,
And one is fire, and one is gold;
But I have far more than these:
His heart I hold.

On the Cross He lies,
Tortured limb on wooden limb,
But to me He turns His eyes
And mine to Him.

CELLINI AT THE METROPOLITAN MUSEUM

Salt cellar for the Rospigliosi: Here
The turtle is a symbol of all time
Except his own who wrought the symbol. Then
The dragon claws, the dragon wings and, more,
The rhythmic thrust of the lithe dragon body,
Sought to outdo, all in a sudden sunrise,
The perfect poise and tread of centuries
That thorough night had labored on to morning;
And only pointed ways, arrived no where
And held an empty cup of goldenness
To the eternal questionings. The Sphinx
Twines calmly siren limbs —ever the call!
Hangs from her breast the pearl of all desire,
A conquered mist, attainable in form,
Inviolate forever in the dream
Heaven itself hides from the dragon's seeing.

Knowing that symbols too have parentage—
A thread of being folding them forever
So that the perfect symbol sums all things,—
I know the Sphinx, the dragon and the shell
Are but the soaring issue born of Time
That, imperturbably, fulfilled within
The measure of its roundness, neither seeks
Or ever finds.



Thus, from all restlessness
Of outward action, rest and peace are here
Told, in a gold salt cellar for a prince,
By one who in a whim grew generous
And summed his life and gave it all in symbols.

THREE SONGS MY LITTLE SISTER MADE

I MAKE-BELIEVE

*Mariposa, mariposita,
la del ala azul,
vamos a volvernos locas
de tanta luz!*

Butterfly, butterfly,
You whose wings are blue!
Let us riot in the sunlight
Mad with dew.

Butterfly, butterfly,
You whose sings are bright!
Let us riot in the darkness
Mad with light.

Go and say good-by
To the pretty rose,
Go and say good-by
And give her a kiss.

I will call the carpenter:
—“Carpenter, at once
Make a little coffin
Wide enough for three...”

I will call the priest:
—“Father, say a mass
For the butterfly,
For the rose and me...”

Mother, I am crazy!
Playing I was dead
With the butterfly
In the flower bed.

All the flowers laughed,
Excepting the rose,
All the flowers laughed,
But I was the rose!

II. PENNIES

*Los centavos son de los pobres,
de los ciegos y los tullidos,
de los que sufren grandes hambres
y van rezando en los caminos.*

Pennies are for beggars
For the halt and blind,
For the hungry people
To pray for and find.

For myself I only
Want a bit of glass
Colored with the colors
Of the days that pass.

For myself I only
Want a garden seat;
Pennies are for beggars
Begging in the street.

For myself I only
Want a Butterfly,
If alive, to chase it,
And if dead, to cry.

For myself I only
Want perishing things,
Pennies are for beggars
And I come from kings.

This about my Mother
Is surpassing strange,
That she counts the pennies
From the baker's change.

III. MOONRISE

*Voy a hacer rey a mi novio
con una corona de oro.*

I will make my lover King, I will give him a golden crown;
I will send the heralds on horses to proclaim him though
the town;
I myself will come before him and before him will
kneel down
With, "My liege, I am thy servant, though I gave
thee the golden crown."

He will rise, and the folds of his mantle will show
how he is proud;
He will rise as when the silver moon rises over a
space of cloud;
He will see me, like a water, heaving before him, crying aloud,
And perhaps I shall be Queen, or the moonlight
will be my shroud.

SONNET

Are you awake, Beloved? Come and see
My special garden, set and sown apart
In the most secret comer of my heart.
Never the butterfly, never the bee

Has sucked a blossom there; no day too sunny
Has dried a leaf; no wind has swept and bent
A single careless branch: with fruit unspent
The trees are heavy, and the flowers with honey.

But I am hurt with this too rich excess:
Come thirsty, hot and swift! Come butterfly,
Come sun, come wind! and twist my trees awry,

Scatter my fruit, and of this perfectness
Leave only ruins where the Spring next year
May say, This place is mine, love triumphed here.

COURTSHIP

Am I too changeful, Death?
You are too changeful too;
Then leave me here to draw my breath
And come no more to woo.

We'd make too false a wife,
A husband too untrue:
Sometimes I am in love with Life
And Life is sometimes you.



THREE SONGS

For Miss Gertrude Watson

I. TRYST

There were black roses there
And a lake of snow,
And silver wings were in the air—
That is all I know:
There were black roses there
And a lake of snow.
Do you remember —no?—
How it was tragic there?
Black roses all a-row
Growing for your hair;
And the little lake of snow,
How it was tragic there!

II. WORN TOY

As a child gives what it no more desires,
With a quick gesture and avertedly,
Grown weary of her heart, as a child tires
Of a worn toy, she gave he heart to me.

III. THE BIRCH TREE

I loved a bit of New England once
(God know shy!),

A white birch delicate against the snow
Or the gray sky,
But it was the wind that wrung its branches,
That clasped and held and flung its branches,—
The wind, not I.

IN WAR TIME

A PRAYER FOR THE UNITED STATES *August, 1917*

Apocalyptic blasts are ravaging over-sea.
With lure of flag and conquest the harlot War is
woeing.
The horse John saw in Patmos its dread course
is pursuing.—
I pray the Lord He shelter the stars that shelter me.

HATRED

When hunger crawls
Up to the heart, and draws
Its dragon form about it, and its claws
Make all the limbs to ache; when darkness falls
Upon the bloodshot eyes
While yet the unperturbed skies
Are full of light;
When lips God made for laughter cry outright,
Whether it be the fault of man or fate,
The heart God made for loving learns to hate
And swells with hatred, hatred from the core.
All else is antique rhetoric and serves
For literature to cheat the hard-strung nerves
Of people weary with the weight of war.



DECEMBER, 1916

Early December this year of grace
(*This year of sorrow; the world's heart saith*),
Here, in New England, earth's wrinkled face
Is frozen stiff, as if some death
Painful and sudden had struck it so.
There are no signs as yet of snow
(*No signs of peace, the world's heart saith*).

I almost could think some battle here
Was fought, and mangled bodies lie,
Frozen and filthy, under the drear
Gaze of the sun, the moon, the sky,
Who still, for this, forbid the snow.

But God is punctual and snow will come
(*And peace will come, the world's heart saith*),
And earth will hide her troublesome
Face of despair, semblance of death.
But this frozen horror that we know
Shall be terrible still, under the snow
(*Peace shall be terrible, the world's heart saith*).

DRILL

WILLIAMS COLLEGE, *April, 1917*

One! two, three, four,
One! two, three, four,
One, two...

It is hard to keep in time
Marching through
The rutted slime
With no drum to play for you.

One! two, three, four!...

And the shuffle of six hundred feet
Till the marching line is neat.

Then the wet New England valley
With the purple hills around
Takes us gently, musically,
With a kindly heart and willing,
Thrilling, filling with the sound
Of our drilling.

Battle fields are far away.
All the world about me seems
The fulfillment of my dreams.
God, how good it is to be
Young and glad today!



One! two, three, four,
One! two, three...

Now, as never before,
From the vastness of the sky,
Falls on me the sense of war.
Now, as never before,
Comes the feeling that to die
Is no duty vain and sore.
Something calls and speaks to me,—
Cloud and hill and stream and tree;
Something calls and speaks to me
From the earth, familiarly.
I will rise and I will go
As the rivers flow to sea,
As the sap mounts up the tree
That the flowers may blow.—
God, my God,
All my soul is out of me!

God, my God,
Your world is much too beautiful! I feel
My senses melt and reel;
And my heart aches as if a sudden steel
Had pierced me through and through.
I cannot bear
This too vigorous sweetness in your air;
The sunlight smites me heavy blow on blow,
My soul is black and blue
And blind and dizzy. God, my mortal eyes
Cannot resist the onslaught of your skies!
I am no wind, I cannot rise and go
Tearing in madness to the woods and sea;
I am no tree,

I cannot push the earth and lift and grow;
I am no rock
To stand unmovable against this shock.
Behold me now, a too desirous thing,
Passionate lover of your ardent Spring,
Held in her arms too fast, too fiercely pressed
Against her thundering breast
That leaps and crushes me!

One! two, three, four,
One! two, three, four,
One! two, three...

So it shall be
In Flanders or in France. After a long
Winter of heavy burthens and loud war
I will forget, as I do now, all things
Except the perfect beauty of the earth.
Strangely familiar, I will hear a song,
As I do now, above the battle roar,
That will set free my pent imaginings
And quiet all surprise;
My body will seem lighter than the air,
Easier to sway than a green stalk of corn;
Heaven shall bend above me in its mirth
With flutter of blue wings;
And singing, singing, as today it sings,
The earth will call to me, will call and rise
And take me in its bosom there to bear
My mortal-feeble being to new birth
Upon a world, this world, as I reborn,
Where I shall be
Alive again and young again and glad and free.

One! two! three! four!

One! two! three! four!

One! two! three!...

All the world about me seems

The fulfillment of my dreams.

ODE TO THE WOOLWORTH BUILDING

For Mrs. Chester Griswold, Jr.

O lyric-ardent, lily-white, arrayed
Like some knight-worshipped medieval maid
The evening of her nuptials, in a gown
Whose long chaste folds fall rigorously down
And hide your earth-shoed feet; a thinnest veil
Of woven mist about you, and a frail
Tiara of gold blossoms in your hair,-
Why do you tarry all the seasons there?
Are you not weary waiting night and day
For the Beloved long upon his way?
And does doubt never fret with swift unrest
The aching hunger of your virgin breast?
And do you never feel the miseries
That crawl about your feet in days like these?
Sorrow that like a barren bee makes hum
But drops no honey in the empty comb;
And busyness that seeks in a steep way
A slippery release of day from day;

And tears withheld so long the eyes forget
Weeping makes mortal sweetness doubly sweet;

And pain untold of youth that, withering,
Can hardly say it has a song to sing,

But only snatches caught at unaware
And lost too quickly in the noonday air;

And grief for ripened youth sailing afar
To what heroic gesturing of war...

Oh, will you never stoop and throw you down
And groan for pity of the sorry town?

Ah, beautiful and pitiful! Ah, last
And fairest of the daughters of the Past

Born out of time and in most grievous days
When unto beauty men mete out no praise!

Lone Gothic princess, all your line is dead:
The glory of your race is vanished: fled

It that high faith that should have found in you
Its meet delight and its expression true:

For you should be, O Virgin-like! a shrine
Of her that made virginity divine:

Mary's handmaiden, garlanded with bells,
The haunt of holy nuns and miracles.

But men no longer pray, and if they do
Their thought and action prove the prayer untrue.

Your elder sister, gray and glorious grown,
She born to Rheims, the Hun has overthrown,



The Iron Heel with which all Hell is shod
Trode on her womb that bore the seed of God;

Her hands were tortured and plucked-out her eyes;
Her rose-heart, broken, on the atrium lies.

And you that never in your care have held
The Bread and Wine; where never yet have swelled

Anthem and incense, should they tear your walls
You would fall blindly, as a swart heathen falls.

Yet for your sake I speed my winged song
Beyond the thunderous clamour of the throng

To where the bards of ages gone still raise
For lovely things like you their luted praise.

I, pittances of Poetry, your dole
Of song deal out to you; for you my soul

Have gladdened many a bitter nightmare night
When homeless, hungry, with no dawn in sight,

I walked the cruel streets, longing to be,
In the sheer midnight of my misery,

A corpse upon the waters mourning clad
That round the City flow forever sad.

Then, luminous, divine, you seemed to me
Like Jesus When He preached in Galilee

And blessed the lowly and their glory told
And He was clothed in kindness as in gold.

In seasons of unreasoning despair,
When hate crawled to my heart and feasted there,

And love knew not my lips, but, grief oppressed,
Lay, a dead burthen, heavy on my breast,-

Oh, charm of lovely things! you stilled my grief,
And, reaching to your beauty, leaf by leaf,

My soul would bloom, a lily tall and white
Thirstily drinking from your dewy light.

So I forgot my hunger, reconciled
To God and man; became a little child

For very love of you, and all night long
My heart was like a honeycomb of song.

Therefore, O lyric-lofty, lily-white!
The Lord's own taper burning in the night

For souls that walk in darkness, *ave!* Hail!
The Lord is with you. He has wound that veil

Of silken mist about you. He has given
Your beauty for a promise of His Heaven,

And granted you, for court of councilors,
The wise, unerring order of the stars.-

Say, when the wars are ended, will this pain
Of hunger cease, or is it all in vain?



THE KNIGHT IN GRAY

For Leon Feraru, of Rumania

(IN THE FASHION OF A MOLDAVIAN DOINA)

Color of the poplar leaf!
Death shall keep secret this one thing:
The restlessness that was my grief
Since first we budded in the Spring.

Eye, he was sweet! the girls will say,
And all the world shall hear of me:
The poplar leaf is not so gray,
Or mountain mist so free.

But nothing matters except this thing:
My arms are rhythmic to my breath,
And I must live the songs I sing
To save my songs from death.

Nay, but I always fought and died!
And ever I entered the lists of war
With a king's sadness and the pride
Of an emperor.

And if some hate, no hate have I
Who fight for love and love alone
Returning to the earth and sky
Their elements I own.

The songs I sang came to my lips
 The way of seeds to fields afar,
 Shaken from trees whose budding tips
 Were lances sharpening for war.

My deeds were gestures in the wind,
 I bent the way of a poplar bough,
 And if I fell, and if I sinned,
 A larger breath shall lift me now.

Where trampling armies melt the snow
 And wounded men clutch withered grass,
 Torn from myself my self shall go
 The way of rivers down a pass.

It will not be the sudden blindness
 Of a beast's awakening,
 But that impulsive heat of kindness
 That quickens in the Spring.

So, with the rush of summer rain
 I shall have swept across the earth,
 And if it chance myself be slain,
 My self shall have a richer birth.

And, *He was true!* the lads will say,
 And all the world shall hear of me:
 The poplar leaf is not so gray,
 Or mountain mist so free.

THE TALE FROM FAERIELAND

PASTORALE

For Mrs. Robert L. Taylor

(PRELUDE DE BACH 16 CLAVIER BIEN TEMPERÉ)

Colin the shepherd on a day of Spring
When all was greenery and bourgeoning,
Under a tree, a slender tree and young
That had not yet borne fruit, made tender song;
And ewe and ram and sportive lambs around
With bells on them that had a gentle sound,
Gamboled in peace, while overhead the sky
Bore curly clouds that to the shepherd's eye
Were like a flock of fleecy little sheep
Pasturing there in the Lord's holy keep.

Colin the shepherd felt in wind and grass
And in all lovely fleeting things that pass
The breath of Beauty, cool upon his soul.
His heart knew not as yet passion's control:
It was the Spring for him, as for the year,
As for the little tree he held so dear,

As for the flowers that unhindered grew;
And his full being gathered, like bright dew,
A peacefulness that quieted all need,—
Therefore he blew upon his oaten reed.

THE TALE FROM FAERIELAND

For Mrs. Charles E. Schauffler

What time I lay in bed, lath to arise,
A vision came to me, dazzling mine eyes.

I could not choose but lie abed all day,
Threading sweet words to weave it in a lay.

(So I forgot my hunger, and the deep
Sadness that made me long for endless sleep.)

Not any of the ancient tapestries
Could tell a tale more wonderful than this.

For here, in words of purple and of gold,
And words of silk and silver, Love was told.

And here were figures, marvelously drawn,
Of gods and men, of sunset and of dawn.

And here were symbols, such as Merlin loves
A Cross, a Herd of Lambs, a Flock of Doves.

And a deep labyrinth, most intricate,
Through whose black vaults unwound the thread of Fate.

And here were words, like roses, and loud words,
Like to the sudden flight of many birds.



And woodland words, like leaves, that, tremulous
Forever, made the verses murmurous.

And one word was a moon: a syllable
Argent and chaste and fraught with many a spell.

And one word was a sun, and it was round,
And it was warm, and had a golden sound.

And one soft word was maiden-fleshed, rose-white,
Delicate-veined; it held the day and night.

And all these words I wove into a lay,
A cloth of words, that made my sad heart gay.

When it was finished, folding it, I said,
“The King will buy it!” —and got up from bed.

“The King will buy my lyric tapestry,
And hang it on his wall for all to see,

“So that the fame of it shall travel far,
Even to where the holy hermits are,

“Who, pausing at their matins prayers, will say:
It must be fairer than the birth of day!

“God bless the hands that wove it, and God bless
The soul of Man that dreamed such loveliness!”

And I repeated, “He will buy it for
A treasure of his golden corridor.

“And he will wear it for a robe, when some
Beautiful Queen to visit him is come.

“It shall befit him as its petals do
A lily blossom that is wet with dew.

“It shall befit him as the veil of night
Befits a day that was too gay with light.

“It shall befit him as its carven sheath
Befits a mighty sword whose touch is death.

“It shall befit him so that, seeing him,
The Queen will feel her very soul to swim.

“And on that holiday when they shall wed,
“Twill serve to canopy the nuptial bed.”

So with my lyric cloth I made my way
Unto the Palace, and my heart was gay.

A critic met me at the guarded door.
“Twill do,” said he, “to clean the kitchen floor;

“Or else, perhaps, to garb the lowlihead
Of kitchen wenches, for, you see,” he said,

“The colors are too gaudy and the style
Is obsolete.” —His lips were black with bile.

“The subject is antique; you should have fraught
Your pretty dreams with valiant, modern thought.

“Your tale is vague; it should be definite!
I hardly can make head or tail of it.”—

And so he punned and jeered for a long while,
But crueler than all was his wise smile.

“Do not despair, for you are young,” he said,
“And yet can learn.” —The heart within me bled.

But I was hungry, so for copper sold
My cloth of words of silver and of gold.

And went my way, the way that outcasts go,
To where the kind, black-vestured waters flow.

And some nights later, Cinderella wore
The woof that I had woven, Faerie lore.

Says that it hung within the King's great hall
A wondrous marvel and a joy to all.

And pilgrims came from all the lands there be,
Beyond the desert and beyond the sea,

To glad their souls, for it was said it had
The power to make Love-loving people glad.

And one bold Jason, loving it too well,
Wrought many deeds, the which Greek legends tell.

And so it passed from hand to hand, nor we're
Lost its delight, but always seemed more fair.

For all the loveliness for which men long,
The charm of childhood and the charm of song;

The innocence of things that live and die
Rooted on earth, yet pining for the sky;

The courage and the faith that women bear
Who conquer pain and trample on despair;

All this that I had felt, that I had known,
Was threaded in that cloth that all can own

Who by the grace of loving much are given
Hands that can plant on earth the flowers of Heaven.

So when the Christ was dead, who died for Love,
Magdalen brought the cloth that I had wove,



And Joseph of Arimathea dressed
The Sad Man with it, and laid Him to rest.

Thus for three days God wore it, and the third,
When at the piping of the first songbird

Sweet Jesus rose, a glorious sight to see,
Lo! Round His shoulders hung my tapestry.

And it befit Him as its petals do
A lily blossom that is wet with dew.

And it befit Him as the starry night
Befits a day that has been gay with light.

And it befit Him as its carven sheath
Befits a mighty sword whose touch is death.

And He will wear it on the Judgment Day,
And of it all His holy Saints will say:

“God bless the hands that wove it, and God bless
The soul of Man that dreamed such loveliness!”

TO A YOUNG MAN

For Don Pedro Henríquez Ureña

*(For a portrait by Giorgione²⁴ at the Royal
Gallery, Berlin)*

What sacring fingers smoothed your pulpy hair,
And touched your lips and left their silence there,
That with a cool decorum you gaze out
Upon a world that holds for you no doubt
Nor any restlessness?

Youth that is fleet,
With feet that ever run after desire,
Has never burned within you. Prim and sweet,
You are a taper still unkindled of fire.
And though I love you much, I hardly know
Whether to cling to you, or let you go.

THE BOX OF SANDALWOOD

For Mr. Ralph Roeder

I.

This poem is a box of sandalwood.
When I have locked and sealed it, in the end,
I will inscribe it thus: *Here lies my Friend*,
All that was true of her, evil and good,
And in a hidden closet of my room,
That will grow damp lacking the kindly sun,
This box shall lie, until her shrift is done,
As finally concealed as in a tomb.
So for a tide, —perhaps until tomorrow,
Perhaps until the end of nights and days,—
Keeping all joy 'twill also keep all sorrow.
Befall what may, when Judgment trumpets call
The dead shall rise, each with its proper face,
And she from out this box or not at all.

II.

Deep in the bottom I will lay her speech.
It used to be a gentle-mannered child
With eyes that were so secretive and wild
That though I knew whatever books can teach
I stood perplexed before it, guessing half

And missing most of what they meant to say;
 And it had rosy legs that in glad play
 Would show, and flee me, when she used to laugh.
 But most I loved her dear embodied voice
 When with its arms outstretched for a caress
 It used to trip to me across the noise
 Of parlour talk, of restaurant or street.
 Now is shall lie, returned to nothingness,
 Close-eyed, with folded hands and quiet feet.

III.

The smell of her was a persuasion. No,
 Rather it was a furtive urgency
 Akin to the control over the sea
 That the moon has, directing ebb and flow.
 The smell of her that troubled me so much,
 That made my flesh a forest thick with fauns,
 That kept me hard awake midnights and dawns
 A fevered for the torture of her touch;
 The smell of her I sensed in every wind,
 The smell of her that made my nostrils wide,
 The smell of her that struck me sudden blind,
 That wronged me so! —now that it cannot stir
 The beast that bides in me, I put beside
 That innocence that was the voice of her.

IV.

The colors of her body were all clean
 And transparent and fine and tinged with gold;
 Her bosom had the pallour of an old
 Kerchief of linen woven for a queen,
 Her arms a whiteness where the pulses hushed;
 She had pearl shadows where the eyelids swell,

And in her eyes gray depths of miracle,
And dawn itself blushed envious when she blushed.
Ah me, that all of this I must forgo!
My eyes are pleasure less under the sun:
There are no lovely lights on sea or snow:
Hers only were the colors of the world;
I fold them now, as when a war is done
The beaten flags are taken down and furled.

V.

Her moods were dresses fitly made and worn:
Short fluffy skirts of Columbine for joy,
And stiff brocade when bent upon annoy,
And wide majestic hoops to clothe her scorn;
And for her wrath, red samite; for her pride,
Fantastic velvet; but, when moods were done,
Cool woven whiteness made her seem a nun
Or first communicant or virgin bride.
These she would change a hundred times a day
Outrivaling the richness of the sky,
Until it seemed her mind had given way
Who could not keep for long one character
But through all colors rapidly would fly
Making a rainbow of the ways of her.

VI.

The things she used to say are bric-a-brac
And jeweled rings and Sevres porcelain,
And one quick phrase that used to give me pain
A Spanish poniard that my blood made black;
And she said things like cinnamon and figs,
And homely things all woven of gray wool,

And futile anything's: a broken spool,
 A leadless pencil and some withered twigs...
 Falsehoods and lies! Of all the things she said
 There's not a single one her image bears:
 She was too shrewd to speak her mind; instead
 She took and gave what nearest lay at hand,
 So made it seem all the world's things were hers,
 And, found out, cried: You did not understand!

VII.

Her gestures were the Springtime in a tree
 That has no leaves but only swelling tips,
 And a bird's flight across her eyes and lips,
 And a ship's passage through a misty sea.
 Oh, I have seen her face rise like a moon
 And droop like gillyflowers in the rain;
 And when she bore my weight and felt the strain
 Hers were the long-drawn throbs of a lagoon.
 Dance could portray her; words are much too sure
 To give the world a sense of her unrest;
 Yet, since in her nothing can move or lure,
 Since the unstable certainty of one time
 Fails in its purposes, quiet is best
 And I should make a musicless dead rhyme.

VIII.

Our long caresses, were they fruit or flame?
 Apples of fire, certainly, whose juice
 Burned my lips withered for another's use.
 Oh passionate excess no night could tame!
 Bacchantic ritual where in arduous toil,
 And to the straggling music of a song

She clipped my loins of roses, sucked my tongue
Of honey-milk, and sapped my blood of oil!
Lord Christ, we were no Christians, she and I.
Pagans we were who knew no sin in this.
We used to wonder why you had to die
Who were so young and sweet. But now I know:
Repentant now I put away each kiss
Seeds dry of life which had you blessed might grow.

IX.

There were in her cool fountains where the flocks
That Pan controls would stir the soil beneath
And darken the clean water with their breath;
But evermore inviolate, in rocks
High inaccessible, the springs would flow
Most taintless and untaintable. She knew
Eternal innocence, who, being true
To her own self, no utter sin could know.
She was not made of wax, she was not made
Of wood or cloth; she was all human; she
Could feel, and want, and dare; then be afraid
And, blinded, fall. Yet ever would she rise,
Keeping intact her gift of chastity,
Shriven in God, reproach less in men's eyes.

X.

My box is almost full. My heart, poor thing,
It must lie here, beside her innocence;
It ever lacked, not wanted, reticence;
It was like a young animal in the Spring,
Glad of the world and panting for delight;
Winged I think it was or perhaps showed

Bright onyx horns, I cannot tell: the road
Was always steep, and it was always night,
So whether my heart flew or raced, no one
May rightly say; but ever in her wake
It followed after. Now its goal is won.
Whoever reads this poem, Christian friend,
Pray her and me good rest, for Mary's sake:-
I loved, and she is dead: this is the end.

CANDLE LIGHT

For Mr. John Pierrepont Rice

The seven candles spread over the walls
Their seven thicknesses of light. I wish
That I could fold up from the litten²⁹ wall
The seven golden cloths of candle light.

Of these I'd make a banner, or a sail;
Perhaps a tent; or else, against my death,
A precious cerement, for this light is cool
And would not plot against the will of Death.

FLEUR D'OR

For Señor Mariano Brull

Life is a flower
Petalled with gold,
And, as each hour
In the bells is tolled,

And shadows crawl
From the setting sun,
The petals fall
One by one.

SONG OF THE POPPY

—“Poppy flower growing alone in a field of rye,
Will you be my true love, Poppy, will you care for me?”
—“Mother says I am too young, but I’d love to try;
You will teach me, won’t you, dear?” —“You will see.”

—“Poppy flower withering, withering in a field of snow,
Will you be my true love, Poppy, will you come with me?”
—“It’s rather poor I am, but I’d love to go;
It won’t hurt me, will it, dear?” —“You will see.”

—“Poppy flower withered, withered on a frozen lane,
Will you be my true love, Poppy, will you lie with me?”
—“Oh I would, but all my limbs are full of pain,
Sun and wind and rain have had their way with me!”

SONG OF THE POPPY'S LOVER

When my poppy blossom
Grew wings and fled,
Golden turned the petals
That were red.

I hate money, Mother,
That has wronged me so!
Soured my honey, Mother,
Blackened my snow.

ARIA IN G

I stole a pencil from a beggar that was blind.
I had no gold, I had no silver, but in my mind
A song was singing for the beggar that was blind.

I am forever seeking what I am never finding.
Al I may do in the evening shall not be binding,—
Oaths or vows, —for the darkness has a way of blinding.

I am forever finding what I am never seeking:
Women who are always laughing, and people speaking,
And doors who are always shutting and their
hinges creaking.

THE SWORD OF WONDER

For Mr. Raymond Weeks

Youth calls, Love calls, and the last of all is Death:
Their song is always the same, and their even breath.

Where the beaten road ends suddenly, a little space
Beyond the first sparse trees of the untracked wood,
There I saw him, first and last, with a light around his face
And a golden glory glowing where he stood.

I was not surprised to find him; long ago
I had heard his voice that called to me, that sang to me:
“Twenty paces from the laurel where the laurel-roses grow
There’s the shining sword of wonder that shall make
the wide world free!”

You could not tell the country where he came from;
He was so very vague and dazzling and so very young;
Like a dream he would vanish, like a memory he would
come,
And always, always singing his snatch of song.

Where he stood he smiled. “And are you coming, too?”
I told him that I could not for I had Wood to cut,
And wayward sheep to care for, and a hundred things to do
Or ever I should want to leave my woodland hut.

“Well, it’s then that I must be going, for the way is long,”
he said,

“And I must put the woods between us before it can
be dawn.”

I begged him not to leave me, but he shook his head
And smiled, so knowing-like and laughing, and saw gone.

Three years, perhaps, or more. I had forgotten him.
A beggar came, so weak, so very torn and tired,
His breath was very feeble and his eyes were twilight dim,
And a little rest, he said, was all that he desired.

I led him to the hut, where it was nice and warm;
I gave him wine to drink, and I gave him currant bread;
And I asked him, saying, “If it is no sort of harm,
I’d like to know your name,” and “It’s Love,” he said.

So, “Love,” I thought, “*this* Love?” and took him
for a liar;
For though I’d never seen him I thought I knew Love’s
face,
With the roses on his cheek and his mouth on fire
While the beggar’s face was haunted-like, a lonely ruined
place.

When he had done with eating he rose, so slow,
“And are you coming with me”, he said, “and will you
follow me?”

Twenty paces from the laurel where the laurel-roses grow
There’s the shining sword of wonder that shall make
the wide world free!

“But I told him he was lying and I told him to be away;
He bowed his head so sadly. “True,” he said, “the path is
long

And I must put the woods between us before it can be day.”
And so he went away, forever, with his snatch of song.

Oh, strangers came and strangers went, some borrowed and
some stole;

My years like ripened fruit they gathered and took away,
And it's now that I have nothing left except it be my soul
And a prayer, only one prayer, for the birth of day.

When the birth of day is come, then I will go
Across the untracked wood where it will be dawn for me,
Twenty paces from the laurel where the laurel-roses grow
And the sword of wonder shines that makes the wide world
free.

FIRST LOVE REVIVED

For María Teresa

I

SPRING SONG IN WINTER

Twelve times the Spring put blossoms on the trees
And stirred the Winter-weary blood of young
Hearts; but for one there were no far degrees
Between the tides of silence and of song,
No difference in meaning between snow
Noiselessly falling and the whirl of wings;
The calendar had brought me long ago
My only May, and Time had no more Springs.
But this is miracle that you are come!
And the sweet season opens; seeds are quick
Inside of me, and birds peck at my side,
And all myself am choral that was dumb,
And straight that drooped, and healthy that was sick,
Though yesterday, they say, the Summer died.

II

THE CLAIM

Such a long time! ... Had you not been first
I would have surely, now, forgotten you

The way I have forgotten the dispersed
 Loves that have intervened, true and untrue,
 Too many to remember, but each one
 Exactly like the others in one point:
 Being too easily done and undone,
 Too quick to offer and to disappoint.
 But you, who made no promises, who came
 Unheralded, unsought; from whom I still
 Find it too hard to name what I could want,
 —O First my Love! with undiminished claim
 You take lordly possession of my will
 And make me my own heart's blind mendicant.

III

ON HER PHOTOGRAPH WHEN SHE WAS NINE

You too have changed. Whoever knows you now—
 So tall and stately, with a haughty grace
 It that most courtly way in which you bow-
 Can only see the beauty of your face
 And venture on your loveliness of heart;
 But when this print was take, still untaught
 In feigning what you felt, with artless art
 Your every attitude revealed your thought.
 Then was no choice of words, no argument
 To be discreetly settled; all was told
 With unknown lack of reticence and pride:
 Love's noisy awe that ever came and went
 Was thunder could not crush us who were bold
 With innocence and had no plots to hide.

IV

THE DIFERENCE

That year you were at Bearritz by the sea
Painting on porcelain, what was I doing?
Most likely, weary with the heart of me,
Wasting my heart in meaningless quick wooing.
So you have this to offer, a blue plate
That keeps the sky and water of that year,
And I, the dull remembrance of a date
When my dumb lips moved for a listless ear.
You watched the sea and watched the sky, and sky
And sea were kind and beautiful to you
(I think that you have grown to be as they!);
But by the Michigan, where the mists lie
Like age upon the waters gray and blue,
My heart went to the moon in blue and gray.

V

LOVE'S SELFISHNESS

You say, "If I had died in the meanwhile..."
And I, "If you had married!" And you turn
Your face to me and with a serious smile
Dismiss the selfishness of my concern.
I cannot help it, child. God made me so.
And since all flesh with Death at last must bide,
Rather than wed I wish you dead, for woe
A man may bear who fails at wounded pride.
Then make your bed where chastity may keep

Inviolable, beyond my jealousy;
 With certain rest and virtuous and divine,
 Blessed are they that a long sleep can sleep;
 And you may choose your comfort among three
 Such beds: your maidenhood's, and Death's,
 and mine.

VI

BEGINNING OF THE END

You let me kiss your hand, and half amused
 At that so true, so pretty lover's play,
 Your face took an expression that has bruised
 The tender flesh of all my thoughts today
 For there are doubts fall heavier than a rod
 And pierce deeper than knives. Beaten and cut
 My thoughts of you go beggar-like to God,
 For on their grief all the world's doors are shut.
 Are you so used to reverence so meek
 That now it seems superfluous and absurd?
 Or was I blind and did not understand?-
 There is no one to tell me. Should I speak,
 The world would scorn my sentimental word.
 I wish to God I had not kissed your hand!

VII

THE END

So large was that first love it held the moon
 And sun and stars within its arching fold,
 Yet now, alas! one vocal afternoon
 Of memories suffice it to be told.

So flowers bloom: who loved the flowers keep
Brown withered petals and a faint perfume;
So Waking echoes what was told in Sleep;
And so are epitaphs writ on a tomb.
This is the end. First Love is dead and gone.
The flesh of him is lilies on the earth.
His soul is in the wind. This is the end.
He grew and died the way a rose is blown.
This is the end. Another love has birth.—
I hail the Queen! But oh, my Little Friend!

THE LITTLE FOXES

Not of the rocks is love afraid,
These it may climb;
But the small sands that fret it and abrade,
The minutes of inconsequential time,
The little words of undetected ill,
The careless deeds not of your fault or mine,
These tear and wear it out until,
With impotent sad will,
We let the little foxes spoil the vine.

THE SORRY MADRIGAL

For Miss Anna Benedicta Carolan

So like the Spring she was, —warm, not too warm,
And sweet to smell,—
There was no guile in her, or any harm
In what befell.

Except the seasons change, flowers to fruit
And fruit to seed,
And seeds must break or ever leaf and root
Fulfill their need.

“I WOULD BE TELLING YOU”

I would be telling you
How the tamarind tree
Is blue with blossoms now,—
But what is that to me?

Or what the garden where
Jasmine is glad abloom
Though there is use for jasmine
Only to deck her tomb?

Rest to her soul, and peace
To her heart! But I
Will ease my heart of sorrow
Under an alien sky.

I have no wish to be
Home again, now home
To see is blind, and hidden
To know, and to speak dumb.

“HER WISH WAS THAT MYSELF SHOULD BE”

Her wish was that myself should be
The one to fold her arms and close
Her eyes. That was her hope of me.
But when her sun of darkness rose,-

The day that made all daylight gray
In my house, —with her prayers I
Thanked God because of the new day
Who saw it kin a foreign sky.

So I am bent on blasphemy,
And beating with unholy words
At God’s door, I will not let be
The joy in her that is the Lord’s.

TO THOSE WHO HAVE BEEN INDIFFERENT TO THE PAN AMERICAN MOVEMENT

“IT IS DAWN.” —*Pan American Poetry*

I am the man who dreamed the new day dawned
And so arose at midnight with a cry
And came to where the many sleepers lie
Who only pushed their pillows up and yawned
And fell asleep again. Now in the curled
Abysses of the dark my feet are fast
Entangled, and I wait my weary last
Impotent, mad, and sick of all the world.
Yea, now I fall. So let it be. I know
Somewhere a womb is pregnant with my word:
Bigging it bides the ripe appointed day;
Somewhere the east is all with rose aglow;
But you shall know no dawn till whip and sword
And good blood flowing drive your sleep away!

“OH GLORIOUS SPENDTHRIFT JOY”

For Don Rufino González Mesa

Oh glorious spendthrift joy! though small my purse,
My gestures seem to sweep the universe,
So with the gift my largeness of goodwill
Goes out of me, leaving me richer still.
Yet with the beggars, —on every road, at all
Cathedral doorways, morning, evenfall
And dawn again, —have I been mendicant
Who nowhere in the world could fill the want
That like a hungry leech sucks at my side
Or wolf-toothed rends me, leaving pale and wide
The gashes on my flesh ... Aye, clothed in rags
I mourn, and pass, under the pride of flags
Through which I see, as through a beggar's cloak,
The lean flesh of the world!—
Who was it spoke
Of charity? Who said of love it was
Pulse in the wind, and in the luminous
Burst of the morning, sunlight, and in green
Gardens the fruit that makes them fair beseen?
Knew he the hunger moving in the air,
Howling how wildly in what a mad despair
Of emptiness? Knew he how that all fruit
Ever insatiate pushes thirsty root
Into the quick of earth, and thirsty leaf



(Oh tongue never indrawn!) with untold grief
 Unfolds day after day and every hour?
 Or did he know how never held a flower
 Dewdrop sufficient for when sunlight burns?
 This then is charity, this love, that turns,
 Devouring, on that it used to feed! Alas,
 That grass upon the earth, earth on the grass,
 In what a whirl of living without end,
 Nourishment find! —Thou of Assisi, friend
 Intimate of all things, was it right fair
 To lure sad brother Wolf from his warm lair
 And teach him mongrel tricks? Think how all things
 Are crueler than he: no bird that sings
 Giving her soul in melody, but takes
 Mine own in payment, drags it and forsakes;
 No scent of lily and no hue of rose,
 No water's coolness and no cool repose
 Of marble carved, but for the alms they give
 Demand of me all life that I can live
 And life not mine for which I seek in vain
 In riot and in quietness and in pain,
 Until, with empty hands and unpaid debt,
 Bankrupt to the world's beauty, I regret
 For what a little thing, vanished so quite,
 I gave away indifference and the right
 To dwell untroubled, self-sufficient, sure ...

Give over loving, heart of me! procure
 Yourself a sleeping place in some deep ground
 Where you may know no music, nor the sound
 Of weeping. Give over giving, heart of me!
 Give over everything! That day shall be
 When, rested quite, you may awake again,



A rich, strong heart among the hearts of men,
And capable of beauty and despair;
But you are too weak now! Say the prayer
Your Mother taught you, and lest nightmares ride
Your little sleep, turn to the other side,
Like a good child, my heart!...

THE MODERN EVE

So finely had they thrilled, in lusty fire
The sturdy metals of their flesh became
One single molten heap of glowing flame,
And like a flame they heaved until desire,
Cooling with many shivers and long breath,
Left them a weary on that Autumn hill;
And suddenly they noticed it was chill,
And morning dawning, and she thought of death.
“It is should be”, she thought, “then it must die!”
So scorned the man where selfishly he lay,
A used, exhausted thing under the sky;
And plucked a pear and ate it hungrily,
And did not fear the coming of the day:
Her child was twenty fathoms undersea.

JOY

For Don Martín Luis Guzmán

Joy and I together
On a soft warm bed
Dreamed of pleasant weather
Lying head to head.

Joy and I together
Kissed till dawn was red:
-“Now be still, my darling,
I am tired,” Joy said.

When I woke, a shutter
Made a creaking noise;
I saw a candle splutter;
Heard a leaden voice...

Noon it was of daytime,
All the world was gold.
-“Now be still, my darling,
Honey must be sold;

“Though the bees are hungry,
Honey must be sold!”
Noon it was of daytime
And an old bell tolled.

HUNGER IN THE CITY

Where did Satan haunt me,
 When did he tempt me and subdue?
In the city, when I was lonely
And hungry, —O my Heart, when I had only
My shadow to lie beside me, and the weight of you!

How did Satan come
 And how did he appear?
He stole into my soul,
Into my soul and into my blood he stole,
I only felt him, felt him, I did not see or hear.

First like a pleasant weakness,
 A feverish, warm thrill,
Then pain, O Heart, not anywhere
Within me, but close about me in the air,
Blowing over the city like a wet wind and chill.

And after that a darkness
 Heavier than lead,
All full of writhing things
And ineffectual vomiting
And voices wailing, wailing, *We are damned and dead!*

THE MAKER OF RED CLAY JARS

For Mr. Joseph Edgar Chamberlain

I

JARS

This is the place I meant, my place. You see,
The soil is barren and uncommon red:
There are no flowers for the like of me
To have a lover take them from my head.
This clay is only good for making jars;
They are so pretty, 'tis a grief to know
Their mouths are always gaping at the stars,
Their hearts are full of all the winds that blow.

II

SONG

In a red clay jar,
Ashes of the dead;
In a red clay jar,
In a red clay jar.

When the Summer comes
Roses will bloom red
From the gray, gray ashes

In the red clay jar.

Oh my heart is broken,
And my youth is fled,
All my life is buried
In a red clay jar,

In a red clay jar,—
Jesus pity me!

III

TO THE GARDENER

Won't you let me go into your garden a little while?
I would like to see a flower-bed; I would like to see
Black earth, green grass, white lilies file on file
And maybe little blossoms falling from a tree.
Won't you let me pluck a little flower? just only one!
I would like to put it on my hair; I would like to think
It's this that would have stopped him in the sun
And moved his thirst to ask me for a long cool drink.

IV

HEARD IN THE WIND

—"I make clay jars, red clay, all red, and you?"
—"I make clay jars, green clay, and some is blue."
—"Some folks are born with all that luck, I say!"
—"I'd give my green and blue for your red clay!"

DELGADINA

For Mr. Daniel E. Wheeler

There was a king that ruled in Spain,
And vines had he were fair beseen,
And orchards heavy with their fruit,
And proud and tall and fair his queen.

The king and queen were on their throne,
About them sat their daughters three;
Below, the pages pressed the grapes,
And all around them was minstrelsy.

The king, he drank and he drank again:
Like litten³⁶ lamps his glances burn,
Like seaport lamps that slowly move
And light up that on which they turn.

He will not look upon the queen,
Nor on the elder sisters fair,
But on the youngest princess of all
He turns the heavy drunken stare.

He will not glance upon the queen,
Nor on the elder daughters there,
Virgin of Mercy, what can it mean,
The heavy drunkenness of his stare?

—“Ah, Delgadina, my Delgadina,
Full sweet are you about the waist!”
The queen, she will not look for scorn;
The little princess breathes in haste.

—“Ah, Delgadina, my Delgadina,
The length of you will fit my bed!”
The sisters two push up their lips;
The little princess hangs her head.

—“Ah, Delgadina, my Delgadina,
Your breasts are ripe, right well I see!”
Then up and spake the little princess:
—“Oh fie, and turn that look from me!”

“It is of garden trees you speak,
Of linen woven cool and fine,
Of the ripe fruit your orchards bear
And of the grape upon your vine!”

—“I speak of you, my Delgadina,
And you shall lie with me this day!”
The queen, she will not look for scorn;
The sisters two they look away.

—“Nay, father, rather I were dead
Or ever such a shame should be!”

—“Then in the tower shall you bide
Until you will to lie with me!”

High is the tower and dark within,
But through a wing hole for a bird,
Below the tower and all about
The little princess can be heard.

—“Mother, my mother, where you lie
Combing your hair, combing your hair,
If you be true, my mother mine,
Give me to drink!

“Sisters, my sisters, where you sit
Weaving your veils, weaving your veils,
If you be true, my sisters mine,
Give me to drink!”

The queen, she will not look for scorn;
The sisters two push up their lip;
Into the cup the king’s hands hold
The white grape and the red grape drip.

—“Father, my father, where you are
Filling your cup, filling your cup,
If you be true, my father mine,
Give me to drink!”

Up rose the king and loud his word:
—“Unlock the tower! Give her my cup!”
The pages clambered up the stairs,
Dead is the burthen they take up.

From either breast a milk-white dove,
From either lip a butterfly
Opened their wings and flew away,
But lilies drooped on either eye.

The queen, she did not look for scorn,
The sisters two pushed up their lip,
And a madness fell upon the king
Watching the white and red grape drip.

OF TIME AND SONG

The years are like young fruit-trees, bearing days.
The days are fruit on which the sunlight plays
And they grow ripe and fall in their due time
Just as the apple does, just as the lime
Or any fruit whatever. And as fruit,
Returning to the earth, give to the root
That fed the tree that bore them a new strength,
So all our yesterdays, dissolved at length
Into the soil of everlasting time,
Make rich the present.

In my arms of rhyme
I bring a harvest of my gathering,
Songs like pomegranates, songs like lovely fruit,
That it was mine to pluck away, or sing.
And these shall waste to strengthen some young root
In days to be, as songs of singers gone
Nourished the songs I sing.

Thus, on and on,
All days are somehow linked, all songs are one.

EL SOLDADO DESCONOCIDO (1922)



Salomón de la Selva vestido con el uniforme militar
británico en 1918. Foto tomada en Londres

PRÓLOGO

Ya no es John, ni Tim ni Tommy ni Guy el héroe de la guerra. El uno ha vuelto a su pequeña aldea o gran ciudad donde, sin ganas de trabajar, o bien sin poder hallar trabajo, se pasa los días manchando de escupitajos las aceras, haciéndole daño a las muchachas, maldiciendo del país con palabrotas y, como es yanqui —imperialista instintivo que odia a los otros imperios: por eso llegó a odiar tanto a Alemania— augurando la futura pelea con Inglaterra o el Japón. Es un *bum*, un *rough-neck*, un *tough*, un *liliom*, un bueno para nada. Si tuviera civilización sería un bolchevique, y trabajaría por la Revolución Social.

El otro está en un hospital. Se le trata —así aseguran de cuando en cuando los periódicos— peor que a un perro. Le han hecho muchas operaciones pero jamás se cura. A veces ocurre que una actrizuela cualquiera, en busca de reclame, se hace tomar una fotografía, que más tarde se publica, y en que aparece ella bailando en trapos menores delante del inválido. La cara que él ha puesto es la que le dio la guerra, la única que le queda de las muchas caras que ha tenido desde su nacimiento. Es la de un imbécil que sufre. Nada más horroroso que la estupidez y el dolor expresados a un tiempo.

Al tercero lo trajeron en un cajón. Se murió *over there*, de un balazo, de un bayonetazo, de gas, de alguna enfermedad inmundia; o tal vez lo asesinó su propio jefe.

En Washington se hacen averiguaciones que pararán en nada. La novia que dejó —¿qué otra cosa podía hacer la infeliz?— se casó con otro. Hay que dar hijos para las guerras futuras.

Y el último se restregó los ojos al volver a su tierra, se dijo que todo había sido un sueño, y no se equivocaba; porque las experiencias que no se comprenden son alucinaciones. No ha cambiado. Trajo un aire muy militar, voz recia, paso fuerte, erguida la cerviz; pero en el fondo es el mismo Guy de antes. Sus creencias son las de siempre. Afirma que la Biblia es sagrada pero no la lee nunca, o que Ingersoll era un divino; y lee mucho al doctor Crane o a Hearst, o a Bernard Shaw, o a Tagore. Ha votado en contra de Wilson o a favor de Wilson, lo mismo que hubiera hecho, o que hizo, en 1912: por política de partidario y no por ideales pero no se da cuenta del carnero que es, porque la palabra ideal es muy de su vocabulario. Es un perfecto *bourgeois*, y tal vez hace bien.

Estos son norteamericanos todos, pero no serán muy diferentes los veteranos de las otras naciones. En el fondo, las masas son las mismas en todas partes.

Claramente se ve que ni Jonh, ni Tim ni Tommy ni Guy pueden ser el héroe de la guerra. El héroe de la guerra —puesto que un héroe debía resultar, porque para eso se peleó, ya que toda lucha y aun todo esfuerzo de los hombres no es sino para hacer florecer un hombre superior— el héroe de la guerra es el Soldado Desconocido. Es barato y a todos satisface. No hay que darle pensión. No tiene nombre. Ni familia. Ni nada. Sólo patria.

En Flandes o en Francia era un cadáver como todos, cuando he aquí que le desentierran. Lo han metido con todos sus gusanos en una caja de zinc, bien soldada

para que no se escape mal olor ninguno. Esta caja la han puesto dentro de un sarcófago espléndido, de bronce. Y en una plaza célebre de París, o de Londres, o de Roma, o de Washington, le han erigido un catafalco soberbio que, después de un gran desfile militar en su honor, han cubierto de coronas, de banderas, de palabras. Los pueblos ya tienen cada uno su fetiche.

¡Pero ese fetiche era de carne y hueso, humano y muy humano!

Me conmovió mucho leer que se le tributaban honras heroicas al *Unknown Soldier* inglés. He pensado que muy bien pude haber sido yo mismo ese héroe desconocido. Explico que tuve la buena suerte de servir, voluntario, bajo la bandera del Rey Don Jorge V, enseña que fue de la madre de mi padre. Por eso pude escribir este poema.

Nicaragua no tuvo ejército en Europa, pero sí soldados, sí hijos muy suyos, como yo, militares en las filas aliadas. Ella también debe tener su Soldado Desconocido. Ofrenda que por mi patria hago a ese héroe, es este libro.

SALOMÓN DE LA SELVA

Nueva York, 1921

*Recuerdo en esta página a mi amigo
Theodore Geisenheimer
soldados de su sangre la derramaron
heroicamente
por Alemania y por Francia.*

*Abuelo ya
sin fuerzas para entrar en batalla
murió sin embargo
no menos que el soldado desconocido
herido en la gran guerra.*



JORNADA PRIMERA VOLUNTARIO ROMÁNTICO

TESTAMENTO

¡A vosotros, a todos vosotros los que puro
cariño me brindasteis!... Con intelecto claro
y con hondo sentir y con valor seguro,
capitán de mi propia fortuna, me deparo
el singular vehículo que me lleva a la suerte;
y si, privilegiado, devolver puedo al suelo
la vida que me diera, la gloria de mi muerte
os lego y mi leyenda: ¡que acorde con el cielo
quise morir; que un día
se estremeció mi barro de antigua bazarria
hispana, inglesa e india, mis tres sangres, y tuve
un coraje de siglos y de razas y de
saber ser mar, volcán y roca y río y nube
por orgullo y nobleza y por gracia y por fe!

LA MUERTE AFINA SU VIOLÍN

La Muerte afina su violín.
La Muerte dice: ¡voy a tocar
una danza vieja que no tendrá fin,
en el aire, en la tierra, en el mar!

La Muerte afina su violín.
Ya está afinado. ¡Voy a bailar!
¡En el aire mi alma va a ser un jazmín
leve, blanco y suave,
leve, blanco y suave...
de tan leve y tan blanco y tan suave
me da ganas de llorar!...

En el aire mi alma va a ser una flor.
En el aire mi alma lo va a perfumar.
El olor de mi alma será el del amor.
¡Ay! y cuántos mancebos me van a envidiar.
Muchachas garridas, doncellas ¡doncellas!
Entre blancas sábanas de algodón y lino,
¡con una blancura de lirios y estrellas,
ser el sueño vuestro será mi destino!

Ya terminó la introducción.
La danza comienza, la danza sin fin...
¡Y tañe las cuerdas de mi corazón
la Muerte que toca su alegre violín!

JORNADA SEGUNDA SOLDADO NUEVO

VERGÜENZA

Éste era zapatero,
éste hacía barriles,
y aquél servía de mozo.
En un hotel de puerto...

Todos han dicho lo que eran
antes de ser soldados;
¿y yo? ¿Yo qué sería
que ya no lo recuerdo?
¿Poeta? ¡No! Decirlo
me daría vergüenza.

CANTAR

Mar del Norte, Mar del Norte,
si en ti me ahogo,
lávame los sudores,
mátame todos los piojos,
¡déjame la carne blanca
y los cabellos de oro!

Que va a venir a tus playas
para buscarme, la novia:
¡No quieras que me tenga asco
cuando me bese la boca!

Mar del Norte, Mar del Norte,
si en ti me ahogo,
haz de cuenta que te han echado
un manojito de heliotropos,
¡qué blanca tengo la carne
y los cabellos de oro!

Carne blanca que antes era
promesa para mi novia...
¡No quieras que me tenga asco
cuando me bese la boca!

JORNADA TERCERA MÊLÉE

PRIMERA CARTA

Salimos de nuestro campamento en Suffolk
casi al anochecer.
La banda no dejó de tocar un momento
hasta partir el tren.
En la estación nos besaron las muchachas.
Yo creo que lloré.

Nos embarcamos quién sabe en qué puerto
muy entrada la noche.
La travesía fue desesperante:
¡Navegar en oscuro y sin saber a dónde!
Corrió la voz de que íbamos a Rusia:
¡Horror de horrores!

Pero desembarcamos sin cuidado
en Bélgica o en Francia.
El cañoneo se oye como debajo de la tierra.
Lo que sentimos es religiosidad bárbara,
lo que he visto sentir a las bestias
cuando retumba el suelo en Nicaragua:

Necesidad de mugir mirando al cielo
y de volver y revolver los ojos
y de sobresaltarse
como se sobresaltan los toros.
Estamos impacientes por entrar en batalla
y relinchamos como jóvenes potros.

HERIDOS

He visto a los heridos:
¡Qué horribles son los trapos manchados de sangre!
¡Y los hombres que se quejan mucho;
y los que se quejan poco;
y los que ya han dejado de quejarse!
Y las bocas retorcidas de dolor;
y los dientes aferrados;
y aquel muchacho loco que se ha mordido la lengua
y la lleva de fuera, morada, ¡como si lo hubieran ahorcado!



LA BALA

La bala que me hiera
será bala con alma.
El alma de esa bala
será como sería
la canción de una rosa
si las flores cantaran,
o el olor de un topacio
si las piedras olieran,
o la piel de una música
si nos fuese posible
tocar a las canciones
desnudas con las manos.

Si me hiere el cerebro
me dirá: yo buscaba
sondear tu pensamiento.
Y si me hiere el pecho
me dirá: ¡yo quería
decirte que te quiero!

REMORDIMIENTO

La neblina hace interminable
el paraje desolado:
¡No tiene borde el mundo!
La tierra es una llanura sin límites
de lodo negro.
¿Quién habrá dado la orden
de abolir por entero el horizonte?

Sobre los cuatro puntos cardinales
se alza espesa la niebla,
y el cielo es una masa
húmeda, pegajosa,
color del uniforme que se lleva
en los hospicios de huérfanos,
y gotea como gotean esos trapos dolorosos
cuando se cuelgan al sol después de ser cocidos.
¿Quién se ha quedado huérfano?

CURIOSIDAD

Aquí estamos nosotros,
allá está el enemigo.
No nos dejamos ver,
ni él se deja tampoco.
De tiempo en tiempo
nos cambiamos un tiro.
Nosotros disparamos entre risas:
¡A ver si hace una baja!
Él también se reirá.
Nuestras carcajadas son pueriles.
Sus balas silban sobre nuestras cabezas,
o levantan pajaritos de lodo
frente a nuestra trinchera.
Al disparar él debe de haber reído.
Tengo ganas de verlo.
Me siento como se sentiría
un príncipe de cuento
que ha cambiado palabra y corazón y anillo
con una princesa de otra raza
a quien jamás ha visto.
Lejos de tenerle odio,
como que voy queriendo a mi enemigo.

LA LIRA

¿Quién ha visto una lira?
La lira es una palabra.
Era instrumento, pero ahora
es más: es un vocablo.
Las cosas que se vuelven palabras
se magnifican o rebajan.
El lenguaje
tiene la virtud del amor:
exalta o mengua.
Por eso la lira me inquieta.
La lira es cosa muy barata.
¡Quién no tiene lira!
Yo quiero algo diferente.
Algo hecho de este alambre de púas;
algo que no pueda tocar un cualquiera,
que haga sangrar los dedos,
que dé un son como el son que hacen las balas
cuando inspirado el enemigo
quiere romper nuestro alambrado
a fuerza de tiros.
Aunque la gente diga que no es música,
las estrellas en sus danzas acatarán el nuevo ritmo.

COMIENZO DE BATALLA

Ellos dieron principio a la batalla
llenándonos las trincheras de gas.
El boche no nos halló desprevenidos:
hacia muchos días que esperábamos esto.

Arrastrándose sobre el lodo de No Man's Land,
ora quedándose inmóviles como un tronco de árbol,
para que no los delataran los cohetes de luz,
ora corriendo como iguanas al quedar todo oscuro,
—¡tropezando cuántas veces,
cuántas veces hundiéndose en charcas putrefactas
y al alargar la mano sobre el suelo
metiéndola en la boca de un cadáver!
así, noche tras noche, nuestros hombres
llegaron hasta las trincheras opuestas
y volvieron con el mismo sigilo, el mismo espanto,
envejecidos años en una sola noche.

Todos enmascarados,
iguales a demonios,
vimos llegar rodando la amarillenta nube larga.
Las ametralladoras abrieron fuego rápido.
Las bayonetas erguidas sentían nuestro pulso.
Los dientes los hundíamos en la boquilla de la máscara.
Nada perturba el majestuoso avance de la nube.
Envolvió las defensas de alambre
y nos envolvió a todos

y se echó en la trinchera, dragón de humo,
entre un clamor de gongos y campanas
y de timbres eléctricos.

Batiendo con abanicos faraónicos
desalojamos al huésped mortal:
fue trabajo de horas:
allá irá, a las trincheras de segunda fila,
suavemente arrollado por el viento.

Echados en el lodo
hay muchos vomitando los pulmones.
Relinchan, presa de los estertores de la muerte.
Los camilleros se los llevan con dificultad.
Los ilesos estamos cada cual en su puesto,
nos hemos arrancado las máscaras,
y bendecimos el ron que nos reparten.
Con ojos inyectados atisbamos al frente:
¡Ya no están unos álamos que había!
Las bayonetas han perdido su brillo.

Las ametralladoras continúan sin cesar respuntando
[el aire con hilo de plomo
y el tronar de nuestra artillería a retaguardia
crea un nuevo silencio
que sólo rompen los chillidos de mono de las granadas.

GRANADAS

Porque me parecieron
pájaros que volaban las granadas,
—golondrinas de los atardeceres,
me sorprendió como cosa de magia
ver que en donde caían
con un estruendo vasto, levantaban
espirituales árboles de tierra
maravillosos de troncos y de ramas.

En el ramaje aéreo de esos árboles,
escondido en el follaje de barro,
hizo su nido de un instante
un deseo olvidado:
tal vez de dormir en medio de un bosque,
quizás de tener alas;
¡tantos deseos caben en solo uno
cuando se está casi muerto de cansancio!

GRANADAS DE GAS ASFIXIANTE

Pló-pló-pló-pló hacen las granadas,
y cuando caen, *plum*.
Y en los día de sol su humo es una nube amarillosa,
y en los días lluviosos de una blancura esplendorosa.
¿Quién no se acuerda de los cuentos de hadas?
¿De los genios, de los duendes, de los gnomos?
¡Pló-pló-pló-pló ... plum!
¡Pló-pló-pló-pló...
pló-plum-pló!

El gas que he respirado
me dejó casi ciego,
pero olía a fruta de mi tierra,
una veces a piña y otras veces a mango,
y hasta a guineos de los que sirven para hacer vinagre;
y aunque de sí no me hubiera hecho llorar,
sé que hubiera llorado.

CAMOUFLAGE

Parece que hace siglos
no me miro al espejo,
y en los ojos de los vivos
por vergüenza no puedo,
y no reflejan nada
los ojos de los muertos.
Debo haber cambiado de cara:
debo de tener hundida la frente;
mis labios deben de ser una sola línea recta;
debo de tener los ojos como dos alfileres.
¡El apego a la vida me debe de haber mudado
para que cuando me busque no me conozca la muerte!

AL ASALTO

A la hora en que veíamos hundirse el sol
 (un globo rojo de circunferencia esfumada en la
 [neblina)

se nos ordenó prepararnos.
 Hay tiempo para escribir a casa.
 Todavía no hilan la cortina de acero,
 el terrible *barrague* estrepitoso;
 apenas no dan parque y examinan los fusiles.
 Ni siquiera han abierto los garrafones de ron.
 El asalto será de madrugada.

De aquí a entonces caben todos los pecados
 y sobran horas para el arrepentimiento.
 De aquí a entonces todo es posible.
 ¿Por qué, pues, esta prisa furiosa,
 y este enredar las cosas con los dedos?
¡Gently, gently, my lad! Horas o siglos
 son una misma cosa.
 Nos educaron mal: por eso lo ignoras.
 ¡Alerta! que comenzó el *barrage*
 —“¡Miren aquella luz!”
 —“¿Será la Muerte?...”
 “¡Es el sol!...”
 —“¡Avance!”
 —“¡Avance!”
 —“¡Avance!”

CARGA A LA BAYONETA

Así ha de ser cuando la bese.
Quienes se han abstenido de besar,
anhelando sólo labios que están lejos,
y al fin besan esos labios a sus anchas,
—con todo el cuerpo,
estirando los músculos,
apretando los brazos—,
comprenderán cuánto puede esta locura.

Se aparta de la carne el intelecto
llevándose consigo
la eterna castidad de la conciencia.
Y uno se pregunta de sí mismo:
—“¿Soy ése yo? ¿Por qué estará tan pálido?
¡Mírenlo cómo va desaforado!
Si lo matan ni siquiera va a sentirlo.
La lujuria lo embriaga.
¡Yo soy otro!...”.

Y jadeante después, al ver la sangre,
todo uno se acobarda como cuando
la novia llora si la besamos mucho.

Y se queda uno esperando
a que alguien venga a decirnos qué hemos hecho.

Y quiere uno estar desnudo
para buscarse heridas en el cuerpo.

POILU

Dicen que la batalla ha durado seis días,
—seis días y cinco noches—,
y en el sexto, que es hoy, hemos triunfado...
¡Al fin podremos desnudarnos!

Por codos y rodillas estoy roto,
y entre uña y carne de los dedos
tengo heridas curiosas que me queman...

Cuando me quite los zapatos
me van a heder los pies, y tendré llagas
húmedas y verdosas en las plantas.

Cuando me quite la camisa
tendré el pecho azulado de golpes
y la barriga lívida...

Y como en los bolsillos
de un traje que se ha llevado mucho tiempo,
tendré polvo de lana
en el hoyito del ombligo...

¡Y me ha crecido la barba!
¡Debo de verme feroz! y me da risa.
Porque he estado pensando,
al pasarme las manos por la cara,
que es tan suave mi pelo

que no le rasparía las mejillas
a la muchacha que besara;
al contrario ¡le haría cosquillas!...

MIENTRAS NOS ALISTÁBAMOS

Mientras nos alistábamos
para entrar otra vez en batalla
uno decía: “¡Infierno!
con tal que no me mate,
bienvenida es la bala
que me dé una pensión toda la vida”.
Su voz tenía un dejo inexplicable;
y si lo que decía era jactancia
o propósito serio, ¿quién lo supo?
Ni él mismo. Ni nadie le importaba.

ELEGÍA

1.

 Mi compañero ha muerto.
 La confusión en el asalto
 nos separó un momento.
 ¡Un momento, y ahora es para siempre!
 Quiero estar solo,
 escondido de todas las miradas
 para decir mi queja.

2.

 ¿Cómo puede seguir en la pelea
 si me había vestido de valor
 sólo porque jamás en su presencia
 me atreví a desnudar
 la natural flaqueza de mi espíritu?

3.

 ¡Hermano y más que hermano!
 Ahora que me faltas
 doblemente me pesan los arreos.
 El viento sopla dos veces más helado.
 ¡Si serás tú el que vive, yo el que ha muerto!
 Todo está tan cambiado.

4.

Así como en las copas de los buenos festines
rebosa el vino obscuro
y deja roja mancha en los manteles,
tus ojos rebosaban cariño
y tu rostro
se inundaba de rubores.

5.

Tu mirada
era más dulce que el sueño y más consoladora,
y era mejor que el baile con mujeres
luchar contigo cuando helaba,
sentir tu aliento puro en las mejillas
y tu púgil vibrar en todo el cuerpo.

6.

¿Dónde estará la doncella
—predestinada a una viudez de virgen—
a quien tu beso, tu beso y no el de otro,
debiera haber fecundizado?

Yo le diría: “¡Hermana,
toma mi cuerpo que supo ser tan suyo
que aunque no sangra, siente
la herida que a su cuerpo dio descanso!”

FUERZA

Después de cada ataque,
al rehacerse los batallones,
nos encontramos con camaradas nuevos.
Hay que aprender sus nombres
y oír las descripciones de sus novias
y los planes que tienen.
El que menos, se cree con derecho
a ser feliz mañana.
Cercanos a la muerte,
íntimos suyos,
sus cortesanos familiares,
oyendo todas las voces que da,
los gritos sofocados,
los largos alaridos
y los quejidos roncoss,
conocedores de los gestos que hace
y de las muecas,
viendo cómo su propio número se diezma cada día,
todos son, sin embargo, a su juicio,
legendarios Aquiles
que escudan con ensueño
el talón vulnerable.
Hasta yo, que sé cuando delirio,
hallo imposible creer que a mí me maten.

PRISIONEROS

Son gente.
De eso no cabe duda.
Gente como nosotros,
que come, que duerme, que se entume, que suda,
que odia, que ama.
Gente como toda la gente,
y sin embargo —diferente.

Como les hemos arrancado
todos los botones
caminan agarrándose
los pantalones,
y llevan el cuerpo doblegado.

Pudiera ser cansancio,
pero no es eso.
Pudiera ser vergüenza...
En fin, qué nos importa:
¡Son nuestros prisioneros!

Está prohibido darles cigarrillos.
Bien. Se los daré a escondidas.

Alguno de ellos debe de haber leído
a Goethe; o será de la familia de Beethoven
o de Kant; o sabrá tocar el violonchelo...



CARTA

¿Y de qué sirve la guerra?
¡Si al fin he peleado
y no sé decirte de veras
si soy valiente,
porque no me fijé!
¿Pero leíste mi nombre en los periódicos?
Dicen que me van a dar una medalla.
Te la voy a mandar por si te gusta
contar que eres mi novia.
Entonces tal vez tenga
la guerra algún sentido.
Porque todo es en vano
si no engendra cariño,
y hay tanto odio, tanto,
que debe ser pecado
sin duda ser soldado.

Me dan vergüenza las palabras
hermosas que me escribes,
y tu valentía de hembra
que me esconde tus lágrimas.

No puedes escondérmelas,
que siempre que tú lloras
lo siento yo en el alma.

Quiero, por si me muero,
confesarte que casi
todas las noches lloro,
pero que sin embargo
me estoy poniendo gordo,
y ya nada me importa,
quienes ganen o pierdan,
pues, no sé cómo, ahora
lo único que creo
es que la guerra es mala.
Tus palabras hermosas
me avergüenzan por eso.



CARTA

Ya me curé de la literatura.
Estas cosas no hay cómo contarlas.
Estoy piojoso y eso es lo de menos...
De nada sirven las palabras.

Está haciendo frío
por unas razones muy sencillas
que no recuerdo ahora.
Tal vez porque es invierno.
Unos libros forrados
que hallarás en mi casa
explican con lucidez indiscutible
la razón de las temperaturas.
Cuando me escribas, dime
por qué hay calor y frío.
¡Fuera horroroso
morirme en la ignorancia!

Las luces Verey son
lo más bello del mundo.
La No Man's Land parece
un país encantado.

He visto mi propia sombra
alargarse al infinito.
Y me han brotado mil sombras
rápidas de los pies.

Y se han ido estirando
más veloces que un sueño;
y después han corrido
de nuevo a mis zapatos.
Todavía les tengo
más temor a las sombras que a las balas.
Aunque son un encanto
las luces: verdes, blancas,
azules, amarillas...
Me he diluido en sombras
y me he ido corriendo
a más allá del mundo.
Me han parecido música
las luces. Me he sentido
el Prometeo de Scriabín.
Después me ha dado espanto.
Unos libros forrados
que hallarás en mi casa
explican con lucidez indiscutible
el porqué de los miedos.
Cuando me escribas dime
cómo se es valiente.
¡Fuera horroroso
morirme en la ignorancia!

CARTA

¿Sabes lo que quisiera,
de lo que tengo ganas?
No es de volver a ver los teatros llenos de gente,
—tanta gente, alegre, dispuesta a divertirse,
sin miedo en la mirada:
gente que acaba de hacerse la *toilette*
y de echarse la vida de los hombros
como quien se quita una camisa sudada;
ni es de ir a restaurantes
a comer con buen servicio
y a ver comer a los demás
con música, con apetito, con sosiego,
masticando civilizadamente
y contándose cuentos;
ni es de ver las procesiones de mi tierra,
las alfombras de flores en la calle,
y las inditas bañadas, tan divinas,
con sus brazos desnudos
y sus maravillosas nucas;
ni es de muchas otras cosas.

De lo que tengo ganas
es de tener novia, ¡novia!
De que haya quien me quiera más que a Dios.
Y de jugar con sus piececitos,

con los dedos menudos de sus pies,
como se juega con los niños:

*¡Este tuquito se fue al campo,
y éste se fue al mercado,
y éste se quedó en casa...!*

Tal antojo pueril que no te inquiete.
¡Fíjate: me da fuerzas para creer
que hoy no hay bala que me toque!

EL CANTO DE LA ALONDRA

Parecía que nunca la lluvia acabaría
ni el andar resbalándonos en el lodo perpetuo
de Flandes lamentable.
El cielo azul de ahora,
y el suave sol tejido de oro mágico.
Y el repentino brote de tantas amapolas
al borde de los cráteres que hicieron las metralas,
—¡la belleza del mundo!—
como un tiempo la música,
obran sobre mi espíritu.
¡Señor, se me va el alma!
Fuera de los sentidos, con alas prodigiosas,
abarca en su volar el universo
y siente a un tiempo mismo el frío de los polos
y los ardientes vahos de solares atmósferas,
la calma de los valles, la inquietud de las olas,
el giro acompasado de las estrellas sabias
y el loco ditirambo vertiginoso de ebrias constelaciones...
Tengo fiebre.
Tengo helados los pies,
y en los riñones fuego,
nerviosidad continua...

Se alzó una alondra.
¡Oh magnífica voz de primavera!
¡Oh canción infinita!

¡Oh música desbordante!
 Prodigioso en el prodigio del día,
 brota el divino chorro de armonía.
 Quiebra la luz del sol en siete fajas,
 y hace brillar las amapolas como alhajas.
 Inundó el cielo, anegó la tierra,
 ¡me estoy ahogando en música!
 ¡Quién sabe si estoy loco, Dios mío!
 Si me ha vuelto loco la guerra,
 y esta fiebre, y el frío...
 ¡No quiero enloquecerme!

Tanta belleza, de súbito,
 no es fácil soportarla.
 Yo no soy árbol
 para empujar la tierra y crecer recto
 y cubrirme de hojas y de flores
 inmóvil en mi puesto;
 ni mi naturaleza
 es la naturaleza de los vientos
 para ir alzando oleajes,
 y sacudiendo bosques,
 y bramando salvaje en los desiertos;
 ni soy roca que pueda
 soportar sol y lluvia
 sin estremecimiento...

Señor, un momento permite
 que cuerdo mire al cielo
 y la voz de este pájaro escuche,
 y que me diga sin alucinaciones
 que la vida aún es buena y que quizás mañana
 podrán todos los hombres aceptar la belleza
 como único evangelio, haciendo un solo Cristo
 de Jesús y de Apolo.



Lo bello es sacrosanto.
Todo lo bello es vaso de virtud.
Allí la suma gracia espiritual se guarda.
Las cosas que en su forma
alcanzaron la excelsa beatitud de lo bello
son espejos de Dios y lo retratan
¡Dame, Señor, belleza para alabar Tu nombre!

¡Señor, mi corazón es de mi bayoneta!
Me gusta ver su brillo bajo Tu cielo claro;
parece un lirio fuerte, como el lirio del Ángel anunciador,
un lirio cuyas raíces vivas las llevo yo en el alma:
allí se aferra y chupa:
mi espíritu alimenta el acero de la hoja...
Mi bayoneta es bella por sobre las banderas;
tiene las rectitudes de mis ideales;
corta como corta una idea bien concebida y firme;
si choca, gime o canta;
cuando vamos marchando,
aunque el cansado cuerpo se agobie hacia la tierra,
ella señala al cielo y va trazando
el signo maravillosamente revelador de un vuelo
como este de la alondra.
¡Hay que volar cantando!
La bayoneta canta.
La bayoneta siente lujurias impecables.
¡Toda lujuria es música!
Si se hunde en carne viva,
tiene, como los árboles, sed de arraigarse.
A veces se me figura
un anhelo infinito que anda buscando dónde
convertirse en perfecta realidad.
El alma de nada sirve sola.
La idea sin la forma no existe.



¡Es necesario el cuerpo!
La hermosura es corpórea.
Lo que no tiene forma nunca es bello.
Lo infinito se anula sin lo finito:
en ello estriba la divina sapiencia:
Nada puede ser sin su límite.
Y el acorde de un límite yuxtapuesto con otro
en consorcio anhelante de deshacerse ambos,
la línea que separa el océano del cielo,
las olas de la playa, y las hojas del aire,
y el canto de la idea, y la luz de la sombra,
y el cuerpo de la amada del cuerpo del amado,
¡la vida de la muerte! —es el nodo divino,
la sabática pausa de la creación, el punto
donde el Creador descansa concluida Su obra
mirando cómo es buena!...

Ya se calló la alondra
¿Qué cosa me decía?
¡Pronto se marchitaron las amapolas!
Y esta sangre en el suelo,
¡por Dios!, ¿qué ha sucedido?...

JORNADA CUARTA EN LONDRES

CONVALECIENTE

Mi traje azul claro, de lana,
cómodo como el de un mandarín chino,
y mi corbata roja, símbolo de sangre derramada,
dan color a las calles de Londres.
Un pedazo de cielo, algo divino,
se aburre monstruosamente en la metrópoli del mundo.

Mañana vestiré otra vez mi uniforme
para ser del todo gente y no importarle nada a nadie.

LAS PREGUNTAS

¡Estas pobres mujeres preguntonas!
Un hijo, un hermano, el amante,
son razón suficiente para interminables preguntas.
Yo no sé si decirles:
—“¡Pues ya lo creo! lo conozco muy bien.
Y está en lo rosadito de la vida:
completamente lejos de peligro...”
O si espetarles esto:
—“Yo no conozco a nadie.
Ni a mí mismo.
¡Nos mataron a todos
y el diablo nos ha robado el cuerpo
para llevarlas a ustedes al infierno!”.

COMPARACIÓN

En la inmensa barraca
de la Asociación de Jóvenes Cristianos,
llevar el uniforme da derecho
a lavarse uno las manos.
Reparten Biblias protestantes
unas mujeres viejas y unos hombres calvos
(y, tal vez, calvinistas).
Hay una que otra muchacha que parece
un lavabo de porcelana.
Los viejos hacen las presentaciones:
eso es llenar la palangana.
Se sentimentaliza exageradamente,
porque, al lavarse,
los animales imitan los modales de la gente.
Los corazones se ablandan lo mismo que jabones.
¡Uf! Si en las letrinas
hay preventivos contra todo,
¿por qué no atreverse con una muchacha decente?
No había tales cosas cuando se adoraba a Venus:
nada enfermaba en Pafos.

EL DEBER DE UN PADRE CUANDO SE VA A LA GUERRA

En el Embankment, a lo largo del río,
y en la Serpentina, y en el parque de Seven Ponds,
a todas las horas de la noche;
y en la catedral de San Pablo, al mediodía,
—en las escaleras que conducen a la cúpula—,
muchachitas de catorce y menos años
como aquella hermanita del Rey que no tenía pechos,
se dan por un chelín a los soldados.
¡Agamenón, padre misericordioso,
yo te alabo!

NOTICIAS DE NICARAGUA

Puesto que Nicaragua entró en la guerra,
lo justo es que el Obispo diga misas
por el triunfo de las armas aliadas.

En las tertulias y en las barberías
se malgasta saliva
defendiendo “la causa”.

Ya no pueden los periódicos
con los sonetos a Bélgica
y las odas a Francia.

Pero cuando supieron
que venía a la guerra yo,
nicaragüense,
a pelear por Nicaragua.
los beatos,
y los discutidores en público,
y los hacedores de versos,
convinieron en que yo estaba loco.

SOBRE UNA FOTOGRAFÍA DE LA QUINTA AVENIDA

¿Ves todas las banderas
que adornan la Avenida?
Las barras y las estrellas formidables,
el tricolor de Francia,
el pabellón de Flandes,
los colores de Italia,
las equis de Inglaterra,
el sol japonés,
la estrella solitaria de Cuba,
el elefante de Siam,
el azul y blanco de mi Nicaragua...
¡tantas y tantas banderas!
¡Son harapos!
Bajo esa capa raída
repara en la carne flaca de los pueblos.

JORNADA QUINTA SUNT LACHRYMAE RERUM

COBARDÍA

Esta villa en escombros,
estas casas quemadas,
estas ruinas de muros:

Como gente que se fue por los caminos
huyendo de la peste
y la peste alcanzó y dejó amontonada:

Como viejas enjutas,
como grupo doloroso de hambrientos,
como pordioseros pernoctando en despoblado,
uno de pie sobre báculos toscos
y los más, echados en el suelo,
calentándose los unos a los otros:

¿Por qué he de darles a comer mi carne
y a beber mi sangre?
¿A mí qué me va ni qué me viene
que haya villas o no haya?



¿No había en cada esquina una taberna?
¿Y burdeles de goce mentido y mentecato?
¿Y el odio no habitaba en cada casa?
¿No se vendían el honor y la justicia?
¿Los mercaderes no engañaban?
¿Y no eran todos mercaderes?
¿No era la vida aquí una vida de perros?
¿No maldecían todos la existencia?
¡Mi vida es para mí: yo no la entrego!

LAS RATAS

¡Ja! ¡ja! ¡ja! —compañeros, la guerra
la vamos a perder de todos modos.
¡Todas estas ratas!... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!...

Antes eran pocas;
y comían raíces,
y era fácil librar de ellas los viñedos.
Pero ahora
que se han multiplicado
y comen carne humana,
serán, cuando se acabe la guerra,
lo que domine a Europa.
¡Para que nos coman las ratas
dejamos los oficios pacíficos:
para darle Europa a las ratas!

¡Y qué van a poder contra estas fieras
aquellos hombres-ratoncillos roedores de queso,
aquellos muchachos-gatitos lamedores de leche,
y las mujeres infelices
que se quedaron en casa!

EPIGRAMA

(Para grabarlo en la cureña de un cañón)

Homero fue cegado,
por decir mal de Helena:
Lo castigó el Cronida.
¡La causa de la guerra,
artillero, no digas,
por temor de que pierdas
tu buena puntería!

VALOR

Hay que ser muy valiente,
con una valentía que no obtiene medallas,
para oír el organillo de los burdeles
y dominar las ganas.
Y más valiente todavía
para jugarlo todo por un beso
y hacer caldo de puercos la conciencia
y esperpento de pájaros el miedo.
Lo que no requiere valentía
es soñar con entrar en un convento.
Lo negativo del valor
es quedarse sin ganas o con sueños.

ODA A SAFO

I, 1

La humanidad, ¡alás! no huele a rosas.
¿Y dónde encontrar la belleza, Dios mío,
si todo es podredumbre
y dolor y miseria?
¡Oh Safo!, ¿tus rosas dónde se abren?
¡No es en el lodo humano
en donde alargan sus raíces!

I, 2

Busqué el Jardín de Pieria
toda mi vida, en vano.
¡Aquí puedo decirlo:
Nunca hallé la belleza,
que todo es podredumbre
y dolor y miseria!

II

¡Bienaventurado el héroe negro
que jamás ha sentido la necesidad absoluta
de mirar frente a frente a la belleza,
y la tragedia inenarrable
de jamás encontrarla!



III, 1

En el *dog-out* hermético,
sonoro de risas y de pedos
como una comedia de Ben Jonson
un grupo de soldados
se cuentan los unos a los otros
intimididades obscenas.
Uno ha dicho una frase
que debe de haber hecho
temblar a las estrellas,
dejar caer sus lanzas
y cubrirse los rostros con las manos:
—“A mi mujer le apestan los sobacos”.

III, 2

¡Oh Safo!, ¿será cierto
que Faón no te quiso
porque tenías caspa?...

IV

En el *dog-out* hermético
descansan los soldados.
Afuera está la Muerte.
Adentro están los hombres.
El héroe negro espulga
al compañero blanco.
¿En dónde, Safo hermana,
está el Jardín de Pieria?

V, 1

Adivino, sin volver la mirada,
que las uñas de los potentes pulgares
al aplastar los piojos uno a uno
se ponen de una blancura sucia
y se rebaten de morado.
¡Oh Safo, si serán tus violetas!

V, 2

Adivino, sin siquiera escucharlo
(retumba el cañoneo
y hay mucha charla y risa)
el ruido de esas uñas
al aplastar los piojos uno a uno.
¡Oh Safo, serás tú tronchando rosas!

V, 3

¡Adivino de una manera horrible,
avivando recuerdos,
el olor de esos piojos!
Que a pesar de la vasta diferencia
de climas y de razas,
los piojos aquí en Flandes
tienen hedor idéntico
a los de Nicaragua...

VI

Busqué el Jardín de Pieria
toda mi vida, en vano.

Aquí puedo decirlo.
Y de ti, Safo, ¿es cierto
que Faón no te quiso?
¿Y qué te valió entonces
haber cortado rosas?

VII, 1

Allá en mi Nicaragua,
a la hora enfermiza de la siesta,
en un rincón sombreado
de mi casa, la negra
sirvienta entreteníase
espulgando a su hija.

VII, 2

La muchacha no hablaba,
sólo hacía unas muecas expresivas
de que aquello muy a mal le agradaba.

VII, 3

La muchacha tenía
doce años y yo nueve.
Oh, ella pudo haber sido
mi enamorada, pero...

VII, 4

La muchacha no hablaba,
sólo movía, feos,

los pies.
Y unas veces tenía
lúbricos movimientos,
se me ponía en unas posiciones,
que inopinadamente
me ofrecían problemas
que todavía no he resuelto.
¡Oh Safo, si tenía,
—como tú caspa—, piojos!

VIII

Faón será mi amigo,
y el Hipólito de Eurípides.
Que el amor, adivino,
debe de ser cosa
sudorosa y hedionda.
Que todo es podredumbre
y dolor y miseria.
Aquí puedo gritarlo.
¡Oh Safo, hermana mía,
recoge tú mi grito!

MEDITACIÓN

De deferencia en deferencia
perdemos la inocencia
y el hombre justo tórnase malvado.
No recuerdo haber hecho
maldad ninguna para mi propio agrado:
siempre fue por dar gusto a los demás.
El camino derecho
es el que se anda solo, sin compañía.
El alma colectiva es la de Satanás:
ya lo tengo probado.
¡Soledad, en ti el alma no se empaña!
Pura se tiene, pura
como el canto de un pájaro que canta solitario,
como una estrella sola en una noche oscura!
Faltos de voluntad, perdido el fuerte
don de ser solos, vamos a la muerte.
Nos obliga el espíritu gregario.
Y nada es tan cobarde ni tan mezquino
como el morir uniformados mil al día,
renunciando el derecho divino:
la individualidad de la agonía.

LA PAZ

Esto no ha sucedido nunca,
sólo yo lo imagino:
En vez de charla insulsa,
discusiones que terminan en pleito
o confesiones dolorosas
de dolencias inmundas,
un grupo de nosotros,
como en algún poema muy antiguo,
hablamos de la Paz:

—“Es una mujer bella
que ríe en los trigales verdes
y se duerme desnuda entre los surcos
de los campos dorados.
Bajo del sol la he visto, y en la lluvia
que hace fértil la tierra.
Su piel es suave como el lino hilado,
su carne huele a heno,
sus senos son como las trojes repletas,
su risa hace volar el polen
y llover —¡oh garúa de colores!—
las flores de los árboles frutales;
su voz conforta como el bullir de un puchero,
su aliento es el calor de los hogares,
y por ella brillaba mi guadaña
como una luna nueva



y las bocas inocentes de mis chicos
olían a manzana!”.

—“Es una mujer bella.
Muchas veces la he visto en la Avenida.
Lleva medias de seda
y chapines de raso,
guantes de cabritilla
que le cubren los brazos,
y pieles estupendas.
Cuando pasa,
deja siempre una estela
de fragancia,
y tras de ella se ahogan
las miradas.
Los viernes tiene palco en la ópera.
La música es para ella,
y los muebles de cedro y de caoba,
y los lechos encortinados de brocado,
y los coches de lujo,
y la labor de los joyeros,
y las maravillas importadas,
y los trasatlánticos que son como palacios.
Por satisfacer sus caprichos
los hombres serios se vuelven calvos.
Por ella, en mi oficina
la mejor letra era mi letra,
la mejor suma era la mía,
y en el banco de ahorros
el cajero era casi mi amigo”.

—“Es una mujer bella
como un jardín:
¡hay rosas y azucenas
y una fuente en su carne;

sus dedos son como las hojas de los álamos,
 sus cabellos tienen olor de pino,
 y el pelo de sus senos
 es como musgo de oro;
 sus labios parecen hojas nuevas;
 su vientre es un remanso
 florecido de lotos;
 sus piernas
 son pedestales griegos,
 y tiene cincelados
 en las rodillas tersas
 versos latinos del Renacimiento.
 Yo por ella
 he creado una dalia con perfume
 y rosas sin espinas
 y una amapola de agua que se abre como nube!".

—“Es una mujer bella.

Su cabellera es de bronce bruñido.
 Lisas como marfil son sus caderas
 y también de marfil son sus tobillos.
 Su frente es plata pura
 y sus mejillas oro
 y alabastro la nuca
 y alabastro los hombros
 y los pechos de ónix
 y las piernas de mármol.
 Su vientre es un espejo de cristal de roca.
 Las uñas de sus pies las hizo Benvenuto
 y a lo largo de sus brazos
 calígrafos árabes escribieron poemas
 con una tinta de zafiros.
 Sus ojos son topacios
 y sus párpados tienen las sombras de las perlas;

sus labios son rubíes
 que todavía no se han cristalizado.
 ¡Ah, y quién pudiera hacer suya
 la sacrosanta mina de granates!
 Ese mortal engendraría
 hijos más bellos que los inmortales”.

—“Es una mujer bella
 como un águila, o como
 un cisne cuando hay sólo
 un cisne en la laguna:
 ¡Ella es el cisne de Tuonela
 que empolla en el océano!
 Ella es el fénix persa,
 ella es el búho griego,
 y el ibis egipcio,
 y el quetzal guatemalteco,
 y el faisán de la cresta de oro
 de los poemas chinos,
 y el pájaro del dulce encanto
 de los cuentos que cuentan las sirvientas
 para dormir a los niños.
 Su voz es la voz de la alondra de Shelly
 y de la alondra de Wordsworth
 y de la alondra de Shakespeare que canta
 a las puertas del cielo a la alborada.
 Su voz transportó a Keats
 y le arrancó lágrimas a Safo.
 Cuando se pierde en la neblina
 gritan los albatros
 de Baudelaire y Coleridge.
 De ella aprendieron la gracia de sus vuelos
 los pájaros de las islas
 que asombraron a Darío.

Por ella son morenas y rosadas
las garzas de los esteros y los lagos
de Honduras y Nicaragua.
Por ella son perfectos
los huevos y los nidos y las alas.
¡Y por ella es una paloma el Paracleto!”.

—“Es una mujer bella
y más que bella, fuerte:
de mucho juicio,
de mucha ciencia,
como la maestra de Sócrates.
La sutileza de sus dedos es tal
que dividen los colores el sol
o recogen los esparcidos rayos de una estrella
lo mismo que un cristal”.

—“Ella cortó la fruta prohibida
y al hombre que lloraba
le dijo:
“En resumidas cuentas, si me tienes,
mira, ¡nada has perdido!”.

—“Y después supo ser
la Madre de Dios mismo:
del seno de la paz de las naciones
nació el Cristo”.

—“Es una mujer bella
y más que bella, mala:
¡Ella es Lilith la traicionera!
Sobre una roca blanca,
en un bosque encantado,
la bruja de los cabellos de oro
pasa el día peinándose.
De noche,

el brillo de sus ojos
enciende la furia de las bestias
y alumbra el sendero de los lobos.
Ella es la madre de la Pereza
y de los delirios lujuriosos.
Brotó bastarda del huevo de Leda:
ella es Helena infiel,
y Clitemnestra asesina y adúltera.
Ella es la madre de la Avaricia.
Ella es la que estanca las conciencias
y de las conciencias estancadas
nace como un reptil la Cobardía.
Ella es Circe.
Ella es la Sirena.
Hace a los hombres cerdos,
o por seguir su canto los destruye.
Su otro nombre es Engaño.
El espejo que empuña
sólo refleja hipocresías.
De su vientre nació la Diplomacia.
Ella es la madre del Patriotismo falso.
Eructo de su boca es el Gas asfixiante,
y todos los horrores de la Guerra
ella los incubó:
son cosecha de su siembra,
¡oh sembradora fatal como Medea!

ORACIÓN

¡Señor, son tan niños los hombres
que habrá que perdonarlos!
La paz era una muñeca de porcelana
que rompieron
para jugar con cañones
y aeroplanos
y submarinos
y tanques.
Era un juego la paz
y la guerra es otro juego.
Ya se harán otra vez otra muñeca
cuando se cansen de esto.



CARTA A ALICE MEYNELL

Señora dilectísima
que por tu sentido recto de la vida
y tu soberanía sobre las letras eternas,
y tu maravillosa visión de las cosas,
y tu larga intimidad con el amor y la belleza,
has sido para mí Diótima de Mantinea:

¡Que mi carta te encuentre entre tus libros,
rodeada de inmortalidad,
o en medio de los álamos de tu jardín, en Sussex,
recordando el *Lilium Regis* de Francis Thompson!

La biblia de la sangre, oh maestra,
en edición estupenda,
única, incunable, costosísima,
te regalo para tu biblioteca.

Lee en ella el futuro inminente,
y piensa en mí que no negué la tinta
imperecedera de mis venas.

Dile a los inmortales de tu círculo,
que del hilo fluyente de la vida,
la tierra se ha tejido mantos púrpuras
y se ha vestido, emperatriz, de aurora
gracias a que en el mundo casi no hay sangre inédita.
¡Rojo está el mundo, rojo

de tanta sangre publicada!
¡Ay de quien no sepa leer!
¡Peor de quien no quiera!
¡Peor aún de quien intente borrar aunque sea una línea!



INDULGENCIA PLENARIA

Cosa tan nimia es el haber pecado,
que repaso mi vida
como un buen cura de lugar que oye
la confesión primera de un muchacho.
Por eso digo viejas oraciones
con entera confianza.

EL PALOMAR

Del palomar volaron a un tiempo las palomas:
¿Quedó desierto el palomar?
Más bien se ha confundido con el cielo,
y el ruido de tantas alas me ha recordado el mar.

Al palomar a un tiempo volvieron las palomas:
¿Estará lleno el palomar?
Tal vez: pero me importa sólo el cielo,
¿y hacia dónde miraré para poder ver el mar?



LA TRINCHERA ABANDONADA

La trinchera abandonada se ha inundado.
En los bordes florecen amapolas.
¡Oigan! ¡Las ranas!

Me pareció que sería el coro de Aristófanes,
pero son ranas jóvenes,
no han aprendido griego:
lo que cantan es una canción china.

En la terraza del Jardín de los Encantos
el divino Ming Juang acaricia las peonías
y acaricia la mano como un lirio de Yang Kuei-fei.
Hay que saber que es el segundo mes de primavera.
Por esto lo que cantan las doncellas de palacio
acompañándose con flautas de marfil y flautas de oro,
no satisface el corazón del Emperador enamorado.
En cumplimiento de sus órdenes
comparece Li Po completamente ebrio.
Y ahora Yang Kuei-fei, la de la voz de alondra,
entona los cantares que en su loor improvisó el poeta:
se llaman la Canción de la peonías.

I

“Las nubes de muchos colores me hacen pensar en las
sedas que cuelgan de sus hombros, en las sedas que
[sujeta su cinto;

las flores me recuerdan vivamente su rostro.
Primaveral el viento, roza los capullos contra la
[balaustrada:
diversamente pintados y brillantes se ven, cuajados
[de rocío.
Si no fue en la Montaña de Jade Amontonado,
sería en la Terraza de Jaspe donde la he visto,
o nos habremos encontrado por casualidad en la luna”.

II

“Suspira un dulce perfume debajo del rocío que se
[ha helado, una rama de bellas flores opulentas.
Para éstas no hay noche de amor como aquella en la
[Montaña de la Encantadora: sus entrañas sienten
[dolor en vano.
Os ruego me digáis, ¿quién la iguala en el Palacio
[de Han?
Hasta la Golondrina Voladora da lástima, pues su
encanto depende de que sean siempre nuevos
[sus adornos”.

III

“La renombrada flor, y la mujer de belleza potente
[para derrocar tronos, —ambas dan alegría.
Las dos reciben la sonrisa del Príncipe que se
[goza en mirarlas.
Sólo el viento de la Primavera puede comprender y
[explicar los infinitos celos de la flor
que se inclina sobre la baranda del balcón que hay
[en el costado norte del pabellón de madera de áloe.

EL PUENTE

En el puente están bailando
bailando,
en el puente están bailando
desnudos los soldados:
soldados,
desnudos y con sus sombras,
baila que baila bailando...

¡Ah, qué bello es el puente!
La gracia de sus arcos
que sobre el río tienden
un anchuroso y casto
gesto de esposa buena,
sólo inspira bondades...

Arquitecto que hiciste
los planos del puente,
¡si supieras!
Han pasado rebaños:
ovejas y carneros
con ese andar tan suyo,
tropezándose siempre
¡y nunca una caída!
y sus inicios de carrera,
torpe, como de miedo...
Han pasado rebaños.

Han pasado carruajes,
y caballos.
Han pasado automóviles.
Han pasado procesiones con santos,
y entierros.
Han pasado mendigos.
Una mujer detuvo a un hombre.
Una muchacha mira la corriente,
¡una muchacha sola!
Que unas veces blancas y otras
[veces negras
río abajo y río arriba
pasan las galeras
de invisibles velas
debajo del puente...

¡Han pasado voceadores de
[periódicos!

¡Han pasado banderas!
¡Han pasado cañones!
¡Han pasado heridos!
¡Lo bello, lo grave, lo triste,
lo inútil y lo útil,
cosas y gente!...

Arquitecto que hiciste
los planos del puente,
¡si supieras!
¡Han pasado banderas!
¡Han pasado cañones!
¡Han pasado heridos!

.....
*Sobre el puente ahora
van las ilusiones.*

A JESUCRISTO

Señor, nunca creyera que te amara tanto
ni de este modo,
sintiendo, como siento, tu divino barro
indivisible de mi lodo.

Si me duelen mis heridas
es sólo porque sé
que tus heridas viejas
se te abren otra vez.

Y este empeño de seguir
viviendo entre los vivos,
es porque sudas sangre todavía
en el Huerto de Olivos.

¡Oh, ten valor hermano!
Aguante como aguato yo.
Échame tu Cruz al hombre,
¡yo puedo con las dos!

CANTAR

Álamos destrozados de Oudenarde,
hayas truncas de Ramillies,
¡ya echaréis nuevas ramas
cuando vuelva abril!

Y estos campos arrasados
se revestirán de mies:
¡como ahora de espanto y de sangre,
mañana de oro otra vez!

Muchachos y muchachas del año que viene,
siempre será dulce sentir el amor,
y vivir, y ser joven —¡ser joven!—
como las estrellas, la luna y el sol...

¡Qué importa que yo muera,
si tengo conciencia de mi inmortalidad!
Creo en la aurora. Creo en la Primavera.
Tengo el alma en paz.

CANTAR

Una canción suave, una dulce canción,
todo el santo día me llenó de lágrimas el corazón.

Una canción suave como son las plumas
que andando caminos a veces hallamos:
¡a saber de qué alas serían,
si de ángel o pájaro!

Una canción suave, una bella canción
sin palabras, sólo con profundos júbilos del corazón.

Paz que llevo dentro, paz que todavía
sabes hacer música y la haces en mí:
—¿Verdad que la guerra es mentira?—
Las balas, silbando, responden, ¡*Sí... sí...!*

CANTAR

Voy a tener una novia,
—cuando se acabe la guerra—,
la que digo que es mi novia,
¡o me moriré soltero!

Voy a tener una novia,
—si mi esperanza no yerra—,
dulce como el dormir mucho,
¡que es todo lo que yo quiero!

Y habrá de llevar el nombre
con que digo que se llama,
y si no lleva ese nombre
¡que le den el de la Muerte!

La habilidad de sus manos
adrede me hará la cama
que cuando por fin me duerma
¡ya nunca más me despierte!

CANTAR

La muerte que espero, ¿qué hará que no viene?
Hace tiempo la aguardo: olvidado me tiene.

¡Se habrán cerrado todos los caminos!

Olvidado me tiene, por otros amores;
o tal vez se retarda, segando flores.

Oí su voz: ¡el viento entre los pinos!

Segando flores, con la vista en el suelo,
no se fija que es tarde, que no ha mirado al cielo.

La noche va cayendo en los caminos.

Pues no ha mirado al cielo, olvidado me tiene.
Mi corazón pregunta: ¿qué será que no viene?

Oí su voz: ¡el viento entre los pinos!

RECUERDO

¿Cómo puedo soñar contigo que eres bella,
si las carcajadas de los hombres
y los relinchos de las bestias
y ciertas luces rojas
que hay sobre ciertas puertas
me acongojan?
Sin embargo
cuando marchamos con banderas
y los clarines relucientes hacen música
y brillan las bayonetas
y los que van a morir saludan,
amorosa fluye la sangre de mis venas:
¡Eres más bella, Amada, que una espada desnuda:
recta y blanca y sin tacha mis ojos te recuerdan!

LA BALADA DEL RETORNO

Va a ser así cuando retorne: tú
estarás a la puerta, y será tarde
en el cielo, en el pueblo, en la esperanza
deslumbrada que guardes...

Será a la hora cuando gravemente
transita el farolero: alcaravanes,
primer revuelo largo de murciélagos,
y son del ángelus...

En el árbol del patio las gallinas,
en los del bosque innumerables pájaros,
y casero y silvestre al mismo tiempo,
en tus ojos, el llanto...

Y llegaré, cansado de victoria,
aturdido de paz; más por instinto
que escogiendo anhelante de antemano
mi rumbo en los caminos...

—“Niña, ¿por qué te quedas a la puerta?
Cuando anochece, el aire es peligroso;
entra a tu casa y prende luz y seca
de lágrimas tus ojos...”.

—“Soldado, ¿y fueron muchos los heridos?
¿Y los que se quedaron para siempre...?”.

—“¡Los primeros aún sangran, y los otros
puede ser que regresen!”.

—“¡Que regresen los muertos!... En las cajas
cubiertas de laureles y banderas...”.

—“Hartos de paz, más bien, y de victoria,
un día en que anochezca”.

“Como ahora anochece, en cielo y calle
y en la memoria que se guarda de ellos”.

—“Soldado, gracias. Volverá sin duda”.

—“¡Quién sabe si ya ha vuelto!”.

ÚLTIMA CARTA

Se me figura que todo el mundo ahora
debe sentir lo que yo siento.
Imagínate: ¡hoy ha salido el sol!
¡Hoy hemos visto el cielo!
Han pasado incontables aeroplanos:
todos quedamos roncós
de gritarles saludos.
¡Qué nos iban a oír!
Pero oírse uno mismo es lo importante,
oírse hasta quedarse sordo,
y ver la luz del día hasta cegarse:
¿Verdad que es muy sencillo
el secreto del arte?

Tuvimos un fuego al aire libre
hasta que nos obligaron a apagarlo.
El calor nos volvió contemplativos.
¡Todos nos chamuscamos los zapatos!
Otro descubrimiento divino:
darse al calor hasta quemarse
es el secreto del misticismo.

Nadie ha proferido ni una queja.
Es por entero falso que tengamos enemigo.
No nos hemos cruzado ni una bala.

Sin embargo, esta noche
esperamos ataque
por eso te escribo.

P.D. —La América tropical dará al mundo los mejores poetas, los mejores pintores y los mejores santos. Como tengo que hacer de centinela no me queda tiempo para dilatarme ahora en explicaciones. Basta una: el sol. ¡Me voy a ver la noche hasta que salga el sol!— VALE.

EVOCACIÓN DE HORACIO (1948 y 1949)



Salomón de la Selva en México, hacia 1948

ESTROFA II

Y Safo, en la ardorosa Lesbos,
entre las rosas y violetas de su jardín de Mitilene,
mirando el mismo lucero salir del mar color de vino,
habrá gozado alguna vez de paz en su isla
estremecida de guerras como otras islas de tormentas,
habrá sentido esta hora redolente
correr dulce y espesa
como miel chorreada,
habrá evocado a Arquíloco por el amor de Neóbule,
pensando en Pieria,
pensando en Afrodita y en su trono,
o sonriente de haber visto turbado al noble Alceo,
inquieta, más que su mente, su lengua
con el sabor y el calor y el temblor del recuerdo.

ÉPODO II

La poesía es memoria.
Secuencia interminable, perla y perla,
cuenta y cuenta, en collar. Es ola y ola
—*oceanus circumvagus*—
como el mar enrollado en la cintura de la Tierra.
Pasión en el recuerdo revivida.
Reflejo en un espejo
que el verso enmarca y delimita.
Misterio de Narciso. Sacramento
de la ninfa
Eco.

El sentimiento vibra como cuerda pulsada
y da una nota de pasión, efímera:
Poesía es el recuerdo de esa música:
Música en el recuerdo y el verso eternizada.

Como en la Religión
maduro el hombre vuelve velas atrás, desanda
sus pasos desviados,
Poesía es un volver entraña adentro y corazón adentro
adonde Dios, la vida, el ser tienen su centro:

*...nunc retrorsum
vela dare atque iterare cursus
cogor relictus...*

EL POEMA PRIMER MOVIMIENTO

I

Horacio no era sentimental. Horacio creía, sí, en los númenes como ángeles guardianes que le evitaron ser mordido de víbora cuando se echaba a dormir en pleno campo cansado de sus andanzas de muchacho, y lo empujaban apartándolo cuando iba por los bosques en recreo de adulto para que no le cayeran árboles encima que el viento derribaba.

Palomas lo cubrieron en su infancia de tiernas hojas en lo alto del Volturo contra el frío mortal, como a Estesícoro, a Píndaro y a Esquilo, consagrándolo para cantar lo que es grato a los dioses, limpio en el aliento de los niños, provechoso a los hombres, reconociéndolo como cosa ligera, alada y sacrosanta.

Lo dice él mismo, agradecido,
lo cuenta orgulloso y consciente del milagro:

*Me fabulosae Volture
ludo fatigatumque somno*

*fronde nova puerom palumbes
texere...*

Pero en lo de hacer versos,
para que el metro fuera numeroso,
las asonantes discretas,
las alteraciones elegantes,
lustrosas las anáforas
como el brillo de plata tres veces repetido
de las hojas del álamo,
y el tema noble,
y el sustantivo único,
el adjetivo insustituible
y el verbo clave y corona de la frase,
y nítida la imagen al sentido
y la cesura puesta de tal modo
que diera al bloque de palabras peso
y al ágil canto convirtiera en grave
marmóreo monumento
más que el bronce durable y elevado
más que las pirámides reales,
Horacio laboraba los días y las noches,
él el primero que unció voces latinas
al ondulado yugo de los ritmos griegos
más allá del primor alejandrino
para pedir corona de Melpómene
cadenciosa y austera
por quien con señorío alcaico
al dulce mirto lírico
juntó el amargo laurel trágico.

Y quien trabaja así domina al sentimiento,
amo del corazón, no siervo,
que es esfuerzo de músculo
y no cesión a impulso repentino

pulir la luna del espejo
 para que no desvirtúe las figuras,
 y es muscular pujanza
 no arranque de entusiasmo
 domeñar con los musios
 al Potro Alado del recuerdo,
 alto corcel en que Mercurio a veces
 y a veces Venus
 —¡tan potente es la diosa!—
 llevan y traen las almas de los muertos.

Horacio no improvisa:
 Reflexiona —refleja—, capta, evoca:
 —Si viviera Lucilio —decía—, más esmero
 pondría en hacer versos,
 rascándose el cuero cabelludo sin descanso,
 mordiéndose las uñas
 hasta la carne viva:

*...et in versu faciendo
 saepe caput scaberet, vivos et roderet unguis.*

II

La evocación de Safo le traería
 relincho de Pegaso,
 fragor de sílabas
 como el golpear de los divinos cascos
 sonando en su cerebro con estruendo.

Capitán belicoso a quien rodean
 con ruido de rodela los guerreros
 alerta a la voz de alinearse,
 así su pensamiento,

en medio del tropel de las imágenes verbales
dóciles, fieles a su ordenamiento.

Su inspiración —aunque cantara a Baco
y el frenesí gozoso de las Thyadas
que el blando tirso irresponsable blanden—
era cuño de bronce duro y firme
que troquelaba en láminas de oro
finas medallas de filoso canto.

Más que las Musas le servían las Gracias
y más aún el buen sentido de Vulcano
orfebre pulcro que en sobriedad labraba
en las fraguas oscuras de la entraña del monte
cráteres para el néctar de la embriaguez olímpica.
A fines del Medioevo lo resumió un poeta:

*Ne te souvient-il pas d'Oraces
qui tant ot de sens et de grâces?*

III

Horacio no era sentimental. Horacio
ardía y esplendía en intelecto:
A flor de labio el rictus de ironía,
donaire contenido en el instante
de convertirse en burla
o de soltarse en llanto:
Concisión al servicio
de no decirlo todo más todo sugerirlo:
Parquedad en palabras pero cada palabra
áurea moneda
valiosa más que puñados de morralla.
Y hondo —entre líneas
como entre los pliegues de la sonrisa—,

en orgullo y pudor oculto, el sentimiento
como bajo un montón de rosas y de lirios,
igual a si durmiera, un niño muerto.

Porque las lágrimas son como el rocío
parece a veces flor, ojo que llora.

IV

*Ilion, Ilion
fatalis incestusque iudex
et mulier peregrina vertit
in pulverem...*

Imprecación de Juno:

¡Toda Troya perezca! ¡Caigan, caigan
—muerdan el polvo sus almenas—
las altas torres ensoberbecidas!
¡Ardan los templos, viólese a las vírgenes!

¿Quién no sufrió traición, por la Belleza
insanamente codiciada,
a causa de un lunar del espíritu,
de una tara escondida,
de un secreto dolor inconfesado
que se convierte en juez y nos condena?

Ardido el intelecto lanza barcas.
Sacrifica doncellas. Pone sitio.
¡Qué carros y qué escudos y qué lanzas!
Y a la postre, el engaño.
Y el túmulo de Aquiles convulsivo.
Y el ladrido de Hécuba.
Y Príamo impotente.
Y el corazón de Andrómaca, partido.

Y espeso de locura el grito de Casandra estuprada.
Todo en la propia mente, vencedora y vencida.

¡Helena escapa siempre, y pese a todo abrazo
jamás es poseída!

Teseo sólo le acarició los pechos
llevándola a caballo cuando niña.
Menelao, de bruces sobre el tálamo,
no alcanzó más que a besarle las rodillas.
Paris apenas le mordió la boca
—zagal brutal y torpe— y un hilillo de sangre
le hizo correr hasta el mentón temblante.
Y Deífobo, nada.

Más que ellos pudo Horacio:
La Belleza
se entrega entera sólo
al intelecto desapasionado.

V

Sin embargo, o por eso,
Horacio era modesto.
Ni adornos de marfil ni alfajías doradas
ni púrpuras lacónicas
brillaban en su casa.
Ambicionaba poco de los días
colmado con el acopio de los siglos.
De vena liberal e ingenio inverecundo
se ufanaba de ser solicitado
por gente acaudalada.
Y con todo, era tímido, huraño.
Era voluble, por insatisfecho

consigo mismo.

Era como árbol seco,
de muchas ramas finas,
pintado a lápiz sobre el claro cielo
de un otoño que no hubo primavera,
por más que sus raíces
se alargaran y enmarañaran en la tierra:
Árbol sin flor, sin fruto,
sin retoño, sin nido, sin pájaro en la rama,
que peina al aire y le da voz al viento.

VI

En lo de hacer versos,
puede más que el punzón con que se graba
el borrador tenaz con el estilo vuelto.

Para entender a Horacio
hay que tener presente
que fue siete años meritorio
en la Tesorería: allí juntaba
los números dispersos, que ordenaba
lo mismo que se ordenan los versos,
poniéndolos en minúsculas latinas.
Bajo disciplina de lo minucioso
alcanzó señorío de lo exacto.
Nada hay en él que sea medio tono,
ambiguo, titubeante, impreciso ni vago

*(Espinosa, el filósofo
que se educó puliendo lentes en Holanda,
más que nadie en el mundo fue horaciano).*

VII

A la hora malva y lánguida
cuando el sol tramonta
y Vésper arde límpido
entre el día y la noche,
perla de luz en el nácar del crepúsculo,

es dulce sentir, trémula,
ansia de amor que irradia
como reflejo de primer lucero,
péndula en el tránsito, de grandes arreboles,
de la carne al espíritu.

Virginal azucena
la luna nueva, acaso,
luce menuda y pálida:
¡Oh visión incorpórea de la Amada!

Pero el Deseo es bárbaro,
rey, y de Tracia.
¡Primavera en el aire!
Etéreo y melancólico
recuerda el ruiseñor:

*Nidum ponit, ityn flebiliter gemens,
infelix avis...*

VIII

¿Quién no ha sentido
ponerse entonces de puntillas el Oído
para atisbar si viene la Esperada?
El Ojo escucha, atento a su llamada,
todo el Tacto le grita, y el Olfato

se va corriendo a donde está seguro
 que ella se esconde entre el lirio y la rosa
 o bajo el verde limonero oscuro,
 mientras el Paladar ha rato
 la tiene asida y prueba,
 donde más suave es ella y cosquillosa,
 uva, fresa, frambuesa, melocotón y breva.

Horacio no (*ni Horacio ni Espinosa*).

Para Horacio tener a los sentidos
 fijados en la esfera cada uno de su oficio
 era escudo de orgullo y de vergüenza:
 ¡Ocultar el lunar del espíritu,
 la manchilla secreta, el dolor íntimo
 que rige, acusa, juzga, y da el tormento!

El sensorial trastorno es treta artera
 con que al que está, vigía de sí mismo
 contra Naturaleza, ésta le vence.
 En trance de Elpenor caemos al abismo.
 Jamás de frente nos embate el libido,
 ni despiertos, sino que en lance oblicuo
 después que la conciencia se adormece.

La conciencia de Horacio no dormía
 (*como nunca durmió la de Espinosa*)
 porque Horacio sabía
 —¡se lo gritaban en las calles de Roma
 mordiéndole el oído las envidias!—
 que su padre fue esclavo, hijo de esclavo,
 nieto de esclavo, toda su ascendencia
 esclava, esclava, esclava:
 Su padre, un hombre bueno
 cobrador de las rentas de sus amos,

libertado
estando por nacerle el hijo.
La madre moriría
en la agonía sórdida del parto...

IX

Horacio se preguntara desde niño
la justicia de que así fueran las cosas.
Aprendiera que la vida es trágica
e incierto su destino.
Argumentaba
contra quienes la toman en jolgorio
o piden de ella una constante dicha.
Abominaba
de creer en embrujos y adivinos.
Era en acción de gracias
y sacrosantamente
que instaba a que el instante precioso se gozara:
Aprovechar el rayo
de luz donde hay tanta amargura,
ya que se es, ya que se ha nacido
en este mundo de dolo y espanto
donde unos a los otros nos oímos
blasfemar y quejarnos tosigosos,
nos vemos marchitar, nos marchitamos,
y en secreto morimos
muriendo muchas veces
con estertor de nadie percibido
antes del último público ronquido,
y por dolor odiamos,
y por miseria lo mismo los mendrugos



de pan que los honores y la honra
unos a otros nos arrebatamos,
sin pensar que parejos víctimas y verdugos
al polvo igualitario vamos.

Por lo que Horacio vislumbrara
en el arcano universal el régimen
de una ley superior, a lo divino:
Por encima de estoicos y epicúreos,
de razas y de climas,
de castas y de clases,
ecuánime la Gloria:
La necesidad de una Humanidad única
en jerarquía de valores personales:
Y el comunal disfrute de lo que da la tierra
que el sol común endulza
y la lluvia, de todos, reblandece:
Y tener, cada quien, el bien mínimo
seguro en el decurso de la vida,
e igual decencia y dignidad de muerte.

O que la humanidad de una vez acabara:
Emperatriz del mundo Proserpina
y Venus destronada:
Desarraigar el árbol, destruirle la semilla
a la fruta,
hacerse el individuo estéril.

Pero Horacio
no llegó a tal hazaña.

*(Espinosa, horaciano —horaciano y judío—
matando un triste amor dentro del alma,
hizo una red, como dibujo
de figura geométrica,
y tendiéndola en la amplitud del intelecto*

*cogió idea de Dios en bien trabada malla
y obtuvo galardón de dispensa de sexo
en laica santidad.)*

Horacio no fue santo: fue prudente.

CADENZA

Hay fiera valentía en quien, consciente
 del juego idiota que parece la vida,
 se niega a procrear y a la aterida
 carne, la carne plástica y urgente,
 reduce a dura castidad, ¡oh llaga
 de inconsumible ardor! Y hay nobleza
 cuando, al momento en que el delirio empieza,
 se impone el rey hierosolimitano
 con su predicación que al intelecto halaga,
 que todo es vanidad de vanidades
 y que el amor es vano.
 La juventud, empero, apenas la dulzura
 de la carne estorba o le empalaga
 la templa por instinto
 con amargor de Adonis y Jacinto.

*(Espinosa fue casto y se quedó en filósofo
 cuando el amor lo pudo hacer poeta.)*

Horacio no fue casto. Y no fue joven.
 Su juventud, ¿fue juventud la suya?
 En el abrazo de la diosa preso
 no sostuvo pelea paladina,
 ni esquivó el labio para frustrar el beso.
 En todas sus canciones se adivina
 que adondequiera que la diosa llama

él acudió insaciable,
y en lastimera queja le reclama,
envejecido ya, por qué le hostiga
madre cruel no deleitosa amiga.
Pero al cortar la flor para evitar el fruto
se quedó Horacio sobre el claro cielo
como un árbol enjuto en el otoño.
Jamás se dio al cariño
de Cupido con sonrisa de niño.
Eros adulto se entronizó en su mente.
Horacio no fue sentimental. Horacio
fue sensual, y lo sensual es diferente.

SEGUNDO MOVIMIENTO

I

Horacio
todavía en Venusia
cuando iba
en la ternura de sus años
donde los centuriones mandaban a sus hijos,
ya probada
—como en la suavidad de las tablas de cera
así en su sentimiento—
que lo herían con estilos punzantes
las miradas de aquellos que decían:
—*¿Y éste, a qué viene aquí? ¿Quién es su padre?*

Y los labios rizados en desprecio
cortábanle como cuchillos aserrados.
Lo desterraban del cariño fraterno
los hombres alzados de soslayo.
Pero el padre de Horacio pagara puntualmente
y el maestrescuela aquel, de miserable oficio,
a quien debían los centuriones meses atrasados,
llamaba al orden a los engreídos:
—*¡Niños, Horacio nació libre!*

Pero no bastaba eso. Horacio lo sabía.
Hay que tener abuelo. Hay que tener linaje.
La estirpe es necesaria.

No en nido de torcaces
 rompen el cascarón las águilas.
 Los romanos romanos descendían de Eneas
 De Anquises y de Venus. De un héroe y una diosa.
 O de Rómulo y Remo
 habidos en la ingenua vestal violada por Mavorte.
 Horacio no descendía de nadie.
 Llega a irritar que lo reitere tanto,
 que se complazca en su dolor lo mismo
 que en el prurito de su llaga el alfoso:
 Vanidoso, de púrpura vestido,
 ¿a qué mostrar bajo el ganado manto
 el mísero pañal de cuna inmerecida?

II

De Venusia —pequeña y entre bosques,
 botín de los soldados
 cuartel de las legiones
 sobre el tobillo de la italiana bota,
 encaramada en escarpado monte,
 sonora del Aufido tauriforme
 (torrente inútil por sus espasmos de violencia),
 país de esclavos, población chismosa,
 donde más que los nombres valían los apodos:
 Tierra de lobos y ponzoñosas sierpes
 paupérrima de todo—
 Horacio emigró a Roma, y a Venusia
 no quiso volver nunca por más que recordara
 toda su vida repetidamente
 cómo zumbaban allí las abejas enconadas,
 cómo olían los pinos, y el contraste que hacían
 de crepúsculo rosa y crepúsculo verde

los álamos blancos y los cipreses negros
 cuando el sol se perdía en sus ramajes
 antes que en occidente,
 y la sabiduría
 que los labriegos viejos destilaban
 una vez agotado el veneno de su vida,
 y más que la miel la excepcional dulzura,
 la mansedumbre hacendosa, de Ofelo.

Horacio
 era pequeño de estatura, rechoncho,
 lucio de bien cebado,
 muy rizado el cabello endrino, espeso
 (que prematuramente se le puso cano),
 muy oscura la piel (de cretense y de egipcio por lo
 [griego],
 y en su natal Venusia,
 donde lo conocían,
 se hubiera vuelto enano. Se hubiera vuelto etíope.

(El florecer del numen
 exige clima de secreto.
 Que no le violen nunca
 lo que tiene valores de misterio.
 El vate ha de ser siempre
 —envuelto en luz mejor que envuelto en sombra—
 impalpable y apenas discernible.

Lo actual, lo conocido, lo palpado,
 el dato cierto,
 el cegato *Lo vi con estos ojos*
 es enemigo del recuerdo.
Esto fue así y así, eso es historia.
 Poesía es siempre *Me pareció que era*

con el brillo de esmalte
y el lujo de detalles de un sueño.

*And did you see Shelley plain
And did he turn and speak to you?*
es pregunta que entraña una visión del poeta
más clara y honda que cualquiera respuesta.)

III

En Roma,
entre la plebe mal oliente y vocinglera
donde le abría paso su caprario,
Horacio, adolescente, envanecido,
iba, con las libretas bajo el izquierdo brazo,
censurando el desorden, repugnando lo feo,
petimetre al andar, rumiando ya aquel verso
de odi profanum volgus et arceo,
mientras que respetuoso y a distancia,
de gozo lleno viéndolo tan bravo,
su padre lo seguía, en la otra acera,
antes de irse a pregonar pescado,
no atreviéndose
a dar indicio de quién era. Y luego,
en la escuela de Orbilio, el padre arrinconado
donde nadie lo viera, viendo al hijo
entre los hijos de los senadores
temblar bajo la férula
en ágil lucha con las noventa formas
del centímano verbo griego.
Era divina ciencia la Gramática
para el bueno del viejo
que no entendía nada

sino que el hijo lo entendería todo.
Como entre ramas de tupido jardín acontece que un
[rústico
mira brillar la forma de un dios relampagueante,
así al padre de Horacio se le endiosaba el hijo
entre la armazón de su propia ignorancia.

IV

Allí creyeron ser de veras libres,
y Horacio se estiraba.
Aquellos días
Roma crujía de teorías nuevas.
En el Foro las voces
eran como el hervor de muchas aguas.
César cruzaba el Rubicón.

Horacio,
en manos firmes ya de su destino,
hizo el viaje de Atenas a pulir el diamante
de su instrucción preclara,
a someter la Retórica a medida
de la columna doria,
probar si el pensamiento se alza
como el fuste pentélico
y si lo imaginado
desfila como el friso de la Panatenea.
La gracia de la estatua
justiprecia la donosura del verso.
Buscaba Horacio para su poesía
que entonces comenzara
el crisoelefantino decoro de la diosa,
la pureza de línea

y aquella transparencia de la piedra
que logró sólo Fidas.

Allí lo encontró Bruto.

V

Allí el alto
clamor de guerra le subió hasta el alma
como un mar de olas fuertes
revolcador en la resaca,
y Horacio, nadando a largo brazo
en esa marejada,
se vio tribuno de legión romana:
¡Jamás en Roma se lo perdonaron!

Entonces lo abandonaron las Musas,
y las Gracias desertaron de su lado.
¿Y quién no sabe el daño que hizo Marte
al buen varón de paz que fue Vulcano?

*(Guerreen los guerreros. Los filósofos,
pase. Pero, por Dios, poetas,
¿a qué blandir espada?
¡Tened presente que alza
—un busto senza capo—
Beltrán de Bornia su cabeza propia,
linterna del infierno,
y allí no canta más sino maldice!*

*Digo que no hubo gloria Gracilazo
muerto de una pedrada en Viena,
ni Byron, de fiebre, en Misolonghi,
ni Rupert Brooke, disentérico, junto al río de Troya...)*



VI

Pisó en Philippi Horacio
suelo de su natal Apulia
resbaloso, en pendiente,
que nadie pisa nunca
sino la tierra que pisó de niño
por más que de ella huya.
Vivir es pesadilla:
Duplicación telúrica
del correr en la noche
carrera con la luna.
Va moviendo las ramas,
va meneando las hojas,
el árbol: cree que anda,
se figura que vuela:
¡Más hondo tienen sus raíces
los hombres en la tierra!

VII

Horacio,
desde su infancia envenenado,
a su servil origen
atribuyó la cobardía
de arrojar los arreos
y huir de la batalla como gamo
a quien los perros cercan.
Al temblarle
las corvas y azorarse
sintió la sangre esclava
chirle en el corazón.
Oyó, como de niño, que todo le gritaba:

—*¡Para valiente
hay que tener abuelos, hay que tener linaje,
la estirpe es necesaria!...*

Y el prejuicio de la sangre y la casta
fue como el diente del mur que en la madera de la cuba
roe, y se escurre y se envilece el vino.

Vuelto a Roma
halló que su padre era muerto,
su pequeña heredad confiscada
para el repartimiento a los legionarios victoriosos.

Perdido entre la plebe
en dejadez abúlica,
a Horacio le cundía en el pelo la caspa,
las lagañas le asqueaban los párpados,
y miopes,
y pequeño y goloso,
en la desilusión de sus veintitrés años,
por cualquier cosa con que pagar la farra
de vinillo ordinario y una caricia de ramera
—Inaquia lúbrica y Lícisco más lúbrico todavía—,
a escondidas de Cínara, huyéndole los ojos
y tomándole a mal las finas exigencias
—¡oh pobre, oh débil, oh sensual Horacio!—,
se empinaba en el Foro y recitaba
lacerantes diatribas con un dejo,
en los épodos,
de Arquíloco de Paros y un renuevo
aún más amargo, en las sátiras, del romano Lucilio.
Lo aplaudía
el apestoso vulgo tumultuoso
ávido de oír chismes del prójimo,
deseoso de rebajar al encumbrado,

y en ese aplauso Horacio se encharcaba,
fábula, él mismo, de taberna, lupanar y tugurio.

Años después —*Es que volví*, decía,
con las alas tronchadas.

Y adornaba su fuga
con una cita arcaica que era en sí reminiscencia:

—*Veloz Mercurio me llevó temblante
en densa nube, a salvo de enemigos...*

VIII

Menos mal que su padre
no podía pedirle explicaciones.
¿Qué dolor hay más grande
que el de mirar al hijo en el fracaso?
En el llanto del mar aún se oye el grito
de Dédalo infeliz cuando impotente
miró desde la playa
que inexorable el sol le derretía
la cera de las alas a Ícaro.

Él, Horacio,
nunca engendraría un hijo.
Su tormento con él perecería.
Y en la edad cuando el hombre normal siente la urgencia
de sembrar en la carne, cuando mira
a la mujer con la mirada ansiosa
viendo más allá de ella
y quiere de ella renovada vida
y para el hijo y ella
el techo protector, el sacro fuego,
el almo lecho y la propicia mesa,

bendición de los lares,
 Horacio renunció, por amargura,
 a la paternidad,
 sumido en la vergüenza,
 sintiendo por su padre una inefable
 compasión dolorosa
 como la moza fea que a la madre,
 a quien no obstante adora,
 culpa de haberle dado triste herencia.

Horacio no podía
 arrullar con lascivia la conciencia
 ni ser de tal manera cándido
 que creyera posible
 guiar por engaño a un hijo, porque un día
 la sangre lo traiciona.
 Determinado a no tener linaje
 amó a su padre más que jamás lo amara,
 haciendo un nudo en el amor que, suelto,
 del hijo al nieto y al biznieto forma
 collar como el collar de la memoria.

*La progenie es recuerdo,
 pasión en el recuerdo revivida,
 reflejo de un espejo en otro espejo,
 el narcisismo de la especie,
 eco de muchos ecos,
 ola de mar, poesía:
 Volver atrás y desandar lo andado
 en madurez de carne y religión de espíritu
 hasta llegar al centro de la vida.*

TERCER MOVIMIENTO

I

El espejo es decoro. El espejo es aseo.
 Del rostro para el rostro, del alma para el alma.
 El don de verse reflejado impone
 limpieza y continencia. Los hijos disciplinan.
 ¿Quién osara decir hasta qué abismo
 rodara Horacio en disoluta vida
 sin mirarse jamás cómo se afeaba,
 peor que beodo, en lenguas de beodos?
 ¿Y quién podrá cantar el justo laude
 de lo que lo salvó? ¿En dónde se alzan
 los altares sagrados de ese numen?
 ¿Dónde, Amistad, más diosa que los dioses,
 fuérame dado ir, piadoso, a venerarte?
 ¿Qué vírgenes te sirven, qué mancebos incólumes
 barren con ramas de laurel tu templo
 y en pudorosas danzas te celebran
 entonándote himnos?

La Amistad salvó a Horacio. Fue Virgilio,
 el dulce, el noble, el ruboroso, el grande,
 quien le tomó del brazo para que no cayera
 y le prestó ojos limpios en que pudiera verse.

Arguyo
 que fue primero a la Amistad el canto
 de Horacio a la Fortuna:

*¡Oh diosa que presides
el delicioso Antium! tú, dispuesta
a levantar al mortal sucumbido:
A ti el colono páupero con solícitas preces
acude y la Esperanza
te rinde culto, y la Lealtad que viste
de blanco paño...*

Cuando Augusto
iba a salir contra Britannia y —*¡Pide*
—le rogó a Horacio— *que la diosa Fortuna*
me sea favorable! —a la Fortuna
dedicó Horacio lo que a la otra diosa
su corazón cantaba en letanía,
trasmutando
en ésta a aquélla, que es afortunado
más que quien logra triunfo de guerrero
quien un amigo abraza.

II

Lo sabía
profundamente Horacio. Y si por Pirra
de flavo pelo lacio, o por Leucónoe
lista a jugarse el hoy por el mañana
en aras de oriental superchería,
o si por Lidia de los blancos hombros
y del pesado sueño, o por Mirtala
la liberta iracunda que le ató cadena,
o por Glícera espléndida
como el pulido mármol, o por Cloe
esquiva como un ciervo, si por Lálage
de dulce risa y de canora charla



mas demasiado niña para amante,
 o por Julia Barina reluciente
 cuán pérfida, o por Lice la soberbia,
 o por Néëra falsa o por Tindárida
 sintió el fuego cordial que diviniza al hombre,
 fue una chispa
 que ardió un instante y se apagó sin ruido,
 pretexto de sus rimas
 como en Ronsard, como en Rubén Darío.
 Mujer ninguna provocó en Horacio
 incendio perdurable, lumbre viva
 que iluminara y consumiera junto.
 Pudo Cínara, real, haber prendido
 ascua en su corazón, tizón en su alma,
 como en Chándidas Rami,
 como Beatriz en Dante,
 pero él la dejó que se apagara
 y en los blasones de los grandes amores
 ella es cirio sin llama, hogar sin brasa,
 turíbulo vacío,
 lo que pudo haber sido y no fue nunca.

Fílida fiel fue frío amor de viejo...

En cambio
 ¡qué firme luz de protegida lámpara
 prendió en él la amistad! Para la nave
 en que viajó Virgilio entonó Horacio
 la más pura plegaria:

*¡Devuélvemelo salvo de la ateniense costa,
 que es la mitad de mi alma!*

III

Venció el oro
 la metálica torre de Danae,
 y antes compraba que ganaba al filo
 de la ambiciosa espada
 el primer macedonio las ciudades.
 Los honores se compran, y en el mundo
 —mendaz, maligno, despreciable, torpe—
 aún priva la conseja —*Tanto tienes,
 tanto vales*— vulgar. *¿Qué no se vende?*
 Yo afirmo: la amistad. El casto lazo
 que vincula a los hombres, por el que superan
 los mortales a los mismos dioses,
 don razonable —no concupiscencia—
 dominador de la naturaleza,
 por el que el Hombre es rey de lo creado:
 Único muro inexpugnable
 de la cultura contra la barbarie
 y sostén el mejor de las ciudades.

Esta divinidad llevó a Virgilio
 al costado de Horacio y, apartando
 las costillas menores suavemente,
 como bien puede hacer diosa que quiere,
 lo metió donde el alma de Horacio residía
 en soledad que le engendraba monstruos.
 Y las Musas y las Gracias sonrieron.

IV

Entonces fue la cena con Mecenas,
 y la espera al parecer interminable
 del meritorio de la Tesorería



hasta ingresar al círculo esquilino
 con Vario Rufo, Fusco Aricio, Lolio,
 Polión, Pompeyo Grosfo, Quinto Delio, Virgilio,
 Domisio Marso, Agripa, Plocio Tucce, Pomponio,
 Númera, Septimio, los Lamia, Varo, Tibulo,
 Sexto Quirino, Julio Antonio, Melisso,
 Floro, Salutio Crispo, el propio Augusto: *Clarus*
Anchisae Venerisque sanguis...

Fue cuando bajaron
 las estrellas a Roma y encarnaron
 humanamente y con voz de hombre hablaron
 como en la Atenas de Pericles y Esquilo,
 de Sócrates y Sófocles y Eurípides.
 Y es curioso observar,
 es necesario hacer notar, que entonces Roma,
 como Atenas —¡igual!— asumió el mármol.
 Porque talla a la piedra el pensamiento
 y la canción la eleva: el mito eterno
 de Tebas y de Troya:
 Y paralelo al músculo que pule la cantera
 y edifica el palacio y alza el templo
 y levanta la escuela
 y tiende la calzada,
 la cerebral pujanza hace poesía
 y las ciudades cobran alma propia.

V

¡Anima Romae! ¡Alma propia de Roma! Era de Horacio
 que no nació romano. Los romanos
 le regateaban honra. ¡Con qué envidia
 lo miraban los vástagos de cónsules,

los de la orden ecuestre! ¡Con qué saña
 los mediocres poetas —Mevio, Bavio—
 buscaban modos para difamarlo!

Y los necios
 ¡cómo le viciaban la atmósfera
 más molestos que moscos!

No quiso Horacio tener casa en Roma.
 Hijo del campo prefería el campo,
 lejos, lejos del mundanal ruido. Pero Roma
 fue su cuidado. En Roma su conciencia
 iba tras las menudas faltas de los hombres
 corrigiendo el carácter, como un padre
 tras los menudos pasos de su hijo.
 Y Roma se formó, la que dio leyes
 que norman a los pueblos todavía.
 ¿Qué es Horacio sino cuerpo jurídico,
 legislación moral, contra el avaro,
 contra el libidinoso, contra el desaseado,
 contra el impertinente, el holgazán y el fatuo,
 contra el adúltero, contra el sicofante,
 contra toda insolencia y toda irreverencia y todo incesto,
 y guía indefectible
 personal y social del ciudadano?
 No niego al arquitecto. Celebro al ingeniero.
 Pero al poeta lo coloco el primero
 que junto al gobernante dé a la ciudad espíritu.
 Los mármoles de Augusto son memento.
 Sólo el recuerdo de ellos se levanta,
 solemne y santo, entre las graves ruinas.
 Pero la ley de la romana gente
 está en las tablas íntegra,
 y el criterio de Horacio está vigente
 para estimar la rectitud del hombre.



VI

*Padre rico, hijo ocioso, nieto miserable,
afirmó el viejo adagio: palabra venerable,
decía el fiero coro: La riqueza
amamanta el orgullo, inflama todo vicio,
abusa del poder, relame la pereza,
y hace, por fin fatal, caer en pricipicio
trágico.*

Pero Esquilo añadió: *yo difero.*
No es la riqueza en sí lo que lleva a la ruina.
*Se puede en la opulencia ser austero,
servir a la virtud. El mal también germina
en la pobreza. El mal, en todo campo siembra.*
*Hace tirano al hombre, bramadora a la hembra,
trastorna el recto juicio sostén de las naciones,
ciega los ojos, endurece los corazones,
sin preferir estado ni condición.*

Horacio

consideró estas cosas y, moralista, tuvo
por el clima del mal el uno y otro extremos
de la fortuna. Consagrado al arte,
eligió el Bien en él la mejor parte.

VII

Hay una angustia grande en todo Horacio,
una angustia suntuosa revestida de orgullo,
habladora con lengua de vanidad, gritona,
de no querer morir: *Non omnis moriar...*
Después de dos mil años
está fresca esa angustia, diferente

del miedo de la muerte que a Mecenas
—descendido de los reyes etruscos—
le amargaba el falerno. Frente al noble
Gran Ministro de Augusto, el venusino
que encontraba pueriles las supersticiones
llegaba a enternecerse. Estos hicieron
de la amistad un alto sacramento
en cual virtud, no por Cínara, huyera
“*Orazio satiro*” “*della vulgare schiera*”.

Mecenas
se dio entero al Estado,
Horacio a la Poesía constatando
los gustos y disgustos,
la inclinación variada
y los diversos caracteres humanos:
Cómo, a unos,
en los ardientes carros
deleita alzar en nubes
el olímpico polvo de las pistas
rozando apenas con la rueda la meta
para lograr la palma,
sintiéndose exaltados como dioses.
Cómo, a otros,
atrae la asamblea ciudadana
de voluntad voluble,
pensando sólo en el poder político
y las prebendas de los puestos públicos.
Cómo, éste,
vive —si vive— magro y desvelado
queriendo acaparar en su granero
todo el trigo trillado que lograron
los pequeños colonos.
Cómo, aquellos,

se aferran a sus pocas heredades
 azada en manos, doblegados,
 horadando la tierra,
 y no cambiaran por el caudal atálico
 sus áreas labrantías
 para lanzarse al mar, así pudieran
 ir en pesada barca por agua como espejo.
 Cómo, inquieto
 porque el norte provoca las iras de la ola,
 el mercader alaba la calma de los campos
 y la pausada vida pueblerina,
 pero luego rearma sus buques averiados
 rebelde al pensamiento de la aldeana pobreza.
 Cómo, ocioso,
 aquél en copas mide el largo día,
 fresco a la sombra de frondoso plátano
 o adonde brota fuente cantarina.
 Cómo, a tantos,
 la trompeta marcial y el tronido
 seducen de la guerra que las madres detestan.
 Cómo, en fin, alerta
 el cazador bajo el helado cielo
 olvidando el regazo tibio de la cónyuge
 atiende sólo a si el mastín ha visto
 acercarse una cierva, o si salvaje
 jabalí ha caído en la tendida trampa.
 Horacio nada apetecía
 sino la hiedra que corona
 la frente del poeta.
 Era poeta —¡oh dichoso Horacio!—
 y nada le tentaba, nada lo descarriaba,
 de ese camino único de su vida.



CUARTO MOVIMIENTO

I

La *Ilíada* es problema.
 ¿Qué danza danzarían los Curetes
 sino danza de guerra, chocando los escudos,
 cuando Júpiter niño,
 en el regazo tímido de Rea,
 lloraba, con peligro
 de que Cronos lo oyera?
 Las Musas le enseñaron esos coros a Homero
 y la *Ilíada* es danza
 de gimnastas guerreros
 —para el alma, lúbrica danza jónica—
 mientras Júpiter crece y por la fuerza
 a toda fuerza vence.

Horacio lloró a Itis, lloró a Itis primero,
 con juvenil, primaveral encanto,
 pero en su madurez sintió arderle en la carne
 las heridas de Héctor: ¡Cómo! ¡Cómo! ¿Se puede
 mostrar tanta nobleza y caer abatido,
 barrer el suelo, convertirse en masa
 de carne magullada, informe y sin sentido?

Horacio, hombre maduro, comprendiendo lo bello
 (¿a quién más bello que Aquiles?) lloró el talón de Aquiles:
 La mácula secreta, insospechada,

en toda perfección que los hombres conciben.
 Casi no lo menciona Horacio, pero advierte,
 en el elogio grande que le rinde,
 que el nacido de Tetis
 hubiera despreciado el caballo doloso:
 La belleza es nobleza, la violencia es lo innoble.

Troya y la suerte de Troya, recurrentes,
 vienen y van y vuelven como temas
 que insisten y persisten en Horacio:
 Visión y revisión de pesadilla:
 El fantasma perenne de la guerra,
 el crimen, la venganza, la ira, el odio: Aquiles
 que hubiera consumido con aquivas llamas
 a los niños infantes y aun a aquellos
 que estaban no nacidos en el vientre materno.
 La Ilíada es constante tribulación de Horacio:
 ¿Qué hacer ante el problema de la Fuerza?

Hubris destruye la dignidad del hombre.
 Hubris es el pecado, Némesis el castigo.
 ¿Dónde buscar la salvación? Horacio
 se anticipa a la fórmula tomista:

Unitas sive pax sub recta lege.

II

Aquel que cantó en versos que de ser como olas
 nos pringan con espuma, nos dejan
 rojos de sal los ojos y salobre la boca,
 dio una respuesta diferente: ¡Ulises!
 Frente a la Fuerza, contra toda fuerza,
 de Polifemo, de Calipso, de Circe,



de Escila y de Caribdis, y la de las Sirenas,
 contra Cerbero mismo,
 sagacidad, astucia, ¡inteligencia!

¿Pero engañar es lícito? Y vivir en zozobra,
 de lucha en lucha siempre, de naufragio en naufragio,
 y de isla en isla, y no alcanzar reposo,
 ¿puede ser salvación, vale probarlo?

Cuando dejó la Jonia y se albergó en Beocia,
 huyendo de infortunio,
 profundamente lo meditara Hesiodo:
 Este es el fondo cierto
 de la leyenda mal interpretada
 de que al son de la lira pudo vencer a Homero.

III

Hesiodo dijo: —*El hombre rehúya la violencia,
 déjese de aventuras, y finque en campo propio,
 siembre y coseche a sus debidos tiempos,
 guarde rebaños, haya lana de sus ovejas
 y leche de sus cabras y leña de sus árboles.
 Primordial es ganarse la vida honestamente
 y tener en el alma temor de Dios.*

A Hesiodo

le diera Horacio días de sus días,
 con Virgilio profeta, comentándolo,
 y mientras el mantuano la Piedad exaltaba
 y superior a Aquiles y superior a Ulises
 representaba a Eneas,
 Horacio, que era práctico,
 —*En la ciudad* —mantuvo— *en convivencia*

*bajo civiles leyes, puede el hombre
 estar a salvo de la Fuerza
 que sin consejo hiere,
 bien escudado bajo la Fuerza cuerda—.*
 Y es innoble creer que lisonjeaba a Augusto
 con lamedora lengua aduladora.
 Dante, que era severo y todo lo pensaba
 tres veces, es a Horacio a quien menciona
 en el verso que sigue a la mención de Homero.
 El Augusto de Horacio es la paz como fruto
 de la unidad del mundo bajo normas
 de impecable justicia, lo contrario de Antonio:
 Hija de Némesis no Helena, Cleopatra.

La *civitas terrena* podría ser la carne
 donde tomara alojamiento la que ideó el hiponense,
Civitas Dei: Roma prefigura
 en la visión que de ella tiene Horacio
 la encarnación del Verbo en Su criatura
 y la unidad del mundo bajo sola
 una ley, una fe, una grandeza.
 ¿Cuánto de Horacio habrá en el poema de Prudencio?

En ades, Omnipotens, concordibus influe terris!
*Jan mundus te, Christe, capit, quem congrege nexu
 Pax et Roma tenent...*

III

Si alguna vez Augusto sentó a Horacio a su mesa
 se presta a duda. Allí imperaba Livia
 que no hallaría de su gusto al poeta.

—*Antes de entrar, Augusto, te suplico*
 —le dijo alguna vez— *te quitas las sandalias*

*y sacudes el ruedo de la toga,
no me metas basuras en la casa.*

—¿Basuras, Livia?

*—Bueno, lo que recoges
en casa de Mecenas, tus poetas
pepenados del hampa y los osarios...*

*—Livia, es que a Horacio, si por él lo dices,
lo amamantó la Musa.*

*—¿Sé que es soltero, Augusto, que reniega
de tus leyes nupciales!*

*—Mis leyes son para los caballeros
y la orden del Senado.*

*—¿Y qué te impide que le des el rango
de équite romano? Me parece
que al darle tu amistad ya lo ennoblece.*

Lo pensó Augusto y se lo dijo a Horacio.

—Quiero —añadió— tenerte en mi mandiestra.

—A tu mandado estoy.

—Te haré mi secretario.

*—¿Augusto, no! ¡Por los adversos dioses!
¡Que Sagana, o Canidia,
sobre mi boca abierta*

el vaho vierta de su aliento fétido!

¡Mándame comer ajo!

*¡Ordena que me lance del puente de Fabricio
con la cabeza liada*

*y no seré quien vuelva arrepentido,
convertido en filósofo,
carente de valor para el suicidio!*

¡Condéname

*a luchar con Menemio, diversión de la plebe,
antes que a víctima indefensa
de palaciego encono y cortesana envidia!*



¿Qué más? Me cuido de Appio Claudio Púlquer.
 Para mi baja alcurnia es demasiado
 querer mirar de cerca cómo riges el mundo,
 cómo riegas la paz a manos llenas, cómo,
 en tu redor, la cornucopia exprimen tus privados.
 ¡Hazte con ellos de la vista gorda
 mientras roban al Fisco!

Yo sé un cuento:

Dijo el brasero, el nabo que colgaba
 en humilde cocina: “Ven, querido.
 Te quiero junto a mí”. ¡Cuitado
 que arder no pudo! Liso y blanco era,
 tizado ahora, ahora más rugoso
 que pescuezo de vieja de Peligno.

—Horacio, Horacio, Horacio
 —replicó Augusto—, *te comprendo. Quieres
 que te obedezca yo mejor que obedecermé.*

—*La palabra es de Hesiodo* —replicó Horacio ardido.
 —*Fábula para príncipes que los príncipes entienden,
 lo que le dijo el gavilán a la alondra de pintado cuello,
 llevándola en las garras, mientras ella gemía:*
“Oh desgraciado pájaro, ¿a qué gritas?
Es más fuerte que tú el que te agarra
y pese a tu voz linda ha de llevarte
a donde él quiera.
Si le entra en gana puede hasta engullirte.
Es necio el que se opone al que más puede
y probará vergüenza”.

Y Mecenas: —*Augusto, los decretos
 del príncipe se inscriben como leyes
 si el Senado concurre en aprobarlos,
 pero aquello más hondo que el gobernante quiere,*



*aquello más sutil, que va al espíritu
del pueblo y se hace júbilo y voluntad del pueblo,
corresponde promulgarlo al poeta.
¡Déjame libre a Horacio! Deja a Horacio
que comparta contigo, en otra esfera,
supeditado no, el imperio de Roma.
Los príncipes mandáis un limitado tiempo,
los poetas, en cambio, mandan siempre.*

V

Cuando las animalias humanas, de la materna tierra
salieron, en inmundo rebaño torpe y mudo,
pelearon entre sí por las bellotas esparcidas
y por las cuevas, con colmillos y uñas,
con los puños después y con palos y piedras,
y por fin con las armas que fabricaba el uso,
hasta que un día inventaron palabras,
manifestaron voces y sentido. Cantaron.
Empezaron entonces a abominar la guerra.
Fortalecieron las ciudades
poniendo leyes contra el robo y contra
las costumbres adúlteras. Antes fue Homero
que Solón y Licurgo y que las Doce Tablas,
Horacio antes que Gayo, antes que Justiniano.
Juris precepta sunt tiene sabor a Horacio
y lógica de Horacio: primero *Honeste vivere*,
que es la regla moral, luego *Alterum non laedere*,
que señala lo práctico, y por último
lo que es particular: *Sum quique tribuere*.
Estudie el abogado las sabias institutas
que definen la Ley. El ciudadano tiene
mejor que los Ulpianos y que los Papinianos

la poesía de Horacio: con ella forje patria
y por tal patria dulce le sea y noble dar la vida.

VI

Consultó Augusto el Libro Sibilino
y decretó la fiesta de Roma.
Heraldos la anunciaron al Imperio.
Jamás solemnidad igual ha visto el mundo:
¡Creedlo, pósteros! Mommsen lo atestigua.
Mugieron bajo el hierro los escogidos bueyes
de testuces que nunca doblgara el yugo.
Sorbió la Tierra madre sangre votiva, tibia.
Las matronas formaron sagradas procesiones
que Livia encabezaba.
Prefiguradamente se comulgó con panes.
Roma invocó a los dioses.
*(En el Oriente la verdadera Aurora
sería inmaculadamente concebida,
del Sol de Roma porque imploraba Roma.)*
Compuso Horacio el canto de los niños
—*virgines lectas puerosque castos*—
con que en el Capitolio,
presentes las vestales y pontífices,
presentes los colegios y el Senado,
presente Augusto y a su vera Agripa,
después de los tres días y tres noches
de ceremonias santas
culminaron los bellos sacrificios.



CANTO A LA INDEPENDENCIA NACIONAL DE MÉXICO (1955)



Salomón de la Selva, en foto de estudio, a los 63 años. México

CANTO A LA INDEPENDENCIA NACIONAL DE MÉXICO

(Fragmentos)

.....

.....

.....

¡Oh, Agua,
única y ubicua y multiforme,
nube, corriente, nieve,
definitivamente femenina;
por diligentes y útil,
ancilla Domini
clarisa de albo velo
y doncellez sellada,
a la vez que nodriza
que a todas las criaturas amamantas
que concibe y que da a luz la tierra,
madre tú misma, la primera madre!

¡Cómo enamoras, casta, recogida
entre rocas oscuras;
estricta en los esteros
de orillas de manglares,
hospitalaria en radas y en estuarios,
o, desprendida del mar, en lagunas costañas



entre arrecifes blancos;
o, tierra adentro, en charcas sosegadas
que reflejan el cielo y lo abrillantan
como abrillantan todo
los púdicos anhelos de las vírgenes!

¡Qué temores suscitás,
fosca, entre juncales estancada,
con turbio fondo y marinoso aliento:
tal la que ya a la pasión se ha dado
en rendición completa,
por cuántos modos seducida y seductora;
y te quedas,
Eva prefigurada,
meciendo nidos de aves brujas!

¡Cómo conmueves cuando,
con largos dedos suaves de sororal frescura,
bajo tierra acaricias los cuerpos de los muertos:
con qué piedad destejes la relegada carne
y en las manos de Dios restituyes el barro!

¡Hasta cuándo, infecunda, en caldas sulfurosas,
el paladar te aparta y el olfato te esquiva,
tu caridad, si no dulzura, alivio
a la vejez entumecida infunde!

¡Y eres maestra de suntuosidades,
revestida de lama, en los pantanos
tachonados de lirios: hierofanta
de ocultos cultos y eternos ritos,
solemne bajo la amplitud de las dalmáticas,
terribles en tremedales!

¡O tersa, en las lagunas de los cráteres
de volcanes extintos,

persona no, cosa más bien: espejo,
 esmalte, joya labrada, tapiz mágico, multicolor, tejido
 con hilo de cristal, donde las garzas
 y los patos silvestres
 con sus figuras y sus sombras en vuelo
 trazan problemas de ornamentales matemáticas!

¡O gota de rocío en cáliz
 de flor y en hoja colorida,
 preciosa como perla, fúlgida como diamante,
 trágica como lágrima;
 ópalo efímero en pétalos de orquídea,
 lujo breve de aljófar en la hierba,
 gema equívoca
 en botón de granizo!

Rumorosa de moscos en los abrevaderos
 y en los jagüeyes criollos;
 potente en las calderas de las máquinas;
 guarda de la ciudad, intrépida en las bombas de
 [incendio;
 chismosa en las acequias de las calles;
 enteramente humanizada en las albercas;
 presumida y barata en las piscinas de las casas ricas;
 cara y pequeña y flaca en los aguajes públicos de los
 [pueblos;
 venida a menos en los temascales
 de la raza vencida;
 ostentosa en las fuentes de muchos surtidores de las
 [grandes ciudades;
 secreta en los aljibes y cisternas;
 domesticada en tinajones, civilizada en filtros,
 rústica en las pozas de las granjas,
 muy siglo veinte en tubos de bombeo eléctrico,
 sierva en los sumideros humillada:

oh, Agua,
 dondequiera individual, diferente, y la misma,
 insustituiblemente necesaria,
 divina eternamente,
 transfigurada en meteoros terríficos,
 tú Afrodita, tú Anadiómena, tú Pandemo, tú Cloacina,
 divinidad pagana;
 más santa todavía: lustral de toda mácula del hombre
 en la pila bautismal y en el hisopo,
 ¡oh, Agua!

Hija del cielo, ¡sé tú propicia!
 Hija del mar, ¡sé tú propicia!
 Consuelo de la tierra, ¡sé tú propicia!
 ¡Oh, Agua!

.....

.....

.....

El día, azote de bochorno, agobia las espaldas.
 El sol se agranda y pone rojo cuando cae.
 La luna, al levantarse, se agiganta también y enrojece.
 No refrescan las noches. No hay reposo.
 Fruncen hombres el ceño, dejan caer los brazos,
 con desesperación de ojos encarnizados.
 Las mujeres se quedan reteniendo largo tiempo el
 [respiro,
 sin secarse el sudor, presas de espanto,
 y ya no las alegran los tabachines florecidos
 que alzan incendios cárdenos sobre el cielo metálico.
 La rabia ataca a los murciélagos.
 Reviven sanguinarias divinidades de odio:
 ¡hay amagos de crimen
 y éxodo de braceros!

Andan sueltos, sin freno, los pecados del alma.
La ingratitud, la hipocresía, la perfidia
usurpan la función de las virtudes ciudadanas.
Runrunea, crepita, runfla la calumnia
y se envenena el aire.
Rugen sordos rencores. Aúllan las envidias.
La avaricia pone ojos amarillos. Se afila
las uñas la codicia.
Provocan divisiones los malos.
La mezquindad quiere dar leyes.
Pareciera que va a desquebrajarse la República.
La desconfianza le roe los cimientos:
¡hay amagos de quiebra y bancarrota
y fuga de moneda!

.....

.....

PRIMERA PARTE

CORO DE LOS NIÑOS

*Phoebe silvarumque potens Diana,
lucidum caeli decus, o colendi
semper et culti, date quae precamur
tempore sacro...*

Horacio, *Canto Secular*.

I

EL PRIMER coro sea de la infancia.
Como en el canto secular de Roma
vibren límpidas voces
en labios inocentes



para pedir pureza:
¡limpia, oh México, limpia
de miseria el ambiente de los niños!

ESTROFA I

¡Llévalos alegría a los del campo,
libértalos
del dolor en que nacen y en que crecen!

¡Cuida sus pies, preciosos como flores,
que tan pronto se agrietan y se achatan,
terrosos más que patas de animales!

¡Cuida sus manos, graciosas cuando nacen,
torpes a poco tiempo por desuso
de empleo fino y de fina enseñanza!

¡Aplácales las greñas tumultuosas,
y bajo de las greñas
alisa lo que aprenden!

¡Y a los de las barriadas,
dolor, dolor, dolor de las ciudades,
rescátalos
de la precocidad para lo malo,
de la vileza en que se desarrollan
enclenques de alma y cuerpo,
y de la explotación de que son víctimas!

ANTIESTROFA I

¡Patrio panal de barro de volcanes
amasado con sangre de insurgentes
(*dulce est pro patria mori*),

destila, oh México, destila
dorada miel para los niños!

¡Rosal de espinas con más espinas que hojas,
con las ramas en nudo
(tal rosal es tu historia),
florece, oh México, florece
rosas de amor para los niños!

¡Nido de muchos pájaros —cenzontles,
clarines, cardenales,
gorriones, chupamirtos, canarios,
pájaros incontables—, nido de águilas,
da, oh México, tus plumas delicadas,
tus dulces cantos y tu más alto vuelo
para los niños!

ÉPODO I

¡Nada es más bello —gota de miel, flor, pájaro—
que el niño sano y limpio
cuando se pega al pezón de la madre
y palpa y acaricia la ancha teta redonda
y de deleite mueve las piernitas
todavía encogidas, y hace un ruido
de ternura animal, traga que traga
hasta quedar dormido!

Mi primer canto, Patria, para ti es arrullo:
¡Duerme, mi niño!

ESTROFA II

¡Hilen los hilanderos
en los millares de husos de las fábricas,
con alegre zumbido, antes que todo
hilo para pañales!

¡Tejan la tibia lana los tejedores
 con un ir y venir, de la una mano a la otra,
 las lanzaderas ágiles
 semejantes a ariscos animales, tejan
 cobertores de cuna!

ANTIESTROFA II

¡Oh, dulce de aspirar vaho de establo
 donde rumian paradas las ubérrimas
 madres de los terneros
 dejándose ordeñar: sea su leche
 primero que de nadie
 para los niños!

¡Son una sinfonía
 de blanco y verde los críticos floridos
 de verde y oro cuando maduran las naranjas:
 sea el áureo jugo
 en el que vence la dulzura a lo agrio,
 para vital refresco de los niños:
 toda fruta —manzana, melocotón, durazno,
 uva, higo, ciruela, mamey, chicozapote,
 pera, perón, banano, mango, piña—
 primero que de nadie
 sea para los niños!

ÉPODO II

De la lactancia cuando ha terminado
 hasta la adolescencia, es el período
 en que se forma el paladar. La Patria
 es el sabor que se fija en el niño
 y para siempre lo acompaña y nunca
 pueden otros sabores desplazarlo.

II

TORTILLA y chile, oh México, y frijoles
 son pobre cosa y estrechez de gusto;
 ¡y qué decir si aun eso falta!
 Tu despensa es más amplia; puede serlo.
 Tu cocina es tan rica que se me hace
 agua la boca con sólo recordarla:
 mole rojo de Puebla, mole verde o negro
 en el estilo peculiar de Oaxaca,
 pipián, salsa de molcajete,
 quesadillas de huitlacoche, quesadillas
 de flor de calabaza,
 estofado, asados, almendrados,
 pollo manchamanteles, pulpos en tlilpachole,
 cecina de venado de Guerrero,
 tortas de huauzontle, sopa de chilaquiles,
 chiles rellenos, chiles en nogada,
 mondongo de Veracruz, ¡el rey de los mondongos!,
 tamales de infinitas maneras,
 el cabrito norteño, el cochinito yucateco,
 agujas de Chihuahua, pozole de Sonora,
 iguana chapaneca en salsa de pinole,
 pavos, patos, gallinas, pichoncitos,
 el pescado de Pátzcuaro y Chapala, las truchas de los ríos,
 el guachinango rosa, la mojarra, el pámpano,
 el atún, el cazón, la merluza, el percebe,
 el abulón, las jaibas, los ostiones,
 las conchas pie-de-mula, los huevos de tortuga,
 los camarones, las langostas: ¡no podría
 acabar de contar!
 En el destierro,
 en ruedo fraternal, se recuerda a la Patria,



y el paladar es lo que más se aviva
y lo que más la extraña.

Lo que quiero
decir, es que es pecado,
habiendo tanto, limitar el gusto
del pueblo numeroso que no prueba
ni ha aprendido a probar tanta ricura.

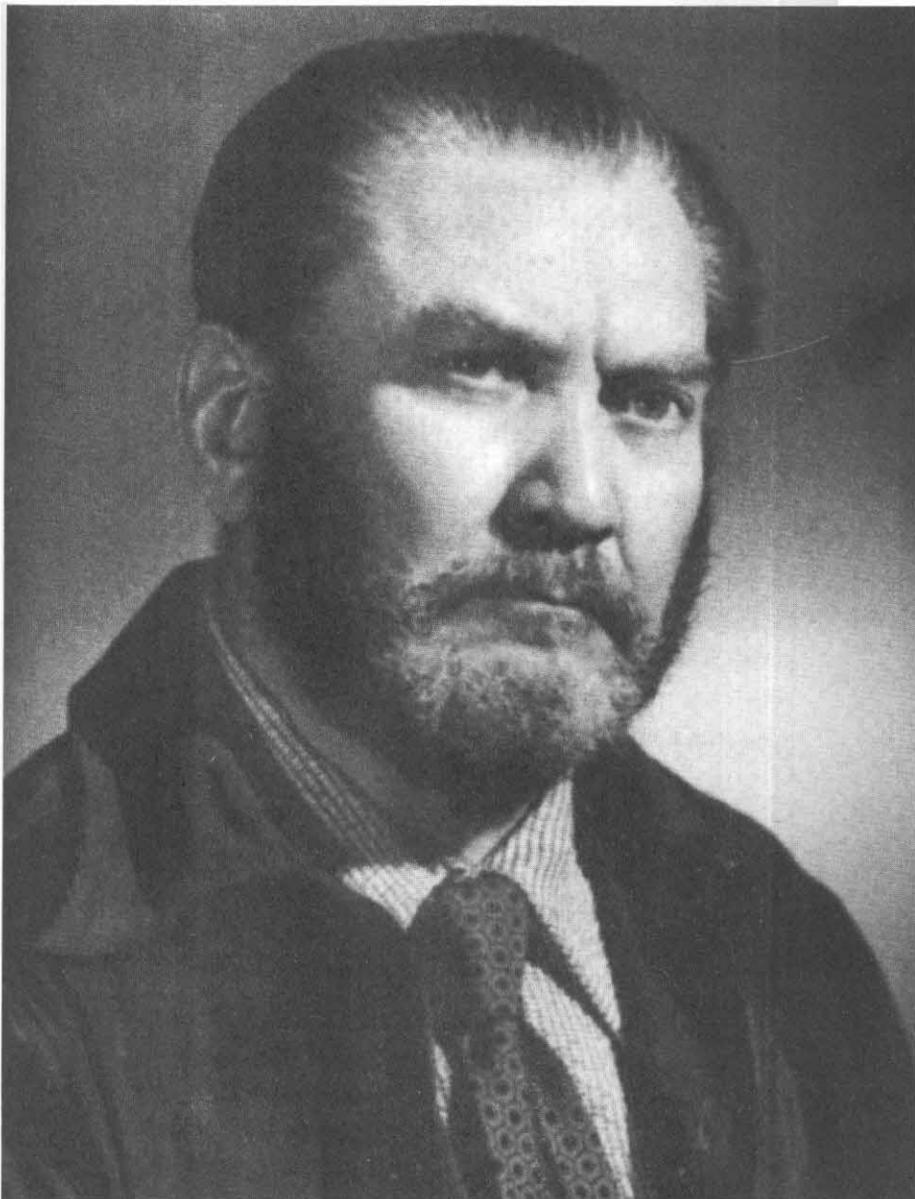
¡La Independencia Nacional fue para
que más sabores saborease el pueblo!
Hidalgo sembró vides, sembró olivos,
aclimatava especies,
dio la lección clarísima, vigente,
de hacer mejor la mesa mexicana
(con culto vino de uvas a más del rudo pulque,
de la vulgar charanda y el terrible tequila
y el sabroso mezcal, que son buenos
si se toman, no en vicio que embrutece,
sino por alegría y porque su presencia
es testimonio divino),
porque Hidalgo sabía que copia de alimentos
y exaltación de espíritus
son grandeza de Patria.

¡Demos a la niñez el gusto de la papa,
del pan de trigo entero, del garbanzo,
del excelente soya, de la avena;
el gusto de la acelga y la espinaca,
el gusto de oro de la zanahoria,
el gusto, oh México, de cuanto
tu suelo puede dar que bien la nutra!
(Y nadie, al paladear el chocolate, olvide
con qué fruición lo regustaba Hidalgo.)

¿Y cuándo sembraremos canela
y las demás especias que importamos?

Comer es sacramento. Toda mesa, bien vista,
es un altar de Dios. Cristo preside.
Que el pueblo coma es primordial cuidado
de gobernante. Que la familia coma
es la primera obligación del padre.
Y a todos nos compete —deber de ciudadano—
que no haya niño hambriento:
los niños bien comidos
son el más claro orgullo de los pueblos,
la mejor oración a Dios, que es padre.

EVOCACIÓN DE PÍNDARO (1957)



Salomón de la Selva con todo el porte y aspecto de un helénico, foto estudio,

ico

PRIMER CANTO RECORDACIÓN Y DEFENSA DEL CISNE

(Fragmentos)

III

1

Yo la belleza intelectual he amado
(¡vírgenes del Helicón, sed mis testigos!).
Nada es intelectual si no es belleza:
proporción que deleita a la mente, luz que la alumbra,
única verdad satisfactoria que a sí misma se prueba,
¡cómo se agrandan los ojos al mirarla
para abarcarla toda en la pupila;
y para oírla toda,
cómo se hace el oído ancho y profundo;
y, ah, para palparla, para asirla y tomarle medida
y declararla
en colores, en piedra,
en música, en palabras,
cómo se vuelve el intelecto manos
de largos dedos que el más leve roce
de cosa áspera, sangran!

2

Detectable

lo que bien huele: rosa, manzana, incienso, carne
de virgen; delectable

lo que bien sabe: miel, sal en sazón, agrio de lima, boca
de primer beso; la belleza, empero,

no huele a nada: es como el mármol;

no sabe a nada: es como el mármol.

¡Grave, proporcionada, lisa, fría, fulgurante,
marmórea enteramente,

oh mi diosa a quien amo, que en toda cosa bella
te miro alzarte, te desnudas,

me prendes el deseo, me iluminas!

¡Pero, ay, el pan y las demás prequeñas
miserias de la vida, cómo se interponen

(poder que sobre el alma tiene la materia)

entre mi diosa y yo, y no puedo alcanzarla!

IV

1

¿Qué más decir? Ya ruedo cuesta bajo,

dejada atrás la cumbre, libre del vértigo

que da la altura, libre de la agonía

que es ir creciendo

con los sentidos cada vez más ávidos,

más exigentes, nunca amansados, nunca

dominados por la razón ni la experiencia;

libre de ese dolor que es toda juventud, urgida

de deseo, en lucha con el ángel de Dios y con el otro

ángel, de Satanás, Satanás mismo;

y quisiera gozar en bien tendido llano

la frescura tranquila, transparente,
 de agua que bajó en río, en lluvia, en llanto;
 la senectud perfecta,
 plausible, irreprochable,
 de árbol bien arraigado, de árbol grande
 que da ancha sombra y que guarece nidos:
 en plenitud de vida el jubiloso
 gusto de dar gratuitamente,
 vueltos leña los huesos para el calor del mundo
 en alto hogar de pueblo
 (¡sin patria no hay vejez que pueda soportarse!),
 vuelta la voz unguento
 de consagrar (¡sin cátedra
 toda sabiduría de ancianidad es vana!),
 y ver desde la puerta
 de casa propia, libre de todo adeudo,
 en vecindario amigo, cómo la tibia estrella
 mañanera de Venus resurge en el lucero,
 más tibio todavía, de la tarde;
 para cerrarme luego, como la amapola,
 como esa flor de incendio, flor de sueño,
 en los campos segados,
 quemándome en los bordes, de afuera para adentro,
 adentrándome
 por caminos de ensoñación, que son los más certeros,
 en el arcano de mí mismo,
 dejando todo lo demás al viento
 y a la hambrienta algazara de los pájaros.
 ¡No sea yo jamás viejo gruñón, ni avaro,
 ni enteramente viejo!

2

¡Pero, ah, cómo ambiciono
vivir la edad de Píndaro!
De los poetas griegos
es el que más estimo,
el que siento más cerca,
más actual y más cálido, más claro, más amigo,
con quien mejor converso; de manera
que a veces me parecen rumores de mareo,
o graznidos de urraca,
ácidas voces, sin sal, sin levadura,
baladíes, baldías,
voces de caracol sin nada adentro,
insustancial prosodia acicalada,
las voces de los vivos
que, o no las entiendo o, si las entiendo,
no me valen la pena de entenderlas,
porque dicen engaños y destilan odios
estériles, cuando no se quedan
en pío de gorriones, en gorjeo
que da lástima oír, de aves pequeñas;
mientras que a Píndaro,
de sangre y corazón y de voz nobles
(como a Rubén Darío, que lo iguala
—¡dorios los dos, robustos, apolíneos!—,
y como a Horacio, que es quien mejor lo entiende
y más libremente lo aprovecha),
jamás me canso de escucharlo,
siempre oportuno, sin falsía, ameno,
ágil para saltar de un tema a otro
y de un cuento a otro cuento
apuntando intenciones y afilándolas
en grácil danza de muchos pies y pasos,

rico en significados, opulento en imágenes,
 a ratos donairoso y satírico, fastidioso nunca,
 enteramente épico
 cuando le place o la Musa lo impele,
 y generoso de ánimo al agrado de heroísmo,
 rendido a la belleza y entendiéndola
 en función de piedad, de nobleza y de júbilo,
 siempre con esa llama de arrebato
 (¡canto de alondra en éxtasis de cielo!)
 que se prende al oído y nos enciende el labio
 haciéndolo brillar de melodía.

¡No Midas, Píndaro todo lo vuelve oro!

3

Poeta así, sólo nacido, siendo
 las Piérides Iitias. Adivínanlo,
 como a la santidad de los que nacen santos,
 las bestias inocentes y los ángeles.
 Y bien, todos los hombres son iguales
 en el valor intrínseco del alma,
 todos tienen derecho a dignidad pareja
 si con individual conducta la sostienen;
 pero varían rostros, varían aptitudes, varían
 inclinaciones; los más raros
 sin importar colores
 (¡oro su corazón, diamantes las pupilas
 de sus ojos, y fuente
 de aguas vivas su voz!) son los poetas.
 Dios se recrea en ellos,
 los hace Su palabra: ¡no se degraden nunca
 de esa categoría!



¡Alcance del cenagal plebeyo
a la altura de príncipes
que gobiernan naciones; dictan leyes;
mantengan el decoro de los pueblos!

4

En cuanto a Píndaro
el fuego es evidente, y la lumbre que irradia,
y el calor que difunde; yo recalcar quisiera
(como Darío con fina certidumbre
aquella vez que interrogó a la abeja)
su dulzura viril, su varonil ternura.
Un día, de mozuelo, yendo a Tespia
a pie, bajo sol fuerte,
se echó a dormir en sombra del camino
que anduvo Hércules virgen;
soñaría en las Téspiades, porque vino un enjambre
de doradas abejas
a empanalarle mieles de la flor de Poesía
en la boca entreabierta.
Por sugestión que ejerce
(¡no que lo emule!) me relamo:
y por eso recuerdo que cuando Jenofonte,
señor acaudalado de Corinto,
cumplió su voto en el santuario alegre
de salones hermosos, de floridos jardines
y muchos aposentos —construido
de mármol verde, mármol azul y mármol rosa
que reflejaba el mar (¡gloria corintia,
selva de capiteles,
donde, con ruido de frescos aguaceros,
volaban las palomas!)—,

pidió a Píndaro el himno y que con ricas
sandalias de oro, coronado de rosas,
llevara en dulce danza a las doncellas
—todas de tierna edad— que servirían
a los adoradores de la amorosa diosa.
Píndaro se gozó de ello, enterneciéndose:

5

“¡Reina de Chipre —dijo— te ofrece Jenofonte,
dichoso de que oíste su plegaria,
estas cien ovejuelas: tú las apacientas!
Y vosotras, pequeñas, daréis la bienvenida
con risueñas palabras
a los extraños que venga a Corinto:
de vuestros ojos niños se alzaré el humo áureo
del incienso de lágrimas cada vez que a la madre
de los amores públicos
sacrifiquéis desnuda, recordando a la casta
Afrodita celeste.
¿Quién que os reproche? La diosa ha concedido
que en libertad de culpa toleréis que recojan sus votarios
el fruto de la suave hermosura
de vuestros lindos brazos codiciados.

¡Si la necesidad lo impone, todo es impecable!”

6

Seguramente Píndaro
allí apuró una lágrima;
y luego, con sonrisa
para encubrir su sentimiento,

terminó el himno
 con “¿Qué dirán los grandes
 caballeros del Istmo
 viéndome vinculado
 por melosas palabras
 con mujeres comunes?”
 Yo sé. Los señorones
 corrieron a rodearlo
 protestando el respeto
 que le debían.
 Y seguiría entonces la jubilosa fiesta,
 la orgía rica en sábanas
 de lino fino sobre lechos de pluma
 (¡rica en pulpa de fresas, ciruelas y manzanas!),
 que los grandes señores acostumbran
 hoy como ayer, mas sin altar de Venus
 y sin Píndaro
 excepto sólo, tal vez, cuando Galeazzo
 para sus bodas con la tierna princesa
 que compró al rey de Francia (¡de doce años
 como un racimo magro de doce uvas doradas!),
 agasajó al Petrarca, a fines del Medioevo,
 en corte disoluta.
 (¡A Píndaro lo entiendo; al italiano
 lloriqueador de la difunta Laura
 por mucho que lo admire hallo difícil
 perdonarle el servicio al duque bárbaro!)

7

Poeta verdadero, sin tacha y sin reproche,
 el de palabra franca, que no tiembla
 de amar a la verdad y de servirla

guardándole el pudor (¡no con escándalo
 que la mancilla, no a destiempo
 o innecesariamente desnudándola!):
 ni vanidad lo engríe a que se exhiba
 ni soberbia lo vuelve fosco, huraño,
 ni se humilla en impúdica postura,
 ni deshonra a su patria publicando
 lo que la afea, ni a la amistad ofende,
 ni difama a los hombres, ni blasfema
 contra los dioses:
 no necesita púrpura
 porque su propia dignidad lo reviste
 con manto de grandeza, lo corona
 señorialmente: adonde vaya,
 en país de tirano o de impetuosa turba
 o de estadista sabio, hará valer su nombre
 sin disputarles primacía a los necios.
 ¿Palabras orgullosas? Píndaro a Hieronte
 las dijo en Siracusa, templo de Ares
 (¡Hieronte, Ares él mismo!), recordándole
 que cada soberano
 escoge su poeta (¡adulador el déspota,
 el gobernante probo quien la verdad le diga
 y la virtud celebre!);
 y fuese allí, o en Agrigento,
 en Megara, en Egina, en Oponte, en Himera,
 en Cirene de Libia, en Macedonia
 (¿qué corte no se honraba acogéndolo?).
 Píndaro iba en talante de adusto
 ministro consagrado de Apolo,
 a dar honor mejor que a recibirlo,
 demasiado consciente de su propio decoro
 para dejar sentir su desagrado
 si lo desagradaban



como a Dante exiliado, como a Darío errante,
que en empinadas gradas comieron pan amargo.

8

Pedir para otro es noble, pero en el mundo
sólo los grandes (¡el santo y poeta!)
saben pedir así. Desde su casa en Tebas
Píndaro generoso echó a volar magnífico
cantar de rogación en favor de Damófilo,
cirineo aristócrata sin suerte en la política:
“Más fácil —dijo al rey— es socavar la base
de una ciudad (¡lo pueden los más viles!)
que volverla a construir, a menos que los dioses
acudan y auspicien la labor de los reyes
haciéndolos magnánimos;
y la mayor desgracia es haber sido rico,
probado la ventura con grandeza
y caer en desdicha;
deja por tanto (¡porque es de pecho noble
tender mano de amigo a noble pecho!)
que Damófilo vuelva y recobre su estado
y goce con los doctos amigos de su casa
alternando en cantares cabe el chorro de Apolo,
y que en tu propia mesa
pueda decir qué fuentes armoniosas
descubrió en Tebas.”

No importa averiguar si accedió Arcesilao
sino sólo saber la gentileza, el temple,
el mesurado modo y la intención hermosa
del poeta.

9

Cantor de la grandeza de los grandes
 tal vez jamás fue Píndaro elocuente
 como en el epinicio para honrar a Diágoras,
 el príncipe de Rodas, hijo de Damagetes,
 olímpicos ambos y padres de olímpicos,
 ¡los más fuertes del mundo después de Hércules!
 Como en la pirotecnica que enlaza fuego y fuego
 de brillantes figuras, Píndaro en imágenes
 fulgurantes compuso (en cinco hermosas tríadas
 de estrofa y antiestrofa y épodo)
 los mitos de la raza de Diágoras, que lo honraban:
 la aparición de la isla envuelta en lluvia de oro
 y los amores de Helios con la encendida Roda
 (¡rosa de fuego!) y su prole, ingeniosa
 más que los demás hombres, con cuya descendencia
 unió su sangre Tlepolemo después de la desgracia,
 en un rapto de ira, o de temor (¡qué más puede
 el miedo que la cólera!), cuando mató a Licimnio.
 ¡Mortal ninguno sabe cuál infortunio
 de los innumerables que en alto lo rodean
 le puede acontecer sin que lo piense
 (violar a una doncella, o matar a un hermano)!
 Los hombres no: Dios es quien les perdona.
 Y ésa fue la oda que en letras de oro
 grabaron en un muro de Lindos los rodenses.

V

1

¡Vivir la edad de Píndaro
 que llegó al doble de los ocho lustros,
 y cantar, por la gracia de las Musas,
 con prestancia viril, no de otro modo,
 el encomio de Píndaro!
 Como si en fiesta dada en su honor, en étnea
 sala real, o en palacio opulento
 —después de haber probado
 a su vera las frutas
 y las carnes (doble porción servida
 en larga mesa), y hecho las abluciones,
 y ofrecido las libaciones sacras,
 y sorbido las copas de rigor—, remirase,
 en gula de belleza, disponerse
 en el lustroso coro de bien pulido mármol
 las doncellas adiestradas por Píndaro
 para danzar al compás de los versos,
 y me dieran la lira que él hubo de Terpandro,
 de siete cuerdas,
 y él tomara su flauta favorita
 para servirme de acompañamiento,
 y se hiciera silencio para oírme como
 se hacía para oírlo cantar a otros poetas,
 a los de hermosos lauros ganados en los juegos,
 a las ciudades liberales, y a los príncipes dignos,
 y todo fuera, en fin, igual a como cuando
 su voz de ardiente música
 daba el tono a la época, esforzándose
 por mantenerla egregia contra el fiero
 Jenófanes de lengua larga como látigo,
 demoledor de dioses.

VI

9

¡Sólo Darío, Darío únicamente,
 renueva las latinas glorias ecuménicas
 como nunca la espada: sólo él es agosto!
 Y no el germano saqueador de Roma
 sino Darío es rey en cuyo imperio
 nunca se pone el sol. ¡Qué carabelas
 de qué mástiles altos y velajes albos
 y popas elevadas, de prodigio,
 las que capitanea en océanos de encanto;
 qué mundos nuevos de minas de diamante
 y selvas de milagro nos descubre;
 qué países conquista de hombres de oro
 y mujeres de perla y esmeralda,
 donde el Amor es ley, la Libertad el aire
 que se respira, la Música el idioma!
 ¡Cómo el dolor de América se trueca
 por su pasión de América
 en maravilla de esperanza, en gozo
 de soñador; y en inviolable virgen
 la prostituida tierra americana!
 La dejó a medio hacer, estaba haciéndola,
 como un mejor Hefesto una mejor Pandora,
 cuando murió; apenas comenzaba;
 ¡dan ganas de llorar!

10

Donde Darío yace,
 bajo un triste león, en su León más triste
 (¡muerto Debayle que le daba aliento

a la ciudad, su hermano en el espíritu!),
 derrama miel y desparrama rosas,
 Mateo Flores, porque esa sepultura
 vale lo que las tumbas de los héroes
 en cuyo honor los juegos se fundaron,
 idos antes de tiempo: ¡así Darío,
 el de más grande logro, empero malogrado!

11

Yo lo recuerdo, presa de terrores,
 sumido en el dolor y en la penuria,
 con el color terroso de panal destruido,
 con la mirada de águila, extraviada,
 con la sonrisa en boca adolorida,
 con no sé qué, animal o primitivo,
 que buscaba rincón donde morirse,
 escondido, de espaldas a la Muerte.
 El invierno era crudo, el cuarto frío.
 Como en un cuento de Edgar Poe, un negro
 magro y macabro le bailaba danzas
 grotescas, de esqueleto,
 descoyuntadas,
 le cantaba lamentos sincopados,
 con la boca abierta roja y blanca.
 Los rascacielos (¡nuevos!) levantaban brazos
 de imploración y de tortura antiguas.
 El río iba de luto, iba de llanto,
 iba de miedo a dar a la bahía,
 frustrado el darse al mar, ¡como Darío!

12

Y recuerdo a su amigo millonario
 de Nueva York, hecho el desentendido;
 y a Argentina, lejana, olvidadiza
 (¡no contestaba cartas!);
 a México —su México— exiliado
 (¡trágico Alfonso Reyes!) o muerto (¡Justo Sierra!)
 o manco (¡Nervo, Montenegro, Ramos!);
 a España sorda (¿cuándo ha oído España?);
 a Nicaragua madre, ciega, baldada, muda,
 bajo régimen vil: nadie a ayudarlo!;
 y al déspota, ansioso a todo trance
 de arrancarle lisonja, en Guatemala,
 como quien hunde en el ala del pájaro
 duro alfiler para que lllore y cante.
 ¡Qué doloroso canto: le aulló el alma!

13

Cuando volvió a León llegó arrastrando
 el ultrajado lustre del plumaje
 y la abatida excelsitud del alma,
 informes ya la voz y el pensamiento
 (¡válidos para la queja sólo de la carne!),
 sin resistencia el arco y sin tensión la lira.
 Orfeo redivido, destrozábanle
 las delicadas vísceras con zarcillos crueles
 (¡desde su juventud fueron salvajes vides
 las que le dieron vino!) las basárides
 furiosas contra Apolo.
 Le devolvió la majestad la Muerte,
 ¡pero cómo fue larga su agonía!

14

Píndaro no (¡dichoso!), muerto en Argos
en amoroso abrazo, satisfechos
la urgencia de vivir y el acoso de gloria.
Allí sus hijas fueron a llevárselo
para enterrarlo en Tebas.
Pesaba poco. No hubo que llorarlo.

15

En cuanto a mí, así sea para morir, si muero
(¡la Muerte, juguetona, va alcanzándome,
y me roza la oreja con su aliento!),
canto de cisne canto,
fiel a Darío y en su elogio
desde el azul más diáfano de América.

TERCER CANTO PÍNDARO EN DELFOS

5

Y entre estatua y estatua, y en las explanadas
de los pequeños templos y las tesorerías
de las ciudades griegas, los mercaderes gárrulos
(negros de sol, de sal y de desierto)
realizaban con prisa linos de Egipto, sedas
transparentes de Cos, brocados de Cartago,
tisú de plata y oro para las capas reales,
con frufú de corriente del Pactolo
(¡arte insigne de Sardes, raro ahora!);
mallas de amianto incombustible;
lienzo para sudarios, pegajoso de goma,
pesado para toldos,
grosso y tupido para las velas de las barcas;
manta para las túnicas; bayeta
para los mantos ordinarios;
palios para adornar los tronos
y plegarse en las clámides;
tapices para el lujo de palacios;
lanas para vestir en el invierno;
pañó para cubículos; velos y listones
para adornar los templos;
cilicio para ropa de pobres;
canopeos, en fin, para cubrir los lechos



contra los moscos,
 y cuando más se bordaba y labraba y tejía
 con filamentos de metal, y con hilo
 de lana de borrego y de oveja, y con pelo de cabra
 y pelo de camello y crines de caballo y de onagro,
 y fibras minerales repelentes del agua,
 y algodones sedientos, blancos, esponjosos,
 en Panfilia y en Cicico y en Cirene y en Dio,
 en Éfeso y en Pérgamo, en Olimpo y Esmirna,
 en Tarso y Tesalónica y Tiro, en Bitinia y Magnesia,
 en Laconia y en Chipre y en Persia y, más allá de Persia,
 donde en el Indo se bañan elefantes;
 y en la frígida Escitia de hombres de cabeza rapada
 y manos gruesas teñidas de anilina;
 y en la Etiopía ardiente de mujeres de ébano
 y largos dedos hábiles de uñas claras
 (¡pero ellas no —los hombres— tejedores!);
 y en países de belvosos océanos cuyas rutas
 los mercaderes guardaban en misterio.
 Entre todos, se llevaban la palma los tejidos
 de Atenas: la diosa tenía parte en ello,
 que a la araña venció y fue maestra
 de las dóciles hijas de Erecteo,
 por lo que más que el amarillo y el azul y el rojo
 de los bárbaros, la púrpura ateniense
 brillaba con divinal prestancia.

6

También la mano de Apolo se advertía,
 que auspiciaba salud: abundaban
 pérgolas de herbolarios, con cólcico en ramitos
 para hacer infusiones contra la gota; y clématis

cortada en las praderas de la Élide y la Argólida,
 soberana contra las hemorroides; y el noble
 ádianton, específico para el dolor de pecho;
 y coriandro apestoso pero de excelencia
 para ayudar la digestión, y ciclamen
 dulcamaro, y ruibarbo agridulce, para lo mismo,
 y mirica y filira de acidez sabrosa
 para probar antes de dar un beso;
 y algas secas de mares sicilianos
 y raíz de mandrágora (traída
 de las playas del ponto cuyas pérfidas aguas
 engolfaron a Hele, la doncella en fuga),
 cura eficaz del disgusto sexual y la impotencia;
 y aristolaquia contra la desintería; y acónito
 para templar el corazón cuando ha perdido el ritmo
 y late en aleteo de pájaro enjaulado;
 y el hipomanes negro (la membrana
 de la mollera tierna del potrillo
 cortada con premura antes de que la hembra se la coma)
 y fluido vaginal de yegua virgen
 en su primera brama,
 potentes para el amor: ingredientes que Dido
 puso en el filtro de álma melosa
 (¡dador de larga vida!) para ganarse a Eneas;
 y cacomila y almendra de virtud, de amargura
 para vencer el verde resabio de atrabilis;
 y cáñamo de Cólquida, que enloquece con furiosa
 [alegría,
 la hierba de Medea, rejuvenecedora;
 y heléboro de Anticira, que cura la locura
 y abrillanta el ingenio (hoja de Helena
 que le enseñó una bruja
 y ella mezcló en el vino —maróneo perfumado—
 y la sirvió a los huéspedes

de Menelao para olvidar pesares
 después de ardida Troya!);
 y lechuga somnífera de la que, cuando Adonis
 fue muerto, dio a Afrodita consuelo:
 la cortó en pedacitos con sus dientes la diosa
 para las tórtolas que a su redor gemían,
 y ella misma sintió su pena suavizada
 y entre amapolas se quedó adormida.

7

Y se vendía sal de amoníaco, don de Zeus
 para volver en sí al alma desvariada;
 y álica curativa, de mil usos caseros,
 también traída del milagroso Egipto;
 y calcitis en polvo para parar la sangre
 en las heridas del cuero cabelludo;
 y cárdamo, picante y astringente,
 contra las hemorragias de garganta,
 bueno, además, para el dolor de huesos
 y el dolor de pulmones y las fiebres
 que entran con frío; y glecon de anchas flores
 preciadas como rosas, de brillantes pétalos,
 para calmar angustias flatulentas;
 y halicabon diurético; y estirax aromático
 y semillas de esparto, expectorantes;
 y raíz de escamonio para purgar la tripa
 y echar fuera dracúnculos y helminos;
 y sandárac a arsénico azufrada,
 cáustico para quemar úlceras vergonzosas;
 y metopio para untar en las várices;
 quenopodio de Esmirna, antiescorbútico;
 y cáscara feliz de citria amarga

para amainar el mal aliento; y elísfaco
 tonificante si se toma en ayunas;
 píetro de mascar para el dolor de muelas;
 coconos de granada, secados bajo el sol de Tiro,
 para apretar los dientes; y escándices vulgares,
 convúlvulo catártico, crisomelo espléndido,
 bejion para la tos; ¡farmacalia infinita
 de los iatrosofistas protegidos de Apolo,
 dogmáticos y empíricos,
 neumáticos y eclécticos
 todavía embrionarios!

8

Y también al amparo del dios (y de Hermes,
 su hermano que le daba gloria), mercaderes
 de extraña voz, de barbas y miradas fieras,
 vendían mirra, cinamomo, libanoto y autácate,
 lo más fragante de cuanto se quemaba
 así en las modestas aras hogareñas
 de poco alzado como en las altas aras (¡los altares!);
 y vendían canela, clavos de olor, gotas de ámbar
 de Bericintia y de las tierras índicas,
 malabatro en unguento, y lirios en aceite
 de baño, y nardos aquemenios en manteca de untar,
 [y azahares
 en vinagre ardoroso, y opobálsamo amiro,
 y bácara de Tracia, y jasmínio y mendesio,
 y, lo máspreciado de esa perfumería,
 lo más seguro de embellecer, azafrán en óleo
 (¡el perfume de Creso,
 en ámpulas doradas, con que Thaís más tarde
 se perfumó la noche de embriaguez y orgía

cuando incendió a Persépolis!);
 y megalesio para el cabello y chiprino
 para la piel reseca, y en nartecias
 ricamente labradas diapasmata olorosos
 para después de haber lustrado el cuerpo.
 Y separadamente, envueltas
 en su propia película de pergamino frágil,
 cepas de Egipto, milagrosas
 para infundir valor en los de ánimo
 débil o decaído: metragurtai,
 haciéndose pasar por unguentarios
 y aprovechando el caso, proclamaban
 (¡inspirados por Hermes, el mendaz, no por Apolo!)
 que los de Maratón habían
 comido estas cebollas antes de la batalla.

9

Untuosos, curvos, con sonrisa de máscara,
 calvos, con largas greñas en las cejas
 y los oídos,
 con pelambre nasal, uñosos, lívidos,
 se frotaban las manos, en las apotecas,
 los astutos bibliópolas (¡parecía
 que tuviesen picazón en las yemas de los dedos
 y en las palmas!);
 con zalamera voz invocaban al Déléfco
 y ofrecían en rollos de papiro
 la recensión de Homero que hizo Pisistrato,
 escrita en muchas copias con tinta de negrismo,
 y versiones de Hesiodo, de Solón, de Tirteo,
 haciendo alarde de sabiduría;
 y subrepticamente,

revolviendo miradas maliciosas,
 los cuentos milesianos;
 y con mayor sigilo
 (¡inspirados por Hécate, la virgen de los pies de púrpura,
 y por las Parcas de hondo busto!),
 en palimpsestos amarillos
 las recetas seguras para abortos
 y para afrodisíacos infalibles;
 y listas de los días fastos y nefastos
 para tomar esposa, en códices de palma
 como después se hicieron los libros sibilinos;
 y abiertamente, a gritos, anunciaban
 para ganar amores
 talismanes siríacos, y amuletos semitas
 de Ishtar (¡diosa de muchos pechos
 y asegurado don fecundante!) tallados
 en marfil y en pedernal, con adornos
 labrados de oro, y piedras incrustadas.

10

Y había
 de rostros francos, otros vendedores
 votarios del Flechador, que vendían
 cañas de cálamo de Menfis, en manojos,
 y pomos de atramento, para escribir en hojas;
 y cerámica, negra con figuras de ocre,
 de los hornos del Atica, y esmaltada, de Asiria;
 y vidrios de Etiopía en lámina, para urnas;
 y cristales de Rodas y de Chipre: frascos
 en forma de mujeres desnudas,
 llenos de esencia de rosas; y ollas para el aceite,
 cántaros para beber, ánforas para los vinos,

y vasos de alabastro dorado de Damasco,
 para las casas ricas, y cráteras esculpidas;
 y junto a la humilde quitra sin pintar, culinaria,
 y la pátera, hecha de barro para gente humilde
 y de plata para los opulentos,
 cálices enjovados para lucir en los banquetes,
 y carquesias de doble asa como la que, de oro,
 Zeus dejó en recuerdo a la engañada Alcmena
 después de aquella noche larga como tres noches
 cuando él engendró en ella a Hércules divino
 tenido en Maratón antes que en parte alguna
 como deidad olímpica, maratonio, por tanto,
 como délfico Apolo.

11

Y otros vendían gemas (¡adamanto, esmeraldas,
 topacios, ágatas, amatistas, berilos,
 crisólitos etíopes traslúcidos,
 ópalos, carnelias de Cerdeña y, mejores todavía,
 de Babilonia!) engastados en oro;
 perlas en sarta, nácares y corales
 en brazaletes, moniles y arrancadas;
 y períscelas de oro para los tobillos;
 y broches de carbunco de Orcómenos
 de brillo como brasa; y cadenas
 de oro y plata; y espejos
 de latón y de plata y de cobre; y agujas
 de coser y bordar, y alfileres para el peinado, y peines;
 y cabestros de cuero realzado con adornos de oro;
 y frenos de oro y de bronce y de hierro;
 y largas riendas de cuero, entretejidas;
 y gorros espartanos, de piel, para viajeros,

como el que Teseo llevó cuando iba rumbo a Atenas;
 y calzamenta de toda forma: sandalias
 de Frigia, de Sicione, de Laconia, de Siria,
 crépidas macedonias de rigor con las clámides,
 y botas de ificrátides, ligeras, para los dafnéforos
 coronados de oro en las tebanas fiestas;
 botas al estilo de Mileto (¡la ciudad desolada
 que había sido sede y emporio de la moda!);
 y émbases tracios y bajas y socos de Tarteso;
 y escarcelas y bolsos de pieles coloridas;
 y caletos y cestos de bejuco;
 y hermosos parasoles de gruesa sérica
 de color de azafrán, y de color de guinda,
 y en franjas de arcos iris, para llevar las damas
 eupátridas de Atenas
 en las panateneas (¡lujo grato a la diosa!);
 y abanicos para cubrirse con pudor los rostros
 en la anual procesión de las matronas
 al misterioso Eleusis, cuando unas a otras se decían
 obscenidades en voz alta, en recuerdo
 de Yambe que a Deméter en pesar sumida
 hizo reír de esa manera.

12

Y además de todo esto (¡la riqueza del mundo!)
 vendían estatuillas
 de los dioses del cielo y del infierno
 y la anchurosa tierra, y de los grandes héroes
 de todas las ciudades, de marfil y de mármol
 y de ónice y de cedro y de áloe perfumado;
 y falos diminutos para colgar al cuello
 de los recién nacidos, contra el mal de ojo;

y otros falos más grandes, para perversos usos
 en pago de la deuda dionisiaca a Próximo
 por haberle enseñado el camino al infierno;
 y períamas de toda especie y diversas virtudes:
 cuernecillos de sapo, uñas de gato, pelos ensortijados
 de ahogados en el Nilo,
 cuarzo que era tenido por llanto congelado,
 dientes de cocodrilo, colmillos de culebra,
 cuero de pez triglé, lenguas de víbora,
 veneno de escorpión, garras minúsculas
 de salamandra y de alas de murciélago,
 moscones verdes, moscones amarillos y moscones
 [azules,
 conchas de escarabajo, escamas de leproso,
 ojos de pájaro, uñas de niño asesinado:
 ¡vestigios en el alma de la lucha del hombre
 contra terrores de los días
 cuando no había dios y los demonios
 pululaban en el fangoso caos!

13

Y vendían, otros comerciantes,
 espuelas y cuchillos y clavos y candados;
 silbos para pastores, y crótalos de Creta y de Sicilia
 para danzantes; flautas y tambores y címbalos,
 pífanos y siringas y sistros y sonajas,
 y, de muy alto precio,
 cítaras caras al dios, y liras; bellos arcos
 para flechar, y aljabas
 (féretros y coritos) para llevar las flechas
 hechas con pluma de águila,
 pluma de gavilán, pluma de buitre;

y dardos de punta de pedernal y de hierro, y cabezas
 de lanza, y cápuas de espada y mangos de puñales,
 y cascos de penacho tremolante,
 y rodelas de cuero recubierto de bronce,
 y escudos de latón, con figuras de oro,
 de hermosa voz al golpe de las lanzas;
 y largas astas de arce;
 y las hachas y sierras
 y los compases que inventara Pérdix:
 de tal modo encendieron la envidia
 de Dédalo y de Ícaro (¡padre e hijo perversos!)
 que, sin reparo en que era de su propia
 sangre (sobrino y primo hermano), le dieron
 muerte en Atenas, ocultamente, y escaparon de Atenas,
 maldecidos,
 ¡pero no del castigo de Dios, inescapable!

14

¿Qué más? Vendían trípodes de bronce
 para ofrecer al templo; y candelabros
 para una y muchas lámparas,
 bellos en su esbeltez de tallo de azucena;
 linternas de colgar, y lucernas de mesa
 con asa para llevarlas de la mano;
 y anatemata de laurel, de mirto y elicriso
 para aplacar a Apolo, de violetas y rosas
 para honrar a las Musas y a las Gracias
 y a la madre de Eros, y coronas
 de asfodelo y anémona y amaranto y ciprés, para
 [Deméter
 y Perséfone y para las Erinnias y los Keres;
 y teas de haces de resinoso pino astillado

y de fragante tía y sándalo oloroso
 para las procesiones himeneales;
 y antorchas de carrizo de mátrato
 (¡el don de Prometeo!) que encendidas
 llevaban los efebos en carreras nocturnas
 para honrar al Titán amigo de los hombres
 y a Pan hijo de Gea y amparo de pastores.

15

Y vendían
 asadores de hierro de todos los tamaños
 para el asado de aves y carneros y bueyes
 y toros y caballos y asnos; junto a esto,
 lo que con hierro y maña se conquista:
 pieles de oso y de lobo,
 de pardo y de León, para los tálamos
 a fin de hacer los lechos tibios
 ya que nadie era osado
 a vestirlos para emular a Hércules.
 (¡Fue sobre cueros
 de cabritos de un año y cervatillos
 todavía con pintas de ternura, oh Helena,
 donde te diste a Paris: no sentiste
 dolerte las espaldas: la Chipriota
 como para sí misma tendió esa cama!)

16

Y ya cerca del templo, al pie de su terraza
 (¡oh, cómo el oro busca ampararse en los dioses!),
 ejercían su oficio,

en mesas incrustadas de etite
 (¡la piedra milagrosa, piedra de águila,
 cara a las Ilitias
 que en los partos evita el descarrío
 y en toda casa ahuyenta a los ladrones!),
 los monederos de ojos suspicaces
 con varios bolsos colgándoles del cuello
 (¡sugestivos de la horca!) y en cada uno
 monedas de oro y plata, rodelitas brillantes
 de Sicilia y Cirene y Focea, y de Persia,
 tierras ricas de oro: y rodela de plata
 de Atenas y de Egina, y de Argos, y de Eubea
 (¡óbolos, dracmas, dárlicos, talentos,
 con sello de tortuga, con cabeza de Palas,
 con cabeza de Zeus, con el casco de Hermes,
 con flechador hincado de rodillas,
 y cuantas más señales de origen se inventaban,
 pero toda moneda
 sujeta al único criterio que las pesas
 y el lapis lidio decidían!);
 y viéndolos probar esta pieza y aquella,
 y hacer las cuentas con sus cortas manos
 anchas de palma pero breves de dedos,
 duros como garfios,
 los transeúntes pensaban de espontánea manera
 en qué fácil sería dar crédito a los hombres
 si dispusiéramos de la balanza de Minos
 o hubiese alguna piedra con virtud de toque
 para fijar la calidad y el valor de las almas.

17

Y más allá vendían (¡espantando las moscas
 con colas de caballos!)
 dátiles secos y en su miel natural, sin semilla;
 higos almibarados para los gustos lujuriosos,
 tentación de la lengua y el paladar; miel de abeja
 en su cera nativa, en panecillos
 de mijo, y en manteca; y en cráteras de leche
 (¡nefalia para las libaciones a las Musas
 que no aceptan el vino!);
 manzanas secas, ciruelas y uvas pasas, y (¡sueño
 de bocas de mujer, amontonadas en sonrisas!)
 granadas a medio abrir, de blancos dientes.

18

Y más allá, cuanto el pintor ha menester: tablillas
 bien alisadas, telas estiradas en marcos, y pigmentos
 de todos los colores: testatrita para lo negro, minio
 para el rojo, cinabrio para el bermellón, y sangre
 de dragón, y rúbrica de Capadocia; crisocola
 para los verdes, cianos de Chipre para los azules,
 barro de Melos para el blanco; tierra de Eretria
 para el blanco también; y los jugos
 del múrice de Citeres mezclados
 con la creta argentaria, para el púrpura;
 e innumerables gomas y almácigos,
 y mastique de Quíos,
 y cera púnica, y olíbano, y trementina,
 y cales de color, índigo vegetal, sil ático,
 y cuanto más es necesario
 para pintar a la encáustica y al fresco y al temple

(¡no se inventaba el óleo todavía!)
y crear la ilusión artificiosa
de una durable primavera cautiva.

19

Y más allá se oía (¡como música
para danzar las ninfas con los faunos!)
el martilleo del cincelar en piedra
donde los escultores tenían laborío
y trabajo constante.
Allí no se cansaban los mirones
del eterno milagro
de que piernas y manos y pezones y rostros
asomaran del mármol,
y cómo de la piedra insensible
iban surgiendo gamos en estampía,
liebres asustadizas, toros de gran bufido
dispuestos a embestir, y (¡yeguas de Diomedes
o copias de Ferénico ilustre en las carreras!)
cuadrúpedos hermosos;
ni se cansaban de admirar la técnica
de convertir un bloque amorfo
en fuste de columnas, en capitel gallardo,
en basa firme y redonda, tal la idea
que sostiene la recta elevación de un canto.

20

Rodeados de mirones también, los saltimbanquis,
con perros amaestrados, con simios y con osos
hacían pruebas y maromas. Y danzaban danzas,

girando entre cuchillos puntiagudos,
 niñas que no llegaban a pubertad: saltaban
 caminando de manos, doblando la cintura
 en volantín de Esparta,
 echando atrás el cuello,
 para tocarse con los pies los hombros;
 y otras, ya púberes, formaban,
 medio desnudas, coros para cantar bailando
 melodías del pueblo. Aquí solía
 (¡pero este día no!) mezclarse con el vulgo
 Píndaro mismo (todos le abrían campo),
 por si alguna voz fina algo le prometía,
 o si unos lindos muslos o un gracioso talle
 le auguraban buen éxito para su tropa propia
 que danzaba partenias. Las mejores
 eran de Mitilene (¡tenían
 la tradición de Safo en los tobillos
 y bien arqueados pies de finos dedos!),
 y las de Delos que Apolo con las Musas
 habían adiestrado (¡su voz era susurro
 de encantamiento!),
 y las del mismo Delfos (¡vírgenes de ojos vivos,
 ágiles piernas y voz como el sonido
 de bien tañido hierro!)
 en danzas
 como vuelo aprendido en las rocas
 resbaladizas del Parnaso,
 y en aires serios de pausados giros
 al son de yambos,
 ensayados cien veces en el templo;
 pero había, además, lacedemonias
 de pantorrillas divinales, rosadas
 de sol y viento,



con vello de oro claro;
 y vírgenes de Tracia
 engendradas sin duda por Dioniso
 en furibundas ménadas (¡de tal modo brincaban
 con frenesí de poseídas!);
 pudorosas tebanas fieles a la regla
 de andaisistrotas sabias;
 y tibias con tibieza que perfumaba el aire
 jóvenes de Corinto que ahijaba Afrodita.
 ¡Escoger no era fácil, embelesado Píndaro!

21

Lejos de la hondonada sacra donde Doro
 (¡hijo de Apolo y Ftía!), en tiempos graves
 que la memoria conservaba frescos,
 había reunido a las dispersas gentes
 descendientes del hijo divinal de Alcmena,
 para capitanearlas;
 lejos del alto alcor que daba al azuloso
 mar menos amargo que las lágrimas
 y el sudor de los esclavos que allí vendían;
 lejos del antro donde la Pitonisa
 sentada sobre el trípode, con temible
 estertor de pulmón vaticinaba
 (¡causaba espanto oírla!);
 lejos del alargado plano de los juegos
 con cinturón de hermosa gradería de mármol;
 aparte del recinto de la escuela de atletas
 prohibido a los profanos;
 detrás de la ciudad aristocrática
 y las casas con pórticos de pórfido
 donde los anfictiones residían,

quedaban los mercados de víveres,
 las galeras y tiendas de hospedaje,
 y las cocinas públicas,
 y las caballerizas. Entre olores bucólicos,
 de heno y de aliento de vaca, y de boñiga,
 hervían las cazuelas a hermoso fuego lento,
 con largo hervor; y con hervor chisposo
 de grasa que goteaba en los braseros,
 asábase dulzona la gordura
 de las carnes; acre se quemaba el aceite; acres olían
 los bótulos cocidos, y el tomáculo,
 y la sangre de cerdo. La brionía barata
 (blanca y tinta, vulgar) también llenaba el aire
 de lejos; y de lejos, de las férvidas bocas
 sinceras de los hornos,
 como una bendición de paz, se olía,
 cálido y cándido,
 el olor de los panes.

Y mientras se comía y se bebía, en turnos
 el día entero y la sagrada noche,
 medio mendigos y medio sacerdotes,
 con aire de adivinos, los rapsodas
 teniendo en alto ramos de laurel florecido
 recitaban a Homero, a Orfeo y a Mimnermo,
 recitaban a Hesíodo, y los de más orgullo
 decían *L o s R e t o r n o s*.

Donde corría el vino más fervientemente
 de la odre a la copa y de la copa al labio,
 perdida la decencia, hombres crecidos,
 al son de los carrizos de los sátiros
 caros a Príapo, bailaban la emelía
 vulgar de los beodos.



22

Y allí, y en todo Delfos, todo era barahúnda,
gritería, algazara, farfallar, barboteo,
y escupir en el aire semillas de aceituna;
las lenguas hechas tirabuzón y embudo de codicia
para tragar, para decir, para mentir hablando;
y ¡oh, cómo la noticia de Maratón de súbito
convirtió el alboroto en ola de preguntas
que se rompió en silencio
alrededor de Píndaro sentado,
como si fuera estatua de sí mismo, frente al templo
donde más tarde le consagraron silla
de hierro, fija en el pavimento,
como a único
huésped de honor de Apolo en su santuario!

VERSOS Y VERSIONES NOBLES Y SENTIMENTALES (1957)



Salomón de la Selva con sus hijos: Salomón de la Selva Castrillo y Juan de la Selva Schroeder, en una movilización política en México, 1952

PROGRAMA PARA DOS GRANDES BALLETS INDOSTÁNICOS

PRIMER BALLET: TREINTA Y SIETE
EXPRESIONES DE SAJAYA.

1.
TE HAN CRECIDO los pechos y no eres,
Que el goce Rami, la que antes eras
sensual es excepto en mí y por mí que te imagino.
imaginación. La amada sólo existe en el amado.

Porque te amo guardas
tu mocedad eternamente impúber,
te brillan las caderas como musgo mojado
y tienes la frescura de agua aérea,
de garúa que cae de soslayo en el viento,
de largas gotas finas
traspasadas de sol, transidas de arcos iris,
igual que el primer día de mi amor.

2.
Conforme yo te sueño
tu colorido es de jardín.
Tu encanto
más de flor que de fruta.
Más que de flor, de rama florecida.

Me pareces
un manojo de lirios
sobre los tallos frágiles de tus piernas.

3.

En ti los firmes músculos
tendidos en redor del esqueleto
se ajustan maravillosamente
al ritmo que eres tú,
como las palabras a la cadencia del metro.
Tu sueño letra de canción; tú pones
música de ti misma, música
que sobrevive las inclemencias del silencio.

4.

Me parece, al tocarte,
que toco nidos tibios,
palpo pájaros
trémulos de ternura.
En la caricia de mi mano cuando tomo
tu mano frágil recogida en puño
te siento ganas de salir volando.
Si te fueras de mí no sería en carrera.
Tu manera es el vuelo.

5.

Cuando te vi primero, lavabas en el río.
La manta que te ceñía la cintura
se esponjaba al antojo del aire,
y eras como un loto
que tiene las raíces flotantes en el agua.

Alzabas y bajabas los brazos.
Tus pechos eran campanitas de oro
y tu cuello un acorde de cuerdas afinadas.
En cierto modo
nada había en ti de extraordinario
excepto que irradiabas.
Quien quiera que fue al río
te pudo ver lavando,
pero yo te veía
como un sol cogido en lazos de humo,
como una salamandra
danzando entre las llamas,
como un carbunco
en el crisol de un alquimista.

6.

Tus ojos al mirarme
hicieron melodía
como el cantar de los luceros
cuando en el cielo sólo luceros brillan.

7.

Qué angustia fue mi angustia
cuando nos dimos cita y tú llegaste tarde,
tus pies de flor demasiado delicados
para llevarte aprisa.
Ibas descalza.
¿Por qué no te pusiste sandalias de deseo?

8.

Yo miraba
las grandes sombras de las nubes.

Oía la zozobra de los bambúes de oro,
 mástiles finos en un mar de esmeralda.
 Seguía el vuelo de los pájaros.
 Todo pasa y se va: todo pasaba y se iba,
 ¡y tú que no llegabas!
 Por fin, al divisarte,
 nube ni viento ni ala
 se movía en el cielo,
 no,
 ni el corazón me palpitaba.

9.

Hay la epifanía
 de la zarza ardiente,
 de la nube rasgada,
 del trueno largo y la voz incorpórea
 que doblega a los cuerpos,
 del árbol súbitamente florecido de ángeles,
 y esta epifanía
 de sula tu presencia
 y el enmudecimiento de la tierra.

10.

	POR ESO
Que se renuncie	jamás volveré al tiempo ni cantaré
al ascetismo	a la diosa,
pero no al mis-	que mi diosa eres tú.
ticismo.	No cantaré sino tu gracia,
no juntaré las manos	
ni bajaré los ojos sino delante de ti.	
Que por ti es Sajaya,	

por ti el modo cierto
de asegurar la salvación del alma,
el pulirse el diamante en el diamante,
la purificación del fuego por el fuego,
la llama que en la llama se refina
hasta quedar, intensa, en un eterno
punto de claridad, como una estrella
fija y aislada en la mitad del cielo.

11.

Mete el fakir la mano entre las brasas
y la retira ilesa: salva el cuerpo.
La endrina carne magra
resiste los mordiscos del cauterio.
Pero el alma que, ajena a esa experiencia,
por otros rumbos va con paso excelso
buscando su destino, no lo encuentra
donde la carne halló su derrotero.

12.

¡Óyeme, Rami!
El alma mía, tímida,
igual que un lirio que botó del yermo,
fresco por la ventura del rocío,
vivo de olor por la virtud del viento
que le arrancó la esencia,
bien conocía por vital instinto,
al orientarse al sol, su don secreto,
y era en la primavera de mi vida,
ansia de arder su estímulo perpetuo.

13.

Triste de estar en el vaivén de sombras
cuidando fiel las lámparas del templo,
al son de sacra música he girado
bailando por si el raudo movimiento
me convertía en llamarada súbita
roja entre el gris espeso del incienso.

14.

Hay quien de sí, por ardorosa fuerza
de voluntad, se enciende y en su incendio
se consume, al igual que la amapola
—al igual que la maga flor del sueño,
como amapola roja entre los oros
de maduro trival, de finos pétalos,
como los pétalos de la amapola,
como esa flor— de afuera para adentro.

15.

Así, el sol. En las celestes eras
rojo y redondo sale, a flor de suelo,
y se va consumiendo en llama propia
hasta ser sólo claridad de fuego.
Así, el ave fénix de alas de oro
de los arcaicos cuentos,
y Dios, ¡oh flor de aspiración humana!,
amapola de savia de intelecto,
luceros su rocío
y su tallo sostén del universo!,
cómo arde con ardores de Sí mismo
en el azul voraz del pensamiento.



Paloma de alas ígneas, cómo anida
en toda sombra, aviva todo esfuerzo.
Con qué fragor crepita
en tempestades de su propio aliento.

16.

Pero la rama del ombú, la rama
del áleo, del caoba, del cedro
y el alma mía que ramajes alza,
a la raigambre terrenal sujetos,
requieren roce para arder y excepto
por efecto del roce no arde el alma
ni se vuelve tizón el noble leño.
¡Yo no puedo ser solo. Yo sin ti
no puedo ser, por eso!

17

POR eso, óyeme, Rami.
Sajaya Desnúdate, desnúdate en mis brazos.
Déjame que te palpe el frágil cuello
donde nace, en medio de tus hombros,
y donde forma el arco
que inicia la maravilla de tu rostro;
donde te late el pulso con la música
a cuyo ritmo van sobre el pulido mármol
ágiles pies de coro.

18.

**Hay un ritmo ritual para cuando empieza
la estación tibia que ablanda a la tierra,
un ritmo de ir meneando los brazos las doncellas**

**y haciendo con las manos algazara aguacera,
para avivar las hojas marchitas de la hierba
y derretir las nieves de la sierra,**

**para que los árboles reverdezcan,
para que germinen las semillas en las sementeras.**

**Un ritmo para cuando comienzan
a volverse mujeres las niñas treceañeras,**

**y Helena
cuando la raptó el hijo de Ethra,**

**y la que Dante vio en las calles de Florencia,
y la que Horacio viera,**

**¡oh Cloe, oh Cloe, demasiado tierna!,
reviven como un sueño que se sueña
tres veces antes de que el día amanezca.**

19

¡Óyeme, Rami!

Te besaré los pechos y mi beso
será la llama que en alargada vara
elevan los impúberes, acólitos del templo
para que a las velas vírgenes
en candelabros de latón bruñido
con adorno de espejos
se les prenda un lucero en la mecha.

Te acariciaré el cuerpo
para avivar la brasas y quemar el incienso.

¡Con qué delicia se hunden
mis dedos en la nube
de mirra de tu pelo!

¡Qué delicada, Rami, tu cabeza
entre mis manos ardorosas

y cómo huele, con olores de uva,
de clavo, de reseda!
¡Cómo son finas tus rodillas, Rami!
¡Qué suave, qué tibia es tu entrepierna!

20.

Hoy es la comunión de nuestros cuerpos.

¡Alza la cara, álzala
y entreabre los labios!
¡Dame la boca un rato,
la boca un rato largo,
la boca húmeda y cálida,
la boca abierta y en desmayo!
¡Alza los brazos, álzalos
y quédate suspensa de mi cuello
apenas sostenida de puntillas,
como en tensión de vuelo!
Así vuelan los cisnes,
alargando las patas y gritando
en huida del invierno.

21.

YO SÉ QUE ERES mortal, diosa, mi diosa.

Que la carne Yo sé que si te hiriese
es amargura no brotarías ícor sino sangre.
Tus ojos, si yo te lastimara,
derramarían lágrimas.
¡Me manchaste la boca
con la pintura roja de tus labios;
tu boca me parece flor estrujada!

22.

¡Escondámonos en lo más oscuro de la noche,
diosa, mi diosa,
y otra vez dame el jugo de tu lengua!
Yo sé que al alborada
se amargarán tu beso,
diosa, mi diosa,
y antes que los luceros
se apagarán, dejándome burlado,
los relumbres y lumbres de tu cuerpo.
Seamos castos, Rami. ¡Sólo un beso!

23.

Al inclinar el rostro sobre el tuyo,
con los brazos en cruz sobre tu espalda,
te vi los ojos. Luego
ya nada vi, que se deshizo el mundo
en el instante en que perdí el resuello,
y pasó a nuestro lado, huracanada,
la marea del tiempo,
y nos quedamos náufragos
en una inmensa playa de silencio.

24.

¡Ah, qué pasión, oh Rami, fue ser castos!
Era
como si desollados
nos hubieran dejado al sol, expuestos
a su calor de brasa,
pringándonos de sal, y cada pringue
se hubiese derretido en gruesa gota.

25.

Ardíamos, Rami, en fuego vivo
por más que pareciéramos como dos rosas rojas
cuajadas de rocío.

Fue bueno separarnos.

Es bueno a tiempo separarse los que se aman.

Llegué a ti limpio del baño, sin olores,
y todos tus olores me impregnaron.

Separado de ti, buena es el agua
que me lava de nuevo.

¡Empápame otra vez con tu fragancia!

26.

PONGA LA CASTIDAD entre

Que en el mundo

[nosotros

el amor es lucha filo de espada,

con el mundo. ponga muro de espinas, ponga

abismo, de pavor, pero no, Rami,

diferencia de cuna y de linaje.

27.

Después de conocerte,

cuando por adorarte

abandoné el recinto de la diosa,

vinieron a buscarme

para cogerme en trampa de argumento.

¡Qué razones de casta no esgrimieron!

¡Cambia de nombre, Chándidas!

¡Mancillaste la estirpe de tus padres!

¡Tu madre morirá de vergüenza!

28.

Aturdido les dije:
Sea como decía. Congréguese
los altos sacerdotes
y abjuraré de ella.
¡Muérdanme el pecho y chúpenme la sangre
para que me la arranquen como veneno de áspid:
Confróntenme con ella y en su cara
diré que no la amo,
que me confieso del pecado de ella,
que me arrepiento!
Diré que es perdición que los sentidos
trenzan para atrapar a quien no vela
y cae en la penumbra del espíritu.

29.

Entonces me tendieron los brazos
y voces jubilosas me llamaron hermano.

30.

Yo sentí, empero, que se me helaba el alma.
Desfallecí por dentro, lleno de cobardía.
Filos
de quebrado cristal me desgarraron.
Se doblgó mi corazón, flor bajo escarcha,
halcón que me tronchó las alas.
Puse pies en tremedal y me hundí en cieno.

31.

Yo no era yo cuando me revistieron
con túnicas de seda,



ni cuando me lavaron el rostro con aguas olorosas,
 cuando me ungieron los pies con aceite de nardos
 y me calzaron sandalias de brocado,
 y delante de mí, cantaron cantos,
 camino de la plaza,
 sacudiendo en el aire los ramos,
 arrojando limosna a los lisiados.
 ¡Yo no era yo, oh Rami,
 cuando te vi donde te habían puesto
 para que yo te denigrara!
 Yo no fui yo hasta que tú de nuevo
 te me hundiste en los ojos
 me llenaste de hermosura la mirada.
 Por tu virtud, de su agonía
 se alzó mi corazón en torbellino.
 Entonces sí fui yo, y en ti y por ti,
 y todo fue **Sajaya**.
 Miré, y lo demás fue nada.

32.

ABRÁZATE A MÍ y vámonos,
Fuga y oh temblorosa y frágil,
liberación. porque, llenando el valle,
 viene cayendo, húmeda,
 de lo alto del monte,
 escondiendo la luna
 y borrando los árboles,
 la bruma:

33.

Ahora es cuando huimos, como dioses,
invisibles, en nube.

34.

Lejos, los Bramanes
se consultan: —¡**Qué escándalo!**
Quien propone la hoguera,
quien dice: —¡**Lapidarlos!**
Quien, con la mano al cuello
y la otra mano en alto,
echa fuera la lengua y abre grandes los ojos
y grita con voz ronca: —**Habrà que ahorcarlos.**

35.

Me preocupa pensar
cómo te hundirían cuchillos en el pecho,
o te apretarían la garganta
clavándote los dedos.
Me preocupa
que no te maten pronto
y tú me llames
y el clamor que hagas
se te ahogue en sangre.

36.

¡Óyeme, Rami!
Cuando se nos acerquen gritemos: —¡Intocables!
Nos verán con desprecio. Seguiremos
sin que nos amilanen sus miradas.

Yo veré, en cambio, que, por donde pisas,
dejan caer los pétalos las rosas,
las plumas las palomas,
y las hojas los álamos de plata.

37.

No te encadene yo con cadenas de plata
ni con cadenas de oro
ni con cadenas forjadas de palabras,
¡no sea, Rami, mi pasión cadena:
vuela cuando quieras volar, y anida cuando quieras,
y no te suelte yo, ni te detenga!

SEGUNDO BALLET: CUATRO FIGURAS DE CONJUNTO Y UN PAS A DEUX

1.

DE MISORA A BENGALA,

[de Bengala a Lajora,

La aparente y a lo largo del Ganges desde sus fuentes
multiplicidad en las márgenes del Indo que todavía
del mundo recuerdan a Alejandro,
himalayas hasta sus muchas bocas
y luego del Bramaputra al Irrawaddy,
amargados de mar,
y por las islas del Índico a Ceilán y otra vez a la vasta
península

—por toda la India, la dravidia y la aria,
la mongoloide, la escita, la turca, la irania;
pueblos en pugna y por ello amalgamándose
porque las guerras juntan
y el que conquista a su vez es conquistado,
habladoras de doscientas lenguas diferentes,
adoradores de millares de dioses y de diosas
desde conceptos puros hasta sierpes y vacas—,

estos dos, Chándidas y Rami, siempre juntos,
mirando a uno y a otro lado de los caminos los campos,
viendo de frente las montañas nevadas y los colores del
día en las montañas,

o con los ojos entrecerrados esquivando el vaho
 [relumbroso
 de desiertos tendidos como inmensos tapices,
 o el brillo, como de columnas de retablo tachonadas de
 espejos, de los ríos soleados,
 o el paso del viento que levanta espesas polvaredas de
 los erosionados yermos,
 y observando maneras de sembrar y de segar,
 maneras de comer, maneras de vestir,
 maneras de caminar y de danzar,
 de saludar las gentes o de pasar sin saludarse,
 contemplando las procesiones de bodas y las
 [procesiones
 de entierro,
 las antorchas que llenan de alegría la noche, y el fuego
 de las piras en que se queman los cadáveres,
 el aventarse polvos de color expresivos de júbilo,
 y el mirar con ojos tristes el revuelo de pájaros de
 carroña,
 siempre curiosos, anotando en la memoria los diseños de
 los chales,
 las líneas de las diversas arquitecturas de los templos
 y de los palacios
 y las humildes curvas de las viviendas de los pobres,
 distinguiendo las inflexiones de las diversas voces,
 la diversidad en las rasgaduras de los párpados que dan
 diversidad de expresión a los ojos,
 la diversidad de los colores de la piel,
 maravillados de los hombres como maravillados de las
 flores y de los pájaros,
 de los ágiles tigres y de los pesados elefantes,
 de los sutiles ciervos que no hacen ruido
 y de los simios gárrulos,

y ellos, como una llama, en todas partes,
como una melodía, siempre juntos,
como una sola flor formada de dos pétalos.

2.

La unidad íntima en la danza de la vida. CHÁNDIDAS CANTABA,
cantaba para el mundo multiforme
en apariencia:

La bestia alarga el belfo
y delicadamente arranca las hojas tiernas de la hierba,
revuelve el bocado succulento, dócil a su lengua.

Rumia tranquilamente, seguro de sí mismo.

¿Quién no dirá que la hierba creció para la bestia?

¿No es esta ley la ley de leyes sempiterna?

Pero la hierba misma es muchas bestezuelas
con raíces por lenguas
cada raíz una boca que amamanta la tierra;
y un día las patas de las bestias flaquean,
el belfo un instante le tiembla,
la boca se le seca,
y la tierra recobra su vigor reclamando los juegos de la
bestia
para que les mame en sus pechos las infinitas bocas que
sustenta.

¿Quién no dirá que la bestia creció para la hierba?

¿No es esta ley la ley de leyes sempiterna?

Y es lo mismo, aunque se quemem los cadáveres

[para querer

hurtarlos a la tierra.

¡Así es el lazo que me une con ésta!

Y adoraba a Rami
y Rami era la Tierra.



3.

La danza del DE NOCHE, en las moradas de los
hombre con su [hombres,
propia sombra. donde la caridad los acogía
 y había el agua hervida con hojas de
 naranjo

para lustrarse, ¡oh delicia!,
 o bajo las estrellas,
 fugados de la gente como venados que huyen de la
 [sequía,

siguiendo el paso de las constelaciones
 al ritmo sideral del vasto universo,
 bañándose las almas en esa luz estremecida
 como luz de río salpicado de un sol más sol que los

otros soles,
 o abrigados en cuevas
 oyendo, afuera, el ruido de la tormenta y de la lluvia
 y azorándose con el relumbro de los relámpagos
 y el eco reiterado de un anhelo que restalla en furia,
 o juntar al mar, en la playa tibia,
 viendo rielar la luna,

estos dos, siempre juntos,
 como una llama,
 como una flor,
 como una melodía,
 y Chándidas cantaba,
 cantaba para el mundo,
 una canción de multiforme música!

Todos miran un día con ojos de deseo.
 Respiran con suspiro,
 y se juntan amado con amada.
 Todos oyen un día el alarido
 de la mujer, y luego el primer llanto

que lanza el crío.
 Todos un día se quedan con los ojos
 que nada ven, con los oídos
 que no oyen nada, con las manos
 que nada palpan, y que ponen fríos.
 Todos, un día y otro día,
 unos a otros se arrancan de la boca los bocados,
 mordiéndose, golpeándose,
 rasgándose las entrañas,
 rompiéndose los sesos,
 y en el regazo de la amada o del amado
 rinden las vísceras todavía palpitantes,
 o, sonrientes, las entregan para que el hijo se calme,
 mordiéndolas, la comezón de las encías,
 o, solemnes, las quemán para ver si reviven a sus
 [muertos.

4.
 QUIENES VAN con mucho sable y a caballo,
 o en tanques o en aviones,
 de batalla en batalla,
 ávidos de poder más que de gloria,
 con el discurso mentiroso a flor de labio,
 atropellando pueblos,
 títeres hideputas que aun cuando se coronen
 acaban, como Napoleón en Santa Helena,
 con un dolor de estómago y cornudos,
 colgados de cabeza como el histrión italo,
 sin valerles la oferta de rescate que hacen a la plebe
 sanguinaria,
 o como el paranoico germano
 entre llamas sin luz, bajo la tierra,

sin el rastro siquiera de los cerdos asados.
Temible, queda, sola, la demencia colectiva de Rusia.

Quien, cuando brincan las ovejas
con un calor de amor bajo el pellejo,
las trasquila y amontona lana:
para él suenan las esquilas
de dulce son,
para él se acuñan las monedas,
y van al mar los pinos hechos mástiles.
Quien poda vidas,
cosecha los racimos,
pisa la uva,
y engorda de que los hombres se emborrachen.
Quién caza pájaros
(¡oh mis palomas de ala herida,
oh suerte de mis patas silvestres de magnífico vuelo,
oh crimen contra las inocentes codornices
que a nadie hicieron daño!).
Quién se desgañita en los bazares.
Quién a hurtadillas pilla faltriqueras.
Y hay lugares
donde poner el dinero en depósito
para multiplicarlo,
y lugares
en donde derrocharlo,
y lugares
en donde las mujeres tienen prisa
de que un abrazo acabe
para poder darse abasto
con los que ya olvidaron
y con los que todavía no saben
tener un solo amor entre los brazos.

Los príncipes van sobre elefantes
meciéndose sin atreverse a marearse
porque son nobles;
y por lo mismo, en las cortes suntuosas,
hablan tartamudeando y tambaleándose
como si llevarsen elefantes encima.
Y los sabios
caminan siempre en cuatro patas
husmeando las huellas que dejaron
los ignorantes de las épocas pasadas
para poder decir por qué senderos
van a seguir los ignorantes de mañana.

Y para todos
una amada, un amado,
y el crío a tiempo o a destiempo,
y el quedarse sin ojos, sin oídos,
sin paladar, sin olfato, sin tacto,
muertos.

Hay dos clases de hombres y dos sólo:
los que al final de la experiencia
juzgan que al hombre es esencia de dolo,
pozo de iniquidad, suma de saña,
máquina diabólica de concupiscencia,
inmundo como el piojo, feo como la araña,
que todo lo envenena, lo envilece, lo empaña,
¡los hombres que son sombra del hombre!,
y quienes en todo y a través de todo
saben que en el hombre la bondad perdura
como la simiente del lirio en el lodo
y el cristal
de sal
en la amargura
del mar.



Y Chándidas adoraba a Rami,
y Rami era para él la humanidad.

EN ESTE CIELO azul de noche

[de febrero,

El enigma de la existencia. mira la luna nueva, como una pluma,
y en la curvatura de la luna,
en el regazo virgen de esta luna,

una menuda estrella contenida:
así, en el regazo de Chándidas,
Rami, relumbrosa y pequeñita.

—¿Qué soy yo, Chándidas?

Y Chándidas responde

—Mira la luna, Rami, la luna tierna
hecha de luz para el sentido.

Mira la estrella, Rami, la estrella linda,
cómo su luz te llega a la pupila.

De luz también es la candela humilde
de la cera manida,

y sólo con los ojos percibimos
la luz, sin que podamos

atraparla como se atrapa a un pájaro.

Esa substancia fina, ésa es la esencia
del mundo. Mas es la vida.

Ese eres tú.

Y otra vez: —¿Qué soy yo? Chándidas de nuevo:

—Si cortas la manzana
hallarás las semillas.

Si cortas la semilla, no verás nada.

Pero de allí el árbol y las flores del árbol,
las ramas y las hojas y las frutas.

Esa sustancia fina, ésa es la esencia
del mundo. Esa es el alma.

Eso eres tú.



Y otra vez: —¿Qué soy yo? De nuevo Chándidas:
—Si al agua de la jarra
echas pizca de sal, en vano, Rami,
aguzarás la vista para ver qué se hicieron
los cristales que tomaste con el pulgar y el índice.
¡Pero prueba la jarra! Está salina el agua.
Esa substancia fina, ésa es la esencia
del mundo. Mas es la vida.
Eso eres tú.

Como cristal de sal en gota de agua,
así era Rami en el regazo de Chándidas.
Ello no obstante, Rami se quejaba:
—¡Ay, Chándidas, ay! Siempre tú allí, yo aquí.
Por más estrechamente que me abrases
tu eres tú, yo soy yo.
Chándidas, entra en mí, entra completamente
deja ya de ser tú, deje yo de ser yo.
¡Poséeme y poséete! ¡Seamos uno!

Y otra vez: —¡Ay, Chándidas, ay!
O mi beso es primero, o el beso tuyo.
Tú me hablas, yo respondo, o respondes si te hablo:
Siempre tú y yo en espacios distintos, diferentes,
siempre un segundo de tiempo entre tú y yo
y ese segundo a veces es un siglo
y yo te amo como se ama en sueños,
o como se ama a un príncipe de cuento
que vivió cuando aún no vivían los abuelos!

Y Chándidas: —¡Oh Rami, son ilusión el tiempo
y el espacio! Nada en sí existe.
Todo es imaginado.

Y Rami lo miraba
hasta que la pasión le turbaba la mirada

y en el crisol del beso se fundían
tiempo y espacio
y sólo había esencia de la vida;
la voluntad desnuda,
vibrante en sí, concreta e iluminada.

—Porque la voluntad no tiene leyes,
Rami —decía Chándidas—, la vida es trágica.
Porque la voluntad no tiene límites
tragedia es nuestra vida,
tragedia es la existencia,
ilímite, irrestricta, indefinible.

Y en el costado de Chándidas
Rami era una herida.



MOTIVOS DEL PERVIGILIUM VENERIS

Cras Amet

Ame mañana quien jamás ha amado
y más que nunca pruebe amor mañana
con doble gozo de crecida gana
quien el sabor de amor tiene probado;
porque al primer verdor ha recobrado
entera el mundo la virtud lozana:
con voces de alegría donde mana
el agua canta que enamora al prado,
y no se sabe si la hoja o el viento
es lo que suspirando está en la rama,
ni quién a quién requiere con acento
que de amor desfallece mas no muere,
ni si será la amada quien más ama
y el herido de amores quien más hiere.

Vir iam canorum, vir renatus est

¡Oh nueva primavera de la vida
de dulce despertar entre cantares:
vuelto canción el llanto de los mares,
canción también la queja por la herida
de Adonis y Jacinto en los pinares;
y la abeja que zumba en los azahares
es Filomena virgen revivida!

El mundo entero en la canción renace,
 en voluntad de amor todo renueva,
 la mansa oveja que verduras pace
 bala de amor, y la desnuda rama
 de amor se ablanda para que la mueva
 del rocío el frescor, del sol la llama.

Cras primus aether copulavit

Mañana es cuando el Eter copulaba
 en nupcias siderales y la espuma
 del alma mar como en lecho de pluma
 con dulce suavidad lo cobijaba.
 Mañana es cuando Dione al mundo daba
 con sólo su nacer esencia y suma
 de belleza inmortal con que la bruma
 del caos primordial se disipaba.
 Ella, ondulante como su elemento,
 en leda lluvia transformó el rocío
 dándole cadencioso movimiento;
 ella enjoyó con flores la pradera:
 y al someterse bajo su albedrío
 la tierra se vistió de primavera.

Cras Dione iura dixit

Mañana Dione, la casamentera
 de los pájaros y de los amores
 que junta hierbas y amanocha flores
 y soltería ni frialdad tolera,
 bajo palio de gaya enredadera,
 entre mirtos que crecen en alcores,
 al son de dulces pitos y tambores
 dirá su ley y regla verdadera.
 Con hueste de amorosos y amorosas



vendrá a su trono con fulgor y brío,
 lirios sus lanzas, sus escudos rosas,
 su bandera sonrisa estremecida,
 ¡oh majestad, oh gloria, oh señorío
 de quien rige el imperio de la vida!

Feriatu est Amor

Amor está de fiesta en la floresta
 y juega con las ninfas desarmado,
 arco y carcaj y dardos ha dejado
 y va desnudo: ¡Amor está de fiesta!
 ¡Oigo quien le temió, venga, que es ésta
 la mejor ocasión para vengado
 quien tuvo de él el corazón llagado
 o paga aún lo que la herida cuesta!
 Y mientras el Amor en su hermosura
 lo lobo esconde y muestra lo cordero
 la Diosa a Diana envía en la espesura
 de vírgenes sin mácula embajada
 que bien instruida a Apolo va primero
 y de él aprende la canción alada.

Venus mittit ad te virgines

Si alguna vez Amor fue de tu agrado
 y se dio modo para hacer tu gana
 ora en el esplendor de la mañana,
 ora de noche, en cueva o despoblado,
 sé tú propicio, Apolo, y de buen grado
 lleva estas vírgenes adonde Diana,
 embajada de Venus a tu hermana
 para que ceda alcor y bosque y prado
 y no haya sangre de animal herido
 ni ladrido de perro estos tres días:



a salvo estén el pájaro en el nido,
la fiera en el cubil, de sus congojas,
y no el laurel te burle a quien querías
que en ramas huye y se deshace en hojas.

Cede virgo Delia

¡Oh blanca, oh casta, oh alta flechadora,
Venus te envía en embajada niñas
cándidas como tú! No, pues, las riñas
ni desoigas sus voces. Aun ahora
vendría a ti la diosa que enamora,
dejando sus rosales y sus viñas,
por ver cómo te aprestas y te aliñas
en el boscaje inculto, a la señora;
y por sólo iniciarte en su misterio,
doblegarte el pudor y que vinieses
adonde está, daríate su imperio.
¡Ea, pues, Delia, tu rigor mitiga,
con cariño recibe nuestras preces:
tres días, sólo tres, sé nuestra amiga!

Romulum patrem crearet et nepotem Caesarem

Ni el tímido estudiante ni el discreto
que ya llegó a madurez de adulto,
nadie se atreva —¡sacrilegio, insulto!—
a desoír en Roma su decreto.
Ella juntó en célebre tumulto
romanos con sabinas, y en secreto
antes logró injertar en el inquieto
ritual latino su troyano culto.
Por ella es Roma Troya revivida.
Ella a su hijo unió con la virgínea

laurental, y con Marte a la prohibida
hija de Vesta: ¡oh tronco fecundo
que dio su flor en la romúlea línea
del César divinal que rigió al mundo!

LA AMADA MUERTA

I

Sé clara, estrofa como liso espejo
en cuya luna de agua se reflejen
fina la línea impúber de su vientre,
pura la curva virgen de sus senos.
Con suave ritmo, como un solo verso
de música arrancada al pecho breve
de alondra en canto, señalada quede
la larga adolescencia de sus miembros.
Y melodiosamente la cadencia
del soneto sin rima consonante
diga la gracia indefinible de ella,
su forma todavía no plasmada
de flor que apenas si al rocío se abre
y nada o poco da de su fragancia.

II

Hoy hace de que es muerta iguales años
que tenía, al morir, de haber nacido:
de quince a dieciséis, la edad del hijo,
sola memoria suya y relicario.
Rosa al amanecer, entre mis brazos,
con la frescura del primer rocío,

con la primera luz, se quebró el lirio
 y el huérfano lloró su primer llanto.
 A su sepulcro ignoto y extranjero
 corren vivas mis lágrimas. ¡Quién sabe
 si sus cenizas guarden mi recuerdo!
 ¡Qué extraño me vería si volviera,
 con sus dormidos ojos, a mirarme
 cómo guardo el mirar despierto en ella!

III

¡En ella no, si en parte alguna la hallo
 y sólo tengo una memoria vaga
 de haberla visto —¿oído?— que pasaba
 como luz, como sombra, como canto,
 envuelta en sol, en viento, en voz de pájaro
 y en el cerco de espuma de una playa,
 como niebla incorpórea, sin substancia
 dejándome vacías boca y manos!
 Más bien era un aroma su figura,
 sin forma, sin color, sólo fragancia
 —¿de qué flor, de qué suelo, de qué fruta?—,
 o sería un sabor que habré probado
 sólo soñando y que, despierto, amarga,
 como el sabor del azahar, el labio.

IV

Su forma se me pierde entre relámpagos
 y ya no sé de qué contornos era
 sino que olía a mar, a miel, a breva,
 tan liberal con los sentidos bajos

como deslumbradora para el alto;
y esquivo todavía se me queda
en recuerdos y sueños, como fiesta
sólo del paladar, sólo del labio.
Pero fue en el agua de un espejo
como la conocí. Le vi los ojos,
y los desnudos hombros y los senos,
en luces que la luna reflejaba,
y al abrazarla con la vista sólo
se me apagó al instante, y no vi nada.

V

Se hacía de tan blanca transparente,
llena de luz, hecha de luz sin sombra,
y colorida apenas como aurora
indecisa entre el rosa, el lila, el verde.
Ya a mi mirada su mirada cede,
a mis besos sus labios se deshojan,
a mi caricia se deshace toda,
y mis sentidos ávidos la pierden.
Era de otra blancura su mortaja.
Era azul la blancura de sus manos.
Era azul la blancura de su cara.
Y hasta veía azul su cabellera
que yo sabía de oro, un azul vago,
de lirio vivo y de azucena muerta.

VI

Melocotón por la vellambre fina,
melocotón por la suave hendidura,

melocotón por la dorada pulpa
 que al diente igual que al paladar incita;
 fruta más bien, mujer no todavía,
 cuando el calor me la dejó desnuda
 y la cubrí con la mirada rubia
 de los más dulces ojos de mi vida.
 Rondé toda esa noche el Paraíso
 para guardarle el sueño. Haciendo guardia
 me halló la aurora con su luz de lirio,
 y cuando al sueño me rendí, en los árboles
 la dulce fruta apenas maduraba
 y no fui yo quien la cortó, fue un ángel.

VII

¡Oh bases anchas de menudos pechos,
 océano en declive que se angosta
 hacia las Amatuntes de oro y rosa
 en donde hallan forma seguro varadera!
 Velamen de alto mástil, con un viento
 que comba plenitud daba a la lona,
 en un vaivén de prodigiosas ondas,
 navegaba en mar virgen el deseo, fue mi deseo;
 y sin fulgor de luna ni de lámpara
 miré donde la proa se desliza
 chisporrotear fosforescencias mágicas,
 y cómo los luceros palidecen
 y el sol, por entre Ceuta y Algeciras
 mancha de rojo el cielo en el Oriente.

VIII

Cuántas veces dormido, despertaba
 cuando ella, que tenía el sueño inquieto
 y era tan suave y tibia de su cuerpo,
 con las manitas frías me tocaba
 o con los largos pies, bajo las sábanas.
 Un rato o más quedábame despierto
 pensando modos de atrapar en versos
 aquella sensación de alas heladas.
 Su dulce vientre en casi plenilunio
 redondeábase encinta, deslumbrante,
 pero una vez, estando en este asunto,
 se me volteó y se quedó desnuda,
 y se me puso la mirada grande
 al ver el otro lado de la luna.

IX

Como vuelo de pájaro que roza
 ramas amanecidas, y el rocío,
 trémulo de por sí, cae con brillo
 de repentina luz que el día dora;
 como vuelo de pájaro, como hojas
 en húmedo temblor, como los hilos
 de garúa rocial, el fresco ruido
 de su risa en la aurora de su boca.
 No sé qué fuera más si alegre música
 (¡a la misa de amor llaman campanas!)
 o si claror de albor, o si dulzura:
 oído y paladar y tacto y vista,
 todo en un dulce enredo se juntaba
 en el sabor y el ruido de su risa.

X

Su muerte fue un fragor como el revuelo
 de pájaros de ocaso, de anchas alas,
 como el batir las olas en la playa
 y la resaca pronta mar adentro;
 o más bien la centella y luego el trueno,
 la breve luz y la quejumbre larga,
 su carne, oh dulce, oh dulce, desgarrada,
 y yo, que no la oí, oírla quiero;
 porque hasta Aquiles bajo el alto túmulo
 oyó el derrumbe de las torres vírgenes
 y crepitar aquel incendio único
 cuando el rapto de Helena fue vengado
 y la Belleza de doradas crines
 volvió, sumisa, junto a Menelao.

XI

Cuando con la conciencia atormentada,
 oía al tierno en llanto de reproche,
 —Gracias, decía a Dios, que ella no oye
 y este dolor es sólo mío. Gracias—
 porque no ve que tan temprano es hombre
 y tiene mueca de dolor y esconde
 en su tan débil carne triste el alma.
 ¡Ah, pero ahora, si pudiera verlo
 qué grande crece y fuerte está y hermoso,
 con todo el oro de ella en el cabello
 y toda su alegría a flor de labio
 y todo el cielo espléndido en los ojos,
 gozarlo sólo yo me arranca llanto!

XII

Aguardaré el otoño por si es cierto
que en frutal plenitud arde la hombría
con más largo calor, en una fina
llama que apenas si menea el viento,
y no con esta ráfaga de fuego
breve y voraz que se vuelve ceniza
en sólo abril, en menos todavía,
y en humo eleva y nos disipa el beso.
Llegaré a ti bajando de una altura
con septembrina suavidad de niebla
hasta dejarte tibia, húmeda, muda;
bajaré a ti como la noche baja
y en la misa de rosa y azucena
alza en la eternidad la luna casta.

LIRA GRÆCA (1957-1958)



Salomón de la Selva como embajador itinerante del gobierno de Nicaragua ante coronas y repúblicas europeas, 1957-1959

CUÁNDO Y CON QUIÉN HA DE CASARSE EL HOMBRE

(HESÍODO)

No llesves a tu casa ni pronto demasiado
ni muy tardíamente la gala de la esposa:
amor tiene su tiempo lo mismo que la rosa
de vergel y las flores menudas en el prado:
los treinta son la edad para casado.

Y así como la rosa no se corta en botón
ni cuando, hacia la tarde, va para deshojada,
escógela doncella a pubertad llegada
tres años ha, o cuatro, que es la mejor sazón
para hacerla contigo a la yugada.

Y sea a quien conozca la gente de tu misa.
Observa cuando digas que te casas con ella
si en ojo de varón alguna leve huella
de compasión adviertes, o si alguna sonrisa
de burla en labio de mujer destella.

La fortuna es variable y grata o ingrata pasa,
pero una buena esposa es bendición sin mengua;
la mala, en cambio, la indócil de su lengua,
infiel o perezosa, y más si no ha parido,
no necesita aceite ni parrilla ni brasa
para freír a su marido.



DECIR CONTRA LAS MUJERES

(HIPONAX)

Dos veces en su vida es amable la esposa:
cuando al tálamo sube, cuando baja a la fosa.

AMARGURA DE EXILIO

(TEOGNIS)

Jamás el exiliado tiene un amigo
que lo sea de veras, sin dobleces,
y esto es lo más amargo del exilio.

LOS AGITADORES

(TEOGNIS)

Créeme, Kyrnos, agitadores quieren
poner encinta a la Ciudad, preñarla
para que de ella nazca rudo, feroz tirano.
Uno es fuego en rescoldo: cubierto de ceniza
esconde brasa de ambición frustrada;
el otro es llamarada de crepitantes lenguas
que lamen viento;
así arden los dos, ambos incendiarios,
iguales en esencia y en propósito.

Uno es enteramente franciscano
("¡Hermano lobo, hermana ardilla, hermano tigre!")
pero al hermoso metagonte de raza,
buen dogo cazador y guarda del rebaño,
lo señala gritando, "¡Tiene rabia!",
para que otros lo maten; él matarlo, ¡nunca!
se lo tiene prohibido la conciencia.
Y tampoco es capaz de blandir en la mano
el criminal puñal, pero le saca punta
en mollejon chispeante,
lo afila día a día, y aguarda a que algún loco
de los que nunca faltan, ávido de la gloria
vulgar del magnicida, venga y lo tome.

El otro, que se cree león, es sólo un flaco,
sarnoso perro callejero, mañoso,
que ladra y corre, y anda por el mercado
donde las verduleras hablan de política
y ver qué longaniza atrapa con los dientes
en un descuido, o qué pellejo o tripa
alguien le avienta,
y por más que lo espanten a puntapiés y a palos
siempre regresa, siempre vuelve,
chorreando baba, con la lengua de fuera,
meneando el rabo, husmeando, echando pulgas,
y no respeta nada, todo lo orina
por el inescrutable instinto de los perros.



DECIR CONTRA LA POBREZA

*(Homenaje a Ruy Páez de Ribera
en la celebración de su quinto centenario).*

(TEOGNIS)

Kyrmos, al más valiente lo quiebra la pobreza
más que el temblor de fiebre, más que el cabello blanco:
¡húyele, Kyrmos, así tengas que ahogarte
en el más hondo mar, o que lanzarte
al más profundo oscuro precipicio!
porque el pobre enmudece, en todo andar tropieza,
por diestro que haya sido queda manco,
y la razón en él pierde el oficio.

El que era limpio vuélvese desaseado;
quien tuvo amigos no los tiene ahora;
al más cortés lo traduce en grosero;
al que era sabio lo hace majadero;
lo desestiman más que era estimado,
y quien más lustre tuvo se desdora.
No hay amargor igual que hayas probado.

MEDITACIÓN DEL ESTADISTA

(SOLÓN)

Pródigos de sus vidas, exponiéndolas,
todos persiguen fines individuales
ora en el mar de ola crecida, en barcos
que el viento impele ensanchando la velas,
para traer a puerto algún tesoro,
ora sobre el arado curvo doblegados
de sol a sol, con dolor en los lomos,
siervos del año para allegar cosecha,
ora junto a los fuelles y apegados al yunque,
servidores de Atenas, émulos de Hefesto,
con fina habilidad, quemándose las manos,
ora discípulos del Flechador Apolo
con el labio
sabio de profecías, esplendente de música;
pero ninguno sabe cómo ni cuándo el hado
súbitamente, como quien corta un hilo,
le cortará el aliento.

Mi propósito fue reunir a mi gente
dispersa, dividida. Sea testigo de ello
la olímpica deidad mayor de las deidades,
la oscura Tierra,
de cuyo seno maternal, transido
de piedras de hipoteca,

arranqué lo que la hacía esclava,
y a este suelo de Atenas
devolví a los que ya en lejanas tierras,
sea por mala suerte, sea por malas artes
de egoísmo del prójimo,
eran vendidos y olvidaban
la clara voz del Ática.
Con fuerza de mi mano los hice libres;
y no para los malos solamente,
también para los buenos,
dicté las leyes que creí prudentes.
Ajusté con primor las partes del estado
para que su equilibrio mantuviera
firme la fábrica común. No sé en qué pude
haber fallado, pero fallé. Por eso
pongo mis armas en la calle, píselas
quien las quiera pisar, o tómelas
quien prefiera llevárselas.
A mí ya no me sirven, porque el pueblo
mejor que libertad quiere tirano.

HÉCTOR Y ANDRÓMACA

(HOMERO)

Por toda Troya de las altas torres,
hermoso en medio a la Ciudad hermosa
Héctor, gloria de Príamo, alegría
de Hécuba fecunda, iba orgulloso,
volviendo de su casa a la batalla
con presuroso paso recorriendo
las bien tendidas calles, enlosadas,
rumbo a la Puerta Escea y la salida
al vasto llano que barría el viento.

Allí lo alcanzó Andrómaca, su esposa
que detrás de él corría: hija del noble
Fécio, rey de la frondosa Placos
en la Tebas de Mysia, que poblaban
cilicios aguerridos: de la mano
de ese príncipe, Héctor hubo a Andrómaca
que jadeante ahora lo detuvo.

Y a su zaga venía la nodriza
que contra el pecho cálido traía
al inocente niño, único fruto
del único amor de Héctor, su adorado
bello como un lucero, a quien llamara
Escamandrio al nacer; pero a quien todos



nombraban Astianacte, como en prueba
de ser su padre el salvador de Troya,
su más fuerte baluarte de defensa.
Héctor sonrió, mirándolo, en silencio,
pero Andrómaca, en lágrimas, la mano
del guerrero tomó entre las suyas
y se apretó a su cuerpo, suplicante:

—En tu propia pujanza te destruyes.
Ten compasión del niño y de mí —dijo—,
que pronto seré viuda. Ya los griegos
se aprestan en montón como un solo
a echarse sobre ti para matarte:
Mejor entonces que estuviera muerta
y hace tiempo enterrada, tú faltándome,
que faltándome tú, sólo pesares,
alegría ninguna, probaría,
huérfana como soy de padre y madre!

Porque Aquiles mató, junto a las anchas
puertas tebanas a mi padre, cuando
llegó el hijo de Thetis prepotente
y abatió a los cilicios; pero pudo
la comprensión en él, para el vencido
(que es lujo de la fuerza y del orgullo
apiadarse del débil el más fuerte),
y no lo despojó de su armadura,
que era rico tesoro, bien labrada,
en la que fue entregado a la alta pira
aquel valiente rey; y le alzó túmulo
a cuyo derredor las Oreadas,
hijas de Zeus, ¡ah, consuelo vano!,
sembraron olmos de sagrada sombra.

Y siete hermanos tuve, como firmes
pilares de sostén de ilustre casa,
y a todos siete, entre el ganado rudo
de torpe andar, y los rebaños blancos
abundosos de lana, en la pastura
el mismo Aquiles de los pies ligeros
dándoles muerte, a la mansión del Hades
los consiguió en un punto.

De esta hazaña
volvió el Pelida aquí para este asedio,
trayendo gran botín, mi madre misma,
reina que fue de la selvosa Placos,
por quien cobró rescate digno de ella;
y ella viviera, para mi consuelo,
pero en la casa de sus padres Diana,
la vengativa diosa cazadora,
por rencor la abatió con flecha aguda.

Tan sola me dejó tanta desdicha
que padre, madre y mis hermanos juntos
eres, mi dueño. ¡Duélate mi suerte
y quédate en la torre, no nos dejes
en la viudez a mí, huérfano al hijo!

Mejor harías resguardando el muro
por el lado más débil, donde crece
la hermosa higuera; que, como avisados
por algún adivino o por su propia
sagacidad, tres veces los Ayaces,
con el nombrado Idomeneo, el grande
vástago de Tideo y los Atridas,
por allí han dirigido los ataques!

Entonces Héctor de brillante talla
—Esposa —respondió—, tus advertencias

me traspasan el alma. Siento el peso
de la fuerza fatal que nos amaga
pero otra fuerza a batallar me obliga
más dura que la fuerza de la espada:
la befa de los teucros, la risilla
de sus mujeres escondiendo el rostro
entre los largos vuelos de sus mantos,
creyéndome cobarde, cuando a orgullo
tengo ser el primero en la pelea
y enaltecer el nombre de mi padre
y el mío propio, a costa de mi sangre.

Y si bien sé que un día sacra Troya
caerá, caerán sus torres, caerá Príamo
y los hijos de Príamo que blanden
filosos dardos, no me agobia tanto
el destino que acecha a los troyanos,
no, ni el delirio de aflicción de Hécuba,
mi propia madre, ni que los aliados
muerdan el polvo bajo las pesadas
sandalias enemigas: me amilana
este veneno frío que me corre
por todo el cuerpo, de saber que un día
ha de llevarte esclava un griego hirsuto.
Sordo a tu llanto, rudo a tu ternura,
y en gineceo de Argos o Meseida
labrarás en telar, ajeno el lino,
o en Hisperea doblarás el cuerpo
acarreando los cántaros de agua
de la casa a la fuente y de la fuente
otra vez a la casa, sin descanso,
dolorida tu carne, herida el alma.

Alguien, mirándote llorar, cuitada
—dirá—, esa mujer que plañe! Esposa

que fue de aquel famoso Héctor Príamida
que era el primero cuando en torno a Troya
los hombres batallaban reciamente!
Oirás, y más amargas y copiosas
serán tus lágrimas, con el recuerdo
de mí, de mí que no podré ampararte.
¡Me haga la muerte sordo, me haga ciego,
antes de oírte, antes de verte esclava!

Así diciendo Héctor abrió los brazos
para tomar al niño, pero el niño,
con infantil espanto, buscó abrigo
abrazándose al cuello de la sierva,
huyendo del crinado casco de Héctor
que le daba terror. Héctor y Andrómaca
rieron de ver el inocente miedo,
y Héctor se quitó el casco tremolante
y lo dejó en el suelo, y tomó al hijo
y lo besó en la frente y lo alzó en alto
y dijo una plegaria para Zeus
y las demás deidades inmortales:

—¡Oh Zeus, y vosotros, grandes dioses,
que este hijo mío crezca en la alta Troya,
mejor guerrero que su padre, en Troya
más valiente que yo y reine en Troya
de modo que al mirarlo todos digan
cada vez que regrese de batalla:
¡Vale más que su padre! ¡Dioses, dadle
rico botín en la ruidosa guerra;
que a su enemigo hiera de gran muerte;
y que sea alegría de su madre!

Dijo, lleno de orgullo, y puso al niño
en el fragante abrazo de la madre

que un solo instante no dejaba el llanto
y la sonrisa. Juntos. Cariñoso
Héctor le hizo caricia en la mejilla
a la angustiada Andrómaca, su esposa,
borrándole una lágrima, y le dijo:

—Mi dulce amor, único amor de mi alma,
no te acongojes más, porque no hay hombre
de tanta fuerza que conmigo pueda
más de lo que el destino me depare.
Que nadie, por prudente o valeroso
o cobarde que sea, podrá nunca
contra lo que el destino le señala.
Vuélvete a casa resignadamente;
allí, al telar, o con el huso, ocúpate
en medio de tus doncellas hacendosas;
que la guerra es asunto de los hombres
y más atañe a mí que a nadie en Troya.

Y Héctor habiendo dicho,
tomó y se puso el casco empenachado.
Y Andrómaca, sumisa, tornó a su casa,
volviendo el rostro muchas veces, lenta,
pesarosa, llorando.

Esto es la guerra.

CONSAGRACIÓN

(HESÍODO)

Comencemos el canto con el coro
de las divinas Musas del Helicón que danzan
en la montaña mística, junto a una fuente
oscura de color violáceo,
en rededor del ara sacra a Zeus, pisando
con pie alterno el suelo suavemente.

A Hesíodo un día le enseñaron un bello
cantar, mientras cuidaba ovejas que pacían
pastura montañosa: “¡Pastores de los campos,
todo panzas, criaturas despreciables!,
a nosotras es dado
urdir mentiras de modo aderezadas
que parecen verdad: así somos de hábiles;
pero también, cuando queremos, decimos lo que es cierto”.

Dijeron las divinas
hijas del mayor de los dioses, y cortaron la rama
de un precioso laurel, y me la dieron,
y me insuflaron voz imperecedera.
A que cantara las eternas verdades
los eternos dioses allí me consagraron.



VISIÓN DE ALTURA

(HESÍODO)

¡Ah, cómo el carpintero odia a los carpinteros,
el alfarero como a los alfareros,
el pordiosero a los otros pordioseros!
Y entre sí sólo mal se auguran los profetas
y se dicen, los unos de todos los demás, los poetas,
iguales los rivales por gajo de laurel
o por puñado de pesetas
a las que están inscritas en un mismo burdel.
Yo no. A nadie envidia, que en vuestro ilustre coro
pulso, divinas Piérides, la lira de oro.

PLEGARIA

(HOMERO)

El cisne clarinero, de aguda voz, al golpe
rítmico de sus alas, cuando en los remolinos
del Peneo se posa, a ti es a quien canta;
y con mayor dulzura todavía, el poeta
a ti primero y último, abrazado a la lira,
te invoca. ¡Acepta mi saludo!
¡Inspírame tu gracia!



CONSEJO

(HESÍODO)

De un barquichuelo habla,
si quieres,
con entusiasmo; canta
su encomio; pero
bajo una vela grande
tu mercancía embarca, embárcate tú mismo.

En cuanto a mí estimo
esa aventura en poco.
No así los hombres prácticos:
por amor al dinero
en todo riesgo incurren
pese a que saben
cómo es amargo
morir ahogado.

Atiende mi consejo:
sólo una parte, y no la
mayor, confía
a lo inseguro:
mar, o doncella,
o voz de quien te adula.



PODER DE LA POESÍA

(PÍNDARO)

¡Lira de oro, la que Apolo tañe
y aman las Musas que se coronan de violetas!
A tus primeras notas de preludio
los pies ligeros de las danzantes saltan,
gloriosos en sus pasos,
y las voces se ajustan a tus cuerdas.
Hasta el relámpago guerrero
deja su flechería
súbita de llamas,
y posada en el cetro de Zeus,
domada, duerme el águila:
rey de las aves, dobla
la cabeza de curvo pico; sus ojos
hechizados de sueño; las plumas
sedosas de sus alas
se mueven suavemente,
suben y bajan con el ritmo
de su resuello acorde con tu música;
y el belicoso dios, ¡Ares!, olvida
por un momento breve
el choque de la lanza en el escudo:
tendido entre las dulces Gracias
se rinde al gozo de la paz,



¡tan potente es Apolo, el que domina
la conciencia del hombre y la ilumina!

Pero los que Dios odia, los que Él detesta,
tiemblan de oírte.

En la encrespada tierra, en el movido océano,
temen los malos a las Piérides,
blasfeman contra la Poesía.

Nacido en la caverna Ciliciana,
Tifón, de cien cabezas veladas en la sombra
negra del Hades,

el pecho hirsuto enarca bajo el peso
del promontorio de Kymé; en Sicilia
encima de él se eleva

al cielo azul la nieve
de perenne blancura y de filoso aliento
(¡el verso fino, inaccesible!)

que el Etna todo el año arrulla en el regazo;
pero, de sus entrañas hondas,
vomita el monstruo fuego inabordable,
torrentadas

que todo el día humean y en la noche
tienen lustre de sangre, y noche y día
arrastran hacia el mar piedras inmensas
con incesante estrépito de trueno.



EL ADAGIO DE ARISTODAMO

(PÍNDARO)

Trasíbulo, antaño
con la gloriosa lira
firme en las manos
subían los poetas al carro de las Musas
para lanzar los dardos
de fina melodía
en elogio de un rostro de juvenil encanto
dominio y trono de Afrodita.

No era Apolo tacaño,
ni las Gracias alquilaban caricias,
ni el coro, dulce como la miel, de Terpsícore
iba con las mejillas
marcadas por cuño de moneda.
No había sentenciado el argivo
(al ver cómo le huían tomados de las manos
junto con su fortuna los amigos)
que “El dinero es el hombre”, nuevo adagio
ciertísimo por cierto,
pero amargo.



INVIERNO

(HESÍODO)

Prevente contra el mes lenaionte, el de los días cortantes, de aire frío capaz de desarrollar a un toro. ¡Qué heladas crueles las que avienta Bóreas! Sopla sobre la Tracia nutridora de hermosas caballadas, y sobre el mar amargo revolviéndolo en grandes olas; cae sobre los altos bosques abatiendo los árboles, quebrándolos, pinos y robles, con pavoroso estrépito; hace temblar las fieras de la cabeza al rabo, y pese a la pelambre las hiera en el pellejo: no les vale a las reses el cuero duro, no les vale a las cabras el fino pelo: sólo las ovejas por el vellón tupido le mellan las filosas garras al viento. Y a quienes más abate, doblándolos en ruedas, es a los viejos.

Tampoco hiera el frío la piel de la doncella a quien no todavía la áurea diosa alecciona y al lado de la madre se está sumisa en casa. Bañado el cuerpo con esmero, ungido con refinado aceite apenas perfumado o sin perfume, se mete en cama y sin pesares duerme. En cuanto a ti (¡ya te asoman las barbas!), envuélvete

[primero

en una larga túnica que te llegue al tobillo,
sobre eso ponte manto, las dos prendas de lana
gruesa, tejida en poca trama y espesa urdimbre,
calza zoclo cortado a tu medida
de cuero becerril forrado en tibia felpa,
y si amenaza lluvia, lleva, de tierna cabritilla,
cosidos los pedazos con cordones de cuero,
capa eficaz en que resbale el agua,
y tócate con gorra de felpilla sedosa
que entera la cabeza te cubra y las orejas.
Caiga entonces del cielo largo y frío, hiriente,
el aguacero, y tiéndase en los campos
de proletario rico, y empápelos hasta donde el grano
que se sembró a buen tiempo lentamente lo absorba.

LAS YEGUAS DE GLAUCO

(ESQUILO)

Por muchas vueltas que le des al mito,
su sentido no cambia,
sea que Glauco aleccionó a sus yeguas
a comer carne humana
y cuando les faltó lo devoraron,
sea que no por hambre enloquecieron
sino de haber pacido
hierba no acostumbrada, maldecida,
o colmado la sed a grades sorbos
de abrevadero mágico,
sea por fin, de modo
más claro, que Afrodita vengativa
(porque Glauco pensaba
que teniéndolas vírgenes más bellas
crecerían) de furia
les inyectó los ojos y los dientes.

Prudente yo, a mis bestias
no de otra manera domeñables,
les doy a tiempo
lirios de largo tallo y rosas,
con miel, de carne tierna.

DITIRAMBO

(EURÍPIDES)

¡Incomparable júbilo es ser joven,
alegría de oro!
Pero llegar a viejo
es un dolor pesado
y nublazón de ciego.
Ser joven y, a más de joven, libre
de la tribulación de la pobreza
lo juzgo dicha,
pero también dichoso es quien es joven
así sea pobre,
y yo no cambiaría la juventud por todos
los tesoros de Oriente,
y aun la mitad del gozo de ser joven daría
por alas eficaces
con que volar (¡volar adonde fuere!)
y huir de la amargura de ser viejo.



ORFEO

(ESQUILO)

Guárdate, entre rivales príncipes, por tu vida,
de afiliarte a partido. Mira a Orfeo
que por amor del Flechador de rubio aspecto
y suave voz, menospreció al cetrino
nonato gritador habido en Sémele,
poderosos los dos, hijos de Zeus.

En la noche, apartado de los feroces ritos
de las bacantes lúbricas, Orfeo
subía a la alta cumbre para esperar el día
y saludar al Sol con noble música.
No fueron fieras, fueron
furiosas las Basárides de Tracia
quienes le dieron muerte.

Del Pangeo, las Musas
llevaron sus despojos al Libetra.
En cuanto a mí, no corro prisa alguna de
necesitar la piedad de las Piérides.

FURIA DE AMOR

(SÓFOCLES)

¡Potente para toda conquista, la chipriota!
No digo los reveses que infligió a los dioses,
cómo tumbó al Cronida
y al que hace que la Tierra tiemble en sus cimientos
y al que en el Hades tiene nocturno trono,
sino lo que aquí vimos. ¡Qué brazos de lujuria
para ganar doncella codiciada
hizo que se tendieran! Hombres musculosos se alzaron
pujantes de pelea
para dar fuerza a golpes formidables,
y se produjo estruendo pavoroso
revolvedor de grandes polvaredas.

Entre fragor de aguas furibundo río,
el trueno interminable de pezuñas hendidas,
y la alta cornamenta fantasmal de un toro:
¡Aqueloos, el sembrado de islas, desbordado!:
y de la Tebas mística el vástago de Zeus
con dardo y maza y arco distendido,
los dos trabados en batalla,
rivales que enloqueció el deseo,
sin nadie cerca excepto la chipriota
invencible, infundiéndoles
su propio aliento.



Sordo caer de puños, y el silbido
mortal de flechas emplumadas,
y el resollar cortado, adolorido,
y la tensión, a reventar, de espaldas, y el vibrante
esfuerzo de las piernas,
y el nublarse los ceños, y el choque de las frentes,
hasta que al fin se oyó, apagado, el bufido
del derrotado.

Mientras tanto, a lo lejos, tierna, de viso hermoso,
sola como una estrella cuando sólo
brilla una estrella en la amplitud del cielo,
tendida en la ladera de una loma,
en espera de quien habría de llevársela,
Deyanira.

¡Oh, su mirada dulce
aguardando el final de la batalla,
implorando piedad, oveja tierna
repentinamente
huérfana, desolada!
Lloro por ella como
por hija propia mía.

LA CÓLERA DE CREUSA

(EURÍPIDES)

¿Cómo seguir sin decir nada,
oh alma mía, mordiéndome los labios,
tapándole a mi dolor la boca
para que no prorrumpe en voces,
tapándole los ojos
para que no se suelte en llanto?
¿Pero cómo decir, sin desnudarme
del pudor, hija del rey y esposa de príncipe,
quién me violó, en qué cama,
cuál noche oscura?

¡Nadie me detendrá, nadie podrá callarme,
no, ni la pretensión de la inocencia,
puesto que me traiciona mi compañero de pecado
y nada espero ya de mantener incólume
en la opinión ajena el espejo de la honra,
yo que jamás dije palabra alguna
para exigir la merecida boda
y atención de marido en el dolor del parto!

¡Óigame en su trono de estrellas la majestad de Zeus,
óigame la diosa
que guarda la alta roca de mi casa
donde ella está, cabe al Lago Tritonio:

diré quién me forzó bajo su peso
y hubo placer de mí: delataré el secreto
que me oprime!

¡Las lágrimas
me las arrancan dioses
en contra mía conjurados,
dioses que me traicionan!

¡Oh cantador de melodías
al son de siete cuerdas,
que alzas la voz en impecables himnos
tú, hijo de Latona,
aquí, de cara al sol, te acuso, Apolo:
tú me violaste!

Con el cabello de oro
me deslumbraste,
con los azules ojos
me estremeciste,
mis manos en tus manos
tibias, sudaron:
¡cómo me acariciaste,
primero el cuello, luego
la base de los senos, los pezones,
y más abajo, derritiéndome!
Brasa sentí tu boca
quemándome los labios.
Y me fuiste empujando
ya seducida
hasta tenderme en cueva,
cegándome Afrodita
(¡ella fue cómplice!),
y nada vi, ni oí, presa del deseo



que me hacía temblar entre tus brazos:
¡allí me poseíste!

Helada de terror volví a mi casa.
Me temblaban las piernas de vergüenza.
No me atreví a mirarle
los ojos a mi madre,
y no a mis compañeras
les abrí el corazón para decirles
la vida que gestaba en mi vientre.

Rodeada de cuidados
y en medio a la alegría
en honorable preñez, la esposa sufre
sinsabor, sin embargo.
Yo, sola, Apolo, sola y en secreto,
todo sufrí, ¡indecible!,
dolores y bochornos.
Yo, sola, Apolo, sola y en secreto,
donde tú me violaste,
torcida de dolor, ¡indecible!,
como quien sufre muerte,
muriendo y reviviendo para morir de nuevo,
di a luz a tu hijo.

¡Y tú, oh esplendoroso
que dices profecías
desde trono de oro
en Delfos, seductor de doncellas;
tú que me sedujiste,
me abandonaste!
Y abandonaste al hijo.

Cuando volví a buscarlo
para darle mi pecho que chorreaba



cálida leche,
ya no estaba en la cueva:
¡lobos, lobos
se lo llevaron,
hijo de mis entrañas,
hijo tuyo, Apolo,
lobos lo destrozaron!

Buitres también se hartaron
de ese banquete.

¡Por eso, Apolo,
Delos te odia,
la tierra en que naciste;
te odian sus palmeras y sus rocas,
te odia el suelo donde tendida
presa de angustia,
asida a un tronco y con gran grito
te dio a luz Letona, hijo de Zeus!

CUATRO ADOLESCENTES

(I)

(ARLQUÍLOCO DE PAROS)

...con un ramo de mirto,
con una rosa,
y con las trenzas, sueltas, sobre los hombros
como una sombra...

(II)

(SAFO DE MITILENE)

Como manzana, roja sobre el azul del cielo,
que los recogedores de manzanas dejaron
sin recoger en la más alta rama,
no por olvido, no: ¡porque no la alcanzaron!

(III)

(SIMÓNIDES DE CEOS)

Del otro lado de agua tranquila
a que se atreva al barquichuelo llama,
llama y la hunde, la luz de su pupila.

(IV)

(ALCMAN DE ESPARTA)

A Ágido la miro
como un sol que ella misma
hace brillar en nuestro cielo;
por más que ella me diga
que no declare cómo es bella
ni afirme lo contrario,
debo decir que bien se sabe
de qué manera brilla,
deslumbradora, como,
en medio de ganado vacuno,
una potrilla fina
de ancas nerviosas y cascos de relámpago
que uno dormido sueña, despierto se imagina.

MADRIGAL

(PLATÓN DE ATENAS)

Niña, toma esta rosa, y si te place amarme
ponme tu doncellez en punto a mi deseo;
si no, de todos modos guárdala y que te enseñe
la brevedad de todo lo que es bello.



**OCHO CANCIONES DE NOSTALGIA
VENEZOLANA JUNTO AL TEMPLO
DE POSEIDÓN EN PRESTO**

(En memoria de Andrés Eloy Blanco)

(I)

(ALCMAN DE ESPARTA)

Nunca más, voces de miel
en coro de doncellas
dulces como la voz de los amores,
me podré sostener. ¡Pero, ah, si fuera
alción alado, en vuelo sobre flores
de pétalos de espuma: el pájaro de pluma
azul-de-mar que empolla en primavera!

(II)

(EURÍPIDES)

Pájaro de las rocas
contra las que se rompen, fragorosas,
incesantes, las olas,
¡oh alción, cómo revoloteas!
El que lleva un dolor vivo en el pecho
sabe lo que tu vuelo significa:

amor de largo tiempo muerto,
canción que no se olvida,
todo
en el volar perenne de las alas marinas.

Hacia el atardecer la mole antigua
de elevadas columnas se colora;
la piedra, carcomida
de sal, de sol, de lluvia,
recobra la tersura de hace veintiséis siglos.
¿En cuál ocaso, oh Templo,
volveré a hallar mi juventud perdida;
en vuelo de cuál ave
volverá a mí la pasión abolida?

(III)

(TEOGNIS DE MEGARA)

Oí, Polípaides, oí cantar el pájaro
que señala al labriego el tiempo de labranza,
y sentí el corazón abrirseme en herida
por mis tierras, mis campos, que extraños bueyes aran.

(IV)

(EURÍPIDES DE ATENAS)

Yazga mi lanza tendida en descanso,
envuélvela araña en hilo de paz,
y sea, tranquila, mi alma remanso
de pasión colmada: ¡ay! ¿cuándo será?



(V)

(EURÍPIDES DE ATENAS)

¡Si pudiera —¿en qué caverna?— con mis sueños
 [ocultarme
 en las cumbres de Parima, donde apenas pisa el sol,
 o hacerme habitación entre las nubes, remontarme
 de garcero, como garza de plumaje de arrebol!
 ¡Donde rinde al Orinoco Cuchivero su tributo,
 o la dulce Tacarigua sueña amores con el mar,
 ser la ceiba —toda sombra—, el moriche —todo fruto—,
 o en los llanos el humilde pero fuerte chaparral!

(VI)

(ESQUILO DE ATENAS)

Aquí a Poseidón, aquí a Hera
 se veneró, y persiste
 no sé qué temblor sacro de corazón devoto
 vivo en el aire de la primavera
 con júbilo pagano;
 pero mi alma triste
 jamás tendrá alegría si no la da la mano
 de mi Reina y Señora Virgen de Coromoto,
 la llanera.

Enorme, con tridente que sacude a la tierra,
 con sempiterna voz que ruge, brama, grita,
 se siente a Poseidón,
 y grande, con grandeza que a medio cielo encierra,
 a la esposa de Zeus se presiente.
 ¡Mi Virgen es pequeña, pequeña, pequeña,

hay que verla con lupa, hay que verla con lente,
 más de un millón de veces cabe en mi corazón!
 El rumor de los llanos musita
 (¡pena de los llaneros!) su oración.

(VII)

(ALCMAN DE ESPARTA)

Duerme la cima de lejano monte
 que revistió de púrpura la tarde.
 Duermen, cercanos, los azules alcores
 que hacia el anochecer, antes de que el sol cayera,
 se arrebujaron en la primera sombra.
 Y duermen la cañada
 y el río niño que se encuna en ella.
 Duermen las fieras, duermen los árboles,
 duermen las abejas,
 y el mar envuelto en sombra,
 los monstruos de su hondura,
 y, con el pico bajo el ala, las aves
 grandes igual que las pequeñas.
 Sólo yo velo. La nostalgia
 prendió en mi corazón la lámpara del recuerdo.

Donde los toros alzan alta cornamenta
 en medio de la vacada de los llanos,
 negro el ganado sobre pastos verdes,
 el sol ahora abrasa. Una vaquilla
 con el crío que aún se tambalea
 rumia en la sombra. Una vaca vieja
 deja a los pájaros nerviosos
 (tranquila ella)
 arrancarle garrapatas del lomo.

De pronto un toro muge
con mugido sonoro:
¡una ternera virgen está en celo
y el belfo le chorrea mientras aguarda al toro!

(VIII)

(SAFO DE MITILENE)

Agua fresca rebota, cantarina, en cascada
y corre entre arboleda de manzanos.
Muellemente las hojas se mecen, danzan.
En la corriente un sueño boga, como un cisne.
¡Oh Atthis, Atthis, de veras yo te amaba,
hace ya tanto tiempo, un tiempo largo!
Y tú me parecías feúcha, pequeñuela,
niña descriada.
—¡Te juro, me dijiste, que quisiera
morirme!, y sin embargo me dejaste.
Te he de mirar como una esplendorosa
diosa el mortal a cuyo lado
duermes. Hacia la medianoche,
puestas las Pléyades y los demás luceros,
puesta la luna, solo, con tu recuerdo,
oyendo el agua duermo.

PASIÓN INNUMERABLE

(SÓFOCLES)

Esto debe entenderse: que el Amor no es sólo amor en sí sencillo, sino que su nombre denota innumerables sentimientos; porque Afrodita es Muerte, Fuerza imperecedera, Ansia incontaminada, y Frenesí, y Deseo, ¡cuánto mueve a llanto y a violencia! La diosa en todo hace presa, en las mudas tribus que nadan, en las de los cuadrúpedos que pastan en la tierra, en las tribus aladas, todas la abrigan, su ala es soberana, ella rige a las fieras y domina a los hombres, y reina invicta sobre los mismos dioses, al propio Zeus lo vence y tiraniza.



TIEMPO DE MORIR

(MINERMO DE COLOFÓN)

Cuando ya no me sepa el oro de Afrodita
(¡los besos a hurtadillas, el abrazo potente,
el gozo en el regazo de las vírgenes!)
quieran los buenos dioses entregarme a la muerte;
porque vivir conviene sólo a los jóvenes.
El árbol de la vida, bello cuando florece,
no tiene más que una sola primavera.
¡Oh, cómo afea la vejez! Las mujeres
detestan con razón a los viejos, les huyen,
por más que se engalanen ellos con laureles.

DIÁLOGO A MEDIANOCHE

(EURÍPIDES)

PERSONAS: *Agamenón Atrida y un anciano siervo suyo.
La escena se desarrolla en Aulica, a medianoche.
Agamenón sale de su tienda de campaña y llama
en la que duerme su sirviente.*

AGAMENÓN:

¡Arriba, viejo arriba!

SIERVO:

¡Ya voy, señor, ya voy!

AGAMENÓN:

¡Aprisa, viejo, aprisa!

SIERVO:

Ya estoy, Agamenón.

AGAMENÓN:

Dime: ¿qué estrella es esa?

SIERVO:

Sirio, señor, Sirio que brilla
junto a las siete Pléyades viajeras.

AGAMENÓN:

Sirio, es verdad. ¡Escucha!
No se oye pájaro moverse,
ni se oye el mar, ni se oye
rumor de viento. El viento
duerme sobre el Euripo.



SIERVO:

¿Por qué a la medianoche
lejana aún la aurora,
te has levantado? Nada
se mueve en la Aulida.
Los guardias rondan
tranquilamente. Vamos,
Agamenón, entremos. (*Entran*).

AGAMENÓN:

Dichosos, ¡Ah!, dichosos
vosotros los humildes,
sobre quienes no pesa
la carga dura del renombre
ni la más dura todavía
del honor, y sois libres
del temor que a los grandes asalta.

SIERVO:

¡Pero la gloria es de los grandes
por su linaje y por su orgullo!

AGAMENÓN:

¡Y envuelta en esa gloria su tragedia!
Porque los dioses los abaten
cuando han llegado a la mayor altura,
y los odios pequeños de los hombres
[mezquinos
les roen la raíz de la grandeza,
y algo hay siempre que se burla de ellos.

SIERVO:

¿Qué modo es ése
de hablar, Agamenón? ¡Ánimo, ánimo!
Tú no naciste para vivir holgado
con júbilo y pesar de los mortales
comunes y corrientes.

Tu alegría es más alta: sea entonces
de igual altura tu dolor, lo que los dioses
quieran. Ellos lo ordenan todo
porque son fuertes.

(Y Agamenón borró la carta que es-
cribía, y otra vez la escribió, borrando
y rescribiendo hasta que amaneció, y
por el siervo se la envió a Clitemnes-
tra pidiéndole a Ifigenia para esposa de
Aquiles, grande engaño: ¡para sacrifi-
carla!)



CANCIÓN DE AMOR

(SAFO)

¿Cómo pudo el dardo
invisible de Eros
lanzarme, con fuerza
que sin fuerzas deja,
Cloe pelirroja,
de pestañas de oro,
carne niña, toda
tallo de azucena,
pétalo de rosa,
delineada apenas
como nube vaga
la mujer en ella?

No si la panoplia
hubiera vestido
de mujer entera
me hubiera humillado
a besar sus plantas
(lirios en desmayo),
que a mis años tengo,
viejo lobo libre,
maña de esquivarme
de mujer mañosa.

Si traída en carro
de alas de paloma
viniese la diosa
a quien yo más amo,
y si me dijese:
—Dime ahora, hijo,
¿por qué reina de altos
pechos, orgullosa,
suspirando vives?,
¿qué visión de labios carnosos te ciega?,
¿quién te quita el sueño?,
¿quién es tu enemiga
para yo vencerla?—,
¡ah!, ¿cómo decirle:
—No me sirven nada,
madre, tus hechizos?
Yo no quiero sino
bañarme en el agua
pura de sus ojos.
¡Déjame dichoso
ser cautivo de ella!

DOLOR DE SENECTUD

(SÓFOCLES)

Estrofa

¿Quién será quien anhele
largueza de sus días?
Discierno que le sirve
la insensatez de guía,
y no por vivir mucho
los pesares evita:
¡ya pisa sus talones
el dolor: la alegría
se aparta de sus ojos:
llanto ciega su vista!
Tal es la recompensa
que da la lengua vida,
y al fin de todo, llega,
a salvarnos de ruina,
sin cantos de himeneo
ni alegre compañía.
la Muerte, última novia,
única compasiva.

Antiestrofa

La mejor y envidiable
suerte que el sabio estima
es la del no engendrado,
¡y la tuya en seguida
que diste con la muerte
al tiempo que nacías!
La juventud, liviana,
en viento se disipa,
luego las penas llegan,
fatiga tras fatiga,
sin que una sola falte:
la Discordia, la Envidia,
la Cólera, la Lucha.

ACOLMIXTLI NEZAHUALCÓYOTL (1958)



Salomón de la Selva vistiendo toga o indumentarias talares en El Vaticano, Roma, mientras hacía las investigaciones sobre el Papa, Pablo III. Véase, al fondo, un soldado de la Guardia Suiza

SEGUNDO TIEMPO: EMPERADOR DE MÉXICO

*(A la manera de los Eoiae
atribuidos a Hesíodo)*

1

Tezozómoc ha muerto. Maxtla, cobarde,
se escondió en temascal: el baño ardiente
lo asfixió. Lo hallaron asfixiado.

Nezahualcóyotl dijo:

—De Dios es la venganza.

Aquél a quien Dios toca, así sea en castigo,
se impregna de la esencia de lo divino.

2

Nezahualcóyotl dijo:

—Hay sólo un Dios, es grande,
es innombrable, es invisible,
pero se advierte
en toda cosa.

Sólo reflejo de su alegría, de su sonrisa,
es el cielo, es la luz, es el aire,
sólo reflejo de su bondad la lluvia.



Por él vive cuanto respira.
 La vida es sacrosanta porque él la hace.
 Alcemos un altar al Dios de Vida,
 ofrendémosle frutas, ofrendémosle vino,
 flores y plumas.
 Con cantos celebrémoslo, con danzas.
 Su delicado olfato
 se ofende con el olor acre de la sangre.

3

Nezahualcóyotl dijo:
 —No es bueno que los pueblos queden sin guía;
 el rey es necesario.
 Para los tecpanecas hagamos en Tlacopan,
 mejor que en Coyoacán o Azcapotzalco,
 ciudad real, y a Totoquihuaztli
 coronémoslo rey, pues lo merece,
 siendo de sangre real, nieto de Tezozómoc.
 No es fuerza que los hijos hereden
 la culpa de los padres, la de los abuelos.
 ¡Dios no lo quiere!

4

Nezahualcóyotl dijo:
 —Nada es más adorable, ni la miel, ni las frutas,
 ni las aves de plumas de colores,
 ni el gorjeo de pájaros,
 que estas flores, ¡los niños!
 Escúchenme las madres: desde ahora
 en los bosques del rey recojan leña
 para que los niños no tengan frío;

siguen las madres en las milpas
del rey, para el pan de los niños;
tomen de las colmenas reales
el oro dulce, para los niños.
Sea libre a los niños
coger en juego pájaros,
buscar nidos.

5

Nezahualcóyotl dijo:
—Yo soy el rey, el padre de los huérfanos,
hijo de los que están sin hijos,
pariente de los que se quedaron sin familia.
En los palacios reales tengan aposento
los viejos sin hogar, los desvalidos.
Alárguense mis mesas para que quepan ellos.

6

Nezahualcóyotl dijo:
—Todos tienen, cada uno, madre que lo ha llevado,
gestándolo, en su seno, que lo ha criado.
Los de una misma madre son hermanos
y no es más hijo un hermano que otro
respecto de la madre de ambos: son iguales.
También todos tenemos una madre
común, la que nos nutre en vida, nos amamanta,
y otra vez en su seno nos recibe
cuando, muertos, nacemos a otra vida.
Esta madre es la Tierra.
A su respecto
somos todos iguales



para ser dueños de ella, dueños del suelo.
Sobre esta base dividamos
los campos labrantíos.
Y así se hizo.

7

Nezahualcáyotl dijo:
—¿A qué conduce siempre los reyes en litigio
consumiendo la hacienda de los pueblos
es incendio de guerra? ¿A qué los odios
de reino a reino? Mejor es que se unan
pueblos del mismo tronco. Hagamos, pues, alianza
Tenochtitlan, Tlacopan y Texcoco
para vivir en paz. —Así lo hicieron,
y a Nezahualcáyotl designaron
Gran Chichimécatl Tecuhtli, rey de la nación acolhua.

8

Nezahualcáyotl dijo:
—Este canto es cantar de primavera,
es cantar para cuando todo renace, se hermosea.
Nada es más jubiloso que adornar a la madre
con flores, con guirnaldas, y hacerle fiesta.
Matlacíhuatl, la que tuvo alegría
de concebirme, de por sí era bella;
la que gozó con el dolor del parto
cuando nací, era hermosa.
Pero a mí me gustaba, cuantas veces podía,
ponerla más hermosa, con plumas y con flores
y con collares de oro, de jade, de esmeraldas.
Hagamos a la Tierra (¡todos somos sus hijos!),

bella también, más bella todavía,
con fuentes, con jardines, con arboledas.
¿Quién no quisiera quitarle las arrugas a la madre,
surcos de sufrimiento, ultraje de los años?
A la Tierra es posible mantenerla joven,
con riego, con plantíos.

9

Nezahualcóyotl dijo:

—Yo respeto a los nobles, si son justos y sabios,
y a quien es sabio y justo lo tengo yo por noble.
El valor, el denuedo, la abnegación, también

[son alabables:

virtudes que se aprenden. Las aprende el joven
si de niño la escuela lo guía, lo dirige, le enseña.
Yo sé, todos sabemos, de príncipes malvados
y de plebeyos, sí, hijos de esclavos
que irradian de virtudes.
Hagamos, pues, escuelas para todos,
en cada barrio de ciudad y aldea.

10

Nezahualcóyotl dijo:

—Sólo Dios es perfecto. El hombre puede serlo,
quizá; pero la muerte, cuando lo abate,
revela imperfecciones; la miseria,
cuando se ceba en él, lo vuelve malo
si acaso fuera bueno, y si fuera sesudo
lo vuelve torpe. No es la luna perfecta,
por variable, y el mismo sol se añubla.
También el hombre pierde su brillo, a veces,



por lo que estimo despilfarro de esfuerzo
 buscar en perfección varón sin tacha,
 recto de los costados, recto de espalda,
 en erguidez de torre, ancho de base, firme
 como pirámide; y me conformo,
 porque son excelentes,
 con quienes no del todo son mezquinos
 ni depravados. Tampoco exijo
 que nadie sea sabio, viendo
 que es infinita, que no tiene número,
 la inacabable generación de los necios.

11

Por todas estas cosas que decía y hacía, que cantaba
 y que enseñaba a todos,
 hubo quienes dijeron
 que no era mortal Nezahualcóyotl
 sino hijo de dioses, dios él mismo,
 y que jamás perecería.
 ¡También los buenos príncipes,
 no lo tiranos sólo,
 tienen aduladores!
 Sabedor de lo cual, Nezahualcóyotl dijo:
 —Ixtililxóchitl murió de infinidad de heridas:
 una sola, cualquiera, le bastara.
 Matlacíhuatl de pena fue extinguiéndose,
 viéndose viuda, viendo a sus hijos muertos,
 hasta apagarse toda en un suspiro.
 No sabía que yo sobrevivía.
 Mortal nací, e hijos de mortales.
 Perduraré en mi estirpe.

12

Como iba para viejo (peinaba canas
 y nunca había amado)
 le premió el tener hijo. Buscó esposa.
 Le fueron presentadas las doncellas acolhuas.
 Tanancahuatzin le atrajo la mirada.
 Viéndola
 sus ojos se turbaron, se empañaron de lágrimas,
 tan fuertemente amor lo sacudía,
 porque era bella, como una flor de bella,
 como una garza que se mueve
 rítmicamente y con qué gracia vuela;
 porque era, en su ternura, como un árbol tierno
 que por primera vez se cubre de capullos;
 clara como un riachuelo, como un río delgado,
 de transparentes aguas,
 que corre entre jardines; fina como una nube
 que el sol, colora, que el sol pone de oro;
 y se casó con ella.
 Al año de casado nació el hijo.

13

Nezahualcóyotl dijo:
 —Yo soy feliz. Amo a mi pueblo.
 Mi pueblo me ama.
 Amo a mi esposa, me ama ella.
 En el amor la dicha se conjuga.
 No puede el hombre solo ser dichoso
 como yo soy dichoso.
 Tezauhpilezintli (el que colma mi dicha)
 sea nombrado mi hijo, yo le doy ese nombre.
 E inventó nueva danza Nezahualcóyotl,

inventó nuevos cantos, nueva música,
 delante de su pueblo.
 En el jardín de su palacio, en Tetzcozinco,
 construyó una alta fuente
 con el agua traída desde lejos,
 fresca, brillante, cantarina. ¡Quién dijera
 que era fuente de lágrimas!

14

Tezauhпилzintli crece
 lleno de gracia, crece en hermosura,
 recreo de su padre y esperanza del pueblo.
 Llega a la edad de hombría.
 El pueblo se reúne de fiesta,
 lo admira, lo celebra.
 Tenochtitlan se adorna: los palacios, las casas,
 se enfloran, se recubren de flores, se embellecen.
 El Templo luce muros de bermellón y verde,
 de blanco y los colores diversos del arco iris.
 Nezahualcóyotl inventó nueva danza,
 inventó nueva música, cantó canto nuevo,
 consagró a Tenochtitlan noble fuente
 de agua que se hace espuma, se hace nube,
 irradia con el día, se colora con las luces del día,
 y de noche refleja con reflejos de oro
 la rubia luz de las antorchas, de los fuegos.
 ¡Quién dijera
 que era fuente de lágrimas!

15

Tezauhpilzintli se ha engréido.
 El orgullo le llena el corazón, la mente,
 se le desborda en mantos de colores,
 en collares, en joyas, en puñales;
 lleva hasta las sandalias enjoyadas.
 La soberbia lo ha vuelto cruel y rudo,
 en secreto primero, luego en público.
 Libidinosamente
 seduce a las doncellas, las viola,
 seduce a las casadas. Expolia los tesoros
 del Templo, ultraja a los mayores, los insulta,
 y corrompe a los jóvenes, se corrompe él mismo.
 Nezahualcóyotl dijo:
 —¡Que lo juzguen los jueces!—
 Sintió partirse el corazón, doblársele
 las piernas, caerse los brazos
 cuando entregó el hijo.

16

Nezahualcóyotl dijo:
 —Los jueces han fallado. Su fallo es justo.
 Cúmplase la sentencia. ¡Muera mi hijo!
 Arránquenme con fuerza el retoño de mi vida.
 Quedo yo solo.
 No sufrí más cuando murió mi padre
 y no hay dolor mayor que el que me embarga.
 Se cubrió el rostro con las manos trémulas.
 Ya estaba viejo, ya temblaba.
 De entre los dedos arrugados le rodaron las lágrimas
 sin brillo y en silencio,
 y el llanto que vertía

Nezahualcóyotl
caía como cae
sin hacer ruido,
de las más altas hojas
a las más bajas,
después al suelo,
gota a gota, el rocío.

Murió cuando la noche
tendió la sombra
que desde entonces nunca se levanta,
o se levanta apenas,
sobre el suelo de México

(1956)

POEMAS DISPERSOS (1917-1954)



Una de las últimas fotografías de Salomón de la Selva, hacia 1958, con el doctor René Sandino Argüello, en París

ODA A LEÓN DE NICARAGUA

León, copa de borde
quebrado, que me hieres el labio si te acerco
a la boca de mi alma; tu licor agrio, acorde
está con mi cariño doliente, altivo y terco.

Me miro en ti y admiro,
porque somos iguales en orgullo y en porte;
tu calor cotidiano lo exhalo si suspiro,
y ha florecido el trópico, por mi canto, en el Norte.

Mi ser es todo tuyo:
pobreza he tenido, pero nunca humildades,
y en mi voz tus campanas repican cuando arguyo
tu derecho de hermana de las grandes ciudades,

y mi derecho altivo
de ser en toda parte prelado en tus liras,
sin más cantar que el tuyo, y representativo
de todo lo que fuiste y todo lo que aspiras.

Catedral es mi pecho
como tu Catedral: corazón amplio y fuerte,
y antiguo: de tu barro y de tus pies hecho,
íntimo de los siglos, de Dios y de la muerte.

Tus locos peregrinos
que en los aleros duermen, son como ciertos sueños
míos, porque cruzando difíciles caminos
se trastornaron muchos de mis nobles empeños.

Sin embargo, cordura
 como la de los hombres que nos diste otro día,
 (cuando era toda luz en medio a la negrura
 intelectual del tiempo), cordura ha sido mía;

y tus mujeres buenas,
 León, incomparables, insuperables, son
 como aquellas ideas fecundas y serenas
 que mi leonesa madre puso en mi corazón.

Tú, la Semana Santa
 por fiesta suma tienes estación de contento;
 también mi mayor gozo es cuando sólo canta
 cosas de Jesucristo mi voz: entonces siento

que mi verso sin flores,
 como tu Calle Real, se adorna de repente
 y que por él transitan imágenes, colores
 y, vestidas de nuevo, las hijas de mi mente;

que algo, como tú, tengo
 de místico: si incrédulo dije cosas otrora,
 ahora con certeza sé dónde voy y vengo
 y la fe me acompaña eternamente ahora.

Con música en el labio,
 con visión en el ojo con agudo oído,
 por la fe que me diste me vuelvo santo y sabio
 a veces, y se impregna de alma mi sentido.

Ya Dios no se me esconde:
 ya puedo, por la fe que hube de tu seno,
 contemplarlo de día y en la sombra ver dónde
 de su luz y su gloria está el espacio lleno.

¡Y por eso te canto
 León! Tú me forjaste, soy todo tu criatura,

tu cantera de héroe, tu manera de santo,
tu aspiración divina sobre la tierra dura.

¡Como Florencia en Dante,
como Inglaterra en Shakespeare y como Hugo
[en Francia,
así estás en mis versos ingleses: al tonante
verso de Whitman di tu sol y tu fragancia.

Tu fragancia en resumen
del aroma del polvo; tu olor es el del pito
de barro de los niños en donde ensaya el numen
la música de Pascuas y el son de San Benito;

pero tu sol, León,
tu sol espeso y duro, pesado y paulatino,
es metal que he forjado sobre mi corazón,
mi acero de Sigfrido retador del destino!

¡Cantor y luchador,
sé cantar y luchar; y el triunfo no me importa,
que para el canto nunca me faltará tu amor,
y para la batalla toda la vida es corta!

(1917)



hay quienes jamás probaron nada
comparable con eso,
ni volverán a la natal aldea;
por ejemplo, ese chico
cuyo nombre no se averigua todavía,
que murió en Nijmegen, Holanda,
y a quien los holandeses
le cavaron la tumba en plena calle,
donde cayó el valiente.
Llamémosle John Jones.

John Jones no volverá a su aldea,
ni a su casa de pequeño poblado,
ni en la pequeña iglesia entornará los ojos,
recordando,
ni a la sombra de la pequeña escuela
contará cómo es dulce una sonrisa
en que, como los jugos amargos de la tierra
se convierten en flor de olores gratos,
se convirtió el dolor de todo un pueblo.
John Jones duerme, en una calle de Nijmegen,
en Holanda
un dormir ya sin sueños.
Él no recuerda nada.

Porque sería torpe
que recordara allí, ya no digamos
el fragor de la lucha,
la angustia al enfrentarse con el nazi
parapetado y valido de ventajas,
y el golpe repentino y la agonía
y el dolor de la muerte,
sino que la lejana vida sin suceso
de su pequeño pueblo de nombre estrambótico,

las calles de su pueblo,
los amores caseros, las faenas.

John Jones no recuerda —él— nada:
lo recuerdan a él.
Lo recuerdan, sin que jamás lo hubiesen visto,
las mujeres de Nijgemen, Holanda:
la viejecita que pudo ser su abuela,
de secos ojos en bancarrota de lágrimas,
la chica fea de la aldea, la de anteojos
y de piernas gruesas,
y la otra que tal vez le hubiera sonreído
y hecho sonreír.

Vendrá la paz, sin duda
—la tregua entre ésta y otra guerra—,
y mientras tanto,
como las calles son para otra cosa
que para que allí duerman los soldados
a menos que sea sólo borrachera
o el cansancio entre marchas,
se borrará la tumba de John Jones
o la abrirán por orden del Congreso
para llevarse al Arlington el cuerpo
a que se pudra en suelo de la Patria.
Y el cortejo
que cuando la anciana muera
la lleve al cementerio,
pasará por allí.
Sobre el cerrado asfalto retozarán los hijos
que las otras dos tengan;
y todo esto,

será una cosa vaga,
que en labios de Lloyd Lane
aburrirá a las gentes,
hasta que se repita
el drama testarudo de la guerra
cuando se tenga de ella
sólo noción habida en un poema.

[¿1918/1920?]



DANZÓN

Me vieron y estaba muerto
(¡Ay negra, dame la boca!)
Era cadáver mi alegría,
tenía el alma como un desierto
y ya mi juventud hedía.

Mas por la gracia del danzón
(¡Ay negra, dame la boca!)
con su eleuterio ritmo de rumba,
fue como Lázaro mi corazón
vuelto a la vida, de la tumba.

Me sentí bosque tropical
(¡Ay negra, dame la boca!)
tuve en la sangre ronco rugir,
y en un desborde sentimental
al fin —¡al fin!— pude vivir.

Pude vivir y florecer
(¡Ay negra, dame la boca!)
Rosales fueron mis ilusiones.
Me puse ebrio de mujer
de primavera y de canciones.

Nadie es león como fui yo
(¡Ay negra, dame la boca!)
ni pajarito que canta y canta.

Con el pico arranqué una flor.
Tembló la tierra bajo mi planta
(¡Ay negra, dame la boca!
que otra vez muero, ¡muero de amor!)

1921

ODA A LA TRISTEZA

(Fragmentos)

Tristeza, ¿quién es tu madre?
yo lo quisiera saber
para decirle a la mía
que te quiero por mujer.

Porque tú sí me convienes
por calladita y por fiel,
ni emborrachas como el vino
ni cansas como la miel.

Y jamás te me despegas;
creces en mi corazón:
Tristeza, que el señor cura
nos eche la bendición.

Cuando me acuesto en la cama
ya en ella estás acostada:
mira niña, si te preño,
¡no vayas a decir nada!

Toda la noche en mis brazos
te tengo, y apretadita;
entre tu cuerpo y el mío
sólo caben las caricias.

Y a veces entre mis piernas,
y a veces entre los míos,
toda la noche se entibian
tus piecitos tan fríos.

Toda la noche los rizos
esposos de tu cabello
cada vez que tú te mueves
me hacen cosquillas al cuello.

¡Toda la noche tu boca
la exprimes sobre la mía,
ya ni por decoro puedo
aparentar alegría!

Tristeza, te voy queriendo
como jamás he querido;
para que no te hagas mala
mejor cástate conmigo.

Pues tristeza que se trata
como a mujer de la calle,
el hombre bien lo merece
que la busque y que no la halle;

Que la llama y no responda,
y que se la tope al fin
en un burdel infestado
de los de Cuahatemotzin.

Tristeza, si cualquier día
te separas de mi lado,
creo que me moriría
de puro desesperado.

Me abandonó la Alegría,
tan mentirosa y traidora;



en la calle de la Estrella
creo que se encuentra ahora.

En la calle de Regina
o en la inmunda de la Palma
donde el amor es veneno
para el cuerpo y para el alma.

No quiso estarse conmigo;
le gustaban muchos hombres,
unos eran mis amigos
pero callaré sus nombres.

Eso no me dio pesar,
que nunca le di del todo
mi corazón: ya sabía
que me lo echaría al lodo.

Pero a ti sí te lo he dado
en la vida y el morir:
sin que me arranquen el pecho
¿cómo te podría ir?

Ándale, pues, sin recelo,
sin ¡ay! ni remordimiento,
a parar nuestra casita
donde menos le dé el viento.

No importa que sea estrecha,
no importa que sea oscura,
no importa que se nos cuele,
si llueve, toda la lluvia.

Toda la noche en mis brazos
te tendré y apretadita;
entre tu cuerpo y el mío
rociarán agua bendita.

Tristeza, ¿quién es tu madre?
yo lo quisiera saber
para decirle a la mía
que te quiero por mujer.

1924

CANCIÓN (IV)

Florecita del romero,
suave de olor y color,
el año estaba en enero,
cuando me juró su amor.

Tu rama no florecía,
ella floreció primero,
linda de noche y de día,
florecita del romero.

Linda antes que la besara
y después que la besé,
y mientras yo la besaba,
linda sin saber por qué.

Su amor era verdadero,
de veras como una flor,
florecita del romero
linda de olor y color.

¡Nadie maldiga a las flores
que se maldiga él primero:
en enero tuve amores,
florecita del romero!

CANCIÓN (V)

No devolveré tus cartas
y no las devolveré;
ni las rompo, ni las quemo
ni a nadie se las daré.

De tu puño y letra son,
no las quieras desdecir:
con razón o sin razón,
no te dejaré mentir.

Allí guardadas las tengo
con todo lo que ayer fue
lágrimas que se secaron
y corazón con que amé.

La tinta se hace más hoy
porque dice tu traición
y si el tiempo no la borra
por qué he de borrarla yo.

CANCIÓN (VI)

Solo me he quedado, solo:
íngrimo conmigo mismo,
como un padre con un muerto
y el muerto su único hijo.

¡Ah, y la tristeza a mi lado!
—Vida de la vida mía—,
más fiel que nunca y más dulce,
más soñadora y más niña.

Igual a como soñaba
yo que sería mi novia,
cada vez más virgen, cada
vez más virgen y soñadora.

¡Dios la guarde! si su lecho
es el de la soltera,
o el otro casto de esposa,
o cualquier lecho que sea.

Mi amor descansa a su lado,
que para llenar mi vida,
me basta con la tristeza,
¡Vida de la vida mía!

CANTAR

Mi anhelo antes era
tener mi propia casa:
A diario me la ofrece
la muerte cuando pasa.

Pero tan angosta,
pero tan oscura,
y en tierra extranjera
que fuera locura

que yo la aceptara.
Ya no quiero casa:
quiero la que ofrece
la vida cuando pasa:

Un camino largo
y el agua y el viento...
(¡Nadie le diga a la muerte
lo que ahora siento!)

CANCIÓN (I)

Señora de las Mercedes
rosa sin espinas,
flor de todas las flores
la más galana.

¡Ayúdame porque puedes,
a mí el rostro inclina,
sé para mis amores
madre y hermana!

GUITARRA MORISCA

Oí tocar la guitarra:
Nadie cantaba.
Oí tocar la guitarra:
Me tembló el alma.
Oí tocar la guitarra:
Me entró miedo en las entrañas.
Oí tocar la guitarra:
¡Ay de Granada,
si ya es tomada!

RASGUEADO

La guitarra viene,
la guitarra va,
la guitarra sabe
a dónde ella está.

La guitarra fue
y me la trajo.

Río arriba
y río abajo
la guitarra viene,
la guitarra va,
la guitarra sabe
a dónde ella está.

SUSANA

Susana, esposa del rey,
se recreaba en el baño:
Se hacía perlas, el agua,
de tornasol, sus manos:
Se hacía música, el agua,
cuando se iba deslizando:
Se hacía silencio el agua,
como de cielo estrellado,
bajo sombra de su cuerpo,
en la pila azul del patio.
¡Carne de la luna nueva,
blanca de luceros blancos!

¡Susana, esposa del rey,
dos viejos te están espiando!

En la verde enredadera
circunferencia del baño,
tiemblan rugosos los dedos
flacos de las cuatro manos:
Los candiles de cuatro ojos
humo negro están soltando
y dan amarillas luces,
que han visto la luna en alto
sus dos puntas los pezones
de los finos pechos pálidos.

De repente, la lascivia
 se hizo voz de cuatro labios:
 ¡Si te dieras a nosotros
 Siquiera que te tocáramos!
 La luna nueva se esconde:
 índices la amenazaron.

Brazos de mar de la vida
 que años adentro han quedado,
 en tormenta de lujuria
 los dos lúbricos ancianos
 codiciosos de la luna
 su marea desbordaron:
 Las garzas de su despecho
 alzan el vuelo gritando,
 con los patas estiradas
 y con el cuello estirado:
 Fragor de garzas de acuso
 celos del rey despertaron:
 Alas de garzas de estero
 como manchas han pasado
 sobre el blancor de la luna
 aureolado de llanto.

La justicia en la tormenta
 quedó como buque de náufrago.

Mil voces, como mil olas,
 en espuma se encresparon:
 La turba, siempre canalla,
 a la luna ha sentenciado:
 Mil corazones las puertas
 de la caridad cerraron:
 Mil piedras suben del suelo
 al levantarse mil brazos,

hasta que Daniel descubre
que mintieron los ancianos,
y, como el viento que barre
nubes de cielo nublado,
limpia de ancianos y pueblo
la plaza frente al palacio.

Halle su timón el buque
en el mar que se ha calmado.

El rey dice: ¿Me perdonas?
Luz de luna inunda el patio.
Parece perlas, la luna,
en la pila azul, rielando:
Se hizo silencio, la luna,
en medio del cielo estrellado.
¡Qué fríos tienes los pechos:
Qué helados tienes los labios:
Qué fijos tienes los ojos!
En sus mejillas el llanto
que hace rato secó el viento,
rastros de sal ha dejado.

¡Esos no son los luceros
sino cirios parpadeando!

San José de Costa Rica, marzo de 1931.



ALEJANDRO HAMILTON

Sonata

I. ANDANTE

Al nombre de los Adams, en Boston
como al sonido de la lira de Orfeo
en los llanos pantanosos de Beocia,
surgen maravillosas estructuras,
puertas abiertas a todos los caminos:

Mont Saint Michel en peligro del mar
(piedra sobre piedra sostenidas por milagrosos
[arbotantes])

que un sol de nueve siglos roe en vano
y lamen los aullidos de un viento sin fin,
podría ahora derribarse al abismo
con sólo un leve susto de gaviotas.

Y Chartres, con sus flechas impecables,
y el portal de la Virgen filósofa,
reina de Salomón y de Aristóteles,
con el vitral glorioso del árbol de Jesé,
y el júbilo de arco iris en danza
que cantan en colores por sus naves
ya puede ser el blanco de los Berthas monstruosos.

Porque en el libro de un Adams —Henry Adams—
clara y precisa,

áurea y preciosa
minuciosa y magnífica
como una abeja en ámbar,
su belleza está a salvo
hecha palabras.

Y Henry es sólo un Adams: ¡hay docenas!
La estirpe de los Adams es edificio fuerte:
cinco generaciones como cinco moradas,
como cinco torreones de castillo,
como torres y cúpulas de un templo,
y la base del todo aquel zorruno
puritano manido y presuntuoso
que fue el primer Adams presidente,
fundamento de granito recio y duro,
acantilado de prejuicios basálticos,
que ajeno a las ensoñaciones sutiles
de que sólo son capaces los hombres prácticos,
a salvo contra el mar fuerte y contra el viento,
sordo al contrapunto florentino,
mal entendía y mal quería a Hamilton.

II. SCHERZO

Hamilton, tropical, nacido en isla,
criado al rumor caribe y los rumores
de los flacos deslices de su madre,
fuerte de vista para ver el sol
en cabriolas de luz sobre las olas,
supo mirar, sin deslumbrarse, el alba
del Día Yanqui, y al claror primero
se puso a trabajar hablando océanos
—Neptuno mismo— para edificar Troya
donde, eternal Helena, la belleza,
del mundo hila raptada y teje tela de oro.

Y era orgullo de océano el de Hamilton
 —Neptuno mismo—
 terco para batir acantilados,
 rauda para mover arenas crepitantes,
 de empuje brioso y de fatal resaca:

Por quitarme esas pajas, en un llano
 de hierba seca, envuelto en gris neblina,
 se dio de tiros con rival político
 (enemigo de México, por cierto)
 y así murió. En Wall Street descansa.

Antes había dicho
 Washington de él, viéndolo en los combates:
 —Es el enamorado de la muerte.

Y este bravo
 de voz de mar y de alma tempestuosa
 palidecía, sin embargo,
 y la soberbia boca suya se amargaba
 caída de los lados,
 y la sal de su sangre fluía en amargura,
 y en el fondo de su ser seres lamosos
 de escamas verdes se envolvían
 fríos y ateridos en vidriosas
 fosforescencias lívidas
 cuando el Adams primero de los Adams famosos,
 zorro bien informado, calladito
 le decía al oído: —¡Hijo de puta!

Igual que el padre murió el hijo, en duelo,
 y no hay familia Hamilton. Con el nieto
 finó el linaje que en las Islas Vírgenes
 inició la hugonota desdichada
 que fue burla de amor entre marinos.
 Cierto que abuela puta no es lo mismo

que puta madre, tu bisabuela es menos,
y si hubiera descendientes de Hamilton
ya delante de los Adams no se pondrían pálidos.

¡Pero considerad el fondo de vergüenza
de Hamilton el único!

Su mujer, que era Schyler, criada en muelle
tradicción de limpiezas holandesas,
con alma de interior de Van der Meer,
hecha a colchones suaves y sábanas aseadas
donde el amor se hunde y reblandece,
era poco dulzor para aquel temple
fundido en fuegos acres.

Los frescos muslos y los brazos frescos
en rosicler que de ellos mismos mana,
los pechos blancos de azuladas venas
con transparencias como de porcelana
no pudieron, es claro, amansar el martirio
infinito de Hamilton.

Y el primer secretario del Tesoro,
el que le redactaba los discursos a Washington,
el que hizo la Unión Americana
sobre base económica
(¡Mont Saint Michel en peligro del mar,
si hubiese sutileza entre los Adams!),
por cuyo sortilegio se poblaron
los Estados agrícolas de fábricas
(¡Chartres la de las flechas impecables,
si hubiera misticismo entre los Adams!)
el padre de los Bancos
(¡Helena es oro en bóvedas de tálamo,
inocente, y brillante, y resignada!)
fue adúltero en secreto:

Pecador y vergonzante
se dio a una aventura de ojos negros,
pagó chantaje y tuvo tratos ruines
para justificar el pecado de su madre
y no erigirse en juez
del ardor de su sangre.

III. ADAGIO

A veces la conciencia de la herida
que recibió en la infancia
era dolor insoportable.
Esto lo entenderán los dispépticos
y los que tienen ulcerado el duodeno,
si en vez de estómago y de tripas
consideran eso otro que llamamos el alma.

Así, una vez le impresionó, en la tarde,
que le dijeran, cuando cumplió siete años
el hijo suyo: —¡Señor, es su retrato!—
—¡Oh, no! —dijo él—. La boca es de su madre
y esa dulzura que en sus ojos mansos
parece la mañana recogida,
agua de luz verdosa, en la copa de un valle...

Y más que las palabras era el tono
de voz lo que llevaba angustia,
solicitud desesperada,
de que su hijo fuese diferente,
como si algún destino tenebroso
le hubiese dicho: Vengo por tu cara
en la cara del niño
para sembrar dolor que eche raíces
entre los tiernos músculos

y le dejen arrugas imborrables,
y él contestase con aquel aplomo
de los que ya perdieron la esperanza
de salvación y lucha con fiera
de condenados: ¡No, que el niño es de otra cara!
¡Fijarse bien que es de otra cara mi hijo!

Esa noche
cenaría con Washington.
Eran de mucho rumbo
los otros invitados:
Monroe y su esposa, jóvenes
y virginianos:
Él, orador florido;
ella, la más famosa de todas las bellezas
de Norteamérica y a quien Francia misma
llamaría la belle Américaine.

Por eso
quería Hamilton que su mujer probase
a superarse en lujo y señorío,
que vistiera brocados de la India
y las perlas de Java;
y el chico tuvo que irse
con sólo la institutriz sureña
al sacramento de meterse en cama.
Ya el carruaje estaba en la cochera,
los caballos piafando,
y Hamilton consultaba su reloj
recordando que a Washington
le irritaban las gentes impuntuales,
por lo que —¡Vamos, Elizabeth! —decía—
o echaremos carrera peligrosa!—
Y ella: —¡Un momento, sólo un momento!

Tengo que verlo antes de que se duerma
o no comeré a gusto...

Y fue un momento corto su tardanza,
pero tiempo bastante
para que Hamilton, herido, recordara
hasta qué largas horas,
toda la noche a veces, él se estaba,
acurrucado y dormilón e incómodo,
afuera de la puerta de su casa
oyendo el mar gemir
y viendo sombras, sombras, en la playa,
esperando a que el huésped de su madre
se largase, y poder meterse en cama
al lado de ella, tibia,
cansada, sin palabras,
curvada como luna,
su cabellera como florón de palmas.

IV. RONDO

La mujer de Monroe, bella ciertamente,
como rosal de la cintura arriba,
de la cintura abajo
como cascada de lustrosa fuente,

no es una para Hamilton, no es una
como esposa es una,
sino muchas mujeres,
que así se goza el mar ante la luna.

Toda mujer es nombre y todo nombre es número.
Toda mujer es vaho de niebla tibio y húmedo,
de barro al sol temprano, de mañana.

¡Cómo se esfuma, cómo se levanta,
cómo se pierde imperceptiblemente!
La mujer de Monroe habla francés, y canta.

La mujer de Monroe, ¡Dios, qué delicia!,
es la boca de Flora, cabellera de Alicia,
untado vientre de Clara o de Mercedes,
la mirada es de Emilia o Julia o Delia,
Amalia es la sonrisa y Cecilia las manos
tejidas de algodón y lino y seda
mejor que sus mitones,
Judith el cuello, y la gracia con que anda
—más reina que las reinas—
es la ele y la ene de Yolanda...

¡Cómo se esfuma, cómo se levanta,
cómo se pierde imperceptiblemente,
la mujer de Monroe que habla francés y canta!

[Panamá, 1935]

AMANECER

They are hanging Danny Dreever in the morning.

KIPLING.

(Del Chauraspanchasika de Biljana,
madeja de oro, desenredo el sánscrito:
Hoy cumplen nueve siglos estas lágrimas)

Aún ahora,
ahora más que nunca
hay un saber perdido que los hombres
por volver a encontrar engarfan manos
y se hunden hasta el codo en el olvido.
Así me aferro a ti, como me hundo
en la sombra que todo lo conturba,
mirándote adornada con tus mantos
igual que flor en campo sin cercado,
trémula sobre pies como corolas
temblonas en el tallo. ¡Cómo brilla
el oro de la luz en la castaña
suavidad de tus ojos entreabiertos
alargados con lápiz de colirio!

Aún ahora,
ahora más que nunca,
como un amante rubio en el regazo
de una amada morena es la alborada.

¡Hija del rey, con trenzas hechas de humo,
tus pechos son granadas entreabiertas
que eran limones áureos en la rama,
y la vertida sangre busca el hueco
que dejaron caricias en la almohada!
Tu cuerpo es de marfil. Muevo los labios
y entierro vivo el beso en alta nieve.

Aún ahora,
ahora más que nunca,
el Amor es un dios. Rati es su amada,
Hallé en la vida a la hija de sus ansias
maravillosa de fulgor. La tierra
es para mí de oriente al occidente
en el curso del sol anillo de oro
en el que está engastada esta esmeralda.
Por eso muero en horca ante la gente.
¡Hubiera yo nacido sin mi estrella
y viviría aún, como el mancebo
que deja el mostrador y corre alegre
y con cualquiera que le ríe al paso
se esconde entre jazmines y la goza!

Aún ahora,
ahora más que nunca,
¿no son para jugar tensos y tibios
tus menuditos pechos? Las caderas
alzan precioso hueso que restira
el loto de la piel sobre tu vientre
desnudo a mis caricias. ¡Cómo vibras!
Cubre mitad del arco de la noche
tu cuello que me busca. Tus mordiscos
me hacen fruta la carne. Soy manzana
de pulpa elemental sabor de azúcar,



y como tú en esencias siderales
en jugos de la tierra me resuelvo.

Aún ahora,
ahora más que nunca,
me asombra que pudieran descubrirnos.
Acabadita de violar llorabas.
Náufrago en mar de ti, cogido al frágil
apoyo de tu cuello, con las sales
de tu sabor ahogábame sediento.
De pronto, las antorchas y los gritos,
el remolino de tu ropa en manos
revueltas de rencor. Bajo el relámpago
de alfanje del rey quedaste muda
brotándote amapolas de los labios.

Aún ahora,
ahora más que nunca,
en lentejuelas para adorno de hijas
de bazar en bazar te desmenuzan
el disco de oro del honor. Yo guardo
tus rubores, la púdica vergüenza
que brilla entre sonrisas de tu rostro.
Te tapabas con manos pequeñas.
Tus párpados bajados daban sombra
de pestañas rizadas en mejillas
de nácar y de lágrimas bañadas.
Cerrábamos los ojos al besarnos.

Aún ahora,
ahora más que nunca,
¿a qué sumir la voz o levantarla
para clamar al cielo o exasperarme
para mover el corazón del mundo?
Ante los trece dioses rindo cuenta.

Padre de Luz, alumbra que la vea.
Madre de las Estrellas, madre mía,
dame tus pies para besar. Yo la amo.
Un tumulto de perros callejeros
ladrando nos asedian. Dadnos fuga
por camino de luz y por sendero
de luceros prendidos en la noche.

Aún ahora,
ahora más que nunca,
danzas al son de flauta con tus mantos,
tú la danzante y tú la melodía,
me deslumbras de música los ojos
y en el oído palpo tu figura.
Arden esencias en el pebetero
y eres tú la fragancia y tú la brasa
y la nube de olor en espirales.
Temblor rizado el hálito de frío
me estremece la piel al alborada.
No sentiré la soga sobre el cuello
sino tus brazos en guirnalda de oro
hasta quedar suspensos en la nada
contigo yo, y tú conmigo, unidos.

(México, marzo de 1937.)



DEFENSA DEL PUDOR

(fragmentos)

HAY el pudor de la doncella que se cubre
con aspaviento de pájaro asustado
lo precioso del cuerpo
que nadie vio desnudo hasta el momento
de vespéral lucero y luna nueva
de la dicha del novio.

Entonces los sonrojos son más bellos
que las más bellas rosas:
en las azules venas de los lirios
discurren jugos de uva,
y los colores de la aurora
resultan estridentes
si a éstos se comparan.

Hecha luz la sangre de la virgen
tiende sobre ella un velo.

HAY el pudor de la mujer casada.
Susana se bañaba en la fuente,
señora pudorosa,
ella mejor jardín que en el que estaba,
y eternamente son execrables los ancianos
lúbricos que la espiaron
trémulos de codos en la tapia

violando el pudor de ella y ese otro pudor
de no mirar a la mujer ajena.

Por eso habrá mareas.
Algo dirá a las grandes aguas
que vuelvan las espaldas, que no miren,
que contengan el ímpetu. Las olas
de la resaca fuerte
son párpados que se bajan
para no ver el ojo grande que es el Mar
la desnudez telúrica.

Por eso habrá la noche.
Para que el ojo grande que es el Día
se cierre y nadie mire
que se desviste a sus horas la Tierra.

Por eso habrá la nieve.
Y el silencio profundo
que Calímaco canta,
cuando en el Helicón, al mediodía,
Palas florida ritualmente se baña.

Pero los cuerpos y el pudor de los cuerpos
son menos finos que las almas y el pudor de
[las almas.

Hay un pudor,
cuando el alma se desnuda en sufrimiento,
que Eurípides entendió bellamente.
Recordemos en *Las suplicantes*
al príncipe Teseo, encarnación de Atenas,
pidiendo que a los muertos los cubriesen con sábanas,
que no palpase nadie las heridas abiertas
ni viese nadie el gesto
que en los rostros amados impresionó la Muerte.

Recordemos al *Hércules furioso*
cuando el hijo de Júpiter y Alemena,
vuelto del trastorno inmerecido,
sufriendo con el alma desnuda,
pide a Teseo que aparte la mirada por pudor.
Y en el Hipólito coronado
el final maravilloso,
de diálogo jadeante y anhelante,
cuando la diosa pudorosa se tapa
para no ver la inmerecida agonía de Hipólito.

EL DOLOR es violencia, viento impúdico
que desviste, que arranca túnicas y velos,
que exhibe las flaquezas;
y es de las almas nobles, de los espíritus finos,
sentir ese pudor que celebró en sus pentámetros
[el griego,
cubrir a los cadáveres,
no mirar nunca la mueca de los que están sufriendo.

Monterrey, 20 de abril de 1943

SERMÓN DEL PADRE DAMIÁN

Molokai, Segundo Domingo de Junio, 1885.

Nosotros los leprosos
alabemos a Dios. Sólo Él es santo.
Celebremos a Dios con alegría
porque hay seres alegres.
Celebremos las flores,
los finos tallos, los lustrados pétalos.
Celebremos las hojas de los árboles,
las ramas y los troncos, y el meneo
de la arboleda cuando le da el viento.
Celebremos el revolotear de las abejas
y de las mariposas,
atareadas más bien que juguetonas.
Celebremos el canto
de los pequeños pájaros que cantan
y el graznido
de las aves que sólo graznar saben
y hacen reír graznando.

Celebremos el mar de hermosas olas
y de brillantes islas.
Relucientes las playas todo el día,
después de que anochece
es dulce echarse en ellas tibias.
Y a todas horas es alegre el convite
de los ruidosos tumbos encrespados



y el ir en las piraguas mar adentro
y de isla en isla, cantando contra el viento
que sabe a sal y nos empuja al canto
a la garganta abierta.

Celebremos a Dios porque en el mundo
además de los pobres hizo ricos
que disfrutan lo mejor de la vida,
y además de nosotros
hay hombres y mujeres sanos
que gozan de la caricia del aire,
de los besos del sol, y se estremecen
al sentir la delicia
del baño de agua fresca.

Celebremos
la sensitiva piel, la colorida
piel bien oliente, los labios bien formados,
las orejas perfectas, las manos ágiles
y las narices móviles
y la lengua fina que en la boca se recrea
moviéndose a su antojo revolviendo
bocados succulentos.

Hermanos, hoy domingo,
después de oír la misa,
van sonrientes, cogidos de las manos,
sobre los largos campos verdegueantes,
los mozos con las mozas. Y van serios
los padres, los padrinos, los abuelos,
hinchidos
de la satisfacción que da la vida,
en plenitud como la calma
del mar en marea alta.
Y brincan como corderos retozantes
los pequeños.

Y hay madres hermosas
que antes que el crío lllore,
se abren el abultado corpiño
y delicadamente
se aprietan con la mano el fresco pecho
que tiernos labios toman anhelantes.
Y las que están por ser madres,
arqueadas las espaldas y redondos los vientres,
que van lentas y graves,
alzadas las enaguas por delante,
y miran tras oscuras y profundas ojeras
custodias de misterio y arcanas de importancia.

Y celebremos las hermosas mesas,
hoy domingo, tendidas en los manteles limpios,
las ollas olorosas y el pan suave
y el ruido alegre de los que comen y de los que sirven
y el reír de los que charlan comiendo o sirviendo
y el vino jubiloso
que se va al corazón y lo llena de fuego
y lo anega en olvido.
¿Qué deleite se puede
comparar al deleite
de masticar con dientes firmes,
de tragar grueso sin dolor en el gástrico
y sentir bien repleta la panza
y el pesado soponcio después de haber comido?
Comedidas las mozas y las viejas
quitan la mesa mientras los hombres fuman
sus viejas pipas olorosas
y se entregan al goce de la sana pereza.
Así es el goce de quienes más queremos:
Hermanos, celebrémoslo.



Celebremos la velada
 en el hogar, hoy domingo, después de que oscurece,
 con el rosario grave por principio.
 Y el contar cuentos, y el buscarse las manos,
 y el volverse los ojos, y el rozarse
 las cálidas mejillas varoniles
 con los rizos fragantes de las muchachas
 o con el encaje planchado de las tocas.
 Y el desahogo del suspiro
 y abridor de las bocas el bostezo
 que deja ver la rosa del galillo,
 el húmedo rojo limpio de la lengua
 y la blancura de los dientes jóvenes
 firmes en las encías.

Celebremos el llamear de las velas
 y las sombras que se recortan sobre las claras paredes
 y el salir a las puertas para decir los adioses
 y echarles un vistazo a la luna y las estrellas
 y tomar una fresca bocanada del aire
 oloroso a las flores olorosas de noche,
 y luego el acostarse
 en las mullidas camas, entre limpias
 sábanas más frescas que el cuerpo,
 y el darse al sueño confianzudamente
 sin el temor de la traición de la muerte
 que tan lenta nos llega a los leprosos.

Celebremos
 en el inquieto lunes y toda la semana
 el ir los hombres al trabajo
 y el buen sudor que refresca
 y el encogerse y estirarse los músculos
 al hacer fuerzas,
 y el hacerse duros los hermosos callos en las manos

y el buen cansancio. Y el quedarse
con los quehaceres de la casa las mujeres.
Y el ganado que huele bien, y el heno que bien huele,
y el apretar con firmeza las tetas de la ubre
y el blancor espumoso y tibio y oloroso de la leche
en la ordeña de la mañana y de la tarde,
y el afán de las gallinas todo el día
picoteando sin fin, con el reguero
de pollitos tras ellas, y las pollas
estremecidas bajo el pico del gallo,
y el gallo más alegre y soberbio que un sargento
que ha vuelto de la guerra,
y en su chiquero de hermoso lodo oscuro
gruñón y gordo, el cerdo,
y hala que hala los caballos arando.

Nosotros los leprosos
celebremos lo limpio.
Todo lo limpio es santo.
Todo lo lleno de salud es santo.
Todo lo suave y oloroso es santo.
Es reflejo de Dios, voz de Dios y mensaje
y promesa de Dios, para nosotros
los leprosos, hermanos.

[¿1948?]



TRES POESÍAS A LA MANERA DE RUBÉN DARÍO

En elogio de las rosas que ha pintado

Alejandro Alonso Rochi

—Nicaragüense—

I

EPÍSTOLA SENTIMENTAL

Alejandro, tus rosas serán alejandrinas
porque tú las pintaste, pero, además, por ser
en sus irradiaciones carnales y divinas
como las que el poeta descubre en la mujer.

Pintas como escribían los de la Biblioteca
que evocaban en versos de música sensual
medio desnuda a Helena, al telar o la rueca,
en espera, en Esparta, de la fuga fatal...

Desde que vi tus lienzos me alucinan colores,
me obsesionan fragancias, y me enferma el jardín
en donde la Chipriota deshoja los amores:
un pétalo, otro pétalo, ¡oh pétalo sin fin!

Era rubia, era pálida, era impúber, y era
en un endeble tallo la rosa para mí;

en un día como este —de albor de primavera—
me consoló de todas mis desventuras, y,

entre fúlgidas gemas florecidas, en tanto
que un olor de canela iba en el viento, fue,
como ahora tus rosas, motivo de mi canto,
alegría a mis ojos, y gritos de ¡evohé!...

Después de ver tus rosas en España, errabundo
por caminos de Italia, ebrio de luz, me fui.
En Paestum son las rosas más famosas del mundo;
más rosa que tus rosas rosa ninguna vi.

Excepto que en Florencia, en un jardín, de noche,
entre rosas de Fiésolle casi quise llorar:
Niccolo Macchiavelli, sepulto en Santa Croce,
me había hecho sentir la rosa intelectual...

Pero llegué a Venecia —¡Oh Giorgione, oh Ticiano!—.
Por *Calle dei Morti*, sobre un balcón azul,
en un rostro, unos hombros, un cuello y una mano
hallé rosas iguales a las que pintas tú.

Y entonces, en Venecia como en ninguna parte,
por pensar en el Arte fue casto mi pensar.
Desde París te envío los saludos del Arte.
No hay rosas en Versalles... ¡No dejes de pintar!

París,
Marzo, 21 de 1948.

II

LAS ROSAS PARA
LA PRIMERA DAMA
DE MÉXICO

Rosadas, rojas, blancas, amarillas,
en botón, medio abiertas, deshojadas,
tus rosas, Alejandro, de sencillas
se vuelven en la mente complicadas.

Pese a la suntuosidad renacentista
de Rubens que, junto a Brueghel, disfrutas,
son claramente y a la simple vista
de los pastores de Belén tus frutas.

Y son tus rosas vírgenes cristianas
desnudas para consumirse en fuego
de martirio por Cristo, en las paganas
fiestas, y huelen a fervor de ruego.

Tus rosas son las que dejó María
en el sepulcro al ascender gloriosa
cuando al abrirse como rosa el día
el cielo se llenó de luz de rosa.

Tus rosas son las del dulce milagro
de la que, reina de gentil decoro,
trocó en Hungría el pan de trigo magro
de los pobres en rosas de hojas de oro.

Lo de Lisieux tu pincel ratifica,
que hace llover las rosas de los cielos

con que la linda santa dulcifica
el amargor de los humanos duelos.

En boca de ángel tu pincel mojaste;
son voces vivas de ángeles tus rosas,
y ni tú mismo sabes que pintaste
la música del alma de las cosas.

ENVÍO A DOÑA BEATRIZ VELASCO DE ALEMÁN:

Señora: el pintor dice que de España
trajo estas rosas, pero o yo estoy ciego
o mi cariño a México me engaña;
porque estas son las rosas de Juan Diego.

*México, D.F.
Abril, 16 de 1951*

III

MIRA A TU NICARAGUA...

Mira a tu Nicaragua, que es la mía,
sólo a través de tus rosas más frescas
como a través de su mejor poesía
Darío la miraba. Y allí crezcas,

en tu suelo nativo, que es mi suelo,
como creció Darío, en estatura
con que pudo tocar su frente el cielo
sobre toda miseria y amargura.

Ama tu Nicaragua, que es la mía;
adórnala con tus rosas más bellas,
y ella te dé el calor que yo quería
de su sol, y la luz de sus estrellas.

¡Valle leonés y granadina sierra,
tierra ninguna da ni más hermosas
ni más fragantes flores que la tierra
donde por vez primera vimos rosas!

*México,
Mayo, 1º, 1950*

RENACENCIA

(Edna Saint Vincent Millay)

Frente de mí, en donde estaba,
veía un bosque y tres montañas;
al otro lado volví la vista,
vi tres islotes en la bahía;
con la mirada seguí el contorno
del horizonte, fino y redondo,
y frente a mí no miré nada
sino otra vez bosque y montañas.
Más allá de esto nada veía,
por estas cosas circunscrita;
y, casi —dije— puede mi mano,
tan cerca están, irlas tocando.
De ver, de pronto, tan pequeño
el mundo, me faltó el resuello.
Pero, seguro —dije—, seguro
que el cielo es grande sobre el mundo;
aquí me tenderé de espaldas
para saciarme la mirada.
Y así miré, y tras un rato,
el cielo —dije— no es tan alto,

el cielo tiene fin... ¡De golpe
me pareció mirarle el tope!
Casi podría —pensé— tocarlo,
y alzando rápida la mano
di un grito de palpar el cielo.
Di un grito, y en el bajo suelo
sentí oprimirme el Infinito
forzándome a tragarme el grito;
sobre el costado me dobló el brazo
que en alto había levantado,
y de lo indefinido el sello
me prensó el seso, definiéndolo.
Como a través de un claro espejo
forzó mi vista, y vi el complejo
de lo nombrado y lo sin nombre,
el Todo vasto y multiforme;
me murmuró en el oído
una palabra a cuyo ruido
ensordecieron muchos mundos,
y pude oír, como un murmullo
de claras voces, a las esferas
diciéndose cosas secretas;
oí la arcana tienda del cielo
crujir, y palpar lo Eterno.
Y por fin supe modo y causa
de cuanto es y cuanto pasa:
Se abrió el Universo en tajo
a mi sentido que, mareado,

quise arrancar de tal herida
y no lo pude, por mi vida,
hasta haber chupado entero,
a plena boca, ese veneno.
¡Ah, duro precio de la omnisciencia,
el torcedor de la conciencia;
pues mío fue todo pecado,
y el amargor de haber pecado!
Todo rencor que en alma anida
me llenó de alas malas la vida;
y me empujó lo que al odio empuja:
Codicia, envidia, ira, lujuria.
Todo dolor, todo delirio,
me impuso pena de martirio,
y con angustia individual
le busqué alivio a cada mal
¡y busqué en vano! Miré un incendio
que devoraba a todo un pueblo:
Con cada víctima ardí en llamas;
luego lloré por esas almas.
En Capri un hombre moría de hambre:
Volvió los ojos para mirarme;
sentí su aliento y su pupila,
y el hambre suya la supe mía.
A medio mar y en repentino
choque en la niebla, se hundió un navío:
Uno por uno mil alaridos
me desgarraron el galillo.

[Sufrió cien veces la congoja
de merecer, por culpa propia,
con pies desnudos colgar de la horca:
Por culpa ajena pendí de sogá.]

Míos los golpes y las heridas
de todo ser y toda vida;
mía la muerte misma: Al último
estertor de los moribundos

mi compasión correspondía
con igual mueca de agonía.

Todo sufrí que sufren los
que sufren más, y como Dios

para todos tuve piedad.
¡Ah gravidez: La Infinidad

en mi finito yo asentada!
Sentí en los labios, angustiada,
el alma que me palpitaba

con tembloroso esfuerzo de ave
para salir, y era tan grave

el peso que tenía encima
que sufrí muerte, y no moría.

En ansia de morir sumida,
no sé qué tiempo pasaría

hasta que, fuerte que era el peso,
sentí ceder, bajo mi cuerpo,

la suave tierra, hasta la hondura
propia de la sepultura,

y ya no más me hundí, que no hay
más fuerza a tal profundidad.

Sentí quitárseme del pecho
el alma, al fin, libre de peso:

Partió de mí con tan gran soplo
que en remolino me anegó el polvo.

Hondo en la tierra descansaba;
su fresca mano me acariciaba;

en su regazo quedé contenta,
alegre, al fin, por estar muerta.

En eso, larga y repentina
cayó la lluvia compasiva;

sobre mi bajo humilde techo
oí sonar su zapateo,

y más que nunca, más que nunca,
amé el sonido de la lluvia,

porque ella tiene la voz tierna
para quien yace bajo tierra,
adonde pocas veces llegan

rostros y voces, son tan oscuras,
sin amistades, las sepulturas.

La lluvia —dije— es bondadosa
que viene a ver mi nueva casa.

¡Quisiera estar viva de nuevo
para besar sus largos dedos,

para sorber con ojos vivos
el brillo oblicuo de sus hilos,

y coger luego, en el aliento,
olor frutal que empape el viento!

Porque la lluvia, en un instante,
acabará su alegre baile,

y jubilosa la sincera
risa del sol reirá en la tierra:

El mundo entero, respondiendo
a la alegría de ese juego,

verá caer, de cada hoja,
las grandes gotas luminosas.

¡Cómo podré sufrir estarme
aquí enterrada, aquí quedarme

mientras arriba, tras el chubasco,
el dulce cielo se pone claro!

¡Oh hermosura multiforme,
multicolor, que te me escondes

y que más nunca, nunca, nunca
volveré a ver! ¡Plata desnuda

de primavera, oro de otoño,
que ya no mirarán mis ojos!

¡Serán en vano vuestros encantos,
aquí en la tumba, donde descanso!

¡Oh Dios —grité—, dame una nueva
vida otra vez sobre la tierra!

¡Vuelca las odres de cada nube,
y arrastra el lodo que me cubre

la torrencial lluvia que sueltes!

¡Oh Dios, libértame de la muerte!

Dije; y oí rumores de alas
en el cordaje de mi plegaria;
como en las cuerdas vivas la música,
así el anuncio de la gran lluvia.

Luego, terrífica, la tormenta
cayó del cielo sobre la tierra
con un relincho de caballos
de ancas de nube y de relámpago,
y en tumultuosa marea oscura
rompió el oleaje mi sepultura.

No sé cómo estas cosas son
sino que a mí vino un olor
como el que nunca emana sino
de lo que está alegre y vivo;
y un son como de geniecillo
que a solas sopla su caramillo;
y en toda cosa vi la alegría
de despertar a nueva vida.

La hierba dulces cosas me dijo
empinándoseme al oído;
sentí los dedos de la lluvia
acariciarme con ternura
labios y párpados, y la ceguera
se alzó de mí, y vi la tierra:

Vi un manzano remojado,
vi que el chubasco era pasado,
vi el cielo azul y remozado.

Y una ráfaga, mientras miraba,
me echó con fuerza en plena cara

ese milagro que es el olor
de un huerto, y con ese olor

—no sé cómo estas cosas son—
me volvió el alma al corazón.

¡Ah! de la tierra di un gran brinco
y grité al mundo un grande grito

como sólo sabe dar quien
estuvo muerto, al renacer.

¡Oh mis abrazos a los árboles
altos y alados como los ángeles!

Como una loca besé el suelo;
alcé los brazos hacia el cielo;
lancé mis risas en alto vuelo,

hasta que un gemido punzante
se me agarró de la garganta,

y en un pálpito del alma
me llenó los ojos de lágrimas.

¡Oh Dios —grité—, ningún disfraz
podrá esconder de mí jamás
Tu radiante identidad!

Por más que pises con sigilo,
veré por dónde Te me has ido;

por más que hables muy callado,
responderé a lo que has hablado.

Yo sé qué senderos tomas
cuando se anidan las palomas;

¡Dios, entre la hierba puedo
hurgarte el pecho con el dedo!

Se tiende el mundo, a cada lado,
según el corazón de ancho;

y sobre el mundo el cielo se alza
a igual altura que tiene el alma.

El corazón puede ensanchar,
a un lado y otro, tierra y mar,

el alma al cielo partir en dos
para dejar mirar a Dios.

¡Mas, guay, al corazón menguado
lo pincharán de todos lados;

y el cielo mismo —si el alma es chata—
aplastará más chata al alma!

PREGÓN DE LA MUERTE DE HELENA

¡Toda la belleza
del mundo hecha trenza
de oro en su cabeza!

Rubia y alta viuda,
¡como espiga rubia
y alta como luna!

Como espiga en campo
que ha sido segado
y que no segaron.

Rubia y alta y sola,
Helena de Troya,
¡y el viento la azota!

Acaso en Theseo
fijara el recuerdo:
¡Fogoso y apuesto,

y ella, de nueve años,
trémula en sus brazos,
llevada a caballo!

Después, el encierro
bajo el ojo austero
de Æthra, en el Treceno,

virgen todavía
la divina niña
rubia de su vida.

O recuerda acaso
las fiestas en Argos,
y al fin, Menelao,

y el vino exprimido
de su vid: Los tibios
sorbos al principio,

y la embriaguez luego
del beso completo,
y el cinto del beso

ciñéndola toda,
¡la delicia loca
con que se deshoja!

Ahíta se estaba,
honrada en su casa
de hermosas ventanas.

Contenta a su rueca
hilaba la hebra
de la lana nueva.

Sus tiestos de flores
regaba. Sus nobles
honrábanla entonces.

Hasta que, cruzando
la mar en la nao,
se llegó Alexandros,

y porque la diosa
lo quiso —chipriota
nacida de la ola—,



en casa de Helena
las flores se secan,
se para la rueca,
y de noche quedan
ventanas abiertas.

Alta, alegre y rubia,
la reina se fuga
que es hoy triste viuda.

Paris de la mano
la lleva al abrazo
con el mar de tálamo.

¡Cómo arrulla el viento
salino, qué fuego
la aviva en el pecho!

Ola cantarina
la mece de día,
de noche la entibia,

hasta que divisan
tierra entre neblina:
Fría sienten, fría
la playa que pisan.

Las puertas de Troya
prenden olorosas
antorchas de boda,

pero amargo supo
la reina ese júbilo
—frío, breve, espurio—
del amor adúltero.

Colmillos no, lenguas
más crueles y fieras
se clavan en ella.

Y por donde mira
no ve sino inquina,
y encono y envidia.

Urgidos de súbitas
ansias de lujuria,
hermanos disputándose.

Y exiliada ahora,
el viento de Rodas
le recuerda a Troya:

Príamo fue bueno,
y Héctor: Su recuerdo
le endulza el momento.

La mira Deífobo
con el ojo arisco
de celo encendido.

Heleno la ronda
para hablarle a solas
con palabra ronca.

Los otros, con voces
la hieren: Reproches
más duros que el bronce:

Dureza de Hécuba
—la soberbia reina—
la risa le quiebra.

Dureza de Andrómaca
—la esposa virtuosa—
le amarga la boca.

Gritos de Casandra
—¡Troya, al arma, al arma!—
de noche la espantan.



Larga la contienda,
terrible la guerra:
La ganen, la pierdan

los unos, los otros,
ella sólo abrojos
tendrá, llanto sólo.

Sola en la alta torre,
sola y rubia y noble,
su pesar esconde

Se secó las lágrimas
—rubia y sola y alta—
e hizo que miraba

los largos ejércitos
ruidosos de aqueos
de largos cabellos.

Hizo que veía
las naves tendidas
de la hueste argiva:

¡No veía nada,
rubia y noble y alta,
reteniendo lágrimas,

la hija del Cisne,
alta, sola y triste:
Pero la vio Aquiles:

Toda la belleza
del mundo hecha trenza
de oro en su cabeza!

Thetys pies de plata,
¿fue por esa dama
que tu hijo lloraba?

No fue por Patroclos
que dejó el enojo:
¡Fue por esos ojos!

¡Fue por aquel seno
que lamía el viento,
que luchó con Héctor!

Y aunque bien sabía
que le iba la vida,
se la jugó íntegra

por ella, por ella,
rubia y alta reina:
¡Toda la belleza
del mundo hecha trenza
de oro en su cabeza!

¡Ay, que a Aquiles lloran,
con llanto de esposas,
tendidas, las olas,

echándose en tierra!
Las huestes aqueas
sobre las arenas
alta pira elevan.

Allí baja Aquiles,
en brasas, al triste
mundo donde viven
los que ya no viven.

Al Hades, en donde
los días son noche,
son eco las voces,



son sombra los cuerpos,
y los ojos ciegos,
y el tacto desvelo.

Recuerda él a Helena:
¡Toda la belleza
del mundo hecha trenza
de oro en su cabeza!

Aguas del Leteo
son de sortilegio
para su recuerdo.

Flor del amaranto
que él corta, en su mano
se enciende y es lampo.

Y todo lo que muerde
uva se le vuelve,
vino entre los dientes.

Que no fue Thesco,
ni el esposo heleno,
ni el bello extranjero

quien a Helena amara:
¡Rubia y sola y alta,
brilló como lanza

sólo para Aquiles!
Lunas —las que rigen
el mar y lo miden—

surgieron sus pechos
sólo para el piélagos
de ese sentimiento.

En la muda tierra
de los muertos, yerran
amantes de Helena:

Thesco no aviva
memoria: La olvidan
Paris y el Atrida:

Llenos de sí mismos
tiénenla en olvido
Heleno y Deífobo.

Y ella —viuda y sola,
rubia y viuda y sola,
triste y viuda y sola—

aún vive y es bella,
alta y rubia y bella,
sola y rubia y bella,

rubia y alta viuda,
como espiga rubia,
alta como luna.

Como espiga en campo
que ha sido segado,
y que no segaron.

Rubia y alta y sola,
Helena de Troya,
¡y el viento la azota!

Donde bajó Aquiles
en brasas, se erige
la tumba de Aquiles.

Al soplo del viento,
desde sus cimientos
la tumba hace estruendo,

se agrieta, se vuelca,
y Aquiles regresa
a pisar la tierra:

Vacuo el ojo y fijo,
seco el labio y frío,
largo el cuerpo y lívido:

Firme el paso y fiero,
de carbón el pecho,
al soplo del viento
camina el espectro.

Va sobre la arena,
va sobre la hierba:
Ni huella, ni pesa.

¡Y a Helena de Troya,
alta y rubia y sola,
el viento la azota!

El viento le seca
los labios, le suelta
las lustrosas trenzas,

le enfría las manos,
le abre el ancho manto,
¡la tumba en el campo!

Donde no llegaba
quien más la besara,
hielo la taladra.

Y es luna en eclipse
la hija del Cisne
violándola Aquiles.

*Lujuria de muertos,
cúbrala el silencio.
¡Amyclas, callemos!*

[¿1952-1953?]



Colección Cultural de Centro América

Obras publicadas

SERIE ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS

1. Nicaragua Antiquities - Carl Bovallius (Edición bilingüe) - Traducción: Luciano Cuadra.
2. Investigaciones Arqueológicas en Nicaragua - J.F. Bransford - (Edición bilingüe) - Traducción: Orlando Cuadra Downing.
3. Cerámica de Costa Rica y Nicaragua vol. I - Samuel K. Lothrop - Traducción: Gonzalo Meneses Ocón.
4. Cerámica de Costa Rica y Nicaragua vol. II - Samuel K. Lothrop - Traducción: Gonzalo Meneses Ocón.
5. Quetzalcóatl - César Sáenz.

SERIE FUENTES HISTÓRICAS

1. Diario de John Hill Wheeler - Traducción: Orlando Cuadra Downing.
2. Documentos Diplomáticos de William Carey Jones - Traducción: Orlando Cuadra Downing.
3. Documentos Diplomáticos para servir a la Historia de Nicaragua - José de Marcoleta.
4. Historial de El Realejo - Manuel Rubio Sánchez - Notas: Eduardo Pérez Valle.
5. Testimonio de Joseph N. Scott 1853/1858 - Introducción, Traducción y Notas: Alejandro Bolaños Geyer.
- 6a. La Guerra en Nicaragua según Frank Leslie's Illustrated Newspaper (Edición bilingüe) - Selección, Introducción y Notas: Alejandro Bolaños Geyer - Traducción de Orlando Cuadra Downing.
- 6b. La Guerra en Nicaragua según Harper's Weekly Jour-

- nal of Civilization (Edición bilingüe) - Selección, Introducción y Notas: Alejandro Bolaños Geyer - Traducción: Orlando Cuadra Downing.
7. El Desagüadero de la Mar Dulce - Eduardo Pérez Valle.
8. Los Conflictos Internacionales de Nicaragua - Luis Pasos Argüello.
9. Nicaragua y Costa Rica en la Constituyente de 1823 - Alejandro Montiel Argüello.

SERIE LITERARIA

- 1 Pequeñeces...Cuiscomeñas de Antón Colorado - Enrique Guzmán - Introducción y Notas: Franco Cerutti.
- 2 Versos y Versiones Nobles y Sentimentales - Salomón de la Selva.
- 3 La Dionisiada - Novela - Salomón de la Selva.
- 4 Las Gacetillas - 1878/1894 - Enrique Guzmán - Introducción y Notas: Franco Cerutti.
- 5 Dos Románticos Nicaragüenses: Carmen Díaz y Antonio Aragón - Introducción y Notas: Franco Cerutti.
- 6 Obras en Versos - Lino Argüello (Lino de Luna) - Introducción y Notas: Franco Cerutti.
- 7 Escritos Biográficos - Enrique Guzmán - Introducción y Notas: Franco Cerutti.
- 8 Los Editoriales de la Prensa 1878 - Enrique Guzmán - Introducción y Notas: Franco Cerutti.
- 9 Poemas Modernistas de Nicaragua (1880-1972) - Introducción, Selección y Notas: Julio Valle-Castillo.
- 10a. Darío por Darío. Antología Poética de Rubén Darío - Introducción: Pablo Antonio Cuadra.
- 10b. Cartas Desconocidas de Rubén Darío - Compiladores: José Jirón Terán y Jorge Eduardo Arellano. Cronología de Julio Valle-Castillo.
- 11 El Movimiento de Vanguardia de Nicaragua. Análisis y Antología. Pedro Xavier Solís.
- 12 Literatura Centroamericana - Diccionario de Autores Centroamericanos - Jorge Eduardo Arellano.
- 13 El Siglo de la Poesía en Nicaragua - Tomo I - Modernismo y Vanguardia (1880-1940) - Selección, introducción y notas: Julio Valle-Castillo.
- 14 El Siglo de la Poesía en Nicaragua - Tomo II - Posvanguardia (1940-1960) - Selección, introducción y notas: Julio Valle-Castillo.
- 15 El Siglo de la Poesía en Nicaragua - Tomo III - Neovan-

guardia (1960-1980) - Selección, introducción y notas: Julio Valle-Castillo.

16. Antología de Salomón De la Selva - Acroasis y selección: Julio Valle-Castillo.

SERIE HISTÓRICA

- 1 Filibusteros y Financieros - William O. Scroggs - Traducción: Luciano Cuadra.
- 2 Los Alemanes en Nicaragua - Göetz Freiherr von Houwald - Traducción: Resi de Pereira.
- 3 Historia de Nicaragua - José Dolores Gámez.
- 4 La Guerra en Nicaragua - William Walker - Traducción: Fabio Carnevallini.
- 5 Obras Históricas Completas - Jerónimo Pérez.
- 6 Cuarenta Años (1838-1878) de Historia de Nicaragua - Francisco Ortega Arancibia.
- 7 Historia Moderna de Nicaragua - Complemento a mi Historia - José Dolores Gámez.
- 8 La Ruta de Nicaragua - David I. Folkman Jr. - Traducción: Luciano Cuadra.
- 9 Hernández de Córdoba, Capitán de Conquista en Nicaragua - Carlos Meléndez.
- 10 Historia de Nicaragua - Tomás Ayón - Tomo I.
- 11 Historia de Nicaragua - Tomás Ayón - Tomo II.
- 12 Historia de Nicaragua - Tomás Ayón - Tomo III.
- 13 Reflexiones sobre la Historia de Nicaragua - José Coronel Urtecho.
- 14 Colón y la Costa Caribe de Centroamérica - Jaime Íncer Barquero y otros autores.
- 15 Un Atlas Histórico de Nicaragua - Nicaragua, an Historical Atlas (Edición bilingüe) - Francisco Xavier Aguirre Sacasa - Introducción: John R. Hébert.
- 16 Nicaragua en la Independencia - Chéster Zelaya Goodman - Presentación: Carlos Meléndez.
- 17 Investigación Económica de la República de Panamá - George E. Roberts.
- 18 Un Atlas Histórico de Honduras (edición bilingüe) - William V. Davidson - Traducción: Jaime Íncer Barquero.

SERIE CRONISTAS

- 1 Nicaragua en los Cronistas de Indias, Siglos XVI - Introducción y Notas: Jorge Eduardo Arellano.
- 2 Nicaragua en los Cronistas de Indias - Siglo XVII - Introducción y Notas: Jorge Eduardo Arellano.

3. Nicaragua en los Cronistas de Indias: Oviedo - Introducción y Notas: Eduardo Pérez Valle.
4. Centroamérica en los Cronistas de Indias: Oviedo - Tomo I - Introducción y Notas: Eduardo Pérez Valle.
5. Centroamérica en los Cronistas de Indias: Oviedo - Tomo II - Introducción y Notas: Eduardo Pérez Valle.
6. Descubrimiento, Conquista y Exploración de Nicaragua - Selección y comentario: Jaime Íncar Barquero.
7. Piratas y Aventureros en las Costas de Nicaragua - Selección y comentario: Jaime Íncar Barquero.

SERIE CIENCIAS HUMANAS

1. Ensayos Nicaragüenses - Francisco Pérez Estrada.
2. Obras de Don Pío Bolaños vol. I - Introducción y Notas: Franco Cerutti.
3. Obras de Don Pío Bolaños vol. II - Introducción y Notas: Franco Cerutti.
4. Romances y Corridos Nicaragüenses - Ernesto Mejía Sánchez.
5. Obras vol. I - Carlos Cuadra Pasos.
6. Obras vol. II- Carlos Cuadra Pasos.
7. Memorial de mi Vida - Fray Blas Hurtado y Plaza - Estudio Preliminar y Notas: Carlos Molina Argüello.
8. Relación Verdadera de la Reducción de los Indios Infieles de la Provincia de la Tagüisgalpa, llamados Xicaques - Fray Fernando Espino - Introducción y Notas: Jorge Eduardo Arellano.
9. Muestrario del Folklore Nicaragüense - Pablo Antonio Cuadra - Francisco Pérez Estrada.
10. Nicaragua - Investigación Económica y Financiera (1928) - W.W. Cumberland - Traducción: Gonzalo Meneses Ocón.
11. El Sendero Incierto - The Uncertain Path (Edición bilingüe) - Luis Poma - Traducción: Armando Arias - Prólogo: Ricardo Poma.
12. La difícil transición nicaragüense: en el Gobierno con doña Violeta - Antonio Lacayo Oyanguren - Presentación: Violeta Barrios de Chamorro.

SERIE GEOGRAFÍA Y NATURALEZA

1. Notas Geográficas y Económicas sobre la República de Nicaragua - Pablo Lévy - Introducción y Notas: Jaime Íncer Barquero.
2. Memorias de Arrecife Tortuga - Bernard Nietschmann - Traducción: Gonzalo Menses Ocón.
3. Peces Nicaragüenses de Agua Dulce - Jaime Villa.

SERIE VIAJEROS

1. Viaje por Centroamérica - Carl Bovallius - Traducción: Dr. Camilo Vijil Tardón.
2. Siete Años de Viaje en Centro América, Norte de México y Lejano Oeste de los Estados Unidos - Julius Froebel - Traducción: Luciano Cuadra.
3. Piratas en Centroamérica - Siglo XVII - John Esquemeling - William Dampier - Traducción: Luciano Cuadra.
4. El Naturalista en Nicaragua - Thomas Belt - Traducción y notas: Jaime Íncer Barquero.
5. Apuntamientos sobre Centroamérica - Honduras y El Salvador - Ephraim George Squier - Traducción: León Alvarado - Prólogo: Jorge Eduardo Arellano - Notas: William V. Davidson.
6. Nicaragua en el siglo XIX, Testimonio de Funcionarios, Diplomáticos y Viajeros - Compilación y Presentación de Jorge Eduardo Arellano.
7. Nicaragua de Océano a Océano - Ephraim George Squier Traducción: Luciano Cuadra. Waters Lillian Levy; introducción: Jaime Íncer Barquero. Cinco semblanzas de Squier - Francisco Xavier Aguirre Sacasa, Jaime Íncer Barquero, Jorge Eduardo Arellano, Jimmy Avilés Avilés, Ligia Madrigal Mendieta.

SERIE COSTA ATLÁNTICA

1. Narración de los Viajes y Excursiones en la Costa Oriental y en el Interior de Centroamérica - 1827 - Orlando W. Roberts - Traducción: Orlando Cuadra Downing.
2. Waikna; aventuras en la costa de la Mosquitia - Ephraim George Squier, José Francisco Buitrago, Jorge A. Fiedler - Introducción: Jaime Íncer Barquero.



SERIE BIOGRAFÍAS

1. Larreynaga: Su Tiempo y su Obra - Eduardo Pérez Valle.

SERIE TEXTOS

1. Declaraciones sobre Principios de Contabilidad Generalmente Aceptados en Nicaragua - Colegio de Contadores Públicos de Nicaragua.

SERIE MÚSICA GRABADA EN DISCO

1. Nicaragua: Música y Canto BALD 00-010 - (Con comentarios grabados) - Salvador Cardenal Argüello.
2. Nicaragua: Música y Canto BALD 011-019 - (Sin comentarios grabados, con folleto impreso bilingüe) - Salvador Cardenal Argüello.

SERIE EDUCACIÓN

1. La Poesía de Rubén Darío - José Francisco Terán.

SERIE TESIS DOCTORALES

1. La República Conservadora de Nicaragua, 1858-1893 - Arturo Cruz S. - Traducción: Luis Delgadillo - Prólogo: Sergio Ramírez Mercado.
2. Misión de Guerra en el Caribe - Diario de Don Francisco de Saavedra y de Sangronis, 1780-1783 - Manuel Ignacio Pérez Alonso, s.j. - Prólogo: Guadalupe Jiménez C.

SERIE PABLO ANTONIO CUADRA

1. Poesía I - Compilación y Prólogo: Pedro Xavier Solís.
2. Poesía II - Compilación: Pedro Xavier Solís - Prólogo: Jaime Íncer Barquero.
3. Ensayos I - Compilación: Pedro Xavier Solís - Prólogo: Alejandro Serrano Caldera.
4. Ensayos II - Compilación: Pedro Xavier Solís - Carde-

- nal Miguel Obando Bravo.
5. Narrativa y Teatro - Compilación: Pedro Xavier Solís - Prólogo: Sergio Ramírez Mercado.
 6. Crítica Literaria I - Compilación: Pedro Xavier Solís - Prólogo: Nicasio Urbina Guerrero.
 7. Crítica Literaria II - Compilación: Pedro Xavier Solís - Prólogo: Nicasio Urbina Guerrero.
 8. Folklore - Compilación: Pedro Xavier Solís - Prólogo: Carlos Mántica Abaunza.
 9. Crítica de Arte - Compilación: Pedro Xavier Solís - Prólogo música: Carlos Mántica Abaunza; Prólogo arquitectura: José Francisco Terán; Epiflogo artes plásticas: Jorge Eduardo Arellano.

SERIE ETNOLOGÍA

1. Mayangna - Apuntes sobre la Historia de los Indígenas Sumu en Centroamérica - Götz Freiherr von Houwald - Traducción: Edgar Castro Frenzel - Edición: Carlos Alemán Ocampo y Ralph A. Buss.
2. Estudio Etnográfico sobre los Indios Mískitos y Sumus de Honduras y Nicaragua - Eduard Conzemius - Traducción y Prólogo: Jaime Íncer Barquero.



SALOMÓN DE LA SELVA / ANTOLOGÍA MAYOR

Acróasis y selección de Julio Valle-Castillo

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
PAVSA (Managua, Nicaragua)
pavsa@munditel.com.ni

TIPOGRAFÍA

Texto: secciones: times 22, 17; títulos: times 14;
cuerpo de texto: times 12.5, cuerpo de texto 13
Notas: times 8.

Marzo 2007